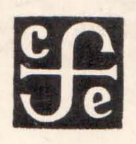
GEORGE C. VAILLANT



La civilización AZTECA



4ª edición

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

La civilización AZTECA

Este libro traza la historia de los aztecas desde sus orígenes hasta los tiempos inmediatamente posteriores a la conquista española. El autor, George C. Vaillant, fue bien conocido del público culto por sus actividades como Director del Museo de la Universidad de Pennsylvania y como cuidador del Museo Americano de Historia Natural. Investigador por excelencia, arqueólogo él mismo y consagrado al estudio de la antigua civilización mexicana, fue uno de los primeros que intentaron salvar el lapso que se extiende desde las culturas que hace tiempo se dio en denominar "arcaicas" hasta los tiempos históricos de los aztecas. Él acuñó el término, vigente todavía hoy, de "Culturas Medias", y son suyas, asimismo, las primeras tentativas para agrupar en un todo congruente y armónico los datos dispersos de las fuentes escritas, parciales casi siempre, y de los resultados de la arqueología, por desgracia aún incompletos. Con ello pudo armar una visión realista de la mejor época de Tenochtitlán, en que sobresalen, por encima del natural asombro, un intenso afán de comprensión y un gran cariño, que son característicos de su gran pasión por lo americano.

Algunas de sus interpretaciones serán controvertidas; otras lo han sido ya en parte, pues la investigación cotidiana supera año con año los resultados previos. Sin embargo, sus páginas sobre la civilización azteca tienen ya rango de obra clásica y constituyen sobre todo una espléndida visión de conjunto, fruto de un bien cimentado juicio personal y de una elaboración profunda de los datos. El texto que ahora reedita el Fondo de Cultura Económica, en traducción cuidadosamente revisada, es el mismo de la primera edición, que Vaillant no creyó oportuno retocar con notas o bibliografía adicionales para su reimpresión en lengua inglesa.



Sección de Obras de Antropología
dirigida por
Alfonso Caso y Daniel F. Rubín de la Borbolla

LA CIVILIZACIÓN AZTECA

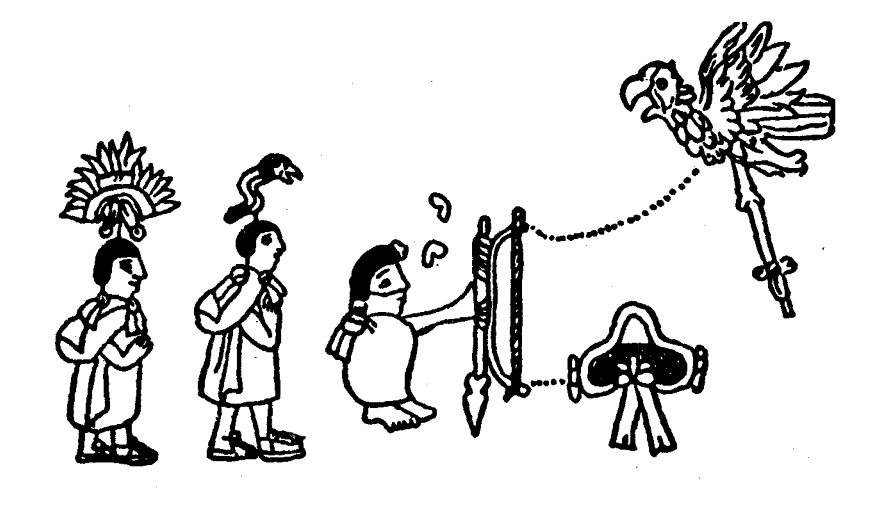
Primera edición en inglés, 1941
Primera edición en español, 1944
Segunda edición en español, 1955
Tercera edición en español, 1960
Cuarta edición en español, 1965

Este libro fue publicado por Doubleday & Co., Inc., Garden City, N. Y., con el título de *Aztecs of Mexico – Origin, Rise and Fall of the Aztec Nation*

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

GEORGE C. VAILLANT

La civilización azteca



Versión española de SAMUEL VASCONCELOS

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

A

MI ESPOSA

Prólogo

Este libro es una historia de los indios del Valle de México y de las civilizaciones que forjaron; fue un libro difícil de escribir. Será un libro difícil de leer. Hay dos razones para esta circunstancia desafortunada: la primera es que los indios no perseguían los mismos objetivos que nosotros, de tal manera que sus normas de vida son diferentes de las nuestras y difíciles de entender; la segunda es que la historia de los indios tiene que reconstruirse con los datos que hallamos, así es que la mayor parte del material, como la técnica que empleaban para hacer utensilios domésticos, no cae dentro del campo de nuestras lecturas habituales de historia. Los primeros cuatro capítulos se ocupan de esa reconstrucción y de antemano se advierte al lector que será penoso recorrer esas páginas; puede saltárselas si no está interesado de manera especial en un trasfondo histórico de esa naturaleza.

Los capítulos restantes se basan en observaciones contemporáneas hechas por los conquistadores españoles y por los aztecas mismos; se ocupan de gente a quien se vio vivir y cuya cultura estaba en movimiento. Podemos formarnos una impresión de cómo fueron los aztecas, y esto facilitará la lectura; pues así podemos imaginarlos por sus hechos y no por los objetos que fabricaron. Aun así éste no será un proceso totalmente diáfano, pues sus costumbres, sus hábitos y sus móviles diferían de los nuestros. Sin embargo, espero poder mostrar que la suya fue una forma de vida perfectamente buena, resultado de una considerable experiencia. Nuestra civilización occidental no tiene en la actualidad nada de qué enorgullecerse por lo que se refiere a su aspecto social y por lo tanto no tenemos motivo para adoptar una actitud despectiva para con los aztecas.

Deseo expresar aquí mi agradecimiento a algunas de las muchas personas que me ayudaron a escribir este libro: a las autoridades del American Museum of Natural History, por haberme proporcionado medios para la investigación y tiempo para emplearlos; a los funcionarios del gobierno mexicano por su incansable amabilidad y cooperación, que hicieron posible mi trabajo, y a mis colegas de mi propio país y de otros, quienes, por su amistad, su consejo y su colaboración,

me hacen sentirme orgulloso de ser americanista. Debo especial agradecimiento a mi mujer por su inagotable ayuda y cuidado durante las largas horas empleadas en el campo, en el laboratorio y en la preparación de este libro.

Al coronel Teodoro Roosevelt, al señor A. P. Tedesco y a la señora María Slavin, de Doubleday y Doran, les estoy muy agradecido por su estímulo y consejo. Al doctor Eduardo Weyer le estoy profundamente reconocido por permitirme incorporar aquí ilustraciones y artículos de Natural History. *Deseo dar las gracias a la señorita D. Levett Bradley por sus excelentes mapas del México azteca, y, por último, pero por ningún concepto en menor grado, a la señorita Frances Jay por la constante paciencia y buen juicio de que dio muestras al preparar este manuscrito y facilitar su lectura a quien recorra el incierto camino de este aspecto de la historia india.*

Tengo una profunda deuda de gratitud para con el señor Clarence L. Hay por su colaboración en el campo y en el laboratorio, así como por haberme ayudado en muchas de mis investigaciones, y para con el señor Willard Carr por haber hecho posible nuestra última temporada en el campo, que dio vida a este libro.

I

Antecedentes históricos y culturales de la civilización azteca

Breve especulación acerca de los factores sociales y económicos que dirigieron el desarrollo de la civilización indígena

La historia de las Américas registra la colonización y asentamiento de un gran continente. Con razón nos enorgullecemos de nuestros antecesores europeos, quienes, desde los vikingos hasta los desterrados políticos más recientes, se lanzaron a la búsqueda de una vida nueva en las cambiantes condiciones de una tierra nueva. Nuestras historias y tradiciones describen la evolución de estas colonias hasta integrar el grupo de las repúblicas americanas del presente: episodio notable en la historia de la humanidad. Sin embargo, el asentamiento europeo en América, con toda su significación política moderna, no es sino una fase reciente de la historia del hombre en el continente americano. La colonización asiática del Nuevo Mundo, que precedió en muchos siglos a la infiltración europea, tiene su espléndido lugar propio en los anales del continente americano.

Esta inmigración de Asia produjo al indígena americano. Sin su desarrollo preliminar de los recursos del continente, es dudoso que la ocupación europea hubiera tenido el éxito que tuvo. Las grandes civilizaciones de los aztecas y de los incas desafiaron la imaginación europea y ofrecieron a sus conquistadores militares una vida brillante. La humilde destreza agrícola de las tribus de las riberas orientales de Norteamérica sostuvo a los exiliados religiosos hasta que pudieron vivir de la tierra y crear su propio tipo de comunidad. El indígena y su cultura pronto quedaron sepultados; pero fertilizaron un suelo que de otra manera nunca habría producido la pródiga cosecha de la civilización panamericana.

El choque más violento entre los indígenas y los europeos tuvo lugar en el Valle de México, a principios del verano de 1520, cuando Cortés y sus hombres llevaron a cabo la conquista de México y de-

rrocaron la civilización azteca, la cultura indígena más adelantada de aquel tiempo. El éxito de Cortés fue el imán que atrajo hacia las Américas el férreo poderío de Europa. La piedra no pudo resistir al acero; los días de los indios estaban contados. La historia de los aztecas y de sus antepasados es una sinopsis del nacimiento de la civilización india y de su destrucción.

Los aztecas fueron un grupo numeroso de tribus indias independientes que ocuparon una pequeña zona del centro de México. Su historia y sus costumbres sociales se conocen mejor que las de sus vecinos porque su dominación tuvo para el mundo europeo una importancia mucho mayor. Los observadores españoles, de los rangos militar, sacerdotal y civil, escribieron minuciosos relatos de la vida y de la historia azteca, y algunos autores indios pertenecientes a una generación posterior los enriquecieron con las tradiciones de las tribus, aún poco deformadas por el cristianismo. Unos cuantos documentos pictográficos, hechos antes de la conquista o copiados después, constituyen adiciones valiosas a los anales aztecas. Sin embargo, nuestros datos más importantes de la historia india provienen de la arqueología, esa rama de la investigación que reintegra la historia social por medio del estudio de las reliquias que sobreviven de las obras humanas de las edades pasadas.

La mayor parte de las tribus indígenas de América no habían desarrollado la escritura, de suerte que la arqueología es el único medio disponible para reconstruir su pasado, pues las crónicas aztecas apenas revelan unos cuantos siglos de la vida de una sola tribu. Para esbozar en términos muy generales el marco en que se desarrolló la cultura azteca, antes de que volvamos nuestra atención a las gentes mismas, debemos percatarnos de que la tierra debe ser nuestro archivo, la pala nuestra lente para la lectura, y de que la naturaleza, destruyendo eternamente para crear de nuevo, ha desparramado nuestros materiales por montañas, llanuras y bosques, desde Groenlandia a Tierra del Fuego. La historia azteca, como la de las repúblicas americanas, comienza con el descubrimiento de este continente. (Véase Lám. 1.)

Mucho antes de que existieran los aztecas comenzaron a retirarse hacia el Norte los mantos de hielo, a medida que terminaba la última era glacial. Los animales acostumbrados a los climas fríos se trasladaron gradualmente hacia el norte y las pequeñas partidas de cazadores nómadas seguían a los animales de caza de los cuales dependía su vida.

Algunos de estos grupos pasaron por Siberia y llegaron a las playas del Estrecho de Bering. Con tanta agua mantenida en suspensión por las capas de hielo, probablemente el nivel del mar era más bajo que hoy, de tal manera que las islas eran mayores y menor la extensión del agua existente entre ellas. El hielo sin duda cubría en el invierno el mar, de manera que los cazadores y los animales pudieron llegar, atravesándolo, hasta Alaska. De esta manera el hombre descubrió América y la pobló por primera vez.[1]

Otros cazadores pueden haber construído balsas y botes, y pasado de isla a isla, hasta que su incesante persecución de los animales los condujo a la tierra firme. El proceso debe haber sido lento, los grupos migratorios pequeños. Podemos reconstruir aquellas condiciones por lo que sabemos de las tribus cazadoras modernas, que, como fósiles sociales, llevan todavía una precaria existencia de acuerdo con antiquísimas costumbres. El grupo cazador primitivo se trasladó a pie, pues no tenía efectivas bestias de carga, por lo cual llevaba consigo pocos alimentos y escaso equipo. Su marcha no fue más acelerada que la del más anciano del grupo o que la del andar de un niño. El alimento había de conseguirse sobre la marcha y la caza era una operación lenta y difícil. Es forzoso que estas condiciones sólo permitieran la vida de pequeños grupos, pues una gran multitud de gente, al ponerse en marcha, además de necesitar alimentos en grandes cantidades, ahuyenta también a los animales de caza de que depende su alimento.[2]

Esta vida nómada de cazadores tenía sus efectos en el lenguaje y en el tipo físico. La tendencia de los grupos cazadores a dividirse en pequeñas unidades siempre que su número amenazara el equilibrio entre el consumo y la provisión disponible de alimentos, estimuló la formación de bandas aisladas. La falta de contacto con otros grupos intensificó los modismos en el lenguaje y las peculiaridades del pensamiento que dan lugar a profundas diferencias dialectales después de varias generaciones. La endogamia también tuvo lugar y los rasgos físicos llegaron a establecerse. Estas condiciones, que ya existían en la vida asiática y que continuaron en el medio americano, explican probablemente tanto la diversidad lingüística existente entre las tribus indias, como también sus grandes diferencias físicas, dentro de marcos más o menos homogéneos de ojos oscuros, cabello negro lacio u ondulado y piel de color amarillento.[3]

Aún no se ha determinado con exactitud cuándo tuvo lugar esa

infiltración y cuánto tiempo duró. No se han descubierto en América ejemplares de la industria paleolítica del viejo mundo; pero en las excavaciones practicadas en el recinto de la Universidad de Alaska se han encontrado utensilios como los de los lugares neolíticos del desierto de Gobi. Otros instrumentos de piedra, definidos por los arqueólogos como pertenecientes a la cultura Folsom, aparecen en algunos lugares de Colorado y de Nuevo México junto con restos del extinto bisonte. Muy hacia el sur, en una cueva de la extremidad meridional de la Argentina, el estiércol del perezoso extinguido se mezcla con los utensilios y los desechos de hombres que cazaban y comían un tipo extinguido de caballo americano. El estiércol del perezoso también se encuentra junto a los restos de los cazadores de Nevada. Estos vestigios humanos pueden no tener la gran antigüedad del hombre geológico de Europa, y el hecho de que haya especies extintas puede no tener la misma significación de tiempo que alcanza en otros lugares; pero el hombre bien puede haber venido a América de diez a veinte mil años atrás.[4]

En consecuencia, se ha confirmado que algunas técnicas de caza son peculiares a formas antiguas de la vida indígena de América. Algunos de los primeros cazadores pescaron con red, cordel y anzuelo y recolectaron mariscos como alimento principal. A lo largo de las costas del Atlántico y del Pacífico y de algunos de los grandes ríos interiores de Norteamérica, se encuentran profundos depósitos de conchas. En las capas más profundas de uno de éstos, en Tennessee, se hallaron implementos de hueso sin que aparecieran utensilios de piedra hasta mucho después. No podemos conjeturar la edad de estos depósitos ni tenemos manera de señalar las fechas por la geología o la paleontología; sin embargo, el hombre, desde sus más remotos comienzos, debe haber aprovechado estas ricas y relativamente estables fuentes de alimentación.[5]

Otro medio de vida primitivo se descubre a lo largo de las orillas de los lagos secos de California y Texas. Los morteros y metates encontrados aquí indican que los pueblos primitivos molían nueces y semillas para hacer harina, a la vez que la carencia de piedras en punta bien acabadas sugiere la idea de que encontraron en la recolección de alimentos vegetales un medio más seguro de llenar sus despensas que la caza. Estas culturas del desierto son muy importantes porque proporcionan pruebas primitivas de una economía que llevó finalmente a la agricultura.[6]

Estas tres formas primitivas de vida –la caza, la pesca y la recolección– se combinaron frecuentemente, en todo o en parte. No hay grupo cazador en toda América que no recurra en cierto grado a los productos vegetales. En Norteamérica eran conocidas y utilizadas las propiedades de cuatrocientas especies. Algunas tribus encontraron su economía de caza tan satisfactoria que nunca la abandonaron. Otros pueblos, como los esquimales, estaban situados geográficamente de tal manera, que tenían que practicar la caza o morirse de hambre. Las tribus de las llanuras, cuando adquirieron el caballo domesticado de las colonias españolas, pasaron, de una vida agrícola próspera aunque gris, a una existencia extraordinariamente dramática, viviendo de los tropeles de búfalos errantes y exaltando las virtudes masculinas en la guerra y en la caza. Los grupos pescadores, como las tribus de las costas del Noroeste, podían vivir en aldeas sedentarias y crear una cultura social y material compleja basada en la abundante riqueza proporcionada por los bosques, los arroyos y el océano. En California se sostenía una de las poblaciones más densas de América con la recolección de nueces y frutos silvestres, completando esta dieta con mariscos y los productos de la caza. Sin embargo, a pesar de estas prósperas técnicas primitivas, el indígena nunca hubiera alcanzado culturas verdaderamente elevadas sin la domesticación de plantas.[7]

En el Nuevo Mundo hubo dos centros de intenso desarrollo agrícola, la América Media y la región andina, que asimismo representan las cúspides más altas de la cultura social y material del indio. Hay grandes discusiones entre los botánicos acerca de cuál de estas zonas domesticó primero las plantas; pero el problema no se ha resuelto aún. Quizás la respuesta a esta pregunta pueda tener más importancia botánica que social, supuesto que hay varias otras regiones en donde las plantas no cultivadas ni en México ni en el Perú son productos agrícolas básicos. La presencia de pueblos que en el alba de la historia de América vivían en su mayor parte de la recolección, debe haber conducido inevitablemente al desarrollo independiente de varios tipos diferentes de agricultura, basados en plantas alimenticias comunes a regiones determinadas.[8]

El gran producto básico del Brasil era, por ejemplo, la yuca o cazabe. Antes de la introducción del maíz en el Oriente de Norteamérica se cultivaban el girasol, la artemisa gigantesca y otras plantas de las praderas y de las sabanas, por las semillas que producen. Las altiplanicies del Perú daban la papa blanca, pero en la época de la

conquista los grandes alimentos básicos americanos, el maíz y el frijol, se extendían sobre la mayor parte de la América agrícola. Respecto a que hayan sido domesticados primero en el Perú o en la América Media, es cosa no demostrada aún: cada uno puede haber tenido sus puntos aislados de cultivo primitivo. Sin embargo, el gran postulado que debemos recordar es que ninguna planta cultivada por los indios americanos era conocida en Asia, en Europa o en África, con anterioridad al asentamiento de la raza blanca en América. La introducción de estas plantas elevó a más del doble el acervo disponible de alimentos de los continentes más antiguos.

El desarrollo de la agricultura realizó, en América como en todas partes, la liberación del hombre de la incesante búsqueda de alimentos. Su abastecimiento permanente, que podía aumentarse por el cultivo de tierras nuevas, permitió el crecimiento de la población de la tribu. El precario equilibrio que mantenía la naturaleza entre la población y la abundancia de alimentos, se volvió más estable y el hombre disfrutó de horas de ocio para inventar técnicas y para desarrollar reglas de conducta social. Se hizo posible el sostenimiento de comunidades suficientemente grandes para que el individuo se especializara según su habilidad y para que la comunidad pudiera ejecutar obras públicas. tales como sistemas de irrigación y templos.

El desarrollo floreciente de la agricultura no tuvo un paralelo en la cría de animales. Es verdad que el perro, que bien puede haber venido de Asia con los inmigrantes, estaba domesticado casi universalmente. En el Norte era una bestia de carga, en México un artículo alimenticio. (Véase Lám. 2, arriba.) Las tribus mexicana y pueblo domesticaron el pavo. Los peruanos comían cobayos y criaban llamas y alpacas para aprovechar la lana y para el transporte; en la América Media y en el Noroeste del Brasil se explotaban las abejas para aprovechar la miel. Algunas tribus mexicanas del Sur cultivaban la cochinilla por su tinte; pero el caballo nativo, que hubiera resultado tan útil aquí como en el Viejo Mundo, se extinguió pronto en América; la vaca y la oveja eran desconocidas y el reno norteamericano y el bisonte, que hubieran podido reemplazarlos si se les hubiera domesticado, vagaban principalmente en regiones ocupadas por grupos primitivos que se contentaban simplemente con cazarlos.[9]

La falta de animales domésticos apropiados impidió las migraciones humanas en gran escala, en comparación con la de las grandes hordas de Asia que llegaron a golpear las murallas de Roma. En un prin-

cipio los grupos nómadas de América eran demasiado pequeños para amenazar seriamente a los grupos sedentarios y el problema de la presión demográfica, que tan frecuentemente es causa indirecta de guerras en el Viejo Mundo, virtualmente no existió en la América india. En consecuencia, las técnicas guerreras se desarrollaron poco en las culturas indígenas y las matanzas y la rapiña perpetradas durante la colonización de la raza blanca, no tuvieron su origen en actitudes políticas usuales de los indígenas.

La invención de la agricultura acentuó, más que cambió, la estructura básica de la organización social indígena. Estos grupos que gradualmente desplazaron su dependencia económica de la caza a la agricultura, vivían en regiones escasamente pobladas. A medida que aumentaba su población, podían agrandar sus campos sin violar los derechos de ocupantes anteriores. Una población en crecimiento ahuyentaba la caza, obligando a los grupos vecinos de cazadores a retirarse a regiones en donde la vida salvaje era más abundante. Si la tierra arable de que se disponía llegaba a ser insuficiente para la comunidad, una parte de la población se trasladaba a otro lugar para fundar un nuevo poblado.

Según el medio geográfico fuera boscoso o semiárido, y por lo tanto abierto, había la tendencia de crear dos tipos de colonización. En las zonas áridas y abiertas los minerales indispensables a las plantas están cerca de la superficie, de tal manera que puede cultivarse la tierra sucesivamente sin interrupción. La gente, por lo tanto, puede sostener una aldea permanente. Las zonas boscosas, al contrario, presentan serios problemas para los pueblos de la Edad de Piedra. Para sembrar hay que limpiar el terreno haciendo la roza a los árboles y, ya muertos, quemarlos. De ahí que el suelo se agote rápidamente y sea incapaz de soportar cultivos. Los indígenas afrontaban esta situación de dos maneras principales: trasladando todo el pueblo, o dando a cada grupo familiar tierra suficiente para que la rotación de los cultivos permitiera que los campos agotados se recuperaran dejándolos en barbecho. Este último sistema tendía a descentralizar la población. a menos que se tratara de comunidades muy pequeñas.[10]

Las consecuencias sociales de estos dos métodos de vida son muy importantes para reconstruir la génesis de la cultura del indígena americano. Las plantas alimenticias empleadas por las más avanzadas civilizaciones de América parecen derivarse en su mayor parte de especies procedentes de tierras altas y abiertas originadas en regiones que per-

miten el sostenimiento de la aldea permanente. En una comunidad en donde la calle de la aldea era foro, escuela y centro social, se fusionaban los intereses y se mejoraban las técnicas por la emulación y la experiencia heredada. La posibilidad de guardar los instrumentos acumulados en contraste con el mínimo esencial de instrumentos transportables empleados por los nómadas, condujo a la especialización en los utensilios y las técnicas. Las artes decorativas se fijaron y ajustaron a un estilo, pues la costumbre se expresa y se conforma según la dirección aprobada por las prácticas de la comunidad. Las empresas que requerían la fuerza humana de toda la aldea podían emprenderse en beneficio común. Los largos intervalos de ocio relativo, cuando los cultivos no exigían atenciones, proporcionaban tiempo para la experimentación técnica y la especulación intelectual.

La serie completa de etapas en virtud de las cuales un grupo primitivo de agricultores devino alta civilización, no ha sido descubierta en ningún determinado sector. Sin embargo, Norteamérica, que conservó tantas tribus en diversas fases del desarrollo de la civilización india, ofrece, en el caso de la historia de anasazi, cultura pueblo septentrional, un ejemplo de tal proceso evolutivo.[11]

En la parte más baja de la escala se encuentran los restos de pueblos (llamados *basket makers* por los arqueólogos) que vivían de la caza, de la recolección y del cultivo del maíz. Habitaban en cavernas bajas y secas, en pequeñas unidades de veinte o treinta individuos. Eran hábiles tejedores de fibra de apocynum, de la que hacían canastos, bolsas y sandalias. No conocían la alfarería; pero construían imágenes toscas de arcilla secada al sol y modelaban bandejas y adornaban canastos con este material. No empleaban el arco, pero lanzaban dardos alargados con la tiradera o *atl-atl.* Su equipo en materia de redes, instrumentos de piedra, de hueso o de madera era relativamente complejo. En sus últimas fases aprendieron a fabricar una loza dura como pedernal, en formas sencillas decoradas con dibujos tomados de sus tejidos.

Hacia el año 700 de nuestra era, un pueblo nuevo penetró por el Sureste y cambió los rumbos de la economía local. Nuevas variedades de maíz enriquecieron sus graneros y el cultivo de los frijoles proporcionó el contenido de proteína a una dieta empobrecida por la falta de caza. El algodón tendió a sustituir al apocynum para el tejido de las telas, a la vez que el arco reemplazó al *atl-atl* para la caza. Las habitaciones subterráneas cedieron su lugar a galerías de cuartos

rectangulares contiguos aunque se conservó la forma más antigua para las casas de los hombres y para los recintos de ceremonias. La cerámica mejoró mucho en forma y decoración y hay testimonios de grandes aumentos de población.

Hacia el siglo XI decreció el número de colonias, pero las poblaciones llegaron a ser más grandes. Los anasazi construyeron grandes casas comunales de departamentos, de dos, tres y aun de cuatro pisos, no sólo sobre tierra sino también en cavernas de poca profundidad, en lo alto de los muros del cañón. Sus artes y manufacturas cambiaron de estilo, pero no de carácter, y la forma de vida que se desarrolló entonces ha durado hasta nuestros días, a despecho de la infiltración de grupos nómadas, como los apaches y los navajos, y de la intrusión de los conquistadores blancos de España y de Estados Unidos.

En la América Media y en la región andina las culturas más antiguas que se han *descubierto* comienzan donde termina la de los indios *pueblo*. Nuestras investigaciones no han revelado aún los aspectos primitivos de los pueblos de la historia humana en esta región. El nivel cultural que los indios *pueblo* alcanzaron en el siglo XI está representado por los estratos atribuídos a los siglos inmediatamente anteriores y posteriores al nacimiento de Cristo. Esta base descubre comunidades que vivieron en aldeas permanentes, se sostenían del cultivo del maíz, del frijol y otras legumbres; cultivaban el algodón y lo tejían para hacer sus vestidos, hacían vasijas para guardar y servir la comida; desarrollaron técnicas para la fabricación de instrumentos de piedra, de hueso y de madera, así como la de adornos personales y para sus utensilios. Lograron estructurar un gobierno tribal y crearon una religión que tenía por centro las fuerzas naturales que rigen el crecimiento de las plantas.[12]

La denominación "Cultura Media" expresa mejor que ninguna otra este nivel de desarrollo que está a medio camino entre los escasos recursos del grupo cazador y el esplendor de una civilización ritualista. El doctor Spinden y el señor Means definen esta etapa por el amplio término de "arcaica" y nosotros acuñamos la desmañada expresión de "Cultura Primitiva" para describir esta fase en el centro de México. Ninguno de estos términos deja margen a las culturas más antiguas o primitivas que puedan llegar a descubrirse. En consecuencia, el término "Cultura Media" justiprecia con más exactitud que los otros esa situación cultural y no da tanta importancia a la posición histórica.

En la América Media y en los Andes el hombre y sus obras se desarrollan y prosperan partiendo de la base de la Cultura Media; pero en direcciones un tanto diferentes. Los pueblos andinos, para generalizar, se concentraron en la técnica material necesaria para el sostenimiento de la vida; los de la América Media en métodos espirituales o, con más exactitud, sobrenaturales. En los Andes, principalmente en los valles de las costas del Perú, se construyeron enormes ciudades, y vastos sistemas de irrigación en los campos. El arte del tejido se desarrolló hasta un grado no igualado por el hombre en todo el curso de la historia humana y la cerámica no tuvo igual en el Continente Americano por la excelencia de su factura y la riqueza de su diseño. Esta civilización culminó en el imperio inca, el estado original, benévolo y monolítico, singular en los anales americanos como el único sistema de gobierno que combinó la expansión territorial con la amalgama de los pueblos conquistados en un todo social.[13]

Los habitantes de la América Media vivían, por el contrario, en grupos tribales o urbanos independientes y crearon un arte religioso y una arquitectura inigualables en toda América.[14] El aspecto ritualista de la vida dominaba la estructura civil y son los restos de los templos y no los de las ciudades los que indican el esplendor de su pasado. La causa o causas de esta diferencia permanecen ocultas; pero el escenario norteamericano más primitivo parece indicar que también aquí las condiciones agrícolas representaron su papel.[15]

Los indígenas del árido sudoeste construyeron, como hemos visto, poblados permanentes, pero no idearon una arquitectura ritualista imponente. En el sudeste de Estados Unidos las tribus más sofisticadas levantaron grandes plataformas de tierra para asentar sus templos y las casas de sus jefes y para servir de centro en el cual los miembros de la comunidad pudieran congregarse en determinadas ocasiones. Las exigencias de la agricultura forestal no permitieron la vida en poblados permanentes, como los de los indios *pueblo*, pues las tribus del sudeste tenían que trasladar sus aldeas cuando se agotaba el suelo de sus sementeras. Los hombres y las mujeres útiles para el trabajo abandonaban virtualmente durante buena parte del año sus aldeas para cazar y para recoger alimentos silvestres; pero todos se reunían para ejecutar los ritos de la tribu en los centros ceremoniales y de esa manera reforzaban los lazos de solidaridad social, relajados y desgastados por las condiciones de su ecología. Los centros ceremoniales aparecen posteriormente en la historia del sudeste y llevan las huellas de un

rasgo importado de México. Sin embargo, respondían a una necesidad muy definida de mantener la unidad social en la población creciente de una zona boscosa.

Por lo tanto, parece razonable suponer que algunas de estas ideas germinaron varios siglos antes en los bosques de las tierras bajas de la América Media, porque la complejidad de estas exigencias sociales y religiosas llegó a ser un tema dominante en la civilización de esta región. No hay nada extraño en esta práctica que caracteriza las pautas de la cultura antigua en el desarrollo de la Europa occidental y de las colonias de los Estados Unidos. Las grandes catedrales de la Edad Media se destacaban imponentes en un paisaje en que villorrios miserables, asentados en pequeños lugares despejados, ofrecían un violento contraste entre la pobreza de la existencia material del individuo y el rico esplendor de la vida espiritual corporativa. En Nueva Inglaterra aún sobreviven comunidades en donde la iglesia, la tienda y el municipio son los centros sociales de un pueblo desparramado en granjas aisladas sobre colinas cubiertas de bosques. Los grandes artistas que cubrieron de esculturas kilómetros de muros en los templos de Cambodia, vivían en frágiles aldeas, en la actualidad devoradas por la jungla. Tanto el acto como el hecho de las construcciones religiosas funden en una expresión tangible las relaciones del hombre con la sociedad y de la sociedad con el universo; así que no es sorprendente que tribus distintas hayan adoptado independientemente esta práctica que se continúa en los Estados Unidos de hoy con las construcciones como bibliotecas, hospitales, colegios y edificios oficiales, empleados principalmente para beneficio público.

Esta suposición toma más fuerza cuando examinamos el amplio desarrollo de la historia cultural de la América Media. Hasta ahora no se han descubierto testimonios de comunidades verdaderamente primitivas. Los objetos más antiguos representan un punto medio entre la vida primitiva de los cazadores y la compleja sociedad en la civilización avanzada del indio americano. De El Salvador a Zacatecas, de los valles de las altas montañas a las costas cubiertas de bosques, encontramos pruebas de las culturas tribales que alcanzaron un alto nivel de desarrollo técnico y, por consiguiente, también un ajuste social. Los restos que se conservan consisten en utensilios de arcilla, de piedra y hueso, hábilmente hechos. Las figuras de arcilla hechas a mano revelan que las religiones en boga requerían la representación de los dioses como una parte del culto. Las piedras planas

de moler y las pulverizadoras que aún se usan en México con el nombre de "metates" y "manos" demuestran que el pueblo tenía el maíz como su alimento principal. Las diferencias regionales en la forma y en la decoración de las figuras, de la cerámica y de otros utensilios, indican que varias tribus diferentes permanecieron durante varios siglos en esta etapa de Cultura Media, a juzgar por las profundas capas residuales que se encuentran en el Valle de México.[16] (Véase Lám. 1.)

Entre las Culturas Medias y las civilizaciones de complicado ceremonial religioso que las sucedieron, hay transiciones en el dibujo y la forma de los utensilios, signo seguro de que los autores de las diferentes Culturas Medias fueron los creadores de la civilización posterior. Esas transiciones parecen haber sido graduales, no bruscas, de tal manera que se fortalece la impresión de un desarrollo cultural *in situ.* Las pruebas existentes no dan razones válidas para atribuir a ninguna fuente la adelantada civilización de la América Media, como no sea la capacidad inventiva de la población local.[17]

Se encuentran monumentos de estas tribus altamente desarrolladas en una zona comprendida entre un límite sudeste en el occidente de Honduras y El Salvador y una frontera noroeste en el Estado de Zacatecas, en México. Basándose en sus estilos artísticos y en los relatos de los españoles, podemos identificar varias culturas tribales específicas. En las tierras bajas de Guatemala los mayas tenían sus imponentes centros ceremoniales que en las regiones montañosas eran mucho menos complicados. En el Estado de Oaxaca, en México, los zapotecas fueron los creadores de una rica civilización. La región costera de Veracruz muestra la evidencia de varias civilizaciones avanzadas que la investigación arqueológica apenas comienza a distinguir. Entre éstas son notables las obras que se atribuyen a los olmecas y a los totonacas. En el límite norte los toltecas y los aztecas crearon las grandes civilizaciones del centro de México. Al norte y al oeste de ellos culturas tribales menos desarrolladas representan, en algunos casos, la continuación y la supervivencia del plano de la Cultura Media; en otros, reflejos deformados de las civilizaciones más complejas.[18]

Así como en los siglos XV y XVI florecen en el occidente de Europa distintos estilos artísticos, nacionales y regionales bajo la égida de la iglesia católica, así en la América Media hubo marcadas diferencias en el estilo de las artes y oficios de las tribus cuyos modelos culturales generales eran los mismos. Esta civilización fue injertada a una base de Cultura Media y contenía elementos de cultura adelantada, tales

como el politeísmo basado en el culto a la naturaleza, la representación de varias divinidades por medio del dibujo y de la escultura, la edificación de templos construídos sobre plataformas para honrar a estos dioses, un sistema de escritura para registrar los acontecimientos religiosos y tribales, un calendario y una astronomía destinados primordialmente a propósitos rituales. Los pueblos de la América Media probablemente no desarrollaron estas prácticas simultáneamente, sino que fueron introduciendo y refinando rasgo tras rasgo.

Otras tribus absorbieron y adaptaron estas costumbres gradualmente, para acomodarlas a sus necesidades locales. Para sostener una civilización de acuerdo con estas ideas generales, una tribu tenía que ser numerosa, estable y haber logrado su ajuste económico. Los hombres tenían que haberse libertado en buena medida de la simple lucha por la existencia para poder ejecutar y dirigir un ritual complicado, construir las estructuras ceremoniales y desarrollar las artes y los oficios que dieron a la religión su expresión externa.

Los mayas de Guatemala, de Yucatán, del sudeste de México y de Honduras occidental, alcanzaron la mayor eminencia en la elaboración de este culto. Sus templos y las moradas de sus sacerdotes se construyeron de piedra y se techaron con la bóveda maya o falso arco. Las esculturas de piedra y de estuco que adornan estas construcciones tienen el complicado refinamiento de un arte maduro. (Véase Lám. 5.) Su ponderada representación de los dioses y de las diosas refleja una madurez teológica. Su escritura se expresa en jeroglíficos convencionales de los cuales sólo se pueden descifrar los textos del calendario. Es este calendario el que particularmente suscita nuestra admiración, por estar basado en un sistema matemático y astronómico altamente desarrollado.[19] (Véanse Láms. 4-7.)

El calendario maya debería ser de gran ayuda en la reconstrucción histórica; pero difieren las opiniones acerca de cómo debe correlacionarse con las fechas cristianas. Hay varios cálculos destinados a ajustar el calendario maya al cristiano; pero cada correlación significa una diferencia de unos doscientos sesenta años entre uno y otro. Este desacuerdo ha llevado a interpretaciones divergentes de la historia maya, aunque están bien establecidos los rasgos fundamentales.[20]

La complejidad y la perfección alcanzada por la civilización maya, que apenas hemos esbozado, ha desafiado la imaginación de los exploradores y de los hombres de estudio. Profetas y visionarios han forjado extravagantes teorías acerca del origen de los mayas en con-

CUADRO SINÓPTICO I

PRINCIPALES SECUENCIAS CULTURALES EN NORTE, MESO Y SUD-AMÉRICA

Fechas aproximadas	NORTEAMÉRICA		MESOAMÉRICA						SUDAMÉRICA		*Fechas aproximadas*
	Sureste de EE.UU.	*Suroeste de EE.UU.*	*México Central*	*Cholula*	*Oaxaca*	*Veracruz*	*Tierras Altas Mayas*	*Tierras Bajas Mayas*	*Perú Costa Norte*	*Perú Montes altos del Sur*	
			PERÍODO MIXTECA-PUEBLA								
1600		Pueblo V									1600
1500	Mont. de templo II		Azteca 4	Cholula 5	Monte Albán 5		Chipal 3		Chimú sup. más-Inca		1500
1400	Mont. de templo I	Pueblo IV	Azteca 3			Cempoala		Chichén Itzá 3	Inca Conquista	Inca	1400
1300	Mont. mortuorio II		Azteca 2	Cholula 4					Chimú superior		1300
1200	Mont. mortuorio I	Pueblo III	Azteca 1				Chipal 2	Chichén Itzá 2		Inca Conquista	1200
1100			Mazapan	Cholula 3		Cerro Montoso			Negro-Blanco-Rojo		1100
			ÚLTIMAS CIVILIZACIONES INDEPENDIENTES								
1000	Etapas primitivas	Pueblo II	Teotihuacán 5		Monte Albán 4		Chipal 1	San José 3-5		Tiahuanaco decadente	1000
900			Teotihuacán 4			Ranchito de las Ánimas	Chamá 4	Uaxactún 3	Tiahuanaco		900
800		Pueblo I	Teotihuacán 3			Tres Zapotes 3	Chamá 3	Holmul 5	Gallinazo-Chavín II	Chiripe	800

			CIVILIZACIONES COMPLETAMENTE INDEPENDIENTES								
700					Monte Albán 3		Kaminaljuyú		Chimú inferior B	Pukara	700
600		Basket Maker III	Teotihuacán 2	Cholula 2			Chamá 2	San José 2		Tiahuanaco clásico	600
500								Holmul 2-4 Uaxactún 2			500
400		Basket Maker II	Teotihuacán 1 Cuicuilco Ticomán Gualupita 2		Monte Albán 2	Tres Zapotes 2	Chamá 1	Holmul 1	Chimú inferior A		400
			CULTURAS MEDIAS								
300		Basket Maker I(?)	Gualupita 1	Cholula	Monte Albán 1	Tres Zapotes 1		Uaxactún 1b	Chavín I	Tiahuanaco inferior	300
200			Copilco-Zacatenco			La Venta					200
100			Zacatenco inferior				Miraflores	Uaxactún 1a			100
0			El Arbolillo I inferior								0
100											100
200											200
			CULTURAS PRIMITIVAS								
1000											1000
2000		Culturas del desierto (?)									2000
5000		Cochise								Cavernas Argentinas	5000
10000		Folsom									10000
20000											20000

tinentes perdidos, como la Atlántida o Mu. Críticos más serios los consideran como americanos por su origen y les atribuyen la invención y propagación de la Cultura Media americana. Sin embargo, en vista de los problemas de correlación no resueltos, parece más justo considerar a los mayas como los que llevaron a su más alto grado una civilización que compartieron con sus vecinos, sin que ello implique una mayor antigüedad.[21]

Las excavaciones y el estudio de los restos arqueológicos de la zona maya, revelan un desarrollo cultural que comenzó en el nivel de la Cultura Media y pasó por largos períodos de desarrollo local grandemente estilizado, que sólo se suspendió por una súbita decadencia y por la intrusión de prácticas culturales provenientes del centro de México. (Ver cuadro I.) Este nivel no es uniforme: la cerámica y las figurillas difieren tanto en estilo y en el material, que sugieren que fueron elaboradas por tribus sin relaciones entre sí.

Estas formas de Cultura Media se volvieron gradualmente más amaneradas a medida que el pueblo comenzó a construir templos, a levantar registros de tiempo de piedra y a desarrollar un arte religioso maduro. En este período civilizado se acentúan con fuerza las diferencias de estilo que se observan en los niveles de la Cultura Media. Sin embargo, las vasijas de barro hechas en un sitio se han encontrado como objetos de trueque en otro, de tal manera que en términos generales sabemos que las culturas locales fueron contemporáneas. Un gran número de construcciones, y en algunos lugares las profundas capas de desechos, sugieren la idea de que este período de tiempo fue muy largo. Cualquiera que sea la fecha en que cristalizara esta época civilizada, ya fuere en los años anteriores a la era cristiana, en los siglos inmediatos siguientes o en el siglo v de nuestra era, de acuerdo con la correlación que se adopte para el calendario maya, de fuentes tradicionales sabemos con seguridad que aproximadamente en el siglo xii de nuestra era unas tribus de estirpe mexicana se trasladaron al país de los mayas, donde fundaron varias dinastías locales. Este movimiento se refleja en las ruinas arqueológicas que muestran influencias del complejo cultural Mixteca-Puebla y revelan una degeneración de la civilización local de la tribu.[22]

Con anterioridad a la infiltración mexicana del siglo xii, la región maya contenía pueblos que hablaban diferentes dialectos y que tenían distintos estilos regionales en su cultura material. Su religión y su calendario eran, sin embargo, esencialmente los mismos en toda el

área. En la tierra firme de México encontramos que los grupos regionales de población no sólo tienen diferentes artes sino también concepciones teológicas diversas. Con todo, estas civilizaciones mexicanas, como la de los mayas, tuvieron sus raíces en las Culturas Medias y desaparecieron al final, por las influencias Mixteca-Puebla.

Los descubrimientos recientes del sur de Veracruz y de Tabasco sugieren una tentadora explicación del origen de la civilización media americana. En Tres Zapotes y en La Venta se encuentran grandes centros religiosos donde hay enormes cabezas de piedra y fórmulas religiosas y de cómputos del tiempo, inscritas en jambas y en estelas. Pequeñas figuras de barro hechas a mano siguen las pautas estéticas de la Cultura Media; pero algunos tipos reflejan el modelado más acabado de la escultura de piedra. El arte religioso representa extraños seres cuyas caras son a veces hinchadas e infantiles, a veces reproducciones grotescas de rostros de monstruos semejantes a tigres. (Véase Lám. 3.) Este arte ha sido llamado olmeca, tomando el nombre de un pueblo inteligente y civilizado que, según se cuenta, vivía en esa región, pero cuyos trabajos manuales nunca han sido identificados con seguridad.[23] (Véanse Láms. 3-4.)

La escultura tiene relaciones con otras artes tribales que sugieren una gran antigüedad. La máscara como de tigre tiene grandes analogías con las decoraciones estucadas del templo más antiguo del centro maya de Uaxactún, edificio que no presenta ninguno de los rasgos característicos del arte maya. (Véase Lám. 4.) También se encuentran máscaras y rostros infantiles entre los primeros pobladores de Monte Albán, el gran centro religioso zapoteca de Oaxaca. El tipo "cara de bebé" ("baby face") se repite en figurillas procedentes de zonas de la Cultura Media Superior, en el Valle de México y otro parecido de figuritas marca también el fin del período de la Cultura Media Baja en esa zona. (Véanse Láms. 3, 8.)

Las afinidades existentes entre el arte olmeca y los niveles primitivos de cultura de la zona maya, la de Oaxaca y la del Valle de México, podrían sugerir la idea de que los primeros pasos hacia una civilización ritualista se dieron en el sur de Veracruz y de Tabasco, si no fuera por un rasgo muy desconcertante: los sistemas de escritura y del calendario eran los que empleaban los mayas, pero las fechas anotadas parecen ser anteriores a las que inscribieron en sus propios monumentos. Las futuras excavaciones indudablemente resolverán este problema que es como el antiguo acertijo de si fue primero la gallina o el huevo.

La mayoría de los eruditos cree que el arte olmeca fue posterior al maya antiguo y que sus creadores entendieron tan poco de la complejidad del calendario maya, que cometieron errores, dando una falsa impresión de antigüedad. Otros aseguran que la escultura primitiva es un argumento decisivo en favor de la antigüedad del arte olmeca y que las inscripciones son contemporáneas. Argumentan, además, que la posición de los olmecas entre los mayas, los zapotecas y otras tribus de diferentes estilos artísticos y sistemas de calendarios, indican la existencia de un centro desde el cual irradiaron esos elementos. Sin embargo, las investigaciones posteriores habrán de resolver estas cuestiones.

La excavación de Tres Zapotes revela que después del primer período los habitantes desarrollaron un estilo local bien definido que tenía relaciones con las llamadas culturas totonacas de la costa norte de Veracruz. Este período parece haber sido muy extenso, a juzgar por el gran número de construcciones de montículos y de la cantidad de cerámica y figuritas desenterradas. En la época final se filtra la influencia mexicana, que viene a ser un testimonio de la expansión de los pueblos de idioma náhuatl de la mesa central. Como las exploraciones en Tres Zapotes no han concluído aún, no podemos todavía sintetizar las conclusiones finales relativas a las asociaciones históricas y culturales de los ocupantes de este lugar. Sin embargo, su pauta evolutiva siguió las mismas líneas que hemos anotado antes. (Véase Lám. 10.)

En las tierras altas de Oaxaca, hacia el sudoeste de la región olmeca, floreció otra civilización local, la de los zapotecas. En Monte Albán, su principal centro ceremonial, se han hecho muchas excavaciones. Cubre una pequeña montaña aplanada y en terrazas que toma la forma de una gigantesca plataforma natural que sirve de base a construcciones menores, tales como templos y canchas de pelota. Las cinco épocas de ocupación revelan la misma historia cultural que hemos bosquejado antes; pero los estilos artísticos y la escritura zapotecos, eran muy diferentes de los de sus vecinos orientales.[24]

Monte Albán en su primera época fue la patria de un pueblo que hacía alfarería y figurillas del tipo correspondiente a la Cultura Media. Estaba lo bastante adelantado para levantar plataformas para sus templos y esculpía en relieve figuras humanas que recuerdan el arte olmeca para decorar sus edificios. Algunos de ellos tienen jeroglíficos que sugieren nuevas relaciones con Veracruz y dos deidades olmecas,

el dios infantil y el dios tigre, aparecen representados en vasos rituales de la época; pero una fase posterior revela una desviación gradual de la influencia olmeca. Se inscribieron piedras en una escritura característica y se hacían cálculos calendáricos, no con la esmerada "cuenta larga" de los mayas, sino en un sistema abreviado que indicaba las fechas en ciclos de cincuenta y dos años de duración. También el arte sugiere vagamente una influencia maya y algunas formas de vasos recuerdan formas encontradas en los primeros períodos de la historia maya. (Véanse Láms. 8-9.)

La tercera y cuarta épocas de Monte Albán fueron de larga duración. Los zapotecas llegaron a ser menos susceptibles a las influencias extrañas y desarrollaron una teología y un arte marcadamente regionales. Hacia fines de este período parecen estar en contacto con pueblos del norte, como los toltecas del centro de México, y su cultura sufrió una transformación en el quinto y último período. Otro pueblo, el mixteca, llegó al Valle de Oaxaca y trajo consigo un arte nuevo, otros dioses y un nuevo tipo de calendario y de escritura.

Esta civilización religiosa posterior también se extendió en la región maya por miembros de una estirpe de lengua totalmente diferente, el náhuatl, y alcanzó su grado más alto entre los aztecas del centro de México. Las investigaciones no han llegado al grado de poder identificar a los fundadores de esta civilización. Parece comprobado que su lugar de origen tiene su centro en las tierras de los mixtecas, al norte de Oaxaca, y en el territorio de las tribus nahuas en Puebla. Así es que llamar esta civilización Mixteca-Puebla (véase Lám. 11) e identificar a sus últimos representantes con el nombre de su tribu, cuando éste se conoce, parece ser el mejor medio de reconciliar la historia cultural con la política. De manera muy semejante empleamos el término civilización occidental para designar los elementos culturales comunes a las naciones de Europa y de América. (Véanse Láms. 7, 11 y 12.)

En el centro de México, en la frontera noroccidental de la zona de alta civilización, encontramos el mismo orden de sucesión que hemos expuesto para los mayas, los olmecas y los zapotecas. Primero hubo una larga ocupación de la Cultura Media; en segundo lugar ocurrió un cambio en la cultura por el cual otro grupo, básicamente de Cultura Media, dio los primeros pasos hacia un *status* civilizado, como se demuestra por la presencia de montículos y por la representación escultórica de uno o dos dioses. De una rama de esta Cultura

Media Alta se desarrolló una tercera fase, una majestuosa civilización llamada Teotihuacán o Tolteca Clásica, que fue superada por sus contemporáneos del sur sólo por su mayor adelanto en la escultura y en el calendario religioso. Un cuarto intervalo en la historia del Valle de México fue conocido como Período Chichimeca y comprende una fase de decadencia, cuando se desintegraron los toltecas de Teotihuacán y las tribus emigrantes compitieron unas con otras por la supremacía. Finalmente, en una quinta época, los pueblos Mixteca-Puebla introdujeron la civilización ritual, que culminó con la dominación de los aztecas.[25]

Los aztecas y sus antepasados se desarrollaron en el perímetro externo de una zona intensamente civilizada en la que la historia cultural de sus diferentes pueblos parece haber sido muy semejante. Después de un largo período de exploración y experimentación, cuyo curso tenemos que reconstruir con nuestro conocimiento de la arqueología y de la etnología de las culturas sobrevivientes de la América del Norte, algunas de las tribus llevaron la vida sedentaria típica de la Cultura Media, basada en la agricultura. Esta economía persistió durante muchos siglos y en algunos lugares nunca se modificó. Sin embargo, en algunas partes de Guatemala o del sur de México, la concepción de un centro religioso para prácticas rituales cambió el antiguo módulo de vida. Como hemos visto, las circunstancias propias de las regiones cubiertas de bosques parecerían ofrecer las razones más poderosas para semejante práctica; aunque también se extendió por las regiones de la altiplanicie.

A esta arquitectura religiosa siguieron de cerca la definición ritual de los dioses y un sistema de calendario, elaborado en distintos grados y unido muy de cerca a su culto. El desarrollo de estas prácticas siguió lineamientos tribales, creando estilos artísticos regionales y modificaciones religiosas características. Parece existir una correlación entre la evolución de los estilos tribales y la diseminación de una población en aumento. Sin embargo, en un principio no parece que estas poblaciones hayan tenido un contacto lo bastante estrecho para modificar específicamente los módulos y estilos de las culturas de cada una. Con el tiempo esta fase prolongada de civilización independiente terminó con un desarrollo de ideas y de pueblos, derivados del centro de México, que continuó durante los últimos cuatro siglos anteriores a la conquista española.

Es difícil hacer cálculos de tiempo, por carencia de fechas espe-

cíficas; no obstante esto, conceder ocho siglos de duración a las civilizaciones independientes no parece excesivo, y suponer un período de tiempo semejante para las fases de la Cultura Media parece correcto dentro de los linderos de lo probable. Con todo, pueden haber transcurrido varios miles de años entre las primeras inmigraciones a América y el establecimiento de poblaciones con agricultura sedentaria, como las de las Culturas Medias.

Evidentemente los ritmos de desarrollo no son los mismos en todas las zonas. Las condiciones del medio ambiente tuvieron un efecto profundo en el progreso de los indios americanos, y las causas que determinan la elevación y la decadencia del coeficiente de la natalidad tuvieron igualmente influencia en su historia. Las fuerzas que dan lugar a la invención y al desarrollo de las técnicas, el *status* de las diversas sociedades tribales y muchos otros factores importantes deben haber influído en esta evolución histórica; pero es casi imposible reconstruirlas con los testimonios mudos de los restos arqueológicos.

Supuesto que la historia de los aztecas y la de sus antepasados se conoce mejor que la de ninguna otra población india de América, vale la pena ver con qué exactitud podemos reconstruir las fuerzas ambientales, sociales y económicas que influyeron sobre ella. Las fuentes indias y las españolas iluminaron el período azteca y confusas tradiciones proyectan una débil luz en la decadencia y caída de los toltecas de Teotihuacán. Sólo en el caso de los pueblos de Cultura Media tenemos que confiar únicamente en los residuos materiales; sin embargo, en el Valle de México las profundas capas de desechos acumulados a través de los siglos nos proporcionan un documento más detallado y más susceptible de interpretación que en cualquiera otra parte de la América Media. La historia de los aztecas y de sus antepasados presenta, por lo tanto, en un pequeño espacio, las tendencias principales que presidieron el desarrollo de la civilización media americana.

II

Las culturas medias en el Valle de México

Ensayo de interpretación de la historia y de la sociedad de los pueblos más antiguos hallados en el centro de México, por sus restos arqueológicos

Los primeros pueblos del Valle de México de que tenemos conocimiento vivieron en el plano de la Cultura Media, en los siglos inmediatamente anteriores y siguientes al nacimiento de Cristo. Ocupaban aldeas permanentes, se mantenían sobre todo de los productos de sus campos, hacían utensilios apropiados de piedra, de hueso y de barro, y modelaban pequeños ídolos de tierra cocida. Su nivel de desarrollo estaba a medio camino entre una sociedad relativamente primitiva que vive de la caza o de la agricultura y los sistemas social y técnico más complicados de la civilización ritual. En el Valle de México existieron dos asentamientos de este tipo que podemos diferenciar como Bajo y Alto. Los pueblos de las Culturas Medias Altas introdujeron los montículos rituales, o plataforma, y en ocasiones hicieron representaciones de los dioses concebidas de acuerdo con las reglas de sus ritos; mientras que la población Media Inferior seguía un simbolismo religioso más sencillo.[1] (Véase Lám. 13.)

En aquella época el Valle de México era un lugar magnífico para vivir. Altas cadenas de montañas circundan un fértil valle, situado a dos mil metros sobre el nivel del mar, en el que existía un gran lago salado, el de Texcoco, alimentado al sur por dos lagunas de agua dulce, la de Xochimilco y la de Chalco, al noroeste por otras dos, la de Xaltocan y la de Zumpango y al noreste por un perezoso arroyo, el río de Acolman, que recogía las aguas del fértil valle de Teotihuacán. Los lagos eran poco profundos y sus riberas pantanosas pobladas de juncos atraían una prolífera afluencia de aves salvajes. En las boscosas laderas de las montañas abundaba el venado. Gruesos depósitos aluviales, ideales para la agricultura primitiva, eran depositados durante la estación de las lluvias en las riberas del lago.

Lámina 1. EXCAVACIONES EN LA ZONA CENTRAL DE MÉXICO

Exploraciones realizadas por el sistema de cubicación en Tlatilco, lugar cercano a la ciudad de México que pertenece a la cultura arcaica.



LÁMINA 2

FIGURAS DE BARRO ENCONTRADAS EN TUMBAS DE LA REGIÓN DEL OCCIDENTE DE MÉXICO

Arriba: perrillo cebado. Este animal era comestible, no tenía pelo y es el antecesor del enano chihuahueño moderno. *Abajo:* cargador o tameme. Esta figura es un buen ejemplo de la plástica realista que se cultivó en esa región. La sencillez de la ejecución se compensa con la cordial identificación del artista con su tema.



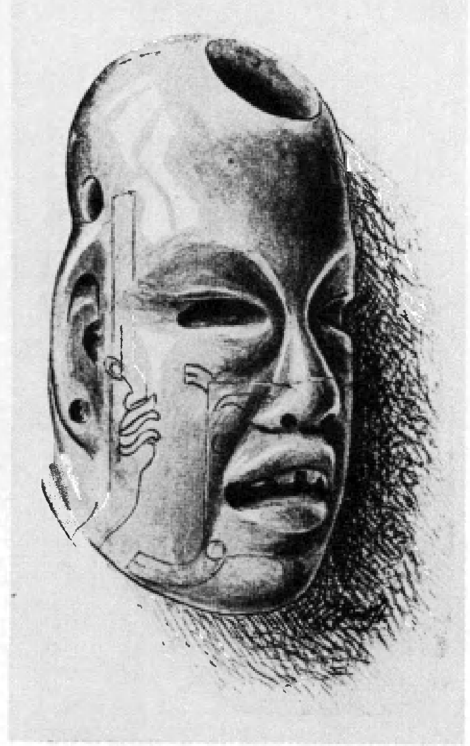


LÁMINA 3

ESCULTURAS DE ESTILO "OLMECA"

Arriba, izq.: figura de barro procedente de Gualupita, Morelos. *Arriba, der.:* cuenta de jade procedente de Chiapas que muestra un estilo similar. *Abajo, izq.:* máscara de piedra que representa a un dios tigre. *Abajo, der.:* tigre de jade procedente de Necaxa, Puebla; constituye un magnífico ejemplo del trabajo artístico del jade. Nótese la alusión al tigre que también aparece en el grabado anterior.







LÁMINA 4

ESCULTURAS DE ESTILO "OLMECA" Y MAYA PRIMITIVO

Arriba: placa de porfirita procedente de Tabasco. Probablemente representa al mismo dios tigre de la lámina 3. *Abajo:* Templo E VII-sub de Uaxactún después de la excavación que lo puso al descubierto. La estela, o cómputo de tiempo esculpido en piedra que aparece a la izquierda, ostenta la fecha más antigua encontrada en la zona maya.

LÁMINA 5

ARQUITECTURA Y ESCULTURA MAYAS

Arriba: maqueta del Templo II, Tikal, área del Petén, Guatemala. Las figuras humanas que aparecen en la parte superior dan una idea de la escala de este monumento. La función del templo es casi puramente decorativa, y el grosor de basamento y muros reduce el tamaño de la cámara hasta llegar a punto de convertirla en simples hendeduras. *Abajo:* escultura que representa a un dios, quizá el del maíz; procede de Copán, Honduras. En las figuras de este tipo puede verse el completo dominio que los artistas mayas tenían sobre la escultura de bulto. *Abajo, der.:* cabeza procedente de Palenque que ostenta el mismo dominio de las formas patente en la figura anterior.

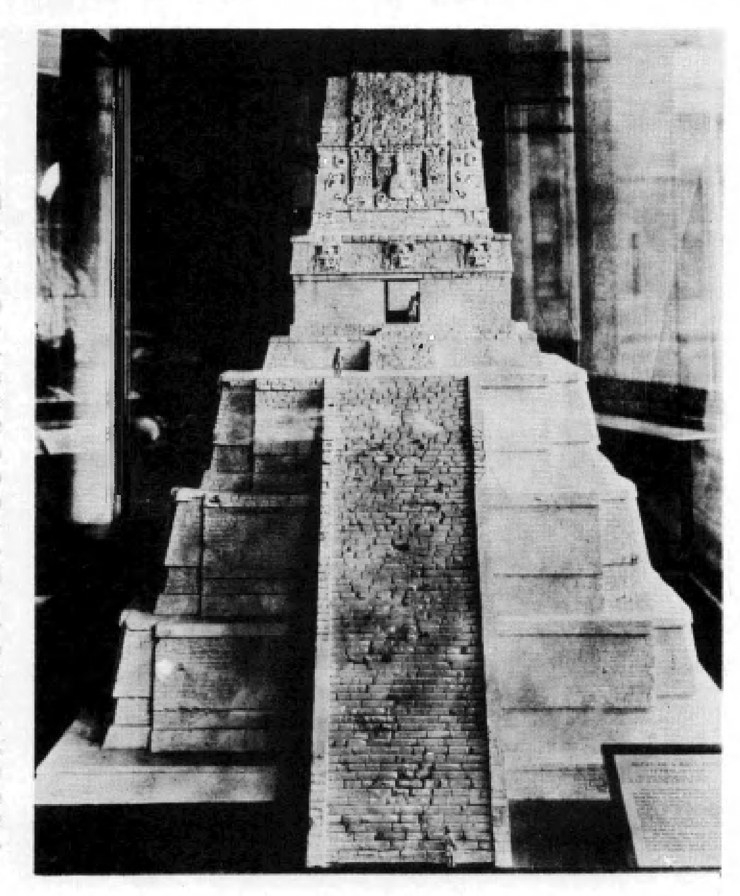








LÁMINA 6

ARQUITECTURA Y ESCULTURA MAYAS DEL NUEVO IMPERIO

Arriba, izq.: figura en bajo relieve procedente de Jonuta, Tabasco. Constituye un ejemplo magnífico del arte maya. Puede notarse el contraste entre la dignidad del personaje arrodillado y el vívido realismo del papagayo. *Abajo:* Templo del Adivino, Uxmal, Yucatán. En la arquitectura maya del Nuevo Imperio se amplió el tamaño de los recintos y se recargó la decoración sobre las fachadas.

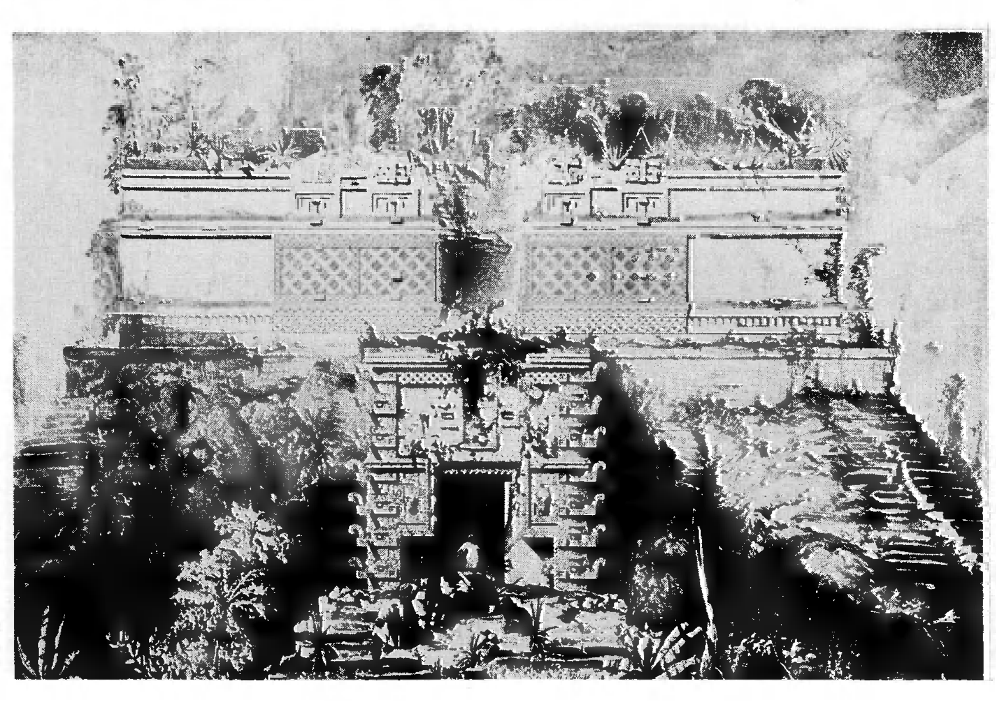




LÁMINA 7

PINTURA MAYA

Arriba: detalle de los frescos de Bonampak, Chiapas. La escena representa una danza ritual dedicada probablemente al dios del agua (nótese que los sacerdotes ostentan atributos de animales acuáticos). *Abajo:* detalle de un muro de Chichén Itzá pintado al fresco, probablemente en la época de influencia mexicana en Yucatán. En él aparecen unos guerreros que asaltan una población y hacen prisioneros. Quizá recuerda los días aciagos de la invasión mexicana.

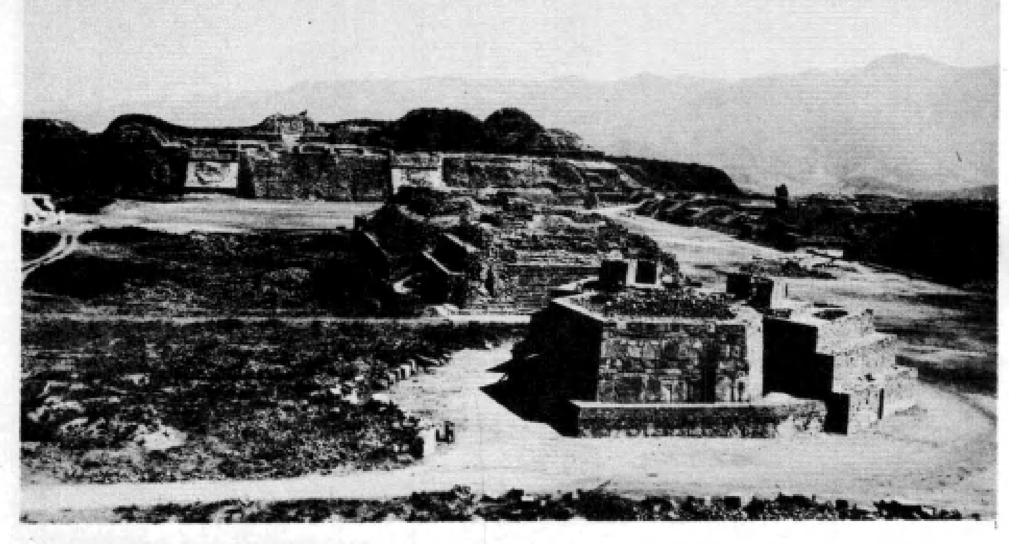




LÁMINA 8. ARQUITECTURA Y ESCULTURA ZAPOTECAS, OAXACA, MÉXICO

Arriba: ruinas de Monte Albán, Oaxaca. Esta ciudad fue el gran centro ceremonial de los zapotecas; para construirlo fue necesario formar terrazas en una colina a fin de hacer lugar para templos y tumbas. *Centro y abajo:* los llamados "danzantes", bajorrelieves pertenecientes al período Monte Albán I. El estilo artístico de esa época tiene ciertas semejanzas con el estilo "olmeca". Los glifos que aparecen junto a la figura del centro demuestran que se conocía la escritura.

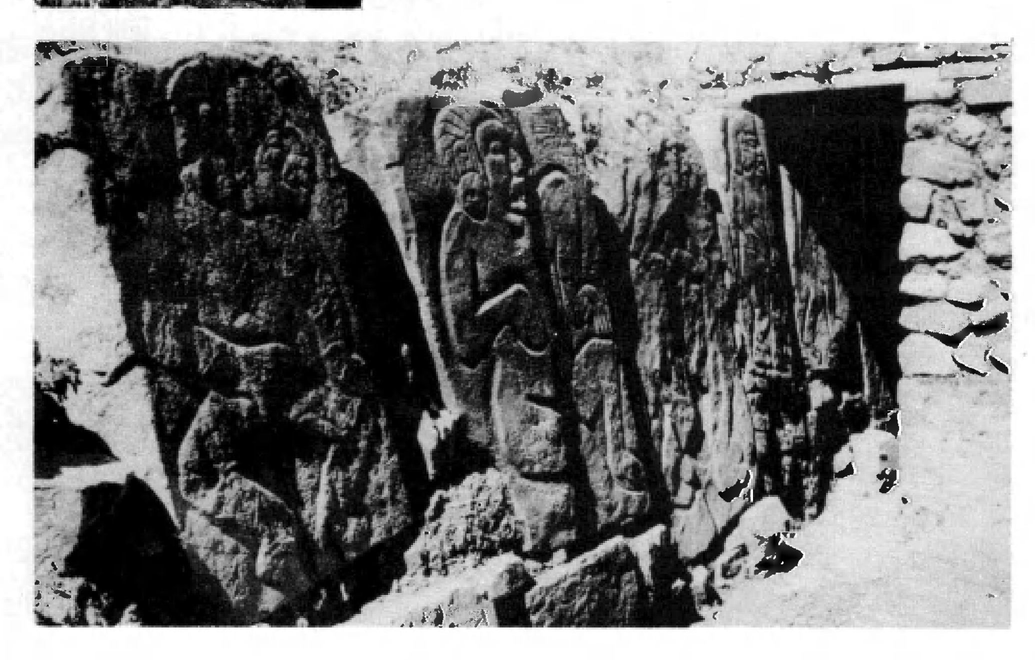




LÁMINA 9. ESCULTURA ZAPOTECA EN BARRO

Urna funeraria procedente de Monte Albán, Oaxaca. Nótese el mascarón que lleva sobre la cabeza, que representa probablemente al dios murciélago.



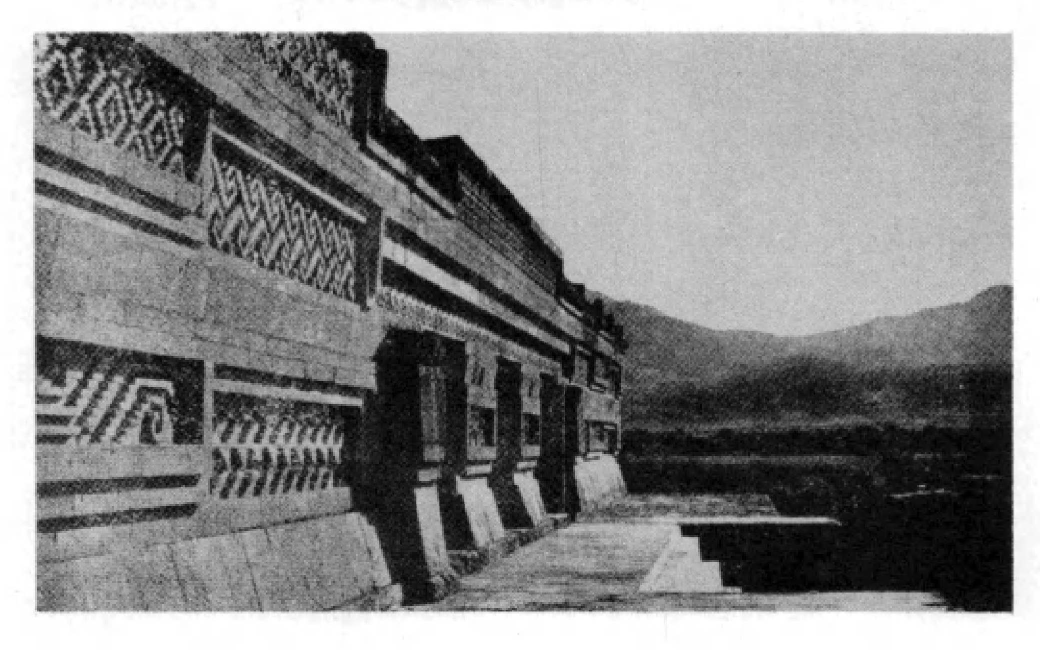


LÁMINA 10. ESCULTURA TOTONACA, VERACRUZ

En el Estado de Veracruz se han encontrado admirables figurillas que indebidamente se agrupan bajo este mismo nombre común. *Arriba, izq.:* escultura en piedra del tipo "palma"; no se sabe qué función desempeñaba; representa un pavo silvestre muerto. *Arriba, der.:* reverso de un espejo de pizarra cuya parte anterior estaba probablemente cubierta de pirita de hierro, que reflejaba la luz. *Abajo:* maqueta de la pirámide del Tajín, Papantla. Los nichos contenían ídolos y el templo estaba en la parte superior.

LÁMINA 11. ARTE DE LA MIXTECA-PUEBLA

Esta cultura predominó después del siglo XI y ejerció una vasta influencia sobre los diversos estilos que aparecen en las láminas anteriores. *Arriba:* una página del Códice Nuttall que representa guerreros atacando una población levantada sobre un lago. La tira que aparece en la parte superior de la izquierda representa los cielos, en tanto que los demás símbolos indican el nombre y la cifra correspondiente al día del nacimiento de los personajes. *Abajo:* Templo o Palacio de Mitla, el más grande de los espacios techados de Mesoamérica.



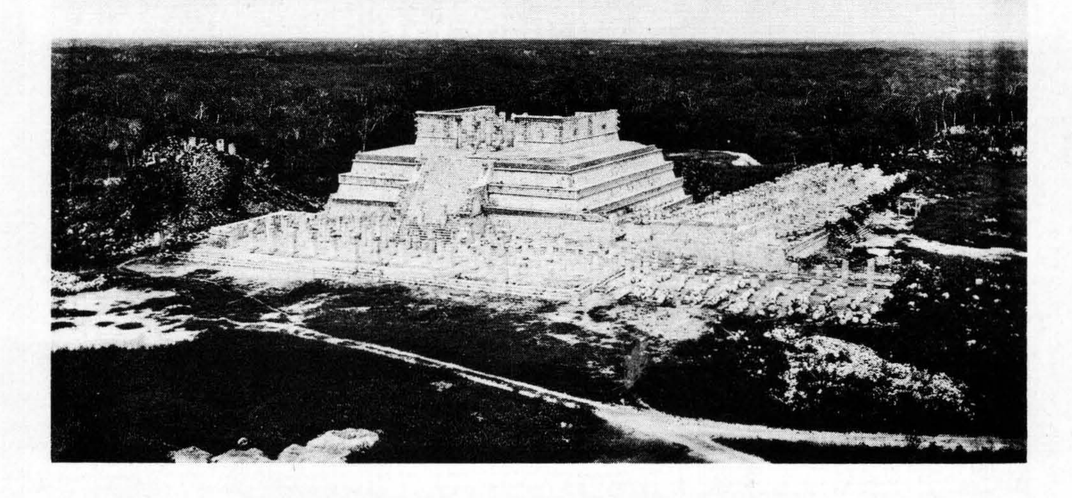


LÁMINA 12. INFLUENCIA MIXTECA-PUEBLA EN YUCATÁN

A fines del siglo XII unas tribus mexicanas conquistaron Yucatán y erigieron un centro ceremonial en la antigua ciudad maya de Chichén Itzá. *Arriba:* Grupo de las mil Columnas y Templo de los Guerreros. *Abajo:* Pirámide del Castillo, majestuoso templo en que aparecen mezclados elementos mayas y mexicanos y que forma la estructura central de la ciudad mexicana de Chichén Itzá.

Para asiento de las ciudades los pueblos de Cultura Media escogieron lugares cercanos al lago, donde podían aprovecharse mejor de sus recursos naturales y de los bosques y cultivar con mayor facilidad el maíz, el algodón y otras plantas. Una vez establecidos en un sitio adecuado permanecían en él durante mucho tiempo, suficiente para que se acumulara una capa de desechos de ocho metros en El Arbolillo y de cinco en Zacatenco.

Como sus casas no eran permanentes, no dejaron restos de cimientos, de pisos o de fogones. Pequeños fragmentos de barro quemado, con impresiones de varas, hace pensar que las habitaciones eran de ramas entretejidas cubiertas con lodo y con techos de paja, como las casas de las comunidades indígenas actuales de este mismo valle. Los habitantes no se inquietaban por ideas de sanidad o de limpieza cívica y arrojaban sus basuras en sus propias puertas. Pedazos de alfarería, huesos de animales y todos los desperdicios que el hombre arroja, fueron a dar al basurero; pero el elemento más conspicuo era la perfolla de maíz que, no existiendo animales domésticos, no servía para nada. Esta materia vegetal, al desintegrarse en la tierra, ocasionaba la formación rápida de basureros e indirectamente ha sido una ayuda para la investigación arqueológica, pues un objeto que cayera en este revoltijo quedaba tan definitivamente perdido como la proverbial aguja en el pajar. Aun los muertos iban a parar a estos vertederos, aunque no por falta de respeto de los supervivientes, sino porque las tumbas se excavaban con más facilidad con instrumentos de madera en la tierra blanda y revuelta de los montones de desecho, que en el suelo virgen.

Los mitos y los anales mexicanos no dan ningún indicio para la identificación de estos hombres o del lenguaje que hablaban. El estudio de sus esqueletos revela un pueblo de estatura media, de diversos rasgos físicos; pero no se ha acumulado suficiente material para indicar con precisión su origen. Los basureros, por inmundos que puedan haber sido, son verdaderos documentos históricos. Depositadas gradualmente a través de los años, las capas sucesivas descubren los diferentes tipos y estilos de los instrumentos y utensilios del pueblo.[2]

Las investigaciones arqueológicas se refieren a estos restos del asentamiento Bajo Medio del Valle de México, como la cultura Copilco-Zacatenco, designada así de acuerdo con los lugares en donde se estudió primero este material. La secuencia estilística también recibe su nombre de los lugares en donde primero se encontraron.

Se hizo referencia a ejemplares tanto de las fases Media Baja como Alta, con diferentes nombres, hasta 1917, en que las primeras excavaciones auténticas que definen el material de la Baja Media fueron hechas bajo la capa de lava de Copilco. En el invierno de 1928 a 1929 las excavaciones de Zacatenco mostraron que las ruinas de Copilco fueron una fase posterior de la historia del asentamiento de la época Baja Media del Valle de México. Dos años después las excavaciones de El Arbolillo mostraron profundas capas de material de Zacatenco Inferior, permitiéndonos distinguir tres etapas, de las cuales la primera, El Arbolillo I, precedió a Zacatenco Inferior.[3]

Así, la arqueología trabaja con dos clases de factores, los pueblos del pasado y sus restos materiales. Los términos empleados para distinguir a uno no siempre se aplican con exactitud al otro. Un estilo de cerámica puede ser muy útil e importante para definir la presencia de un pueblo en una época dada; pero es sólo un auxiliar para la reconstrucción de su historia. La formación del estilo no es un hecho histórico importante en sí mismo. La literatura técnica de la investigación arqueológica debe ocuparse de los métodos de reconstruir la historia india; pero semejantes hallazgos abruman al lector no especializado que, con toda razón, quiere conocer la historia misma.

Espero que esta digresión explicará el cuadro II en el que se sintetizan los testimonios materiales de la historia de los pueblos de Cultura Media Baja del Valle de México, los creadores de la cultura Copilco-Zacatenco. La historia de su vida parece haber sido pacífica, sin indicaciones externas de guerras o revoluciones. Hicieron numerosos útiles de piedra, cuya forma les era tan satisfactoria, que hubo pocos cambios en varios siglos. Emplearon la obsidiana o cristal volcánico para muchos usos; de esta piedra, dura pero frágil, podían sacarse, por percusión, puntas de flecha o raspadores y también largas y angostas hojas. Los fragmentos desechados podían emplearse sin retoques, pues los bordes de un fragmento acabado de romper son tan filosos como una hoja de afeitar. Las puntas de flecha, que necesitaban una elaboración cuidadosa, muestran cambios a través de los años, ocasionados por los adelantos técnicos. Por ejemplo, los trabajadores de la piedra en los últimos períodos descubrieron que haciendo muescas en el cabo de una punta de flecha podía adherirse ésta más firmemente al mango de madera. (Véase Lám. 16, centro.)

Los metates y las manos, las piedras de moler y los morteros em-

pleados para hacer harina de maíz, se hacían de piedra volcánica, y, habiéndose desarrollado de manera eficaz para su propósito, no cambiaron a través de los siglos. Las hachas eran raras y los ejemplares descubiertos están hechos de serpentina, de pórfido y de jade, piedras que no se encontraban en el Valle de México. Algunos ornamentos, a veces bellamente acabados, como una orejera o un pendiente, indicaban comercio y la existencia de culturas más adelantadas al sur de los límites del valle.

Los miembros de la tribu encontraron el cuerno de venado y el hueso muy útiles para diseñar diversas clases de utensilios, tales como percutores para trabajar la obsidiana, punzones para la perforación de pieles y para ayudar en el tejido de las canastas, y a veces hacían incisiones en el homóplato de un venado, para marcar un ritmo frotando una varilla sobre la superficie corrugada del hueso. Algunos ornamentos toscos de concha hechos de especies de la costa del Pacífico, atestiguan el comercio con el sur y con el oeste. Los trabajos en madera y cestería se han desintegrado totalmente, de tal manera que no podemos decir si usaron el arco o el *atl-atl* o cuál era su técnica en el arte del tejido. Sin embargo, sabemos con toda certeza que tejían y quizá fabricaban una tela de la celulosa, pues algunas de sus pequeñas imágenes de arcilla se representan usando turbante. Además, un pequeño fragmento de tela, milagrosamente conservada, estaba tejida con hilos de algodón en una dirección y fibras de apocynum en otra.[4]

Estos pueblos eran alfareros prácticos, y no se preocupaban demasiado por consideraciones estéticas. El noventa por ciento de sus vasijas eran jarros sólidamente construídos para guardar alimentos y para cocinarlos, de un color que recorría la gama del café claro al matiz del bayo. Primero hicieron cajetes negros con tres pequeños soportes, con un tosco dibujo geométrico inciso, que rellenaban de pintura roja. Más tarde estriaban un motivo, antes de aplicar el *slip* o pintura, práctica que los llevó, finalmente, a hacer hermosos dibujos grabados. En sus últimos tiempos abandonaron esta práctica, cambiaron la forma de las vasijas y, después de hornear los cajetes, grababan con un pedazo de obsidiana un modelo que tenía la misma relación con sus rígidas figuras geométricas anteriores que la que tiene la escritura a mano con la letra impresa. (Véanse Láms. 16, arriba, y 17, arriba.)

La decoración pintada no era muy popular. En una aldea deno-

minada Zacatenco existió, en el período antiguo, una manera de pintar dibujos blancos geométricos sobre barro rojo. Después este estilo se convirtió en la aplicación de un baño blanco a toda la vasija y se agregó un dibujo sencillo, parejo, en rojo. Hubo aún más experimentos, al ensayar diferentes tipos de baños; pero el cambio más importante consistió en la forma de los cajetes, que en los últimos períodos diferían ostensiblemente de las formas primitivas.

Esta impresión de soltura en el trabajo, no inspirada en anhelos artísticos, está confirmada por la abundancia de las pequeñas imágenes de barro horneado que se han descubierto, generalmente femeninas y que pueden haber representado una diosa madre, como símbolo del crecimiento y la fertilidad, concepción frecuente entre las ideas religiosas de la humanidad. Estas figuras no tenían valor por sí mismas, puesto que casi siempre se encuentran rotas y tiradas en los basureros. Al parecer se desarrollaron estilos característicos en las diferentes regiones. Entre las figurillas de fabricación local, mucho más numerosas, hay algunas que son comunes en otras partes, así que si los pequeños ídolos no fueron objeto de comercio, deben haber sido traídos por peregrinos. Cuando pensamos en el cuidado con que fueron hechas estas figuras, pese a su ingenuidad, y cómo los ídolos de barro se hicieron en épocas posteriores para representar a dioses determinados, tenemos que llegar a la conclusión de que aun en esta fecha primitiva tenían un significado religioso.

El escultor primitivo no trabajaba la piedra o la madera, sino la arcilla; sus figuras eran pequeñas, raras veces de más de seis pulgadas de alto. Su método consistía en modelar primero la cabeza y el torso, agregando después los detalles, como los brazos y las piernas, la nariz, los ojos y los oídos, pegando pequeños pedazos de arcilla. Después se horneaba la figura y con frecuencia después de hecho esto se pintaban la cara y el cuerpo con dibujos ornamentales. El escultor se esforzaba por obtener un efecto natural, más bien que por someterse a un convencionalismo estricto. Sin embargo, la uniformidad en los métodos de hacer las cosas produjo estilos que varían de una tribu a otra, por cambios en la moda, o en el desarrollo técnico, y por degeneración. (Véase Lám. 14, abajo.)

En nuestro mundo moderno estamos acostumbrados a formas artísticas afectadas y egocéntricas. Objetivamente consideradas, estas figurillas de la Cultura Media Inferior son regordetas y toscas. Cuerpos pequeños y gordos, narices hinchadas, ojos saltones y brazos y

piernas cortos y gruesos, no son características de una forma armoniosa, de acuerdo con nuestra manera de pensar. Sin embargo, observando una de estas figuras y siguiendo cada uno de los pasos de su factura, se tiene la impresión de una intensa seriedad; y se concibe todo un mundo de ideas limitado por la carencia de facilidad técnica de expresión. Una persona perspicaz a veces percibe un mundo preñado de brillantes fantasías en los pobres garabatos de un niño. En el fondo de estas figurillas debe haber existido una austera realización del ritmo complejo del nacimiento, del crecimiento y de la muerte en la naturaleza, compendiados en el milagro de la mujer y del nacimiento de los hijos. (Véase Lám. 14, arriba.)

El proceso de la experimentación continuó a través de la primera parte del Período Medio Inferior. El observador atento puede ver cómo ciertas formas de representación dominaban, de cuando en cuando, el interés del escultor. El trabajo de un grupo de pueblos difería del de otro y parece que hubo intercambio de figuras entre las diversas comunidades. Quizá el tipo más atractivo desarrollado en esta era tenía su centro en Puebla y en Morelos; pero gustó tanto a los pobladores del norte del Valle de México, que se ha encontrado en casi todas las aldeas un pequeño pero persistente número de ellas. Estas figurillas, en contraste con el porte de matronas de las imágenes locales, tienen cierta gracia juvenil. Son demasiado características y difieren demasiado de las formas del norte del valle para haber sido copias hechas por los artistas locales. (Véase Lám. 15.)

Sin embargo, con el correr del tiempo, la importación de otro nuevo estilo (tipo A), estimuló adaptaciones locales. Esta escultura reproducía, en proporciones relativamente exactas, los contornos redondeados de la cara centroamericana. El artista, mediante la fijación de pequeñas porciones de barro en incisiones, figuraba las curvas de la nariz y de los labios con más exactitud en relación a los planos de la cara. No se han descubierto prototipos de este nuevo estilo en el Valle de México; al parecer, se debe originalmente a los escultores de Tres Zapotes, durante la primitiva ocupación olmeca. Su introducción en el valle produjo también cambios característicos en la forma y decoración de algunos tipos de cajetes de barro y tuvo un efecto marcado en la tradición local del modelado en arcilla. Los esmerados métodos de las obras primitivas se descuidaron por el modelado negligente de las formas planas toscamente convencionales. Uno de los estilos contemporáneos era tan imperfecto que su apariencia grotesca

puede haber sido intencional. Otra forma graciosa desarrollada en esa época era un ser bicéfalo que debe haber representado algún dios o personaje mitológico.

Así, pues, a juzgar por los restos materiales, los pueblos de la Cultura Media Inferior vivieron siglos y desarrollaron sus propias técnicas, sin recibir mucha influencia de los demás pueblos. Más tarde muestran, súbitamente, signos de estar muy influídos por grupos extraños, de los cuales tomaron un estilo artístico y nuevos modelos de alfarería. La importancia social de este cambio tipológico es difícil de interpretar. (Véase Lám. 17, arriba.)

La historia del arte es también la historia de los artistas, que en una comunidad primitiva no forman una clase especializada, sino que son el pueblo mismo. Cuando se crea un arte con propósitos religiosos, el desarrollo del contenido de la religión y las exigencias del ritual son tan importantes como la evolución de la técnica artística. Estas pequeñas figuras, juzgadas por las normas de las grandes artes del mundo, son ejemplos débiles y engañosos del proceso social que, en nuestra propia cultura, llamamos estético. Así como la disección de una rana lleva a la comprensión biológica de organismos más evolucionados, así podemos ver cómo el arte plástico de esta Cultura Media Inferior pasa de un período de convencionalismo a uno de experimentación, para volver a estancarse en el convencionalismo. El contacto con una fuente extraña de inspiración produjo una nueva forma de representación que puede haber opacado el interés por las técnicas antiguas. Tales cambios rítmicos aparecen con frecuencia en la historia del arte.

El significado religioso de las figurillas es menos inteligible. Un concepto común en las religiones de los pueblos agrícolas, es el de un elemento femenino o fuerza creadora, ligado con el crecimiento y la fecundidad. Una diosa simboliza a menudo esa creencia, ya que con frecuencia el hombre recubre los procesos de la naturaleza con sus atributos y móviles propios. Las pequeñas figuras de barro de Zacatenco y El Arbolillo, siempre representan mujeres, algunas de las cuales llevan niños en sus brazos; pero ni siquiera dos llevan exactamente el mismo vestido. Algunos ejemplares excepcionales tienen dos cabezas.

Estas pruebas son insuficientes para hacer deducciones, pero es lo único con que contamos. Ignoramos qué elementos teológicos, filosóficos y religiosos encerraban estas esculturas. Los indígenas

pueblo modernos del sudoeste de Estados Unidos tienen pocos objetos rituales que puedan sobrevivir a la destrucción y, sin embargo, estos objetos no dan en absoluto una idea de toda la complejidad de la religión y del ritual que este grupo posee. Por lo tanto, la tosquedad de su equipo ritual que sobrevive, no nos permite hacer la deducción precipitada de que los pueblos de Cultura Media Inferior carecían de desarrollo religioso.

La única indicación adicional de las prácticas religiosas de este período es el tratamiento a los muertos. Eran enterrados, pero raras veces se ajustaban a un plan fijo: algunos encogidos, otros extendidos, y no solía haber entierros colectivos. Sin embargo, a veces había entierros múltiples, y las diferencias de edad y de sexo de los ocupantes de una tumba sugieren el entierro de una familia. Los esqueletos exhumados no tienen señales de muerte en la guerra o por sacrificio; las enfermedades no han dejado huellas; pero más de la cuarta parte de los muertos eran niños, pocos llegaban a la vejez. A menudo los entierros se asocian con ofrendas, como vasijas, útiles, armas y ornamentos; pero la prosperidad en la vida puede haber tenido algo que ver con esta práctica. En El Arbolillo la mitad de los muertos, independientemente de la edad y el sexo, tenían ofrendas; pero en Zacatenco, distante menos de ocho kilómetros, sólo a uno de cada dieciocho se le honraba de esta manera. Los dolientes cubrían algunos de los cadáveres con pintura roja hecha de hematita. En el de un hombre dejaron sus ornamentos de mosaico de turquesa y enriquecieron el de un tierno infante con dos orejeras de jade y dos vasijas de barro, ofrenda sin precedente que hace pensar en un dolor excepcional de los padres, o en su riqueza. Algunos de los muertos eran arrojados en fosas superficiales, en tanto que a otros los extendían en tumbas formales, cubiertas y techadas con losas de piedra y con piso de arena.[5]

Estos restos no nos dicen cuál era el régimen de gobierno de estos pueblos de Cultura Media Inferior. Sólo se bosqueja débilmente su economía, que consistía en la caza, la agricultura y un poco de comercio con el sur. Al parecer se admitían diferentes clases sociales, puesto que los entierros difieren en riqueza de ofrendas, y la mayoría de las gentes rendía honores a los muertos en la misma medida que prestigio a los vivos. El curso de la vida era, en términos generales, pacífico; pero la naturaleza parece haber intervenido a veces con violencia. En Zacatenco el nivel del lago subió de pronto, precisa-

mente al comienzo del último período. Aún no está claro si los cambios en los estilos artísticos fueron introducidos por refugiados, arrojados de sus hogares por la subida del nivel del agua, o si se debieron a modas y costumbres provenientes de lugares alejados. Algunas comunidades habitadas hacia el fin de este período fueron abandonadas a medida que las inundaciones locales las arrasaron, sellando los restos bajo varios pies de sedimento.[6]

Sin embargo, de pronto, el pueblo de Cultura Media Inferior desapareció y sus estilos tradicionales no persistieron en los períodos posteriores. Ocuparon su lugar inmigrantes que crearon la Cultura Media Superior de Cuicuilco-Ticomán, que toma su nombre de Cuicuilco, el gran montículo erigido para honrar a sus dioses, y de Ticomán, el asiento de su ciudad estudiado con más detalle. (Cuadro sinóptico III.)

La Cultura Media Superior se desarrolló en el Valle de México, en Morelos, Puebla, Michoacán y en Veracruz. Ya existía en Morelos, al sur del Valle de México, durante las fases posteriores de la Cultura Media Inferior. En tanto que los estilos Copilco-Zacatenco desaparecieron de pronto, persistieron las técnicas de la Media Superior en la civilización más reciente de Teotihuacán y en las culturas avanzadas del occidente de México. El arte Medio Superior tenía fuertes variantes locales, en contraste con la unidad del Inferior; sin embargo, las Culturas Medias Superiores fueron la base de la civilización religiosa de los toltecas de Teotihuacán y por ello ocupan un lugar importante en la historia de México.[7] (Véase Lám. 13.)

Un escaso número de objetos desenterrados constituyen el relato histórico de las Culturas Medias Superiores; pero si se comparan estas vasijas y utensilios con los de la época precedente, puede observarse la acción de fuerzas sociales. En Ticomán, el asiento urbano estudiado más cuidadosamente, los habitantes terraplenaron su rocosa península para nivelar los asientos de sus casas, demasiado perecederas para dejar huellas útiles a la reconstrucción arqueológica posterior. En los basureros se encuentran menos huesos de venados que en los lugares cercanos del período precedente, lo que indica que los animales de caza se extinguieron gradualmente. Los ticomanos crearon una mayor variedad de instrumentos de piedra, tanto por su forma como por su uso, y notaron que las lascas de obsidiana podían trabajarse más fácilmente que los fragmentos más sólidos empleados en la época del Medio Inferior. Sin embargo, a medida que la técnica llegó a ser más

complicada difería la aptitud de los individuos. Encontramos dos tumbas de talabarteros que fueron sepultados con los instrumentos de su oficio: uno con sus utensilios cuidadosamente hechos, en tanto que el otro se contentó con fragmentos de piedra y lascas, como si le interesara más el acabado de su trabajo que el espíritu de artesanía. (Véanse Láms. 16, abajo, y 17, abajo.)

Los alfareros muestran este mismo interés en mejorar su forma de vida. Hicieron una proporción mucho mayor de vasijas cuidadosamente modeladas para el servicio de la comida que sus predecesores de la Media Inferior. Les atrajo más la forma y el acabado que los dibujos en colores. No contentos con pequeños trípodes para colocar sus vasijas, modelaron los soportes con cuidado y a menudo los llenaban con guijarros para hacerlos sonar agradablemente. En un principio tuvieron dificultades al hacer los dibujos en colores, porque la cocción corría la pintura roja. Trataron de corregir esta dificultad diseñando el borroso modelo con una hoja de obsidiana, después del cocimiento. Más tarde descubrieron que pintando un grueso contorno blanco daban un agradable efecto de tricromía, que al finalizar la era abandonaron por un pulido sencillo. (Véanse Láms. 19, abajo, y 20, arriba.)

También experimentaron un nuevo proceso, la pintura negativa, de técnica idéntica a la del batik. Se cubría una vasija con cera o goma, que después se raspaba para dibujar un motivo; a continuación se cubría con pintura la vasija y al cocerse se quemaba la goma, quedando coloreada la parte raspada. Este método de decoración pudo haber tenido su origen en la América Central o en la del Sur, donde es más común esta práctica y la técnica bien puede haber pasado de tribu a tribu hasta llegar, en esta época, al Valle de México en una forma imperfecta. La arqueología no revela el uso de un método análogo para los hilados; pero en los albores del indio del Perú las prendas de vestir se trabajaban bellamente en batik.[8]

El comercio se extendió mucho más que en las épocas de la Media Inferior. La concha era más abundante y se trabajaba con mayor cuidado, pero las variedades que emplearon eran de la costa de Veracruz, en contraste con las del Medio Superior que procedían de las costas occidentales. También los ornamentos y las hachas de jade, de porfirita y de serpentina indicaban un origen oriental, aunque algunos fragmentos de cerámica parecen revelar un amplio radio de actividad comercial.

El culto a las figurillas todavía era muy importante, y las personas imaginativas pueden leer en estos pequeños objetos votivos la historia del arte de un pueblo olvidado. Antes de la difusión de la Cultura Media Superior en el Valle de México, existió una pequeña colonia en el barrio actual de Gualupita, en Cuernavaca. Los habitantes hacían ídolos de barro, rígidos y desmañados, como las figuras de la Media Inferior del Valle; pero de estilo diferente. Algunos ejemplares llevados de una región a otra, muestran que la Gualupita antigua era contemporánea de las Culturas Medias Inferiores del Valle. Estas formas de Gualupita, que, sin duda, representan un arte mucho más difundido, cristalizaron después en un pequeño y alegre estilo en el que el tratamiento convencional de la cara tenía su compensación en la variedad del tocado y de la postura. El pueblo de la Media Superior reproducía este tipo cuando se infiltró en el Valle de México.[9] (Véanse Láms. 19, arriba, y 20, abajo.)

La ola de experimentación técnica que afectó a otros artesanos también estimuló a los escultores, quienes comenzaron a elaborar estas formas haciendo seres humanos grotescos así como realistas, en los cuales trataban de representar diferentes posiciones y aun movimientos y pulían las superficies para hacer resaltar la forma por el esplendor del acabado. A nosotros no nos llaman la atención; pero representan un paso en el desarrollo técnico del arte. Finalmente, de este caos en miniatura surgieron dos estilos que deben haber satisfecho a los escultores de la tribu, puesto que estuvieron en boga con exclusión de todos los otros. En uno de ellos, las figuras se revestían con una pintura blanca brillante, a veces retocada en rojo. Se representaban sentadas o de pie, arreglándose su cabellera, cubriéndose los ojos, sosteniendo una vasija o ejecutando diversos actos. En el otro se volvió a la aplicación de fragmentos de barro con detalle meticuloso, dando énfasis a los ornamentos y al tocado, así como a los miembros y a los rasgos de los individuos. Aunque la mayoría de las figuras eran femeninas, algunas eran evidentemente masculinas, lo que sugiere, aunque tenuemente, que la teología se volvía cada vez más compleja.

En apoyo de esta teoría encontramos dos seres cuidadosamente individualizados, representados con más o menos destreza. Uno es una figura con la boca torcida y las facciones de un niño. En el Valle de México este personaje estaba torpemente convencionalizado; pero en Gualupita un escultor hizo representaciones soberbias y de gran

tamaño, que están muy por encima del nivel artístico general: parecen realmente reflejar, en arcilla, los extraños seres infantiles, labrados en gigantescas peñas o esculpidos en losas de piedra, que dominaban el arte religioso de los olmecas de Veracruz.[10] (Véase Lám. 20, abajo.)

El otro ser, representado tanto en barro como en piedra, es un viejo sentado, con la cabeza inclinada, que sostiene sobre ésta y los hombros una vasija para quemar incienso. Este dios también era importante en la civilización teotihuacana y en la época de los aztecas; apropiadamente, se le llamó Huehuetéotl, el Dios Viejo y a veces Xiuhtecuhtli, Dios del Fuego. Semejante divinidad cuadra muy bien en una región volcánica y su representación como un anciano sugiere la evidente antigüedad de las montañas. Su culto, continuado por muchos siglos, parecería hacer de él el dios más antiguo ritualmente representado de la América Media, aunque la diosa madre del maíz y del crecimiento pueda ser un concepto anterior. (Véase Lám. 18, abajo, izq.)

Sin embargo, el fuerte choque de la religión mesoamericana en esas aldeas del México Central se simboliza por el gran montículo de adobe de Cuicuilco. En las faldas de la cordillera volcánica del Ajusco, al sudoeste del valle, los habitantes construyeron un montículo oval macizo, de aproximadamente 123 metros de diámetro por 20 de alto, a la cima del cual conducía una ancha rampa. Revistieron la fachada con guijarros, para protegerla de la erosión y quizás para aumentar el efecto de majestuosa aspereza. No elevaron un templo importante en la parte superior; pero en lugar de él construyeron un altar, abierto tanto al cielo como a los ojos del auditorio. Con su ausencia de aristas rectangulares de formas rígidas, la pirámide nos parece hoy casi una evocación espontánea del espíritu religioso de la masa. El altar hace un contraste marcado: en él los muros rectilíneos en talud y dos escalones flanqueados por bajas alfardas, presagian la arquitectura desarrollada de épocas posteriores. Los lados están cubiertos con adobe alisado, para acercarse en lo posible al estucado de la arquitectura religiosa muy perfeccionada en otras partes. El conjunto simboliza bellamente el comienzo de un ritual (como lo demuestra el altar) que viene a satisfacer las necesidades de una gran población, representada por la imponente mole de la pirámide.[11] (Véase Lám. 18, arriba.)

El pueblo de Cuicuilco hizo dos superposiciones a su templo, y las dos veces construyó un nuevo altar sobre el anterior. En una

ocasión agregó una nueva fachada a la estructura, utilizando ásperos bloques de lava en sustitución de los guijarros. Dejó que se amontonaran desechos alrededor de la base, que cubrieron un corredor angosto de piedras colocadas de punta que respondía a algún propósito olvidado de los constructores primitivos. Con el tiempo, descuidaron esta construcción y las lluvias debilitaron la capa de piedra, dejando que los lados se hundieran. Después un volcán, el Xitli, hizo erupción y la lava líquida se derramó por sus faldas y corrió por toda la comarca, creando el actual desierto volcánico del Pedregal. Al endurecerse dejó una gruesa capa de roca maciza que cubre la tercera parte de la pirámide. La corriente fue detenida por el lago, después de que había también varios lugares abandonados en fecha anterior, como Copilco. Sin embargo, la corriente de lava perjudicó directamente sólo una pequeña parte del Valle de México.

El desierto del Pedregal es un sitio desolado. La cantera de lava volcánica de la corriente petrificada es ahora la principal piedra de construcción del México Central y el cimiento de sus caminos y de sus carreteras. Al explotar las canteras se hizo el primer descubrimiento de Copilco; después, el montículo artificial que sobresale del Pedregal desafió la imaginación del doctor Gamio, quien pidió al doctor Byron Cummings que emprendiera la excavación de Cuicuilco. El hecho de haber encontrado huellas humanas bajo esta capa impenetrable de roca, sugiere una cultura de una antigüedad inconmensurable. ¿Cuándo hizo erupción el volcán? De la respuesta a esta pregunta depende la fecha de estas Culturas Medias, primeros indicios del hombre en el México Central.

Se pusieron en juego vastos y preciosos conocimientos de la geología y los geólogos estuvieron de acuerdo en que la erupción fue reciente y señalaron la trivial edad de dos a diez mil años, una friolera comparada con los milenios y multimilenios en que generalmente miden el tiempo; pero dos mil o diez mil años son unidades enormes para medir la historia del hombre. La más antigua historia legendaria de México llega solamente hasta 500 a 700 años después de Cristo para la fundación de Teotihuacán. ¿Qué sucedió entre esa fecha y el cataclismo del Pedregal? Es éste un problema cuya solución incumbe a la arqueología, si puede.[12]

Primero se compararon los materiales de Copilco y los de Cuicuilco, los dos lugares sepultados, y se encontró que eran diferentes. Después se descubrieron estos estilos en otros lugares del valle, en

sitios abiertos, no afectados por la erupción que formó el Pedregal. En seguida varias temporadas de trabajo en estos lugares abiertos revelaron que Copilco no sólo era más antiguo que Cuicuilco, sino que la cultura Copilco-Zacatenco estaba representada por basureros dos veces más profundos que los de Cuicuilco-Ticomán. No hay manera de medir el tiempo que tardaron en formarse esos basureros, pero tomando por base los depósitos de Pecos, Nuevo México, cuyos principio y fin son más o menos conocidos, no parece injustificado computar en seis o siete siglos la duración de la Cultura Media Inferior de Copilco-Zacatenco y trescientos años, más o menos, para el ciclo de vida de la Cultura Media Superior de Cuicuilco-Ticomán.[13] (Véase Lám. 13.)

El siguiente paso consistió en ajustar Cuicuilco-Ticomán a las fases posteriores de la historia indígena de México. El material de Cuicuilco y de Ticomán es afín en estilo a la cerámica y a las figurillas descubiertas en sitios arqueológicos en Puebla y Morelos, y sugieren que el gran santuario de Cuicuilco, en el valle, era una avanzada. La divinidad "cara de bebé" ("baby face") nos vuelve a la cultura olmeca altamente ritual de Veracruz, y el Dios del Fuego se encuentra no sólo en Ticomán, en Cuicuilco y en los asientos de Cultura Media Superior de Jalapazco, en Puebla, sino también muy frecuentemente en Teotihuacán.

En Gualupita y Ticomán han aparecido verdaderos ejemplares de la cultura teotihuacana. Sin embargo, fue mucho más importante el descubrimiento en Teotihuacán de que sus fases más antiguas tenían una relación muy estrecha con la cerámica y las figurillas que se encuentran con frecuencia en Cuicuilco, Ticomán y Gualupita. De manera que el comienzo de la civilización teotihuacana fue una parte de la misma manifestación cultural que hemos llamado Culturas Medias Superiores. La corriente de lava del Pedregal debe fecharse en función de la continuidad histórica de las tribus del Valle de México. Cuicuilco fue abandonado mucho tiempo antes de que ocurriera la invasión de lava, a juzgar por la destrucción. El año seis o setecientos de nuestra era no es, pues, una fecha demasiado lejana para la erupción.[14] (Véase Lám. 21.)

Por lo tanto, debemos llegar a la conclusión de que uno o dos siglos antes del comienzo de la era cristiana, ya había agricultores sedentarios en el Valle de México; su cultura fue suficiente para sus necesidades y estaban poco afectados por influencias extrañas. Hacia

el final comenzaron a modificar su cultura influencias artísticas o, con más precisión, representaciones religiosas. Finalmente, en el siglo tercero o cuarto después de Cristo, parecen haberse retirado del valle cediendo a la presión de un nuevo pueblo.

Este nuevo pueblo bien puede haber venido de las regiones oriental y meridional del Valle de México, ahora comprendidas en los Estados de Morelos y Puebla, y parecen haber estado en un hervidero de experimentación técnica y religiosa; mostraron mayor interés que sus predecesores por el modelado y la técnica y sus diversas aldeas ejercitaron cierta independencia artística. Su contribución más impresionante fue la introducción de la arquitectura religiosa y el nacimiento de un arte ritual definido. Sus contactos comerciales y de inspiración intelectual tuvieron lugar con los pueblos de la costa oriental; pero desarrollaron sus estilos a su manera. Algunos grupos construyeron conjuntos de montículos; otros no parecen haber aceptado este tipo de arquitectura. Abandonaron Cuicuilco, donde construyeron su pirámide más grande, quizá debido a indicios del cataclismo que aconteció después, cuando se formó el Pedregal. A 70 kilómetros al otro lado del lago, se desarrolló otro lugar que se transformó con el tiempo en el gran centro religioso de Teotihuacán, la primera y la más poderosa de las ciudades religiosas del centro de México.

Con la fundación de esta nueva capital cambiaron las fronteras de la civilización mesoamericana, del sur y del oriente del Valle de México, al territorio situado en el norte y en el occidente de él. El Valle de México dejó de ser la guarida de tribus que daban sus primeros pasos hacia la civilización religiosa, convirtiéndose en el asiento del orgulloso poderío de los toltecas, fundadores tradicionales de la civilización en el México central, con su capital en Teotihuacán.

CUADRO SINÓPTICO II

RESUMEN DE LA HISTORIA DE LAS CULTURAS MEDIAS INFERIORES

-FASE INFERIOR: Aldeas permanentes, evolución gradual y cambios en la cerámica y en los tipos de las figurillas. Permanencia prolongada, cuyas etapas están mejor definidas en algunos sitios que en otros.

El Arbolillo I Inferior: Figurillas C_3a, C_3b, C_{1-2}, C_2, cerámica negra grabada con pintura roja.

El Arbolillo I Intermedio, Zacatenco Inferior: Figurillas C_{1-2}, C_2, cerámica negra incisa, negra gruesa, blanca, blanca sobre rojo, cuellos de olla de forma indefinida, puntas de "hojas de laurel".

El Arbolillo I Superior, Zacatenco Inferior: Figurillas C_1a, C_1b, C_3c, C_3d, D_1, F Inferior; cerámica idéntica a la del período intermedio.

FASE SUPERIOR: Aldeas permanentes, cambio brusco en los estilos de las figurillas y de la cerámica, introducción de un nuevo estilo de figurilla, el tipo A; pruebas de inundaciones locales a los comienzo y fin de la Fase Superior, que parece más corta que la Fase Inferior.

El Arbolillo I de Transición, Zacatenco de Transición: Figurillas B-C, B-F.

Copilco, Zacatenco Medio, El Arbolillo II: Figurillas A, B, F, C_5; cerámica negra delgada con dibujos raspados, rojo sobre blanco, rojo sobre amarillo. Cerámica de intercambio; puntas de piedra con salientes.

CUADRO SINÓPTICO III

RESUMEN DE LA HISTORIA DE LAS CULTURAS MEDIAS SUPERIORES

FASE INFERIOR: Aldeas permanentes en Puebla y Morelos; cerámica y figurillas en estilos característicos; relaciones comerciales que sugieren contemporaneidad con la Fase Superior de las Culturas Medias del Valle de México.

Gualupita I, Cholula I: Figurillas D_1, D_2, D_3, K, O; cerámica, cajetes de silueta sencilla y garrafones de color café y rojo.

FASE SUPERIOR: Aldeas permanentes, introducción de plataformas y altares; evolución de la Fase Superior en Morelos y Puebla; sustitución de las Culturas Medias Inferiores en el Valle de México sin transición; figurillas y cerámica características que pasan por una evolución gradual; representaciones rituales; algunos sitios mejor definidos que otros; primer establecimiento en Teotihuacán; inundación de lava del Pedregal después de abandonado Cuicuilco.

Ticomán-Cuicuilco I Inferior: Figurillas E_1, E_2, E_3, I_3; cerámica grabada, rojo sobre amarillo; orejeras en forma de disco.

Ticomán Intermedio, Cuicuilco II: Figurillas G_1, G_2, I_1, I_2, E_4, J, M, N; cerámica roja sobre amarillo, de contornos blancos; orejeras esgrafiadas.

Ticomán Superior, Cuicuilco III, Zacatenco Superior, Gualupita II, Teotihuacán I: Otros lugares en Puebla y Morelos; figurillas H_{1-5}; en Gualupita, C_9 y figuras huecas; dioses del fuego en Cuicuilco y Ticomán; cerámica pulida y esmerados soportes de trípode; orejeras caladas ahuecadas en el centro.

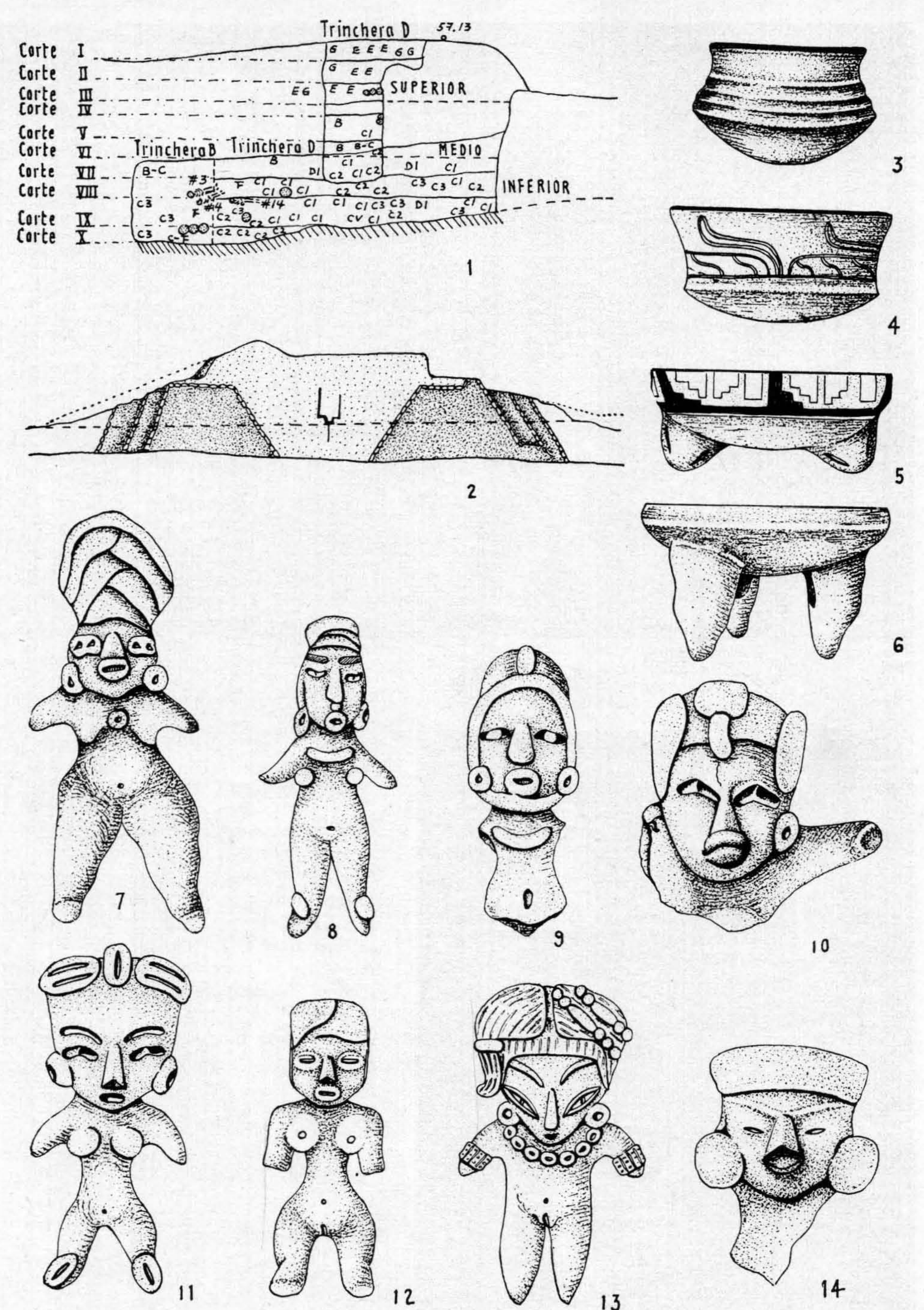


Lámina 13. CUADRO QUE MUESTRA LA NATURALEZA DEL MATERIAL ARQUEOLÓGICO DE LAS CULTURAS MEDIAS

1: corte transversal de un basurero arqueológico en Zacatenco, señalando los tipos de figurillas; *2:* corte transversal de un montículo en Cuicuilco; *3-4:* cerámica de la cultura media inferior; *5-6:* cerámica de la cultura media superior. 7-*10:* figurillas de la cultura media inferior, c3, c1-2, B-C, A; *11-12:* figurillas de la cultura media superior, E, H2; *13:* figurilla femenina tipo H4, Chupícuaro, Guanajuato; *14:* figurilla de Teotihuacán I, E4.

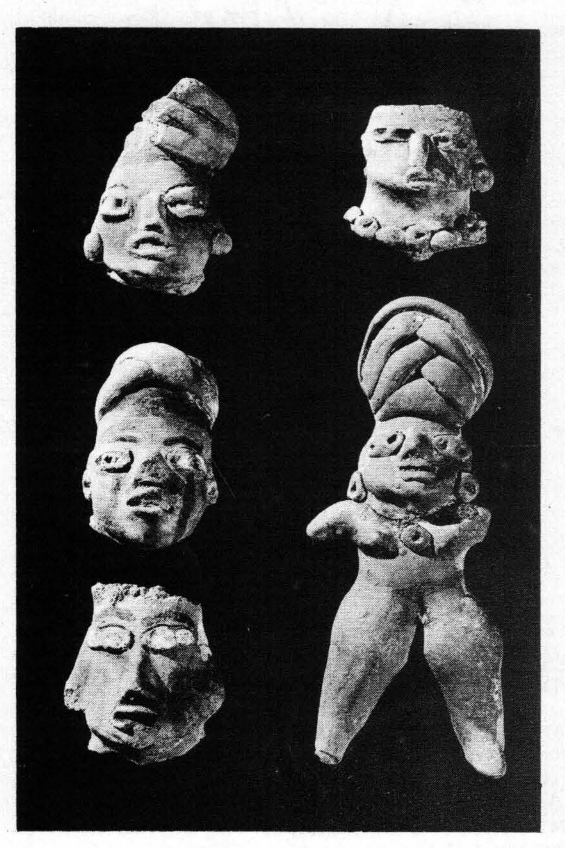


LÁMINA 14. REPRESENTACIONES FEMENINAS DE LA CULTURA MEDIA INFERIOR

Arriba: estas figurillas son posteriores a las que aparecen abajo, y aunque parecen estar hechas con menos esmero, presentan una mayor variedad de formas que las de la parte inferior. *Abajo:* figurillas tipo C-3 pertenecientes al nivel más antiguo conocido. Sus rasgos están hechos "al pastillaje". Aunque el aspecto en general es burdo, la técnica muestra una larga experiencia.

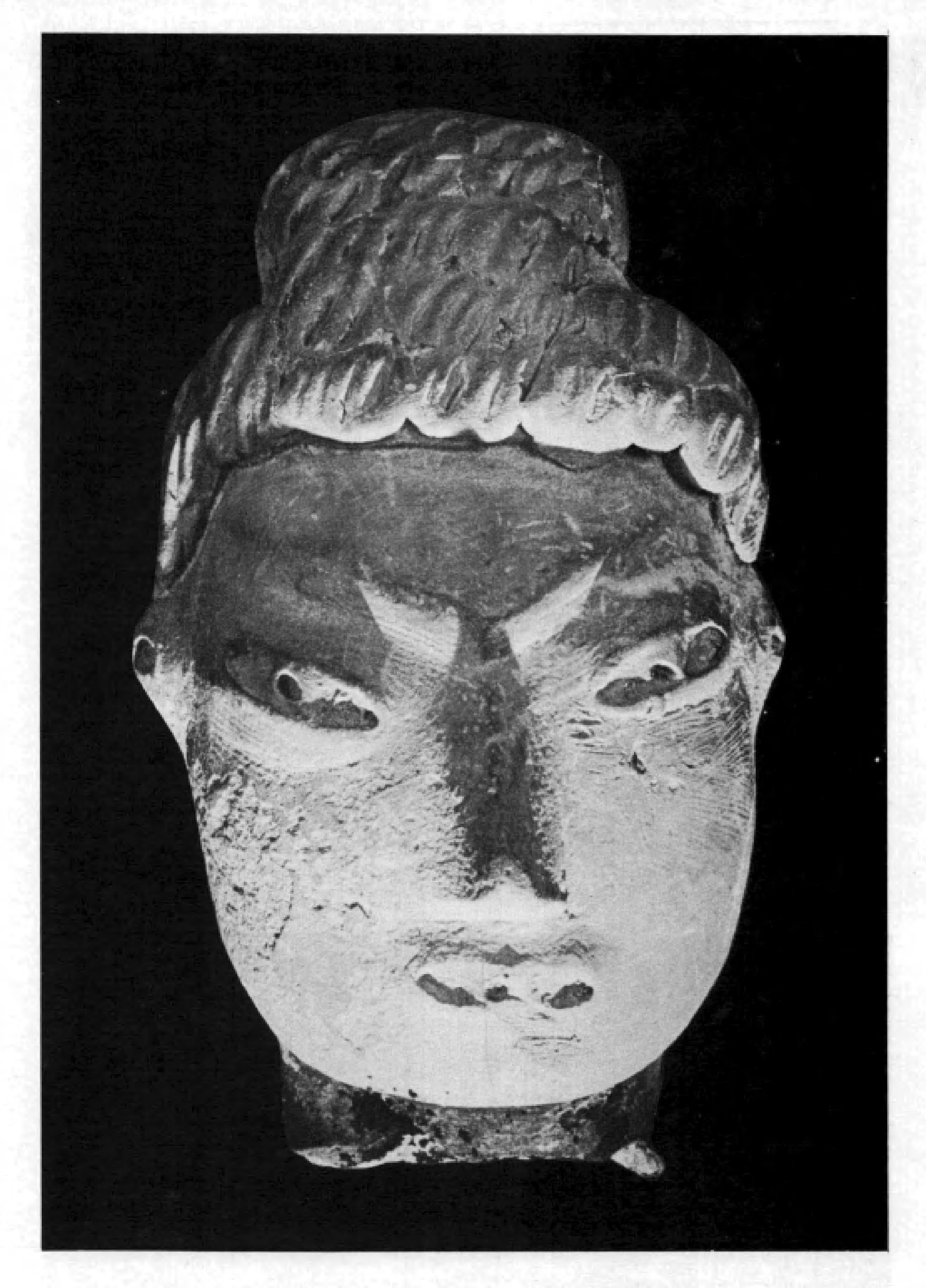
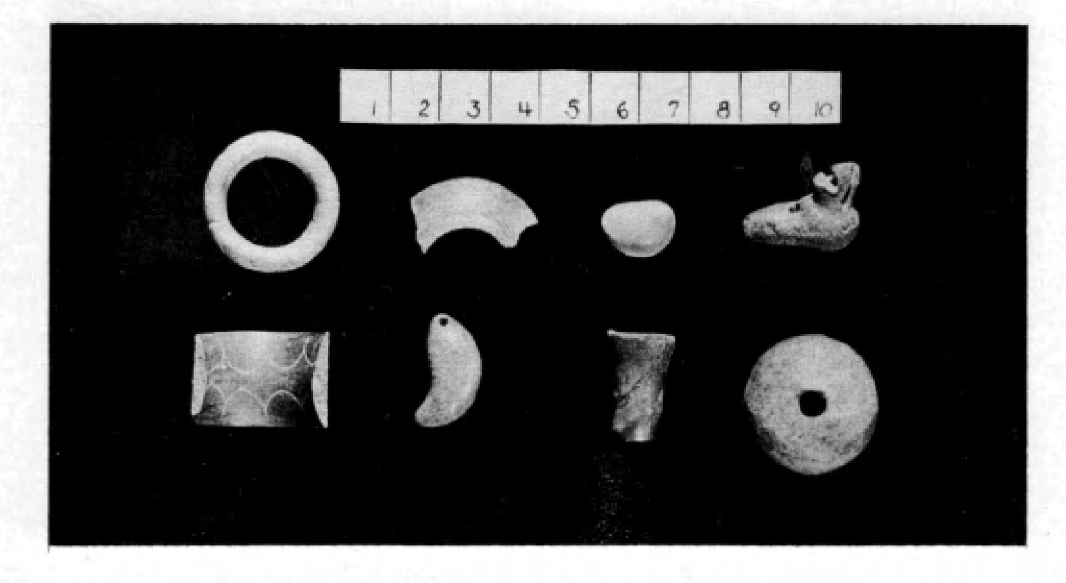


LÁMINA 15. FIGURILLA DE LA CULTURA MEDIA INFERIOR

En esta cabecita (tipo D1, que aquí se reproduce muy ampliada) el artista hizo gala de mayor esmero y habilidad. El estilo parece haberse originado en Morelos, fuera del Valle de México.

Lámina 16. CERÁMICA Y HERRAMIENTAS DE LA CULTURA MEDIA

Arriba: cerámica del período más primitivo de la Cultura Media. *De izq. a der.:* cajetes con decoración rojo y naranja sobre blanco y blanco sobre rojo; cajete de barro negro. *Centro:* herramientas de obsidiana; *1ª fila,* Cultura Media Superior; *2ª y 3ª filas:* Culturas Medias Inferiores. *Abajo:* adornos de la Cultura Media Superior: aretes, cuentas y pito. Nótense los adornos de jade, al segundo lugar de izquierda a derecha en ambas filas.



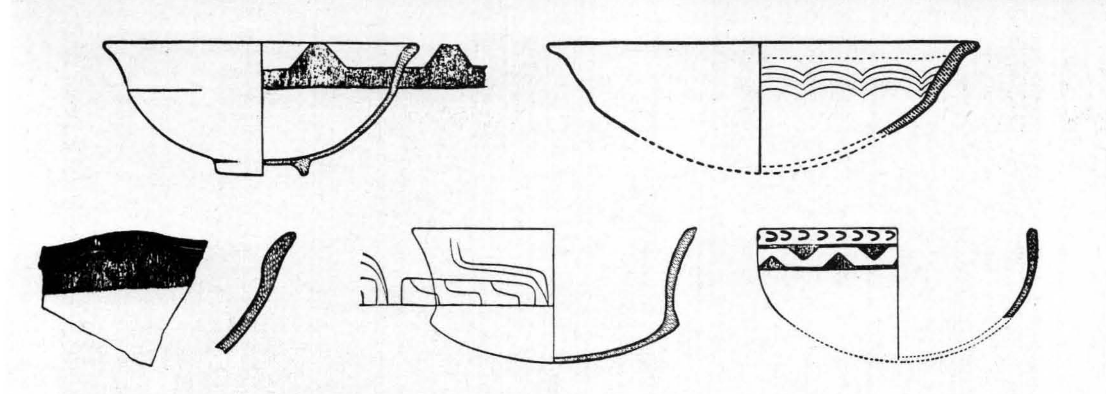


LÁMINA 17

CERÁMICA' Y HERRAMIENTAS DE LA CULTURA MEDIA

Arriba: fragmento y cajetes incisos, rojo sobre amarillo, negro grabado y rojo sobre blanco, rasgos que caracterizan a esta fase. *Derecha:* equipo de un talabartero de la Cultura Media Superior: lezna, depiladores, raederas y dientes de roedor empleados para cortar y raer.

Lámina 18. ARQUITECTURA Y LABRADO DE LA PIEDRA DE LA CULTURA MEDIA SUPERIOR

Vista de la Pirámide de Cuicuilco. *Arriba:* esta estructura oval de adobe recubierto de piedra ya estaba en desuso cuando la lava se desbordó sobre ella. *Abajo, izq.:* incensario de lava, la más antigua pieza de piedra labrada encontrada hasta hoy en el Valle de México. El recipiente descansa sobre la espalda del viejo Dios del Fuego. *Der.:* orejera de barro cocido. Un pequeño disco de la parte trasera se insertaba en una perforación del lóbulo de la oreja.

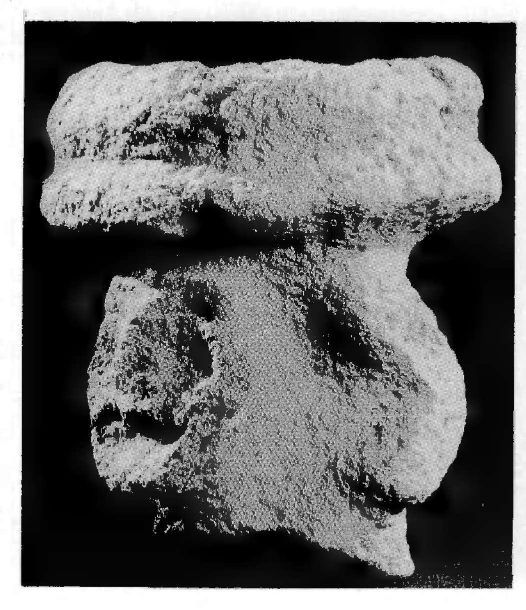




LÁMINA 19. CERÁMICA Y FIGURILLAS DE LAS CULTURAS MEDIAS SUPERIORES

Arriba: tres figurillas (Tipo E) de la primera fase de este período. La vasija está pintada de varios colores, y adornada con pájaros estampados en relieve. *Abajo:* Las figurillas del tipo H de la última fase del período medio superior eran recubiertas de una capa blanca y luego pintadas; todas ellas están llenas de vida y movimiento. La olla grande está pintada en rojo sobre fondo café, con algunos dibujos en negro estampados por el procedimiento de *batik*. La ollita que se ve en primer término es de cuarcita.







LÁMINA 20. CERÁMICA Y FIGURILLAS DE LA CULTURA MEDIA SUPERIOR

Arriba: estas vasijas, procedentes de Ticomán, son del tipo predominante en este período. Obsérvense los complicados pies que las distinguen de la cerámica característica de las Culturas Medias Inferiores. *Abajo:* figura de barro de gran tamaño, procedente de Gualupita, Morelos, en la que se advierte una personalidad poco común en este tipo de escultura.

III

Teotihuacán y los toltecas clásicos

Descripción de una civilización cuyos monumentos son el asombro de México y un intento de reconstruir la historia de sus creadores con las escasas y torcidas fuentes disponibles

Los toltecas, o constructores, son los primeros pueblos mencionados en los anales del Valle de México. Sus costumbres y realizaciones están tan envueltas en el misterio que los mitos extienden sobre los hechos descarnados de la historia, y las referencias a ellos son tan confusas e ilógicas que un mexicanista prominente dudó, en cierta ocasión, de su existencia misma.[1] La verdad del caso parece ser que, en el período migratorio tardío, entre los siglos x y xiv, tribus merodeadoras aplicaron el término tolteca a cualquier población sedentaria encontrada al paso, y usurparon ellas mismas ese nombre, posteriormente, como divisa anunciadora de un estado de civilización. Nuestra propia historia cultural ofrece, similarmente, casos frecuentes en que los nombres de majestuosas capitales europeas han sido aplicados, con viva esperanza, a las diminutas aldeas de los primeros colonos de la América del norte. (Véase Lám. 21.)

Una serie de crónicas hace referencia a una imponente civilización, a cuyos creadores podemos llamar toltecas de Teotihuacán, por su majestuosa capital.[2] Otras historias hacen una relación del linaje de los jefes de tribus diferentes, que podemos distinguir como Toltecas Dinásticos.[3] Si la historia de Europa se escribiera con relatos fragmentarios sin fechas consecutivas, tendríamos una dificultad parecida en distinguir entre el Imperio Romano de César y Augusto y, por ejemplo, el Sacro Imperio Romano, que un escritor ha definido como ni sacro, ni romano, ni imperio.

Los toltecas de Teotihuacán han sido descritos como grandes arquitectos, carpinteros y mecánicos. También eran diestros en la agricultura: cultivaban el maíz, el algodón, el frijol, el chile y todas las otras plantas domesticadas conocidas en México. Del algodón hacían

hilo que tejían obteniendo telas de diversas calidades, desde la finura del lino hasta el grosor del terciopelo. Los hombres usaban túnicas y taparrabos, agregando a su vestimenta, cuando hacía frío, una manta con una abertura en el centro para meterse por la cabeza, y calzaban sandalias de henequén, fibra de una variedad de maguey. Las mujeres se vestían con *huipiles*, blusas sin mangas, y *enaguas*, faldas hechas enrollándose alrededor de la cintura y de las piernas una larga faja de algodón, costumbre que aún persiste en las aldeas indígenas del México moderno. Los guerreros usaban armaduras hechas de algodón acolchado y usaban lanzas y macanas de madera incrustadas con hojas de obsidiana. Los que manejaban macanas llevaban escudos, e Ixtlilxóchitl dice que algunos soldados tenían cascos de cobre, aunque no se ha descubierto este metal en los lugares ocupados por los toltecas de Teotihuacán. Los sacerdotes se distinguían por una indumentaria más complicada, consistente en un tocado y una túnica larga y negra que llegaba al suelo.[4]

Los "reyes" usaban túnicas como los sacerdotes y se adornaban con collares y orejeras. Usaban calcetines y sandalias, elegancia extrema para un pueblo que calzaba sólo sandalias. Se distinguían tanto por su conducta como por su vestido; se levantaban temprano y sólo tomaban alimentos al amanecer y al caer la tarde. Hablaban poco pero en forma directa. Un "rey" tenía una "reina" y ninguno de los dos podía volverse a casar a la muerte del otro, aunque los plebeyos podían tomar una segunda y aun una tercera mujer. Una "reina" podía heredar el reino de su marido y sus hijos legítimos la sucedían, lo que indica que la austeridad del ideal matrimonial no interfería el placer real.

Los toltecas construían sus palacios y casas de piedra y mezcla y usaban el *temascal*, baño de vapor que aún subsiste entre los indígenas modernos. Tenían mercado cada veinte días, o cada mes, de acuerdo con el año mesoamericano. Estos mercados se hacían en Tula, Teotihuacán, Tulancingo, Cuernavaca, Cholula, Tultitlán, y en varias otras poblaciones en las cuales pueden verse aún huellas de la ocupación teotihuacana. Hay evidencia adicional de que los toltecas contaban sus años y usaban el calendario sagrado de 260 días, de acuerdo con la norma seguida por sus sucesores.[5]

La religión de esta época pasada es difícil de interpretar, pues tanto la mentalidad cristiana del siglo XVI como la teología azteca tardía nos falsea su verdadera estructura. Ixtlilxóchitl informó acerca

de un ser supremo, Tloque Nahuaque, que sobresalía sobre todos los otros dioses. Sin embargo, la tradición dedica persistentemente las dos estructuras más grandes de la ciudad sagrada de Teotihuacán, a un Dios Sol y a su mujer, la Diosa Luna. A Tláloc, el Dios de la Lluvia, se le menciona como de gran importancia y también a una Diosa Rana que fue venerada en un templo suntuoso. Quetzalcóatl, la Serpiente Emplumada, fue adorado como creador de la civilización; aunque el mismo nombre se empleó como título para los grandes sacerdotes. Hubo muchos mitos que hacían referencia al conflicto entre un culto antiguo y uno nuevo, simbolizado por una lucha entre Quetzalcóatl y los dioses de la guerra y del cielo de la posterior religión azteca.[6]

Al parecer, un culto básico a la naturaleza se transformó en un complicado politeísmo. La historia habla de las luchas entre los adoradores de un dios contra los de otro. La consagración de un dios como protector tribal dio a sus adoradores el dominio de la comunidad, y fue tan importante para los antiguos mexicanos como en la sociedad moderna lo es el dominio económico o político. Entonces, como ahora, el deseo de poder se disfrazaba con la convicción de rectitud; probablemente había también la misma confusión de motivos en los individuos.

La historia de los toltecas de Teotihuacán es tan poco conocida como su sociología y su religión. Las dos fuentes principales, Ixtlilxóchitl y los *Anales de Cuauhtitlán*, hacen referencia a diferentes lugares, la primera a Teotihuacán, y la segunda al occidente del lago, cerca de Azcapotzalco.[7] La historia del este escrita por Ixtlilxóchitl comenzó, como conviene, por la creación del mundo y de los cuatro o cinco Soles o eras a través de las cuales se ha desarrollado la vida. La primera era, del Sol del Agua, existió cuando el dios supremo, Tloque Nahuaque, creó el mundo y después de 1,716 años las inundaciones y los rayos lo destruyeron. En la segunda era, del Sol de la Tierra, el mundo estuvo habitado por gigantes, los *Quinametzin*, que casi desaparecieron cuando los terremotos destruyeron la tierra. Después vino el Sol del Viento, y los olmecas y los xicalancas, tribus humanas, habitaron sobre la tierra, destruyeron a los gigantes supervivientes, fundaron Cholula y sus emigraciones llegaron hasta Tabasco. En esta época apareció un personaje maravilloso, llamado Quetzalcóatl por algunos, Huemac por otros, y trajo la civilización y la ética. Cuando el pueblo no se benefició ya de sus enseñanzas, se vol-

vió al oriente profetizando la destrucción del mundo por vientos violentos y la conversión de los hombres en monos, como aconteció. La cuarta era, la presente, se llama la del Sol del Fuego y terminará en una conflagración general.

Estas cuatro eras son mitológicas, con una pequeña dosis de verdad histórica. (Cuadro sinóptico IV.) Las versiones aztecas, que tenían cinco soles, eran más teológicas; sin embargo, estas inundaciones y fuegos pueden ser una indicación de calamidades, como inundaciones y erupciones volcánicas que, de acuerdo con testimonios encontrados en las zonas de la Cultura Media, persiguieron al hombre en México.

La historia tolteca, cuando rompe los velos del mito, describe un pueblo errante a través de México. Bajo la guía de un sacerdote astrólogo, Huemac, fundaron la ciudad de Tollán y eligieron un rey cuyo reinado se fijó en cincuenta y dos años, que es la duración de un ciclo anual azteca, unidad de tiempo que tenía la misma función que nuestro siglo. La lista de los nueve gobernantes se consigna en el cuadro sinóptico v; pero los acontecimientos de la tribu raras veces se registraban sino hasta el fin del período. Huemac murió a la edad de trescientos años, en el reinado del segundo gobernante, después de recopilar un libro de historia y de profecías. Esta observación puede explicar de un modo indirecto la introducción de prácticas religiosas establecidas, incluyendo el calendario y la arquitectura. El sexto gobernante, Mitl, rompió el orden de la duración del gobierno, amplió su reino y construyó el espléndido Templo de la Rana y muchas otras estructuras suntuosas. El asociar a Mitl con construcciones extraordinarias tenía una base posible en los hechos, como veremos al describir el Templo de Quetzalcóatl.

En los reinados de los últimos gobernantes se registraron acontecimientos notables. El octavo tenía un dominio que se extendía sobre Toluca, Cuernavaca, Yolotepec, Cholula y Jalisco. Aún se adoraba a los dioses antiguos, pero se introdujo el culto de dos nuevos, Tezcatlipoca, el gran Dios del Cielo, y Huitzilopochtli, el Dios de la Guerra. Durante el gobierno de este rey, una dama, Xóchitl, popularizó una bebida embriagante llamada pulque, que se hacía del jugo fermentado del maguey y que es actualmente la bebida típica de la altiplanicie mexicana.

Topiltzin, el noveno rey, que introdujo el juego de pelota, tuvo un reinado lleno de desastres. En su tiempo se desintegró la domina-

ción de los toltecas a causa de las revoluciones locales, de las invasiones y del alto tributo cobrado por las hambres y las pestes. Se abandonó Teotihuacán. Cuando el pueblo estuvo en condiciones de hacerlo, emigró hacia el sur de Tabasco y Guatemala; los que se quedaron fueron absorbidos por las nuevas tribus y su linaje fue admitido como un signo de honor por las casas reinantes de los chichimecas, o toltecas dinásticos. Tal es la historia de los toltecas del este como la expone Ixtlilxóchitl.

La dignidad y el temor en que la tradición tiene a los toltecas impresiona al visitante actual de Teotihuacán. Aquí, en el valle que lleva su nombre, una amplia área de 5 kilómetros de largo por casi tres de ancho se dedicó a la construcción de imponentes edificios. Toda la zona se pavimentó con un piso de estuco, no una sino muchas veces. Ésta no fue una ciudad residencial, sino un gran centro religioso dedicado a los templos y moradas de los sacerdotes. Hay pocas huellas de los humildes desechos de su vida comunal. Teotihuacán es un impresionante monumento al tributo que el hombre se imponía para su salvación.[8] (Véase Lám. 22, abajo.)

Los arquitectos construyeron su ciudad en varios planos sucesivos, que se extendían al sur de la gran Pirámide de la Luna. Ésta no era una verdadera pirámide, pues estaba truncada en su cima donde dejaba espacio para un templo, y las paredes se cortaban ingeniosamente para formar terrazas. Una ancha escalinata situada en el lado sur, que arrancaba de un espacioso patio rectangular, conducía a la parte alta. Otros edificios flanqueaban esta plaza y dos pequeños patios, a centenares de metros al oriente y al occidente, aumentaban la simetría del plano.

Al sur de la Plaza de la Luna surgían dos hileras de edificios de imponente tamaño. Las excavaciones practicadas en uno de ellos pusieron al descubierto bellos frescos cuyo tema parece sugerir un templo a la agricultura. Otro grupo de pequeños montículos se extiende hacia el oriente, y hacia el sur va otro extenso conjunto de templos, sin explorar, llamado el Grupo de las Columnas, por los emplazamientos encontrados en los lugares cercanos.

La Pirámide del Sol empequeñece todas las otras construcciones de Teotihuacán. Esta gran pirámide truncada, con una base de casi 235 metros, se eleva en cuatro terrazas sucesivas hasta una altura de más de sesenta y cinco metros. Los constructores dieron a los taludes diferentes inclinaciones para crear la impresión de una masa

mayor. El exterior se cubrió con piedra y se revistió con estuco; pero la pirámide propiamente dicha se construyó con ladrillos de adobe, y se emplearon las capas de desecho de una época anterior. Los fragmentos de cerámica, figurillas y utensilios incrustados en el interior, son de una época de transición entre la avanzada cultura de Teotihuacán y el grupo de la Cultura Media Superior. (Véase Lám. 22, arriba.)

La Pirámide del Sol está rodeada por una ancha plataforma construída con celdas cuadrangulares cerradas con muros de adobe y llenas de desechos. En el exterior del recinto están situadas las casas de los sacerdotes. Hacia el sur se extienden montículos más pequeños aún inexplorados, hasta que se llega a otra gran plazoleta, rodeada por habitaciones de mampostería. Cuartos con galerías de pilastras se abren sobre patios interiores. No hay construcciones de dos pisos; pero por medio de plataformas algunos departamentos se elevan más que otros.

Un río tiene su terminación natural hacia el sur pero al otro lado de él surge una magnífica plataforma, cuyos muros están cubiertos con bloques de piedra labrada; pero el templo que la coronaba ha desaparecido. La Serpiente Emplumada es el motivo decorativo dominante, y enormes cabezas, esculpidas con tosca simplicidad, se proyectan de la alfarda y de los tableros. Éstas estaban pintadas originalmente y algunas aún miran fijamente al espectador, con ojos de obsidiana bruñida. En toda la extensión de la fachada alternan las cabezas de serpiente con las de un ser extraño, que puede ser Tláloc, el Dios de la Lluvia. En el muro que queda detrás de ellas los cuerpos ondulantes de las serpientes están cincelados en bajorrelieve y para llenar los espacios que dejan las ondulaciones de los cuerpos se emplearon conchas de mar, todas de variedades del Caribe. El efecto es pesado y aterrador. Aunque carece de la gracia sinuosa del relieve maya, el esquema decorativo es, sin embargo, de un arte maduro. No hubo titubeos en esta obra de muchos artesanos que trabajaron durante años, cortando piedra con piedra. Este edificio, llamado por los investigadores modernos el Templo de Quetzalcóatl, Serpiente Emplumada, Dios de la Sabiduría, es lo bastante magnífico para que se le considere digno del renombre de Mitl. El nombre antiguo, Templo de la Rana, puede haber tenido su origen en la asociación simbólica de las ranas con Tláloc, el Dios de la Lluvia. (Véase Lám. 23.)

Una vez terminada la ciudad en toda su imponente magnitud, se operó una transformación. Desde la Pirámide de la Luna, al norte, hasta el Templo de Quetzalcóatl, fueron reconstruídos todos los edificios. Se llenaron los cuartos y se cubrieron las fachadas para formar plataformas para nuevos templos. Ni aun las gigantescas armazones de las pirámides del Sol y de la Luna se libraron de la adición de nuevas escalinatas y fachadas. El Templo de Quetzalcóatl, como era natural, sufrió las alteraciones más importantes. El templo original se convirtió en centro de una alta plataforma que dominaba la inmensa plazoleta rodeada por una ancha muralla. Ésta sostenía cuatro plataformas más pequeñas por tres lados y en el muro oriental, detrás de la estructura principal, tres plataformas que eran basamentos de templos.

La construcción posterior es menos sólida que la primitiva. Hay menor empleo de piedra labrada y el cascajo se emplea con más amplitud. Aunque la reconstrucción alcanzó a toda la zona sagrada, ningún cambio violento en los estilos de la alfarería o de las figurillas sugiere conquistas por otras tribus. La nueva arquitectura tiene todas las indicaciones de una reforma religiosa que destruyó el simbolismo de un culto para elevar otro nuevo. Además, en un sector de la ciudad el relleno entre el pavimento posterior y el primitivo reveló mucho material quemado, carbón, adobe, cerámica y otros parecidos, como si los residuos de incendio se hubieran utilizado para cimientos. Los hechos relatados en las crónicas parecen reflejar este cambio arquitectónico y posiblemente la nueva religión de Huitzilopochtli y Tezcatlipoca reemplazó al antiguo culto de Quetzalcóatl y de Tláloc. Sin duda, los tributos en trabajo humano, el tiempo y los materiales de construcción, suficientes para llevar a cabo la reconstrucción de Teotihuacán, habrían sido bastantes para producir serios desórdenes populares.

La vida no se interrumpe, aunque cambie la religión y desaparezcan los reinos. También persistieron las técnicas fundamentales para el sostenimiento de la vida; por lo tanto, los instrumentos y la cerámica proporcionan una guía más continua para la historia de la tribu, que las crónicas de los jefes o que la sublime magnitud de la arquitectura religiosa. La cultura material de Teotihuacán es un índice importante de la historia de los toltecas antiguos. El contraste entre los artículos para uso doméstico y para el rito llegó a ser más agudo a medida que la cultura de Teotihuacán alcanzaba su completo

desarrollo. Los ritmos de los cambios en las diferentes clases de actividad no siempre se sincronizan; en la cultura de Teotihuacán distinguimos dos épocas constructivas, tres épocas de cerámica y cinco estilos sucesivos de figurillas de barro.

Los comienzos de la cultura de Teotihuacán se revelan por el contenido de los adobes de la Pirámide del Sol. Los fragmentos de cerámica y las figurillas muestran una amalgama de cuatro estratos culturales, uno que derivó de la Cultura Media Superior, otro que contiene gérmenes de los últimos períodos de Teotihuacán, un tercero que liga a las tribus del occidente de México y un cuarto de origen desconocido. Las pequeñas figurillas de barro son hechas a mano y se relacionan íntimamente con los tipos de la Cultura Media Superior. Los teotihuacanos antiguos desarrollaron un nuevo tipo de ídolo hecho de piedra toscamente labrada. Una cerámica tricroma como la de Ticomán, con un proceso de pintura negativa, se convirtió en una tetracromía muy típica. Las orejeras de barro eran tan comunes en Teotihuacán como en los sitios de Cultura Media. Aunque los teotihuacanos antiguos no imitaron cada uno de los estilos y los objetos de sus contemporáneos de Ticomán, Cuicuilco o Gualupita, su cultura material comprendía elementos específicos tomados de cada uno de estos lugares. Los teotihuacanos antiguos tomaron parte en la migración de la Cultura Media Superior.[9] (Véase Lám. 21.)

Cuando los teotihuacanos comenzaron su primer gran movimiento constructivo, su artesanía se había vuelto más convencional y de estilo más uniforme. La cerámica policromada cedió su lugar a otra lustrosa sencilla, negra y café, o a vasos y grandes jarras pintadas de rojo sobre amarillo. Un comercio floreciente nació por la importación de alfarería delgada de color anaranjado, que alcanza en ocasiones casi la tersa finura de una cáscara de huevo. Para sus usos ceremoniales, los teotihuacanos construyeron vasijas cilíndricas en negro o café, que grabaron con motivos rituales empleando técnicas tales como la incisión sencilla, champlevé y muy raramente el bajorrelieve.[10]

Sus implementos de piedra y de hueso no alcanzaron un alto grado de perfección; pero como disponían de abundantes depósitos de obsidiana, los teotihuacanos usaron este material profusamente, haciendo hojas de la delgadez de un escalpelo, e implementos percutores de todas clases. Hacían animalitos de esta dura y frágil sustancia y la pulían hasta darle la tersura del espejo en los ojos de sus grandes

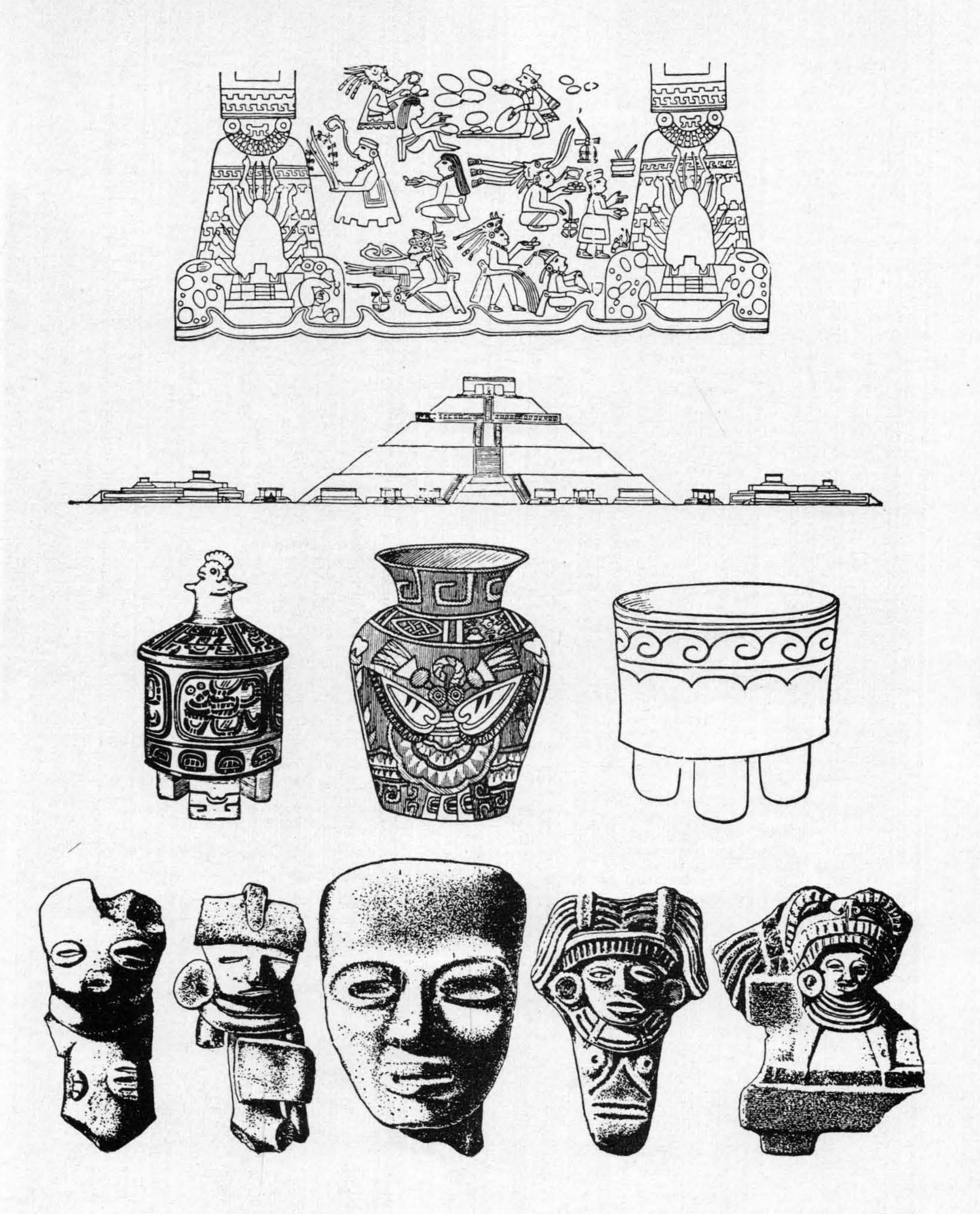
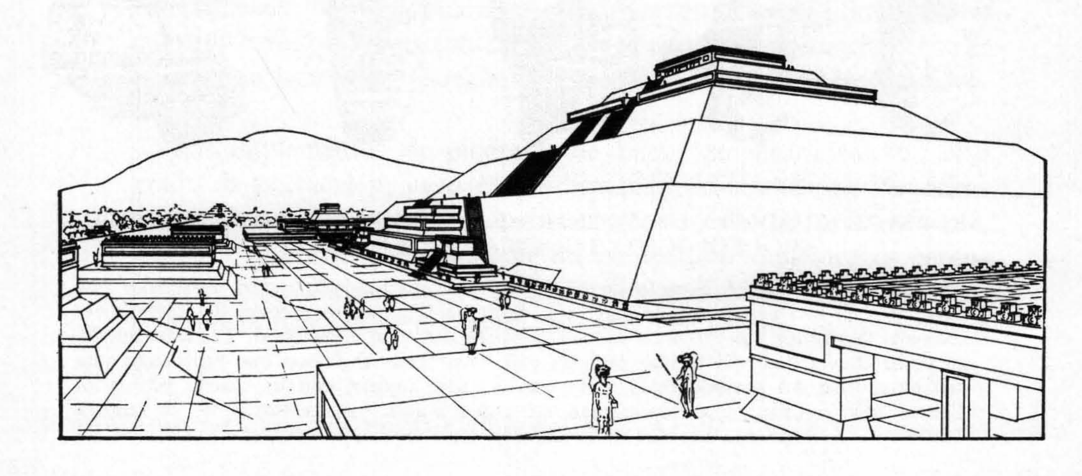


LÁMINA 21. CUADRO QUE MUESTRA LA NATURALEZA DEL MATERIAL ARQUEOLÓGICO TOLTECA DE TEOTIHUACÁN

Primera fila: fresco del Templo de la Agricultura, en donde aparecen personajes que participan en una ceremonia de ofrendas. *Segunda fila:* reconstrucción del recinto ceremonial que rodea a la Pirámide del Sol. *Tercera fila:* vaso ceremonial, Teotihuacán III, en bajorrelieve; vaso del mismo período con decoración al fresco que representa una mariposa; vaso del período de Teotihuacán V, rojo pulido, con un diseño estilizado. *Cuarta fila:* figurillas que representan las cinco etapas características de la cultura tolteca. Las dos de la derecha están hechas en molde.

Lámina 22. ARQUITECTURA TOLTECA

Arriba: vista aérea de las Pirámides del Sol y de la Luna. Por los edificios adyacentes puede calcularse el tamaño de estas gigantescas construcciones, hechas de adobe cubierto de piedra. *Abajo:* vista parcial de la reconstrucción de Teotihuacán hecha por Marquina; en ella aparecen la Pirámide del Sol y edificios adyacentes.



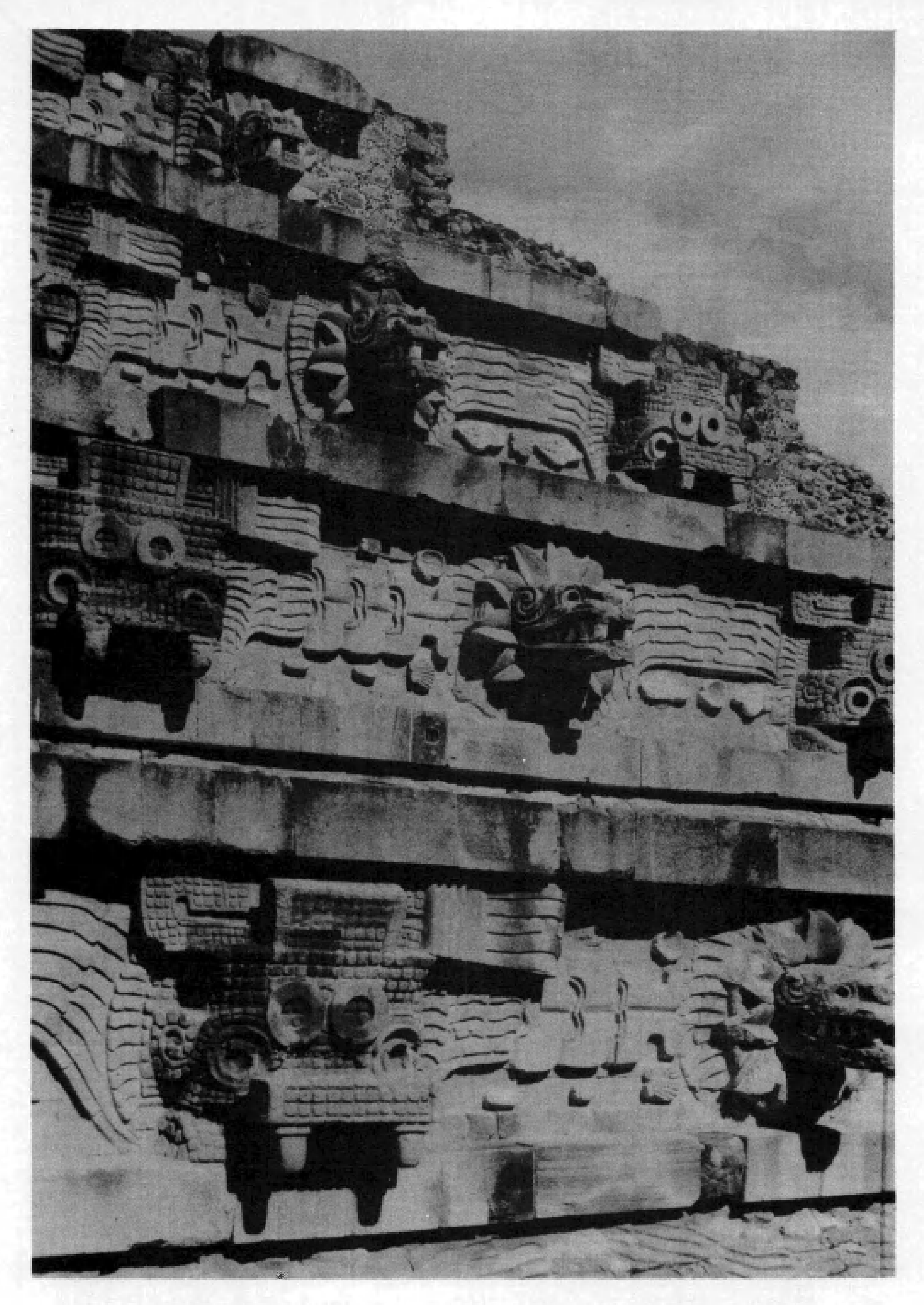


LÁMINA 23. ARQUITECTURA TOLTECA

Vista parcial de la fachada del Templo de Quetzalcóatl, que luego fue recubierto para formar el grupo de la Ciudadela. Las cabezas de serpiente, de piedra, tenían ojos de obsidiana pulida.



LÁMINA 24

ARTE TOLTECA EN TEOTIHUACÁN

Arriba: el paraíso terrenal, mural al fresco que representa el lugar a donde iban los escogidos de Tláloc, dios de la Lluvia. *Izq.:* este bloque, de tres metros de alto, representa a Chalchihutlicue, diosa del agua; merece destacarse por su grandiosidad. *Der.:* máscara de pórfido, que reproduce a maravilla el tipo físico tolteca.



ídolos de piedra. Usaban, además, la piedra volcánica, no sólo cortando grandes bloques para las fachadas de sus edificios, sino también labrando dibujos y creando una escultura. El gran paso dado por los toltecas de Teotihuacán fue el formalismo logrado en su arte religioso. Las figurillas de barro, características de la tendencia del desarrollo artístico de las Culturas Medias, se convirtieron en representaciones convencionales y sencillas de hombres y mujeres, cuyas caras se redujeron a sus elementos anatómicos esenciales. Las mujeres aparecieron vestidas con huipiles y enaguas y los hombres con *maxtli* o taparrabo. Los escultores pintaban las caras y los vestidos tanto de las figuras masculinas como de las femeninas. El progreso en la definición ritual puede observarse también en las representaciones del Dios Viejo, un dios cubierto de una piel humana, después conocido con el nombre de Xipe (Nuestro Señor el Desollado) y en figuras compuestas con atributos de hombre y de algunos animales, entre los cuales predomina el jaguar.[11]

Su dominio de la escultura en piedra es más evidente en el Templo de Quetzalcóatl, en el que hábiles representaciones quedaban subordinadas a las exigencias decorativas de la ornamentación arquitectónica. Para hacer incensarios, los escultores se sirvieron de la figura del Dios Viejo sentado debajo del recipiente. Otros artistas adquirían jade y pórfido por trueque y convertían estas duras sustancias en hermosas máscaras y figuras, que se destacan como obras maestras de la escultura mesoamericana. Han desaparecido la mayor parte de las obras en piedra, destrozadas por los sacerdotes españoles o hechas pedazos para construir edificios; pero aún sobreviven dos ejemplares colosales. Uno es la escultura de tres metros de alto llamada La Diosa del Agua, que actualmente está en el Museo Nacional de México; los ornamentos de jade, el huipil, las enaguas, las sandalias y todos los otros detalles resaltan, no como una acentuación graciosa de un naturalismo amable, sino como ornamento de una creación arquitectónica. Esta diosa es un monumento, una especie de construcción monolítica, que simboliza la fuerza implacable de la naturaleza. La otra escultura no se terminó; permanece aún adherida a su matriz de roca viva en una barranca cercana a Texcoco. Mucho más grande que la Diosa del Agua, gastada por los elementos, la deidad de Coatlinchán no puede menos de impresionar al visitante moderno. Su concepción es grandiosa; pero faltó pericia mecánica para separar la escultura de su base. El Prometeo encadenado puede

simbolizar la tragedia del pensamiento europeo; pero para mí esta diosa, parte integrante todavía de la tierra que la creó, representa la parálisis de la civilización india. (Véase Lám. 24, abajo, izq.)

La pintura y el dibujo encontraron su expresión en las exigencias rituales.[12] Los frescos del Templo de la Agricultura ponen de manifiesto sensibilidad en el dibujo decorativo, combinada con una interpretación de los valores naturales. Un fresco que ha desaparecido pero que afortunadamente fue copiado cuando se descubrió, representa una ceremonia ante dos divinidades semejantes a la Diosa del Agua y confirma la descripción de Ixtlilxóchitl de la indumentaria tolteca. Algunos vasos labrados representan, con acopio de detalles rituales, los atributos de los dioses tigres y de otras divinidades, y algunos símbolos poco definidos indican que los sacerdotes empleaban una especie de escritura. Desgraciadamente no ha sobrevivido ningún libro sagrado. (Véase Lám. 24, arriba.)

Un centro religioso como Teotihuacán debe haber representado el mejor trabajo de que era capaz una cultura. Los centros cívicos han sido poco explorados. En las proximidades de Teotihuacán, a unos cuantos kilómetros de la ciudad sagrada, se construyeron grandes habitaciones comunales que comprendían cincuenta y sesenta cuartos distribuídos en patios que se comunicaban por pasillos. Los cuartos se hacían de adobe y de mampostería cubierta con mezcla y son prueba de una vida cómoda y segura. También existió un altar emplazado en un lugar prominente, pues las obligaciones religiosas no se circunscribían a la zona de las ceremonias.[13]

Otra enorme zona se extiende en Azcapotzalco, al otro lado del lago. En este sitio la tierra es de fertilidad extraordinaria, de modo que las viejas construcciones han sido arrasadas con objeto de nivelar campos para la agricultura de hoy. Las modernas excavaciones efectuadas para obtener el barro utilizado en la fabricación de ladrillos y tejas, han rendido un rico y constante acopio de objetos. Una excavación de pocos días produce centenares de ejemplares. Por tanto, nos es dable juzgar la exuberancia, el caudal de la vida en la época tolteca, por la cantidad de objetos de su cultura material.

En Azcapotzalco y en Xolalpan, cerca de Teotihuacán, se enterraron cientos de esqueletos bajo los pisos de las casas. Los de adultos generalmente sentados y el número de sus ofrendas (vasijas de barro) da idea de la riqueza de su economía. En Azcapotzalco el pueblo celebraba algunas veces grandes fiestas y después de parti-

cipar en ellas arrojaban sus platos en hoyos preparados para este objeto. Como también se arrojaban ídolos de barro podemos estar seguros de que estas festividades tenían un carácter religioso. En cierta ocasión encontramos una gran olla roja y amarilla en uno de esos depósitos. Contenía los restos de la *pièce de résistance*, los muslos y las caderas de un ser humano, la porción más suculenta de lo que se consumía en un día de fiesta. Hay también otras pruebas de sacrificios humanos. Debajo de las esquinas del Templo de Quetzalcóatl se enterraron varias personas como bases de sus cimientos. Tanto en Teotihuacán como en Azcapotzalco aparecieron vasijas planas cortadas de calotas craneanas, que testimonian la existencia de otros ritos que implicaban el sacrificio y la muerte.

La dominación tolteca tuvo su más amplio desarrollo en el primer período arquitectónico y en el segundo de la cerámica. En confirmación de lo asentado en las crónicas se han encontrado restos en el Valle de Toluca, en Morelos y, más abundantes, en Puebla. En Cholula los toltecas construyeron todo un centro religioso de enorme extensión, que otros pueblos que vinieron posteriormente cubrieron con la gran pirámide tan renombrada por sus dimensiones. Este centro tolteca no ha producido esculturas; pero sí un templo con una decoración al fresco que representa al Dios Mariposa, un ser mitológico importante en la religión teotihuacana.[14]

La tercera época de Teotihuacán se caracterizó por una formidable reconstrucción de la ciudad, seguida por una decadencia de las artes. La actividad arquitectónica no evocó un adelanto similar en la ténica del labrado de la piedra o de la cerámica, salvo en un aspecto, las figurillas de arcilla. Los ídolos de este período muestran algunos de los mejores trabajos de modelado logrados en México. Los rostros se elaboraron tan cuidadosamente que algunos investigadores los han considerado retratos. Primero se hicieron a mano, después se vaciaron en moldes, retocándolos para obtener una perfección minuciosa. Finalmente, igual que las otras artes y oficios, el estilo del retrato degeneró y fue reemplazado por cabezas hechas en molde y de manufactura más tosca. En este período, la cuarta época de las figurillas, Teotihuacán cesó de funcionar como capital sagrada.

Ixtlilxóchitl refiere que los conflictos religiosos, las revoluciones y las malas cosechas, contribuyeron a la decadencia de Teotihuacán. Podemos corroborar este juicio, hasta cierto punto, por medio de las interpretaciones arqueológicas. El cambio arquitectónico parece ha-

berse verificado simultáneamente, en contraste con el desarrollo gradual de la ciudad primitiva. Teotihuacán fue reconstruída apresuradamente empleando las construcciones originales lo más que fue posible. El cambio brusco en los estilos de las figurillas, sugiere que con esta nueva representación se veneraba un nuevo dios. El malestar provocado por el derroche de recursos humanos necesario para semejantes obras de construcción produce con frecuencia revoluciones.

Las malas cosechas pueden haber sido el resultado de la desforestación y del consiguiente agotamiento de los arroyos. En Teotihuacán, todas las fachadas de los edificios, así como todos los pavimentos, estaban cubiertos con estuco. En la actualidad los indios mayas para reducir una porción de piedra caliza, queman una cantidad de madera diez veces mayor que su peso.[15] No es una fantasía excesiva, por lo tanto, suponer que el albañil tolteca, al carecer de las hachas de acero con que hoy se cuenta, encontró más sencillo emplear el brasero de carbón, que obtenía quemando los bosques, que no acopiar el combustible necesario cortando troncos con hachas de piedra. Si esta interpretación es correcta, las colinas deben haber quedado completamente despobladas de árboles, con la consiguiente sequía de los arroyos y la erosión de los campos. Más aún, el actual aspecto desolado de las colinas de Teotihuacán debe atribuirse a algo más que a las necesidades de combustible y de madera de la población poscortesiana. Los toltecas y sus herederos, los chichimecas, los acolhuas y los aztecas, indudablemente contribuyeron en buena parte a esta merma de los bosques.

La tradición sitúa el abandono de Teotihuacán en los siglos x u xi, cualesquiera que hayan sido las causas fundamentales. Sin embargo, los teotihuacanos seguían ocupando las aldeas distantes y al otro lado del lago de la gran ciudad de Azcapotzalco continuaba su prosperidad. Teotihuacán, sin embargo, fue una ciudad de fantasmas. En la época de los chichimecas, los creadores de la cultura *mazapan* ocasionalmente se deslizaban entre las ruinas para enterrar a sus muertos; pero nunca alteraron el silencio con la construcción de casas en esa zona. Una tradición persistente describe al gran jefe azteca Moctezuma visitando a Teotihuacán para celebrar sacrificios, pero no han quedado huellas de los objetos rituales usados para estas ceremonias.[16] Los tres o cuatro tepalcates aztecas encontrados entre los cientos de miles de fragmentos de Teotihuacán, no pueden ser un testimonio de la pompa y del ceremonial del culto azteca.

Azcapotzalco era una ciudad enorme en donde residió una gran población; la decadencia de Teotihuacán y el abandono gradual de aldeas del este, debe haber aumentado considerablemente su número. Su pueblo no siguió las prácticas arquitectónicas de las épocas antiguas y no ha dejado grandes monumentos. Parece haber sido fundada originalmente durante la primera gran época arquitectónica de Teotihuacán, pues existen en ambos lugares los mismos estilos en las figurillas hechas a mano y en la cerámica. Sin embargo, la reforma religiosa en Teotihuacán, sugerida por la reconstrucción de la ciudad y la creación de figurillas del tipo "retrato", no dejó huellas en Azcapotzalco. No se han encontrado cabezas de este tipo entre los miles de figurillas halladas en el distrito occidental.

Un moldeado más perfecto en estas figurillas rituales reemplazó las antiguas técnicas del modelado a mano; pero esta práctica fue desconocida en Teotihuacán. Así como Bizancio continuó durante siglos la tradición de Roma después de que los bárbaros saquearon la ciudad madre, así, en menor escala, Azcapotzalco mantuvo la antigua tradición de Teotihuacán. Sin embargo, el culto a las figurillas alcanzó un desarrollo extraordinario. La introducción del molde condujo a una producción en serie de imágenes, por trabajadores expertos, de tal manera que los detalles del vestido y del decorado, que caracterizaban a los dioses representados, podía fijarse rígidamente. Cada hogar podía proveerse en miniatura con los elementos externos de su rito que antes estaba circunscrito a centros especiales. Incensarios complicados cargados de adornos modernos reproducían los altares del templo principal, con sus ornamentos rituales. En Oaxaca puede haber estado el origen de esta práctica entre los zapotecas, quienes no sólo construyeron complicados incensarios de este tipo, sino que, a juzgar por los fragmentos de loza de Oaxaca encontrados en las ciudades toltecas, también traficaban en cerámica con los pueblos del norte.[17]

Esta situación arqueológica aclara una discrepancia de las crónicas que ha puesto a prueba la imaginación de los eruditos. Los *Anales de Cuauhtitlán* consignaron una lista de los gobernantes toltecas que sólo parcialmente, en los nombres y de ninguna manera en las fechas, corresponde a la lista de Ixtlilxóchitl de los reyes de Teotihuacán (Cuadro sinóptico IV). Parece muy probable que la dinastía de Cuauhtitlán se refiera a los jefes de esta región occidental que sobrevivió al abandono de su lugar de origen. La región oriental de Azcapotzalco

estaba protegida de los invasores por los lagos. No había tantos impuestos sobre la población como en Teotihuacán, en donde el pueblo tenía que llevar a cabo una reforma religiosa en términos arquitectónicos. Por lo tanto, la presión interior y la exterior que produjo el desmoronamiento de Teotihuacán no tuvieron manifestación en el oeste sino hasta más de un siglo después.

La guerra civil, las luchas religiosas y el hecho de que el culto de Quetzalcóatl cediera su lugar al de Tezcatlipoca, contribuyeron a la caída de los toltecas del oeste hacia fines del siglo XII. Un gran hacinamiento de restos de niño en El Corral, en Azcapotzalco, hace pensar que las hambres, con el consecuente aumento de la mortalidad infantil, puedan haber representado, asimismo, su papel. Sin embargo, los conquistadores del valle occidental fueron los primeros en tomar el nombre de los vencidos y en prolongar su linaje, para aparecer de una gran antigüedad. Las artes y las manufacturas de los toltecas desaparecieron y sus estilos no tuvieron continuación en la obra de los pueblos subsecuentes; pero el nombre subsistió, así como la vieja costumbre de hacer imágenes, aunque los ídolos eran entonces en honor de una religión con un nuevo elenco de dioses.

La era tolteca, el período clásico de los constructores de Teotihuacán, contempló el pleno florecimiento de una civilización media americana. La cultura fue unificada y parece haber sido difundida por una población en aumento. Por el énfasis ritualista y por haber dirigido la destreza técnica hacia las exigencias del culto, esta civilización fronteriza resumió la historia cultural de la América Media.

CUADRO SINÓPTICO IV

SECUENCIA DE LAS TRIBUS EN EL VALLE DE MÉXICO DE ACUERDO CON VARIAS AUTORIDADES

		Phillips[a]	*Ixtlilxóchitl I*[b]	*Ixtlilxóchitl II*[c]	*Veytia*[d]	*Durán*[e]	*Muñoz Camargo*[f]	*Clavijero*[g]	*Sahagún*[h]	*de Jonghe*[i]	*Mapa Tlotzin*[j]	*Mapa Quinatzin*[k]	*Códice Xólotl*[l]	*Motolinía*[m]	*García Icazbalceta*[n]
	Maceguales (creados por dioses)	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
	Quinames (Gigantes)	2	1	1	1	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—
	Tarascos	—	—	—	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—
	Olmeca-Xicalancas	—	2	2	3	—	2	—	—	—	—	—	—	—	—
	Zacatecas	—	—	—	—	—	2	—	—	—	—	—	—	—	—
	Toltecas	4	3	3	4	—	—	1	1	—	—	—	—	—	—
	Chichimecas nómadas	3	4	4	2	—	—	2	—	1	1	1	1	1	1
	Chichimecas	—	—	—	5	2	3	—	2	—	—	—	—	—	—
	Teo-Chichimecas	—	—	—	—	—	4	—	2	—	—	—	—	—	—
	Otomíes	—	—	5	6	—	—	—	2	2	—	—	—	—	—
	Alcolhua I Tlailtoques	—	5	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
	Chimalpanecas	—	5	—	—	—	—	—	—	—	—	2	2	—	—
	Chalco-Toltecas	—	—	—	—	—	—	—	—	—	2	—	—	—	—
	Acolhua II Texcoco	—	6	5	6	—	3	3	—	(4)	3	—	—	2	2
	7 Tribus	—	—	—	—	3	—	—	3	3	—	—	—	—	—
	Tepanecas	—	6	5	6	—	—	—	—	—	—	3	—	—	—
Culhuas	Culhuas	5	—	—	—	—	—	—	—	—	—	3	—	—	—
	Aztecas	—	6	6	7	4	—	—	—	—	—	3	3	3	3
	Huitznahuas	—	6	—	—	—	—	—	—	—	—	3	—	—	—

[a] Phillips, *Códice Ramírez*, 1883, 618-19, 622-24.
[b] Ixtlilxóchitl, *Relaciones*, 1891, 17-21, 75-103.
[c] Ixtlilxóchitl, *Historia Chichimeca*, 1892, 21-45, 61-65, 69-71.
[d] Veytia, *Historia Antigua*, 1836, vol. 1, 139-156; vol. 2, 3-10, 39-46, 87-101.
[e] Durán, *Historia de las Indias*, 1, 1867, 10-14.
[f] Muñoz Camargo, *Historia*, 1892, 5-116.
[g] Clavijero, *Historia*, 1787, 93-136.
[h] Sahagún, *Historia General*, 1938, vol. 4, libro II, 106, 116-17, 138-47.
[i] De Jonghe, ed., *Histoire du Mechique*, 1903, 8-20.
[j] Aubin, *Peinture Didactique*, 1885, 58-74.
[k] Aubin, *Peinture Didactique*, 1885, 75-85.
[l] Radin, *Sources*, 1920, 41-45.
[m] Motolinía, *Historia*, 1914, 3-5.
[n] Origen en García Icazbalceta, 1886-92, vol. 3, *Origen de los Mexicanos*, 283-92.

CUADRO SINÓPTICO V

RESUMEN DE LA HISTORIA TOLTECA

Teotihuacán I

Manufactura de materiales encontrados en los adobes de los Templos del Sol y de la Luna.

Dinastía Oriental		*Dinastía Occidental*	
Chalchiuhtlanetzin	510-62		
Ixtlilcuechahauac	562-614		
Huetzin	614-66		

Teotihuacán II

Construcción de los edificios de Teotihuacán del primer período, que culmina en el Templo de Quetzalcóatl, bajo Mitl; establecimiento del centro de Azcapotzalco (El Corral I); amplia difusión de la cultura a Cholula y Morelos.

Dinastía Oriental		*Dinastía Occidental*	
Totepeuh	666-718		
Nacoxoc	718-70	Huetzin	869-(?)
Mitl-Tlacomihua	770-829	Totepeuh (?)	(?)-887

Teotihuacán III-IV

Construcción de los edificios del segundo período; introducción del molde; múltiple rito en figurillas; comercio con los mayas; introducción de la nueva religión; abandono de Teotihuacán; incursión de los chichimecas.

Dinastía Oriental		*Dinastía Occidental*	
Reina Xihuiquenitzin	829-33		
Iztaccaltzin	833-85	Ihuitimal	887-923
Topiltzin	885-959	Topiltzin	923-47

Teotihuacán V

Desplazamiento del centro tolteca hacia Azcapotzalco, quizá bajo Topiltzin; gran desarrollo ritual de las figurillas; influencia de Oaxaca; nueva religión y destrucción por los culhuas.

Dinastía Oriental	*Dinastía Occidental*	
	Topiltzin	923-47
	Matlacxóchitl	947-83
	Nauhyotzin I	983-97
	Matlaccoatzin	997-1025
	Tlilcoatzin	1025-46
	Huemac	1047-1122

IV

El período chichimeca y los toltecas dinásticos

Exposición de los acontecimientos complejos, políticos, sociales y culturales, que condujeron a la integración de la civilización azteca

La era clásica de los toltecas de Teotihuacán fue un período de unidad cultural. Los pueblos del México Central hicieron, durante siglos, las mismas cosas, vivieron de la misma manera y adoraron a los mismos dioses. La disolución, que se introdujo en forma de hambres, de disensiones religiosas y de incursiones de pueblos extraños, corroyó la estructura de la civilización teotihuacana.

El período siguiente de la historia mexicana, de 1100 a 1300, fue caótico y con el tiempo vino a terminar en la mezcla de esa unidad cultural e independencia política que conocemos como la civilización azteca. Una analogía tentadora es comparar el período chichimeca con la colonización europea de la América del Norte, en la que grupos de diversas condiciones y clases lucharon para poblar el territorio y con el tiempo incorporaron todo su saber en la república norteamericana. (Véase Lám. 25.)

Religiones, sistemas sociales y pueblos, lucharon por la dominación del valle. Varias de las poderosas tribus de la época de la conquista, tuvieron su origen en este período de confusión y de los anales de sus tribus podemos sacar un cuadro bastante exacto de lo que aconteció. Como cada tribu registraba sus propios acontecimientos, con poca atención a los de sus vecinos, las referencias son comparables en raras ocasiones. La historia, en el sentido moderno de utilizar tendencias pasadas para crear el presente y el futuro, no existió en la estructura intelectual del México antiguo, y las tradiciones de las migraciones sucesivas tribales están en confuso desacuerdo. (Cuadro sinóptico IV.)

La historia de cinco ciudades sintetiza este período: Culhuacán, Texcoco, Azcapotzalco, Cholula y Tenochtitlán. (Cuadro sinópti-

co VI.) De acuerdo con los *Anales de Cuauhtitlán*, una larga y confusa historia de Culhuacán, Tenochtitlán y Cuauhtitlán, que era insignificante desde el punto de vista político, los culhuas vencieron a los toltecas y vivieron por algún tiempo en Tula, su antigua capital. La ubicación de esta capital tolteca no se especifica con toda claridad; pero fue en el lado occidental del lago y quizá en el lugar ocupado por los antiguos toltecas de Azcapotzalco, o en la Tula moderna, que tiene algunas ruinas toltecas recientes; pero que ofrece más pruebas de una densa ocupación mazapan.[1]

Los culhuas retrocedieron más tarde hacia el sur, a Culhuacán, donde fundaron una dinastía de jefes. Los reinados, y su duración, fueron cuidadosamente registrados en sus anales. A mediados del siglo XIII apareció una nueva dinastía que los historiadores llaman "Chichimeca" y que reemplazó a la antigua que ellos llamaban "Tolteca". Se hace mención de luchas con otras tribus, principalmente en el extremo norte de los lagos; pero también tuvieron encuentros con las poblaciones del sur. (Cuadro sinóptico VI.)

Hacia fines del siglo XIV estalló la guerra civil y el pueblo abandonó Culhuacán, que se debilitó y se convirtió en una sombra de lo que antes fue. El nacimiento de un nuevo poder, los tepanecas, que tenían como aliados a los vigorosos pero mal situados tenochcas, contribuyó a su caída. Sin embargo, antes de que Culhuacán sucumbiera completamente al vasallaje bajo el nuevo orden, fueron solicitados en dos ocasiones miembros de su casa reinante para fundar el linaje de Tenochtitlán.

De acuerdo con pruebas documentales, Culhuacán fue una ciudad-estado muy importante. Los reinados subsecuentes de sus jefes van desde la caída del imperio tolteca occidental hasta el nacimiento del importante estado azteca de Tenochtitlán. Culhuacán fue considerado como centro de civilización y por espacio de tres siglos fue un poder dominante en el Valle de México. Sin embargo, una visita a la población moderna no revela ruinas de importancia, porque la antigua ciudad fue completamente arrasada. Solamente el templo del Cerro de la Estrella, que se eleva en la parte posterior de la ciudad y domina los lagos, es un monumento conmemorativo a su pasado esplendor; pues aquí tenía lugar, aun después de que los culhuas hubieron perdido su poder, la Ceremonia del Fuego Nuevo, que anunciaba cada nuevo ciclo de cincuenta y dos años y compendiaba el espíritu de la religión azteca.

Texcoco, situado en la ribera oriental de los lagos de México, era el centro más civilizado del valle en la época de la conquista. Ixtlilxóchitl, descendiente de una casa reinante, tuvo acceso a las crónicas de su pueblo y dejó una historia completa aunque retorcida por el deseo de hacer a su genealogía rivalizar con los linajes nobles de Castilla; pero tenía un gran sentido histórico, sin duda, captado de los sacerdotes españoles que lo educaron. Sus antepasados fueron un grupo nómada que vivió principalmente de la caza y, eventualmente, bajo el mando de un jefe llamado Xólotl, ocupó la zona cercana a Teotihuacán; se extendieron hacia el occidente hasta Tenayuca y en este proceso aprendieron la agricultura y siguieron una vida sedentaria, a la vez que entraron en contacto con otras tribus de diversos grados de cultura y adoptaron la práctica de escoger jefe de una dinastía determinada, en vez de elegirlo directamente de los principales de la tribu.[2]

Hacia el año 1300 dos hermanos estaban en línea de sucesión para el puesto de jefe y un tal Tlotzin, que no fue elegido, regresó a Texcoco y encabezó su propia dinastía. Cuando murió y su hijo Quinatzin ocupó el trono, dos tribus de la región Mixteca, del norte de Oaxaca y del sur de Puebla, invadieron su territorio. Trajeron consigo el culto al dios Tezcatlipoca, el arte de la escritura y un gran número de conocimientos útiles. Estas gentes transformaron la vida de Texcoco de un modo tan radical, que los manuscritos pictóricos representaron a la población local vestida con pieles y a los inmigrantes con telas, a fin de hacer resaltar el contraste entre su propia cultura y el talento superior de los recién llegados. Quinatzin, que fue un gobernante extraordinariamente capaz, extendió en gran medida sus dominios por la conquista de muchos pueblos vecinos. La idea de absorber pueblos conquistados por el estado victorioso, tan obvia para un hombre moderno de la civilización occidental, no se les había ocurrido aún a los mexicanos. En vez, los pueblos derrotados retenían su autonomía local; pero pagaban un tributo anual y sus jefes tenían que hacer una visita oficial para testimoniar su fidelidad al conquistador. Quinatzin tenía alrededor de setenta pueblos como feudos y sus dominios se extendían hasta las costas de Veracruz. Su sucesor, Techotlala, logró unificar en una lengua, la azteca, los dialectos del valle.

Texcoco y Culhuacán nunca tuvieron conflictos directos, porque estaban situados en los extremos opuestos del Lago de México.

Hay pruebas, también, de que el valle no estaba completamente ocupado, pues a mediados del siglo XIII los tenochcas pudieron abrirse paso hacia el sur, en dirección de Chapultepec, sin tener serios conflictos con las poblaciones establecidas.[3]

Sin embargo, a mediados del siglo XIV hubo luchas importantes. Una tribu llamada de los tepanecas, que vivía en Azcapotzalco, rebasó sus fronteras. Encabezada por un jefe hábil y perverso, Tezozomoc, comenzó a extender su territorio. Quien primero sintió la presión fue Culhuacán, originándose discordias internas, como tiene que suceder cuando una nación no puede proveer a su alimentación y no tiene espacio para extenderse. Algunos de los culhuas se trasladaron a Texcoco, siguiendo la ribera oriental, y sumaron sus viejas industrias a las de la comunidad texcocana. Los tepanecas, detenidos al sur por densas poblaciones y al occidente por altas montañas, se dirigieron hacia el norte y hacia el oriente, invadiendo y ocupando tierras de Texcoco. Las tribus otomíes, cuyo territorio abarcaba las islas y la ribera oriental del lago de Xaltocan, quedaron oprimidas entre fuerzas opuestas, que no toleraban la neutralidad. En consecuencia se trasladaron al norte y las dos grandes potencias, tepanecas y texcocanos, entraron en contacto directo y estalló la guerra. Tezozomoc obtuvo una victoria decisiva, dominó a Texcoco y se apropió sus vasallos. No tardó en conquistar el resto de las poblaciones del valle arrasando el antiguo dominio de Culhuacán, ya en decadencia. En 1427, su hijo Maxtla sucedió en el trono a este vigoroso y cruel conquistador. Teniendo a sus pies el valle norte, oprimió a los vencidos e intervino en los asuntos de antiguos aliados, como Tenochtitlán. Sin embargo, había de disfrutar sus conquistas solamente dos años escasos.[4]

Era costumbre de los gobiernos indígenas imponer tributos a las tribus vencidas; pero no habían ideado un sistema para imponer su pago sin declarar una nueva guerra y hacer una campaña nueva. Consecuentemente surgió entre comunidades antes un tanto hostiles un lazo de simpatía, consecuencia de los infortunios comunes. Tenochtitlán y Tlacopan, poblaciones aledañas al territorio tepaneca, hicieron un pacto con Texcoco, situado al otro lado del lago, y los aliados se sublevaron súbitamente y derrocaron al nuevo poder. Maxtla fue muerto, su ciudad quemada y, a despecho de la costumbre de la época, su pueblo quedó incorporado a las tribus aliadas. Las tierras fueron repartidas entre los guerreros que habían realizado hazañas

notables. La derrota de los tepanecas fue tan completa, que todo lo que queda de su historia es el recuerdo de Tezozomoc, de Maxtla y de algunos pequeños jefes locales que los sucedieron.

Después de la guerra los texcocanos recobraron su prestigio; pero los tenochcas, que comenzaron como simples vasallos, aumentaron su poderío tan rápidamente que a la llegada de los españoles habían logrado eclipsar a sus antiguos señores, como veremos en el capítulo siguiente.

Estos acontecimientos revelan un cuadro de poblaciones en proceso de expansión y subsiguiente conflicto intertribal. Esta historia cultural muestra un difuso trasfondo de artes y usos tribales gradualmente fundidos dentro de un todo muy semejante: la civilización azteca. El proceso se realizó antes del encumbramiento de Tenochtitlán, así es que, tras arduas investigaciones, se ha reservado el término azteca para la civilización y el de tenochca para el pueblo que le dio tanto renombre.

La civilización de Teotihuacán desapareció antes de la infiltración de las tribus intrusas. Los grupos nómadas mencionados en las crónicas no han dejado restos identificables; los cazadores ceñidos a sus necesidades rudimentarias, que satisfacen con lo que pueden transportar consigo, no dejan muchas huellas de su presencia. Llegaron otros inmigrantes de pueblos establecidos y una vez que fundaron sus colonias reanudaron la construcción de casas y el arte de la cerámica, volviendo así a su vida normal, como pueblos sedentarios. Hubo dos culturas bien definidas de este tipo que se llaman Mazapan y Coyotlatelco que tomaron su nombre de los sitios en que se descubrieron por primera vez sus restos. Los templos y las aldeas que los creadores de estas culturas hayan construído desaparecieron durante la superposición arquitectónica del período azteca, así es que debemos depender de la cerámica y otros objetos indestructibles, para descubrir sus relaciones tribales y su importancia en la historia del hombre en México.[5]

La Cultura Mazapan fue, sin duda, posterior a la de Teotihuacán, pues las tumbas de aquélla se cavaron en los pisos de ésta, y los residuos de la primera cubren los basureros teotihuacanos. Estos restos se encuentran en mayor abundancia al noroeste del Valle de México; pero también se extendieron hacia el oeste. Aunque, en general, estos montones de desechos parecen coincidir con aldeas, también se encuentran en el centro religioso de Tula. En la ciudad moderna de

este nombre las esculturas en piedra de un estilo característico, que no es teotihuacano, ni azteca, pueden atribuirse a esta cultura por un proceso de eliminación. La riqueza de las ofrendas en los entierros da la idea de que el pueblo de Mazapan era próspero y acomodado. En Chiconauhtla, una ciudad limítrofe sometida al dominio de Texcoco, la población, originalmente de filiación cultural mazapan, adoptó los estilos aztecas sin transición. (Véase Lám. 25.)

La cerámica de estas gentes comprende tres tipos principales lo bastante diferenciados para sugerir la unión de tres grupos independientes. Uno es de cuencos hemisféricos profundos decorados con líneas paralelas ondulantes, como trazados con un peine. Hay otros semejantes a éstos, con dibujos color castaño apenas diseñados. Una segunda clase de cerámica la constituyen los cajetes gruesos con soportes de tres patas y el fondo rugoso, para moler chiles. Una tercera consiste en cajetes de fondo plano con un *slip* de color característico, blanco o anaranjado. En Puebla, en las faldas de los volcanes y en otras zonas limítrofes del valle se traficaba con estas vasijas.

Los pueblos mazapan recibían a su vez cerámica de distantes procedencias. De Puebla y Veracruz adquirían una cerámica popular llamada anaranjada fina ("fine orange") que era de comercio común desde Chichen Itzá, en Yucatán, y Guatemala, hasta lugares tan distantes, en el sur, como El Salvador. También tenían la característica cerámica pseudovidriada, conocida con el nombre de "plumbate", que tenía un amplio campo de distribución comercial, con centro en El Salvador y en Guatemala; pero que llegaba por el sur a Panamá, por el oriente a Veracruz, por el occidente a Tepic y por el norte a Tula. Esta cerámica nunca se encuentra en los centros mayas clásicos; pero aparece en los sitios más recientes. En el Valle de México no llegó al tolteca teotihuacano y su distribución terminó en la época de los aztecas. La cerámica decorada con *cloisonné* de estuco también era muy estimada por los mazapeños, y algunos escasos ejemplares se encuentran lejos de sus fuentes principales de manufactura, en el norte de Jalisco.[6] (Véanse Láms. 26, arriba, y 27.)

Estos pueblos hacían o adquirían por trueque hermosos malacates, con *slips* lustrosos y dibujos estampados. Sus trabajos en obsidiana eran excelentes y sus escalpelos, obtenidos en láminas por presión, eran los mejores de México. Se hacían figurillas vaciadas, pero en formas rudimentarias; una diosa madre y un dios guerrero que presagiaban la Tonantzin y el Tezcatlipoca del período azteca. También adora-

ban al dios desollado Xipe, que vestía una piel humana, y en su honor abandonaron las humildes limitaciones de su escultura de barro, para hacer dos representaciones de él en tamaño natural, monumentales ejemplares del arte alfarero. Una figura más pequeña, que lleva en la mano un vaso chico de estilo zapoteca, fue hecha con el más minucioso detalle. De esta manera los testimonios arqueológicos confirman el origen tradicional del culto de Xipe en Oaxaca, territorio de los zapotecas y de los mixtecas. (Véase Lám. 28.)

Esta cultura mazapan era cosmopolita y estaba en contacto con los productos de toda la América Media civilizada. Su cerámica más importante indica que tiene un origen occidental. La sugerencia de una fusión de elementos tribales en la cerámica, insinúa la amalgama de tribus anotada por Ixtlilxóchitl en la historia de los chichimecas de Texcoco. Así, la evidencia arqueológica corrobora la narración indígena, ubicando este período en los siglos XII y XIII, cuando la influencia mexicana se extendió hacia el sur, a las tierras de los mayas y zapotecas.

La cultura coyotlatelco está confinada principalmente a las riberas occidentales del lago de México. Los exploradores no han tenido la suerte de encontrar sitios claramente definidos. Bien puede ser de origen antiguo, pues en Tenayuca se han encontrado fragmentos de vasijas sencillas debajo de la cerámica coyotlatelco muy desarrollada, igual que ocurre en el territorio Mazapan, antes de esa ocupación. Una colección del Museo Americano de Historia Natural procedente de un lugar cercano a Tula señala una influencia recíproca de esta cerámica antigua con elementos decadentes de Teotihuacán, que dieron por resultado el fuerte prototipo del estilo coyotlatelco maduro. Esta cerámica avanzada comprende cajetes con motivos bien ejecutados en rojo, que revelan dominio del dibujo.[7]

La posición cronológica es un poco incierta. En Azcapotzalco y en el cerro de La Estrella, atrás de Culhuacán, se encuentran capas de desechos de Coyotlatelco sin mezclas intrusivas. El doctor Tozzer, quien dio nombre a esta cerámica, la encontró mezclada con material tardío de Teotihuacán, en el lugar tipo que dio origen al nombre; pero mi mujer y yo excavamos en Teotihuacán un sitio del mismo período sin encontrar un solo fragmento entre los doscientos mil que examinamos. En uno o dos lugares al occidente de Tenayuca se han encontrado fragmentos de coyotlatelco con material mazapan. El señor Noguera encontró el límite extremo de lo más reciente cronológica-

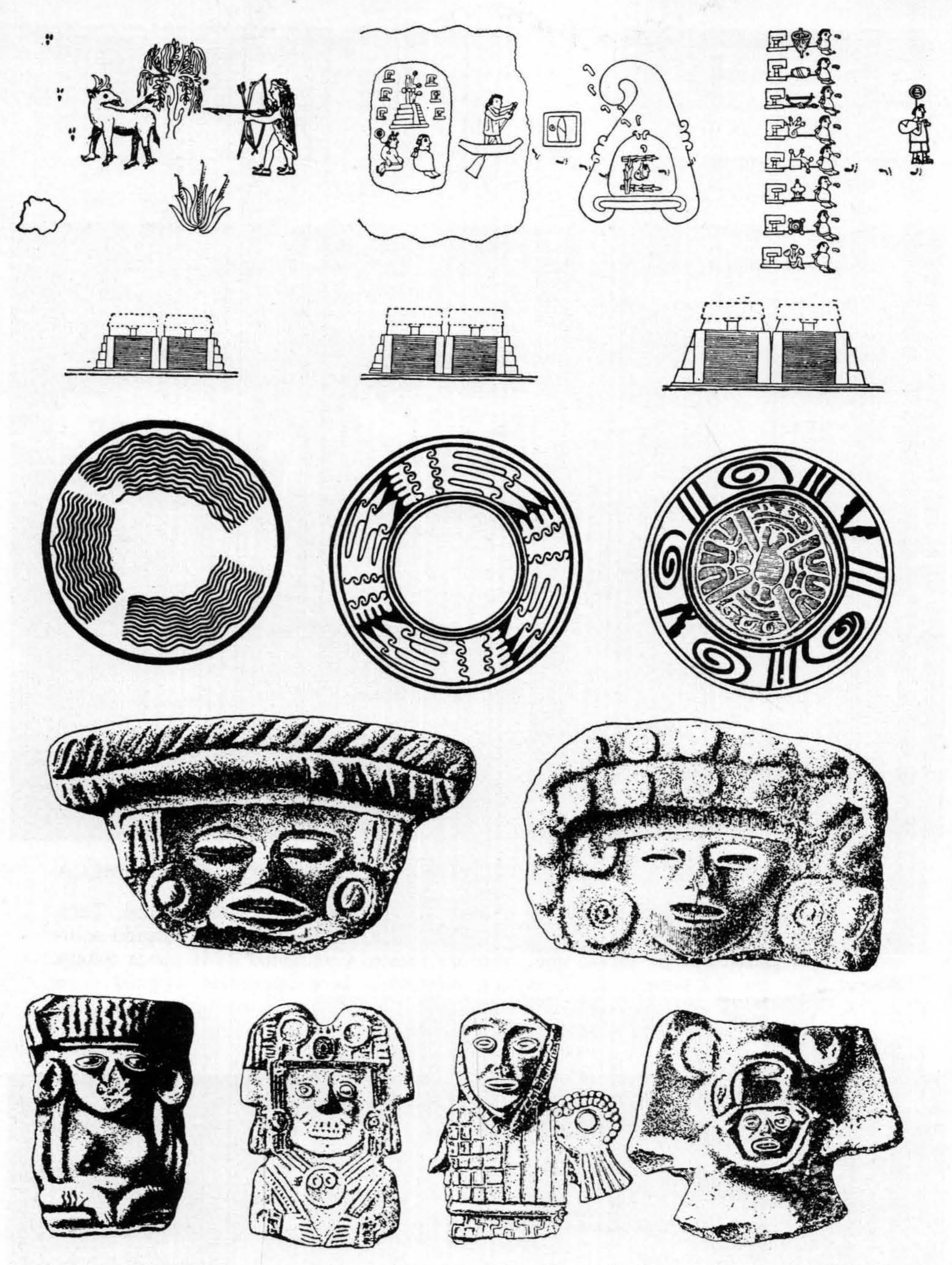


Lámina 25. CUADRO DEL MATERIAL ARQUEOLÓGICO DE LA CULTURA CHICHIMECA

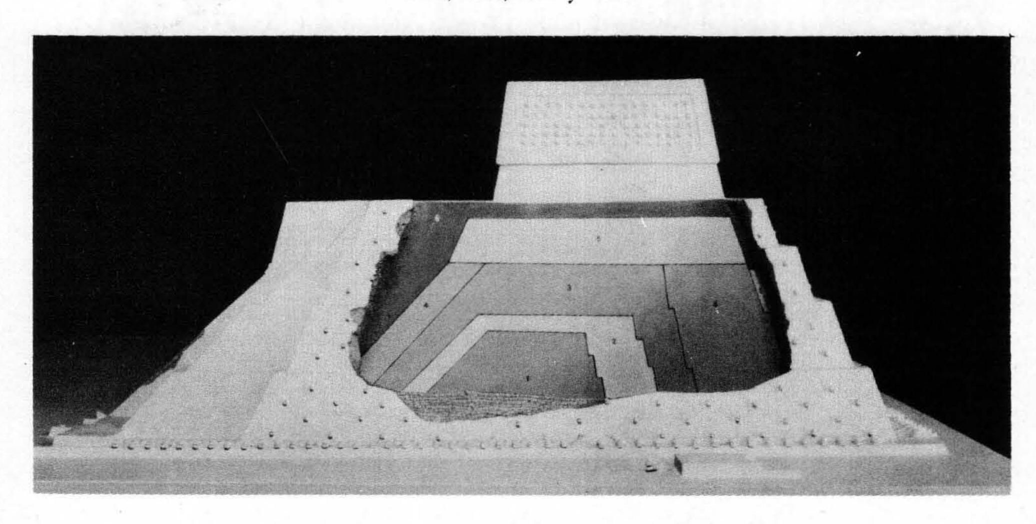
Fila superior: escritura pictográfica que se relaciona con este período. *Izquierda:* un cazador chichimeca según el Mapa Quinatzin. *Centro:* tenochcas en sus peregrinaciones en el momento de descubrir a su ídolo, según el Códice Boturini. *Derecha:* las ocho tribus que poblaron el centro de México, según el Códica Boturini (V. Cuadro Sinóptico VII). *Segunda fila:* Las tres primeras construcciones de Tenayuca. Nótense los muros en talud del edificio III, con influencia azteca. *Tercera fila:* estilos típicos de cerámica de Mazapan, Coyotlatelco y Azteca I de Culhuacán. *Cuarta fila:* figurillas hechas en molde, tipo Coyotlatelco. *Fila inferior:* figurillas en molde, tipo Mazapan.

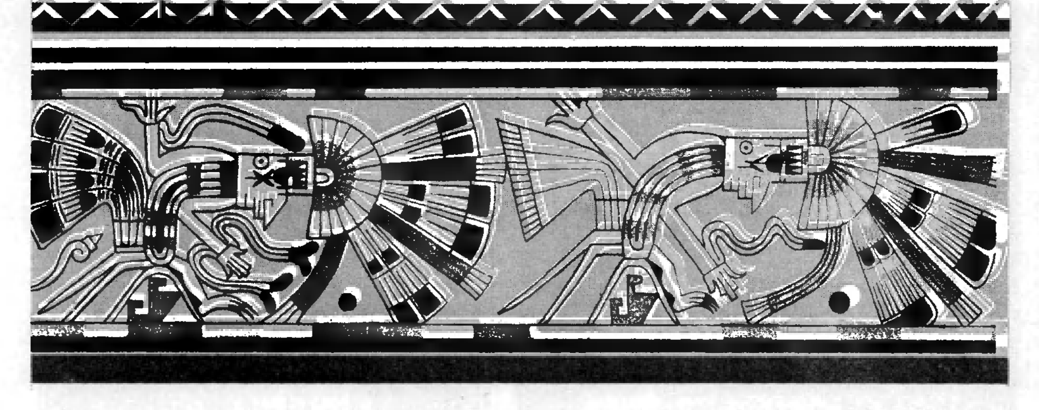




LÁMINA 26. CERÁMICA Y ARQUITECTURA DEL PERÍODO CHICHIMECA

Arriba: vasijas de los tipos Azteca I y Cholula III encontradas en Chichén Itzá, Yucatán. *Centro:* templo de Cholula, Puebla. Nótese el voluminoso templo erigido sobre esta antigua plataforma de adobe, que cubre un recinto ceremonial de la época tolteca. *Abajo:* Maqueta del templo de Tenayuca, mostrando la construcción original y las cinco reconstrucciones, que tal vez corresponden a las ceremonias cíclicas de 1299, 1351, 1403, 1455 y 1507.







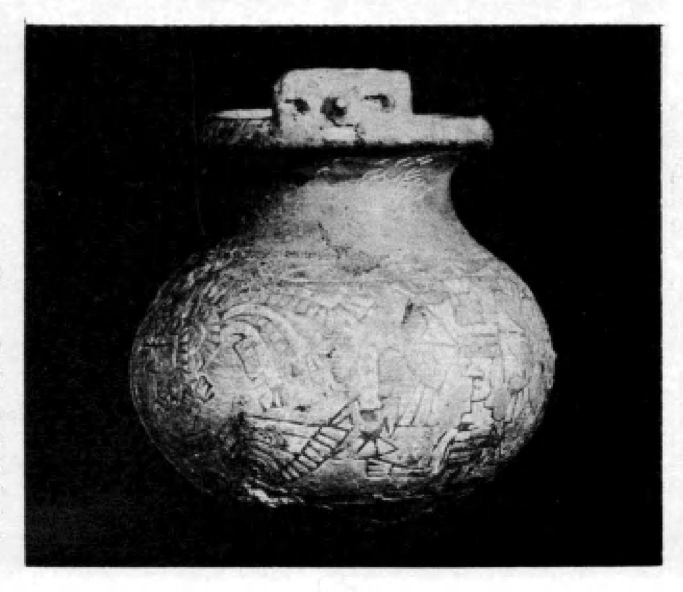


LÁMINA 27

CERÁMICA DEL PERÍODO CHICHIMECA

Arriba y abajo: diseño de un vaso y jarro decorado en estuco *cloisonné*, procedente de Jalisco. *Centro:* vasija plomiza casi vítrea, de las que se hacían en San Salvador y Guatemala; la cerámica de este tipo fue objeto de activo comercio durante los siglos doce y trece en Mesoamérica.



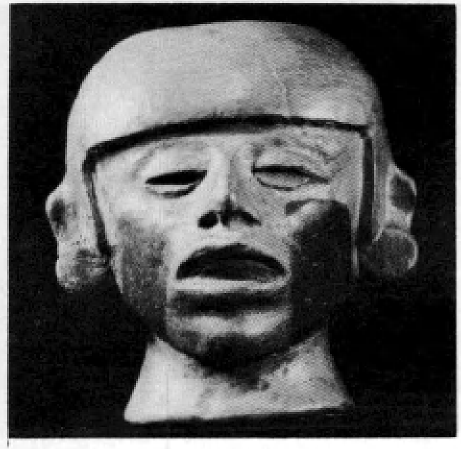
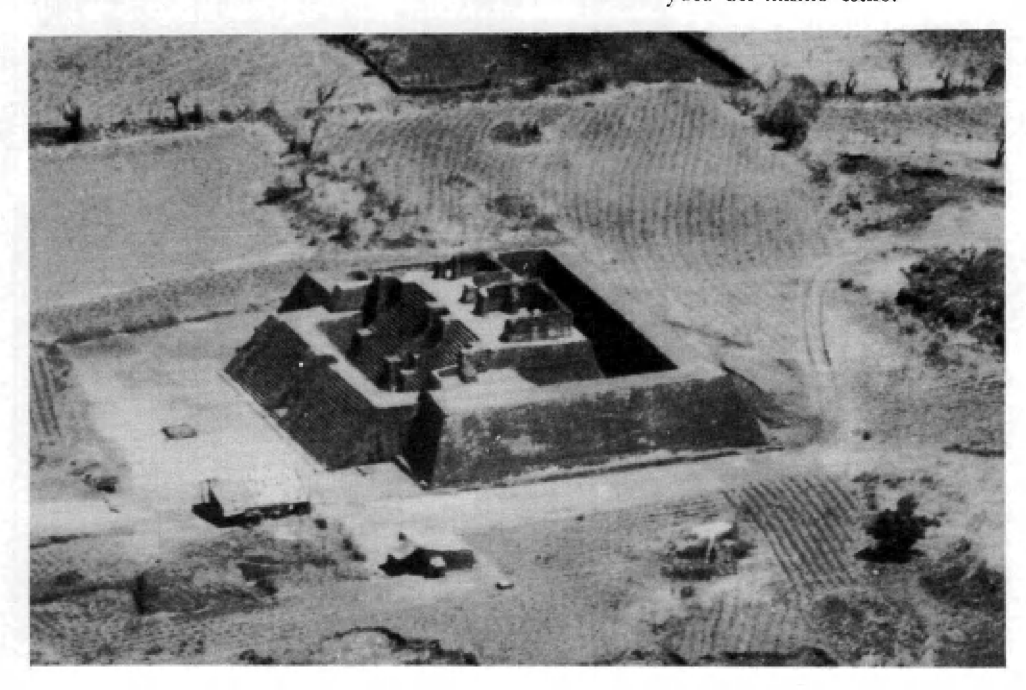


LÁMINA 28

CERÁMICA Y ARQUITECTURA DEL PERÍODO CHICHIMECA

Arriba, izq.: el dios Xipe vestido con una piel humana; procede de Teotihuacán. *Derecha:* vasija con forma de cabeza, procedente de una tumba encontrada en Teotihuacán y que representa a un hombre muerto. Por estas dos figuras vemos que los pueblos mazapan habían llegado a hacer de la escultura en barro un arte mayor. *Abajo:* Templo de Teopanzalco, Cuernavaca. En primer término, los restos de las últimas escalinatas y muros, y detrás el templo y la escalinata primitivos, mayores que las dos primeras construcciones de Tenayuca del mismo estilo.



mente en Tenayuca, donde estaban mezclados fragmentos coyotlatelco y azteca II. Las asociaciones geográficas y cronológicas de esta cerámica indican que sus fabricantes eran culhuas o tepanecas.

Culhuacán, tan importante en las crónicas como la sede de una famosa dinastía de jefes, muestra en la actualidad pocos vestigios de su pasada grandeza. Sin embargo, las excavaciones emprendidas hace veinticinco años demostraron que su importancia histórica no fue sobreestimada, pues parece haber sido la base de donde la cultura azteca se extendió por todo el valle. La cerámica, tan penoso tema de lectura y tan importante para reflejar los patrones tribales, relata la historia de este proceso.[8]

La cerámica azteca se encuentra en todo el Valle de México y, debido a la costumbre azteca de destruir los utensilios domésticos al finalizar cada ciclo de cincuenta y dos años, puede clasificarse en períodos relativamente exactos: IV, de 1507 a 1519 (fecha de la conquista española, que impidió la celebración cíclica de 1559); III b, de 1455 a 1507; III a, de 1403 a 1455; II, inferior y superior, quizás un siglo anterior a 1403, y I. Los períodos III y IV se encuentran representados en todas partes. El período II es frecuente en la tierra firme aunque menos en Tenochtitlán, que era insignificante desde el punto de vista político hasta después de 1400. Hasta ahora sólo en Culhuacán se encuentra abundancia de restos del período I. La cerámica típica de los períodos II a IV pasa por una evolución, pero tiene una estrecha semejanza genérica a través de estas fases, en tanto que la del período I se acerca mucho más al anaranjado fino ("fine orange") de Puebla, que fue objeto de amplio comercio en todo el sudeste de México. También hay una relación comercial entre azteca I y mazapan.[9] (Véanse Láms. 25 y 29.)

En la historia de Culhuacán, sintetizada en las páginas 66-67, se subrayó el hecho de que existió primero una dinastía tolteca, a la que sucedió una dinastía chichimeca, o régimen extranjero. No se hace mucha violencia à la realidad histórica al afirmar que los culhuas cambiaron su cultura junto con su dinastía. La cerámica coyotlatelco, que tiene vagas afinidades con la de Teotihuacán, puede representar la cultura material de la dinastía tolteca, en tanto que la cerámica azteca I, del todo extraña a los estilos precedentes, parece simbolizar la presencia material del régimen nuevo.

Esta situación también se confirma en Tenayuca, donde grandes arqueólogos mexicanos, como el difunto José Reygadas Vértiz, Igna-

cio Marquina, Alfonso Caso, Eduardo Noguera y otros, han llevado a cabo una disección magnífica de uno de los templos, que fue completamente rehecho cinco, o quizás seis veces. La renovación respondía a las necesidades rituales de reconstruir y volver a acondicionar al comienzo de cada ciclo de cincuenta y dos años, para compensar la destrucción que se realizaba al fin del período. Como este lugar fue ocupado durante la conquista, las reconstrucciones probablemente se hicieron después de las ceremonias cíclicas de 1507, 1455, 1403, 1351 y 1299, habiéndose construído el primer edificio algún tiempo antes. La cuarta, quinta y sexta construcciones (1403, 1455, 1507) son puramente aztecas; el tercer templo construído (1351) es una transición entre el estilo azteca y los métodos sencillos y más arcaicos empleados en las dos estructuras primitivas (1299 y el templo original). Los tres templos aztecas puros corresponden estrechamente a la distribución de la cerámica azteca III y IV, entre los años 1403 y 1519. El templo de transición y la segunda construcción sugieren la idea de que las renovaciones cíclicas se adoptaron en todas partes, junto con la cerámica azteca II, del siglo XIV. La plataforma original de este templo de Tenayuca pudo haber sido construída casi en cualquier año del siglo XIII, ya que la construcción de un santuario no suponía la celebración del comienzo de un ciclo de cincuenta y dos años.[10] (Véanse Láms. 25, 26, abajo, y 29.)

La civilización azteca penetró al valle por Culhuacán, en donde gradualmente sustituyó a las definidas culturas locales. ¿En dónde, pues, tuvo su verdadera fuente? Quizá la contestación acertada es que en Cholula, en el estado de Puebla, en donde aún existe la construcción más grande del mundo por lo que hace a volumen. El laborioso grupo de arqueólogos mexicanos, cuyos esfuerzos coordinados han organizado el rico fondo de su pasado indígena, ha analizado este monumento durante muchos años por medio de excavaciones y de investigaciones en los archivos. Los resultados son importantes. (Véase Lám. 26, arriba y centro.)

Cholula fue ocupada originalmente por una tribu de Cultura Media Superior que después cayó bajo la dominación de la civilización teotihuacano-tolteca. En esta época los habitantes edificaron una enorme plaza para ceremonias, un laberinto de templos, plataformas y escaleras, construídos con mampostería cubierta de estuco. Finalmente, los que llegaron después, quizá con la ayuda de la población que allí residía, llevaron a cabo la estupenda tarea de convertir

el recinto tolteca en una gran plataforma única, tradicionalmente dedicada al dios Quetzalcóatl. Esta construcción gigantesca implicó la tarea de llenar todas las construcciones y patios con ladrillos de adobe. En la cima construyeron altares y habitaciones para el personal que tomaba parte en las ceremonias. En uno de ellos, el Altar de los Cráneos, enterraron a dos personas e hicieron ofrendas funerarias de vasijas de barro, algunas de las cuales se asemejan, en muchos rasgos, a los azteca I, en tanto que otros muestran afinidades con los tipos mazapan.[11]

Más tarde los cholultecas abandonaron estas formas por las creaciones policromadas, en las que el dibujo puro y la decoración ritual se ejecutaron con una minuciosidad extraordinaria. La maestría, la proliferación del ritual y el volumen de producción de Puebla y del sur, superan a la obra de las tribus del valle, aunque el contenido sea el mismo. Por lo tanto, parece razonable suponer en Puebla el origen y la inspiración de la civilización azteca.

Los pocos anales conservados se refieren principalmente a este período y sus páginas están llenas con la historia de las dinastías Teo-Chichimeca y Tolteca-Chichimeca. Desprendiéndose de las comunidades que les dieron origen, algunos grupos se separaron para establecerse en nuevos territorios. A veces lo hicieron en tierras desocupadas; pero por lo general se impusieron como clase gobernante sobre alguna tribu ya establecida. Con frecuencia los conquistadores se llamaban a sí mismos con el altivo nombre de toltecas, usurpando el título de la civilización principal que destruyeron. Esto dio origen a la confusión de los antiguos cronistas, quienes sin la verificación arqueológica, tuvieron dificultades para distinguir las alusiones a los toltecas clásicos de Teotihuacán, de las leyendas que se refieren a intrusos belicosos, quienes adoptaron el nombre de la civilización desaparecida.[12]

La mayor parte de estos grupos nómadas hablaba náhuatl, la lengua nativa de los aztecas y de muchos otros pueblos del occidente de México. Algunos, como los conquistadores de Oaxaca, hablaban la desvinculada lengua mixteca. Sin embargo, cualquiera que fuera su idioma, estos invasores se unieron para extender por el sur de México, Guatemala, El Salvador y aun Nicaragua, elementos culturales tan afines como la estirpe de los jefes, el arte de la guerra, sus dioses peculiares y las prácticas ceremoniales características que clasificamos dentro de la cultura Mixteca-Puebla. Otras tribus se trasladaron hacia

el norte, dejando un fuerte sello en las culturas de Sinaloa, en el noroeste, y elementos de esta religión influyeron en comunidades indígenas situadas tan lejos como el sureste de Estados Unidos.[13] (Véanse Láms. 11 y 12.)

Este movimiento de pueblos, en contraste con los de sus civilizados predecesores, no era un proceso de colonización de territorios sin explotar. El exceso de población parece ser la causa más lógica, puesto que obliga a las naciones a arriesgar los azares de la guerra, antes que someterse a las torturas de la muerte lenta por hambre. Los vencidos, cuyo pueblo se había extendido a territorios despoblados durante la primera época, no habían tenido necesidad de crear técnicas militares y así cayeron fácilmente bajo la dominación chichimeca. Sin embargo, en vista de las estrechas relaciones existentes entre el gobierno y la religión en las sociedades del México antiguo, semejante conquista significaba el culto de nuevos dioses, así como la aceptación de nuevos jefes. Es probable que algunas tribus adoptaran la nueva religión antes del contacto físico real, para así poder resistir mejor la invasión. Sin embargo, el factor de la conquista influyó poderosamente en la difusión de la cultura Mixteca-Puebla por tribus de idioma náhuatl y mixteca.

La guerra tiene sus ventajas cuando se hace en contra de pueblos pacíficos. La delgada capa de civilización occidental que Europa extendió sobre el globo tiene, en escala menor, su imagen en la influencia mexicana postrera extendida sobre la América Media por estas tribus inquietas. Los dioses del que triunfa deben ser buenos dioses, así es como los cultos de origen mexicano se extendieron a todo lo largo y lo ancho de la América Media. Exactamente de la misma manera, la religión cristiana tuvo una pronta aceptación en la América India, cuando los misioneros estaban respaldados por tan temibles exponentes de nuestra dulce fe, como Cortés, Pizarro y sus auxiliares.

CUADRO SINÓPTICO VI

RESUMEN DE LA HISTORIA DE LOS CHICHIMECAS Y DE LOS TOLTECAS DINÁSTICOS

950-1100, Período Chichimeca Inferior

Fase Oriental: Contacto con los toltecas de Tula (Teotihuacán), bajo Xólotl; cerámica de Tenayuca I; cultura primitiva.

Fase Occidental: Teotihuacán V e imperio tolteca occidental en Tula (Azcapotzalco).

1100-1242, Período Chichimeca Medio

Fase Oriental: Ocupación de Tenayuca por inmigrantes; reinstalación de los toltecas en Tula (Tula); gobierno tribal; fundación de la dinastía texcocano-chichimeca en 1232; desarrollo de los feudos; introducción de la cultura mazapan.

Fase Occidental: Destrucción de los toltecas en Tula (Azcapotzalco); movimiento hacia Culhuacán; fundación de la dinastía "Tolteca" de Culhuacán en 1114; adopción de las cerámicas de Coyotlatelco; primer ciclo azteca, computado de 1143 a 1195; segundo ciclo azteca, computado de 1195 a 1247.

Gobernantes

Culhuacán	*Cuauhtitlán*	*Cuitláhuac*	*Texcoco*	*Tenochtitlán*
Nauhyotl († 1124 después de 60 años)			Xólotl 1115-1232	
Cuauhtexpetlatzin 1124-81	Teiztlacohuatzin 1160-1226			
Huetzin 1181-1202				
Nonoalcatl 1202-1223				
Achitometl 1223-37	Quinatzin 1226-99			
Cuauhtonal 1237-51				

1247-99, Período Chichimeca-Azteca I Superior

Fase Oriental: Establecimiento de Texcoco como capital de los chichimecas bajo Quinatzin, en 1298; persistencia de la cultura mazapan en el oriente; penetración de coyotlatelco y del culto ritual (de templo) en Tenayuca (?).

Fase Occidental: Fundación de una nueva dinastía en Culhuacán, en 1251; introducción en Culhuacán de la cerámica Azteca I, de orígenes poblanos; construcción en Tenayuca (?) del Edificio I; reconstrucción de Cholula (Altar de los Cráneos); cerámica Cholula III; los tenochcas en Chapultepec; tercer ciclo azteca, computado de 1247 a 1299.

GOBERNANTES

Culhuacán	*Cuahtitlán*	*Cuitláhuac*	*Texcoco*	*Tenochtitlán*
Nueva dinastía			Comienzo de la dinastía	
Mazatzin 1251-74			Nopaltzin 1232-63	
Quetzaltzin 1274-87		Coatomatzin 1282-88	Tlotzin 1263-98	Huitzilhuitl 1235-98
Chalchiuhtlatonac 1287-1304				

V

El período azteca

En el que se relata la historia de los tenochcas y el trasfondo político de la civilización azteca

DURANTE el período chichimeca se produjo la invasión del Valle de México por varias tribus y la dominación gradual de éstas por una cultura y modo de vida procedentes, al parecer, de Puebla y del norte de Oaxaca. La unidad política básica era la tribu, que vivía en aldeas que se sustentaban con el producto de sus tierras, completándolo, cuando era posible, con los tributos que pagaban los vasallos. A la cabeza del Estado se hallaba un jefe dinástico, que también desempeñaba funciones religiosas. Las artesanías estaban muy desarrolladas y se ejercía el comercio con el fin de proporcionar materias primas a los artesanos. Esta producción, sin embargo, estaba dedicada más bien a la religión y el rito que a la creación de riqueza personal. La religión era un complicado politeísmo basado en el culto a la naturaleza, con algún dios o dioses señalados para un culto especial; pero el funcionamiento del *tonalpohualli*, o calendario sagrado, ayudó al hombre en su tránsito por la tierra con toda la fuerza de los poderes divinos. (Véase Lám. 29.)

La historia de los tenochcas, los aztecas de la ciudad de México, muestra cómo vivía una comunidad tribal y cómo logró la posición de Estado importante. De acuerdo con sus crónicas, los tenochcas comenzaron su peregrinación en 1168 de nuestra era, aunque esta fecha es arbitraria y posiblemente representa el momento de la invención del sistema calendárico en boga en el centro de México.[1] Primero vivieron en una isla situada en un lago del occidente de México, que cruzaban en canoas hasta ganar la orilla. En una cueva de las laderas de una colina encontraron un ídolo de Huitzilopochtli (Colibrí Hechicero), que tenía la valiosa habilidad de hablar y de darles buenos consejos. Los relatos difieren, y según unos los tenochcas comenzaron su peregrinación en compañía de otras varias tribus, inicián-

dola en las cuevas, de donde éstas procedían. Raras veces coinciden los nombres con que las crónicas designan las tribus; pero siempre hacen referencia a importantes personalidades tribales, de la época en que se escribieron. (Cuadro sinóptico VII.) Estos comienzos pueden considerarse en su origen como mitos, después formalizados, sin significación histórica.[2]

Los tenochcas llevaban consigo en su viaje la imagen del nuevo dios. En cada alto del camino le levantaban un altar para adorarlo y en recompensa él les aconsejaba. El método que seguían era permanecer un año o más en un lugar determinado, mientras que los exploradores buscaban tierras para otro asentamiento y sembraban una cosecha para levantarla cuando llegara toda la tribu. No hay seguridad respecto a los lugares en que se detuvieron, pues las diferentes tradiciones están en desacuerdo. Solamente cuando las tribus llegaron a los lagos de México se identifican fácilmente los lugares y concuerdan las crónicas.

Los tenochcas llegaron a los lagos por el noroeste, por Tula y Zumpango, de modo que hay razones para creer que su lugar de origen fue Michoacán. Parecen haber hecho toda clase de esfuerzos para evitar las guerras, conservándose a distancia de las tierras ocupadas. En determinado lugar se dividieron; en otro sacrificaron tres individuos de acuerdo con sus prácticas rituales, abriéndoles el pecho y arrancándoles el corazón, y en un tercer lugar aprendieron a elaborar pulque.

Las crónicas hacen pocas referencias a las tribus que ya existían en el valle, y su propia entrada fue casi inadvertida por las otras. Sin embargo, el jeroglífico de un manuscrito de Tezozomoc sugiere la conclusión obvia de que tuvieron que contar con el permiso de los tepanecas para pasar por Azcapotzalco y establecerse en Chapultepec, en el lugar en que ahora existe el hermoso parque. Allí vivieron felices por casi una generación; sus vecinos parecen haber sido comunidades pequeñas pero prósperas, de tal manera que el conflicto era inevitable. Los tenochcas comenzaron la lucha porque sus jóvenes remontaron el lago hasta Tenayuca, para raptar y robar mujeres, método frecuente entre los indios de la América del Norte para hacerse de prestigio. Sus vecinos más poderosos se irritaron y llevaron a cabo una expedición punitiva en la que tomaron parte tepanecas, culhuas y xochimilcas. El resultado fue horrible: el jefe tenochca Huitzilhuitl y la mayor parte de la tribu tuvieron que ir a vivir a

Culhuacán como siervos, en tanto que el resto escapó al lago, en donde algunos islotes bajos ofrecían refugio. La gran mayoría permaneció en Tizapán, cerca del actual San Ángel, en donde estuvieron bajo la vigilancia de Coxcox, cacique de Culhuacán. Los tenochcas odiaban el lugar, que era estéril y agreste en todo, menos en serpientes venenosas y en insectos. Aún adoraban a Huitzilopochtli; pero su prestigio había perdido tanto, que los culhuas llegaron a burlarse de él en su altar y a arrojar inmundicias en el templo.[3]

A la postre, sin embargo, la marea cambió. Coxcox se vio envuelto en una guerra con Xochimilco y llamó a los vasallos en su ayuda. Cuando los tenochcas llegaron al campo de batalla se precipitaron al ataque e hicieron no menos de treinta prisioneros, de cada uno de los cuales cortaron una oreja con sus cuchillos de obsidiana, antes de enviarlos a la retaguardia. Después de la lucha Coxcox pronunció un discurso alabando el valor de sus fuerzas al tomar tantos prisioneros; pero echó en cara a los tenochcas el haber regresado con las manos vacías. Los vasallos esperaron hasta que su señor terminara de hablar y entonces le preguntaron por qué a cada prisionero le faltaba una oreja. Ante el asombro de los culhuas por esta circunstancia extraordinaria, los tenochcas abrieron sus bolsas y mostraron las orejas que faltaban, demostrando sin posibilidad de dudas la magnitud de su hazaña. Es evidente que en esta época el culto de los sacrificios guerreros había llegado al valle, pues el énfasis que se ponía en hacer prisioneros indica que éste era uno de los propósitos primordiales de la guerra. Además, un dibujo muestra el sacrificio ulterior de los prisioneros, práctica ritual cuya ejecución tenía por objeto despertar temor por los aztecas entre las otras tribus, en todo el territorio mexicano.

El prestigio de los tenochcas subió tanto, que se presentaron ante su señor, Coxcox, y le pidieron a su hija para mujer de su jefe, a fin de que pudieran fundar una dinastía. Coxcox accedió a su petición y los tenochcas quedaron tan agradecidos que sacrificaron a la infortunada joven y con su piel cubrieron a un sacerdote, para caracterizar a una diosa de la naturaleza, Toci. Después, con total carencia de tacto, invitaron al padre a la ceremonia. Este, que esperaba una celebración matrimonial, quedó completamente horrorizado y llamó a sus guerreros para exterminar a los tenochcas, quienes inmediatamente huyeron al lago, uniéndose a sus hermanos de tribu que ya estaban establecidos allí.

A mediados del siglo XIV había dos comunidades en las islas: Tenochtitlán, que parece haberse fundado en 1325, y Tlaltelolco, que se fundó hacia la misma época; ambas eran refugio de los descontentos de la tierra firme y hacia mediados del siglo habían crecido lo bastante para pedir un cacique a las tribus de la tierra firme con objeto de fundar una dinastía. Los de Tlaltelolco recibieron un jefe de los tepanecas y los tenochcas indujeron nuevamente a Culhuacán a que les diera un cacique, Acamapichtli. Las crónicas difieren acerca de si éste llegó o no muy joven acompañado por su madre. Los *Anales de Cuauhtitlán* refieren que en esta época los tenochcas construían casas de piedra, lo que indica que una comunidad tenía que llegar a un determinado estado de desarrollo antes que disfrutar del prestigio de una dinastía importante.[1]

En los tiempos de Acamapichtli los tenochcas fueron tributarios y aliados de los tepanecas y lucharon con éxito en contra de Tenayuca y de Culhuacán. Sin embargo, su campo de operaciones fue pequeño y un paseo de una mañana en automóvil permitirá al curioso ver todo el escenario de la historia tenochca. Huitzilhuitl II sucedió a Acamapichtli a la muerte de éste, y aseguró prudentemente el futuro del estado naciente casándose con la hija de Tezozomoc. Fue jefe durante la última lucha entre los dos grandes poderes lacustres, los tepanecas y los texcocanos, guerra que terminó con la muerte del cacique de Texcoco Ixtlilxóchitl y con la dispersión de sus feudos.

Chimalpopoca sucedió a su medio hermano Huitzilhuitl y su reinado estuvo lleno de desastres. Murió Tezozomoc y su hijo Maxtla le sucedió tras el asesinato de su hermano. Maxtla estaba decidido a alcanzar el poder y mantuvo a los pueblos del valle en un hervidero de intrigas y opresión. Finalmente, asesinó a Chimalpopoca y también al cacique de la ciudad vecina de Tlaltelolco, agregando el insulto a la injuria, de acuerdo con la manera indígena de pensar, al aumentar los tributos.

Los pueblos de Tenochtitlán hervían de indignación y Tlacopan (Tacuba), la pequeña aldea de la tierra firme, simpatizaba con los oprimidos. Netzahualcóyotl, el sucesor legítimo al gobierno de Texcoco, huyó hacia las colinas después de la derrota de su pueblo y organizó la oposición al enemigo. Indujo a los tenochcas, al mando de su nuevo jefe Itzcóatl, a atacar Azcapotzalco por Tlacopan, en la retaguardia, a la vez que reanimó a los texcocanos y a sus tributarios para asaltar al enemigo con columnas que debían venir en canoas y

por tierra por las riberas del lago. Después de una prolongada guerra de varias semanas los aliados resultaron vencedores.

Indudablemente Netzahualcóyotl intentó que su estado recobrara su posición como poder dominante en el territorio situado al norte del lago; pero no se dio cuenta de que, cuando formó la triple alianza para defensa mutua y para propósitos ofensivos, sentó los cimientos de un estado rival que sobrepasaría a Texcoco. Los tenochcas y los texcocanos deberían recibir, cada uno, dos partes de todo el botín, los tlacopanos una; pero, probablemente, el acuerdo de este reparto fue liberalmente interpretado por el que resultare en suerte más poderoso de los tres aliados. Los tenochcas adquirieron tierras en las riberas del lago, obteniendo una fuerte posición para nuevas conquistas. Desde el momento en que se dio este nuevo territorio a los jefes guerreros, se estableció una casta de poder y de riqueza. Así, pues, en lo exterior, la conquista llevó a los tenochcas de la condición de tributarios a la de un estado independiente. En lo interno hubo un cambio de actitud, pasando de un complejo de inferioridad a uno de superioridad. Itzcóatl, el cuarto jefe tenochca, expresó esta actitud al ordenar que se quemaran todos los manuscritos pictóricos históricos "por no estar al alcance de los plebeyos".[5]

Desde el reinado de Itzcóatl las crónicas de los reinos están en estrecho acuerdo. Aquellas escritas con anterioridad a su advenimiento al trono en 1428, muestran grandes contradicciones con diferencias frecuentes de un ciclo de cincuenta y dos años o más. Creo que este desacuerdo tiene su origen en la interrupción de la continuidad tribal en el momento de la derrota de Chapultepec, en 1300. Parte de la tribu se refugió en las islas del lago y fundó una ciudad en 1325, más o menos, gobernándola con un consejo y un jefe principal. El otro grupo fue trasladado a Tizapán y se civilizó de acuerdo con las normas culhuas. La fundación de Tenochtitlán, desde el punto de vista de ellos, no ocurrió hasta que se unieron con el grupo original del lago, en donde, tan pronto como fue posible, erigieron templos de piedra y trataron de fundar una dinastía.

Itzcóatl hizo posible a los tenochcas crear la civilización azteca. Sus reformas históricas coincidieron también, sin duda, con la reglamentación del culto, pues emprendió la construcción de templos y el ordenamiento de una jerarquía religiosa; instituyó rangos en el gobierno civil y vigiló la erección de la ciudad, construyendo terraplenes hasta la tierra firme a fin de asegurar su fácil acceso. Itzcóatl

comenzó a dominar sistemáticamente a las tribus independientes del Valle no sujetas a Texcoco; también logró victorias y el reconocimiento de su supremacía sobre los poderosos chalcas y xochimilcas, tribus éstas que estaban más unidas desde un punto de vista cultural a los grupos de Puebla que a los del norte del valle. Para demostrar su independencia, Itzcóatl tuvo una escaramuza con los texcocanos de Netzahualcóyotl y, en consecuencia, la paz entre los antiguos aliados fue un tanto precaria.

Moctezuma I, conocido con el apodo de Ilhuicamina, el Iracundo, sucedió a Itzcóatl después de su muerte, en 1440. Este cacique, que ya se había destacado como jefe en las guerras de Itzcóatl, extendió más aún los dominios de Tenochtitlán. Combatió y venció a los chalcas, quienes detestaban a las tribus del norte del valle, y cruzó las montañas para hacer incursiones hacia el oriente, en las regiones de Puebla y Veracruz, y hacia el sur para conquistar poblaciones en Morelos y Guerrero. Debe haber existido una cooperación militar bastante estrecha entre Texcoco y Tenochtitlán, pues las conquistas que los historiadores tenochcas atribuyen a Tenochtitlán, aparecen como victorias de Texcoco en las crónicas texcocanas. Los pobres tlacopanos desaparecieron de la escena, quizá independientes aún, pero seguramente sin participar en el reparto del botín, una situación que recuerda la de Italia en 1918.

Bajo el gobierno de Moctezuma I progresaron mucho los aspectos culturales de Tenochtitlán. Dictó medidas sanitarias en beneficio de su pueblo, construyendo un acueducto desde los manantiales de Chapultepec para traer agua potable en abundancia a la ciudad. Ordenó la construcción de un gran dique en el perímetro oriental de su capital, para represar el desbordamiento de los lagos en la época de las lluvias.

Las conquistas dentro del territorio de Puebla pusieron a los tenochcas en contacto con la religión altamente desarrollada de esa zona, de modo que se construyeron muchos nuevos templos en honor de dioses y diosas adorados por las tribus conquistadas. En las épocas de paz relativa revivió la Guerra Florida, competencia religiosa entre guerreros de dos tribus o grupos de tribu, a fin de obtener prisioneros para sacrificar, sin las dislocaciones económicas de una guerra formal. Esta práctica era conocida desde hacía mucho tiempo en el valle y los tenochcas tomaron parte en estas luchas con los chalcas entre los años de 1376 y 1384; pero los tenochcas habían estado en guerra tan

continuamente que se acostumbraron a hacer prisioneros de la manera más difícil.[6]

Las cosechas fueron malas de 1451 a 1456, debido a fuertes tormentas y a las heladas; murió mucha gente y otras, incapacitadas para sostenerse, se sometieron voluntariamente a la esclavitud, a fin de participar de la munificencia de los más afortunados. Por lo general el hambre llevaba a un aumento en la actividad militar para llenar las despensas vacías con abastecimientos exigidos como tributo; pero esta vez la situación fue tan grave y los tenochcas estaban tan débiles, que hubieron de contentarse con una Guerra Florida.

Axayácatl sucedió a su padre Moctezuma I en 1469, amplió el dominio tenochca, llegando hacia el occidente al territorio matlatzinca y hacia el sur hasta Oaxaca y Tehuantepec. Llevó a cabo una campaña en el territorio tarasco y tuvo una espantosa derrota que aseguró la independencia de estas tribus de Michoacán hasta su conquista por los españoles. Éste fue el único desastre militar serio de los tenochcas, hasta los horrendos días de 1519.[7]

Ni Axayácatl ni sus sucesores fueron capaces de transformar el dominio de una región en señorío. Axayácatl logró, sin embargo, vencer al pueblo vecino de Tlaltelolco, matando a su jefe y negando a su consejo el derecho de discutir con los tenochcas asuntos de importancia para la tribu. Hasta ese momento Tlaltelolco había mantenido su independencia y había crecido tanto como Tenochtitlán, ayudando en muchas campañas. Fue famoso por sus comerciantes y su mercado fue el más grande de México, aun después de que quedó sometido a servidumbre. Las rivalidades locales no condujeron, sin embargo, a la guerra, hasta que ambas ciudades compitieron en la construcción de templos a Huitzilopochtli, el Dios de la Guerra. Al parecer esta competencia por el favor divino los llevó a la guerra, cuando los conflictos económicos no lo habían hecho. Por más que parezca ridículo, se rompieron las hostilidades por la insultante conducta de las mujeres de Tlaltelolco, que mostraban sus posaderas con gesto despreciativo, a los encolerizados visitantes tenochcas.[8]

Las artes religiosas alcanzaron su completo desarrollo bajo Axayácatl. En esta época se labró la gran Piedra del Calendario, que pesa más de veinte toneladas y tiene un diámetro de cuatro metros. El bloque fue cortado en la tierra firme y los jefes aliados enviaron su ayuda para arrastrar por las calzadas esta masa gigantesca. Destinada a simbolizar el universo azteca, es un ejemplo magistral de una obra

modelo, cuyos detalles amplían en vez de empequeñecer la visión del concepto.[9] (Véase Lám. 44, arriba.)

En 1472, al comienzo del reinado de Axayácatl, llegó a su término la vida de una gran figura en la historia indígena americana, Netzahualcóyotl. Este jefe texcocano, al hacerse hombre, abandonó su país huyendo de las venganzas de los tepanecas; pero luchó e intrigó hasta regresar al poder y aun restauró la fortuna de su pueblo, que en el siglo anterior había rivalizado con los culhuacanos en los años formativos de la civilización azteca. Netzahualcóyotl tenía un amplio sentido jurídico que le permitió estructurar con buen éxito la organización administrativa de un reino muy extendido. Como los texcocanos tenían ya, antes de la dominación tepaneca de 1419 a 1428, una cadena de vasallos que les pagaban tributo, al reconquistar este dominio años después, no fue tanto una conquista como la imposición de derechos en mora.[10]

Netzahualcóyotl se interesó vivamente en la construcción de templos y de edificios públicos, así es que, pese a su actual apariencia ruinosa, Texcoco fue una de las ciudades más imponentes de la altiplanicie central. Su palacio cercano y su baño, desbastado en la roca sólida de Texcotzingo, son pruebas ostensibles del lujo magnífico de su vida.

Netzahualcóyotl se interesó profundamente por la religión y las artes; transformó la especulación teológica en una filosofía de la religión y rindió culto a un dios único, a través de cuyo poder se manifiesta la naturaleza y del que los dioses menores derivan su fuerza y su existencia. Fomentó las artes y se conquistó, por su parte, un gran renombre como poeta y orador. El conocimiento de las estrellas le fascinaba y era muy entendido en la astronomía astrológica de su tiempo. En contraste con la ejecutoria fría y acerba de los grandes señores tenochcas, su carrera fue un modelo de sabia administración. Destácase entre las hazañas de Netzahualcóyotl la de haber mantenido la paz con su arrogante aliado insular, Tenochtitlán, siempre presto a aumentar su riqueza y su poderío mediante la intriga, el asesinato o la guerra declarada.

A Netzahualcóyotl le sucedió su hijo Netzahualpilli, quien gobernó hasta 1516. Su largo reinado revela que tenía una habilidad administrativa igual a la de su padre; emprendió con éxito una serie de conquistas; pero no han sido tan dramatizadas como las de los jefes tenochcas.

Netzahualpilli se interesaba por la astrología, la religión y la nigromancia, como era natural en un jefe cuyas obligaciones religiosas eran tan onerosas como sus deberes civiles y militares. Sus últimos años estuvieron perturbados por dificultades con Tenochtitlán. Había casado con una hermana de Moctezuma II, y como ella disfrutaba de la indebida libertad de conceder favores a los jóvenes de la corte, en 1498 hizo uso de su derecho legal de matarla. Los tenochcas recibieron este acto como una grave afrenta personal e hicieron toda clase de esfuerzos, que casi llegaron a la guerra, para subyugar a su antiguo aliado.[11]

Axayácatl, de Tenochtitlán, murió en 1479, cuando Netzahualpilli comenzaba su reinado, y le sucedió su hermano Tizoc, que con anterioridad había sido el jefe guerrero. El acto oficial más importante de Tizoc fue comenzar la reconstrucción del gran templo de Huitzilopochtli, Dios de la Guerra, y de Tláloc, Dios de la Lluvia. También mandó labrar la llamada Piedra de los Sacrificios, en conmemoración de sus conquistas. En el canto de esta vasija de tamaño monstruoso, que servía para quemar corazones humanos, hay un relieve donde se representa a Tizoc ataviado como Huitzilopochtli, capturando prisioneros que simbolizan a los pueblos tributarios. La mayor parte de las poblaciones deben haber sido, desgraciadamente, sólo reconquistadas, puesto que sus nombres aparecen en listas anteriores de conquistas efectuadas por dirigentes más antiguos. No sorprende del todo leer en algunas crónicas que Tizoc murió envenenado por jefes disgustados a causa de su falta de éxito militar.[12]

Ahuízotl sucedió a su hermano Tizoc en 1486. Su primera tarea fue terminar el gran templo que los otros habían comenzado, para cuya inauguración era preciso hacer una gran redada con objeto de procurarse víctimas para el sacrificio. Invocó la ayuda de Netzahualpilli y los aliados hicieron una campaña de dos años en el norte de Oaxaca, juntando no menos de veinte mil víctimas, el número más alto del culto de los sacrificios en México. Al comienzo de la consagración los cautivos fueron colocados en dos hileras y Netzahualpilli y Ahuitzotl comenzaron la espantosa tarea de arrancar el corazón a las víctimas. Otros dignatarios de menor categoría se sucedían unos a otros según su rango, hasta que quedó completa la terrible inmolación.[13]

Las campañas militares de Ahuízotl se extendieron hacia el sur hasta Guatemala y hacia el norte hasta la Huasteca veracruzana. Este

CUADRO SINÓPTICO VII

TRIBUS EMIGRANTES DE ACUERDO CON VARIAS FUENTES, COMPARADAS CON GRUPOS CERÁMICOS DEL CENTRO DE MÉXICO

	Histoire Mexicaine[a]	*Códice de 1590*[b]	*Códice de 1476*[c]	*Cubas-vd. Muñoz Camargo*[d]	*Historia de los Mexicanos*[e]	*Códice Ramírez*[f]	*Códice Boturini*[g]	*Durán*[h]	*Sahagún*[i]	*Códice Telleriano-Remensis*[j]	*Códice Vaticano*[k]	*Clavijero*[l]	*Motolinía*[m]	*Muñoz Camargo*[n]	*de Mendieta*[o]	*Sugiere correlación propuesta de estilos de cerámica con grupos tribales*
Azteca	x	x	(x)*	—	x	x	(x)*	(x)*	(x)*	—	—	(x)*	x	—	x	Reglamento Azteca de Tenochtitlán[p]
Xochimilca	x	x	x	x	x	x	x	x	—	—	—	x	—	—	—	(?)
Tepaneca	x	x	x	x	x	x	x	x	x	—	—	x	—	(x)*	—	Tenayuca II (?)[q]
Acolhua	—	x	—	—	[x]†	—	—	—	x	—	—	—	(x)*	(x)*	—	Mazapan[r]
Culhua	—	—	—	x	x	x	—	x	—	—	—	x	—	(x)*	—	Culhuacán semejante a la azteca[s]
Cuitlahuaca	x	x[t]	x	—	—	—	x[u]	—	—	—	—	—	—	—	—	(?)
Chalca	x	—	x	x	x	x	x	x	x	—	—	x	—	(x)*		Algunos estilos se parecen a la loza de Cholula
Tlahuica	—	—	—	—	—	x	—	x	—	—	—	x	—	—	—	Gualupita III[v]
Tlaxcalteca	—	—	—	—	[x]†	x	—	x	x	—	—	x	(x)*	—	—	Algunos estilos se parecen a la loza de Cholula
Cholulteca	—	x[x]	—	x	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	Loza de Cholula[y]
Huexotzinca	x	x	x	x	[x]†	—	x	—	x	—	—	—	—	—	—	(?)
Matlatzinca	x	—	x	x	—	—	x	—	—	—	—	—	—	—	—	Matlatzinca[z]
Malinalca	x	—	x	—	—	—	x	—	—	—	—	—	—	—	—	(?)

Quauhquechollan-Xelhua	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	x	—	x	—	(?)
Chichimeca	x	—	x	x	—	—	x	—	—	x	x	—	(x)*	—	—	(?)
Nonoalca	—	—	—	—	—	—	—	—	—	x	x	—	—	—	—	(?)
Michoaca	—	—	—	—	—	—	—	—	—	x	x	—	(x)*	—	—	(?)
Couixca	—	—	—	—	—	—	—	—	—	x	x	—	—	—	—	(?)
Totonaca	—	—	—	—	—	—	—	—	—	x	x	—	—	—	—	(?)
Cuexteca	—	—	—	—	—	—	—	—	—	x	x	—	—	—	—	(?)
Xicalanga Olmeca	—	—	—	—	—	—	—	—	—	x	x	—	x	(x)*	x	(?)
Mixteca	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	x	—	x	Monte Albán 5[aa]
Otomí	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	x	—	x	(?)

* Implícita, pero no específicamente anotado.

† "Estas gentes, dicen los mexicanos, no hicieron más incursiones, aunque los de Texcoco y Tlaxcala y Huexotzingo se enorgullecen... de que ellos también... son de esa tierra." Phillips, *Códice Ramírez*, 1883, p. 625.

[a] *Histoire Mexicaine* en Boban, *Documentos*, 1891, Lám. 60.

[b] *Códice* de 1590 en Boban, *Documentos*, 1891, Lám. 24; Muñoz Camargo, *Historia*, 1892, p. 8, nota al pie.

[c] *Códice* de 1576 en Aubin, *Histoire*, 1893, p. 4, tanto el texto como la traducción.

[d] Muñoz Camargo, *Historia*, 1892, p. 7. Una nota al pie de la página, por Chavero, tiene una lista tomada del *Cuadro Histórico-Jeroglífico de la Peregrinación de las Tribus Aztecas que Poblaron el Valle de México*. Nº 2, publicado en el *Atlas geográfico* de Antonio García Cubas, México, 1858, comúnmente llamado *Códice Boturini*.

[e] Phillips, *Códice Ramírez*, 1883, pp. 624-25. Cuarenta tribus.

[f] "Historia de los Mexicanos" en *Biblioteca Mexicana*, 1878, p. 18.

[g] Radin, *Sources*, 1920, p. 33, Lám. I, tomada de Kingsborough, vol. I.

[h] Durán, *Historia de las Indias*, vol. I, 1867, p. 10.

[i] Sahagún, *Historia General*, 1938, vol. 3, libro II.

[j] *Códice Telleriano-Remensis*, 1899, p. 34, lám. 25.

[k] *Códice Vaticano A.*, 1900, lám. 67.

[l] Clavijero, *Historia*, 1787.

[m] Motolinía, *Historia*, 1914, pp. 7-10.

[n] Muñoz Camargo, *Historia*, 1892, pp. 5-68. La lista de las tribus dada en esta fuente ha sido tomada del texto al azar. Muñoz Camargo no especifica la lista de los emigrantes.

[o] De Mendieta, *Historia*, 1870, p. 145.

[p] Noguera, *Características de la Cerámica*, 1930. Lám. 32.

[q] Noguera, en *Tenayuca*, 1935.

[r] Vaillant, *Correlation*, 1938.

[s] Boas, *Álbum*, 1911-12, láms. 1-36; Brenner, *Influence of Technique*, 1931.

[t] Chavero, en Muñoz Camargo, *Historia*, 1892, p. 7, lee equivocadamente el signo Cholula.

[u] Radin, *Sources*, 1920, lee equivocadamente el signo Cholula.

[v] Vaillant and Vaillant, *Gualupita*, 1935, figs. 19, 27.

[w] Noguera, *Características de la Cerámica*, 1930. Lám. 31.

[x] Peñafiel, *Nomenclatura Geográfica*, 1897, da este signo como Cholula.

[y] Noguera, *Características de la Cerámica*, 1930. Lám. 31.

[z] Noguera, *Características de la Cerámica*, 1930. Lám. 6.

[aa] Caso, *Monte Albán*, 1938.

mitad norte de los lagos. En el sur, Chalco y Xochimilco, cuyos anales han desaparecido y cuyos asientos principales están sin excavar en su mayor parte, pueden haber tenido un papel mucho más decisivo en la historia del valle del que aquí aparece. La influencia de Puebla es mucho más fuerte en estas ciudades-estados sureños.

La civilización azteca fue, por lo tanto, un compuesto dinámico de muchos elementos, algunos que aparecen como una respuesta a las necesidades tribales, otros incorporados por el contacto con pueblos extranjeros. Como en todas las otras sociedades humanas, se verificaron constantes cambios, resultado del ajuste continuo que el hombre debe hacer ante situaciones nuevas. Supuesto que una comunidad está formada de individuos, hombres y mujeres, comencemos en el capítulo siguiente por el estudio de una sola persona y examinemos sus obligaciones sociales y económicas en su organización tribal y religiosa, para llegar, finalmente, a la conquista y a sus consecuencias.

CUADRO SINÓPTICO VIII

RESUMEN DE LA HISTORIA AZTECA ANTERIOR AL DESARROLLO DE TENOCHTITLÁN

1299-1351, AZTECA II, PERÍODO INFERIOR

Fase del Este: Introducción de la escritura pictórica y de otras artes en Texcoco, por pueblos provenientes de la Mixteca; adopción de la cerámica Azteca IIa.

Fase del Oeste o Culhua: Reconstrucción cíclica en Tenayuca; Edificio II; adopción de la cerámica Azteca IIa; conservación de la cerámica de coyotlatelco (?); levantamiento de los tenochcas en Chapultepec; fundación de Tenochtitlán; el cuarto ciclo azteca computado, 1299-1351.

Culhuacán	*Cuauhtitlán*	*Cuitláhuac*	*Texcoco*	*Tenochtitlán*
Cuauhtlix 1304-11	Tezcaltecutli 1299-1338	Miahuatonaltzin 1290-1300		
Yohuallatonac 1311-21		Axayaltzin 1300-1308		Tenoch (?)
Tziuhtecatzin 1321-34	Vactli 1339-49	Atzatzamaltzin 1308-24	Quinatzin 1298-1357	
Xihuitlemoc 1334-52		Totepeuhtecutli 1324-43		*Comienzo del Linaje*
		Epcoatzin 1343-54		Reina Ilancueitl 1349-83

1351-1403, Azteca II, Período Superior

Fase del Este: Unificación del lenguaje por Techotlala; dominación política y cultural de Texcoco; cerámica Azteca IIb y homogeneidad cultural; cerámica Cholula IV; basureros cíclicos en Chiconauhtla.

Fase del Oeste: Decadencia de Culhuacán; desarrollo de los tepanecas en Azcapotzalco; reconstrucción cíclica de Tenayuca, Edificio IV; transición azteca; huída de prisioneros tenochcas para construir en piedra y adopción de un linaje con Acamapichtli; el quinto ciclo azteca computado, 1351-1403.

Culhuacán	*Cuauhtitlán*	*Cuitláhuac*	*Texcoco*	*Tenochtitlán*
Coxcox 1352-76	Reina Ehualyenitzin 1367-72	Quetzalmichin 1354-65		
				Acamapichtli 1375-95
Acamapichtli 1376-88	Tematzacocuitzin 1373-78	Mamatzin 1369-89	Techotlala 1357-1409	
Achitometl 1388-1400	Tlacateotzin 1379-89	Pichatzin 1389-92		Huitzilhuitl II 1395-1414

CUADRO SINÓPTICO IX

RESUMEN DE LA HISTORIA AZTECA DESPUÉS DEL DESARROLLO DE TENOCHTITLÁN

1403-55, Azteca III, Período Inferior

Fase del Este: Eliminación política de Texcoco en la primera mitad del período, y recuperación posterior; prosperidad y adelanto cultural bajo Netzahualcóyotl; expansión del palacio de Chiconauhtla; cerámica Azteca IIIa; cerámica Cholula V; basureros cíclicos en Chiconauhtla y Los Melones, Texcoco.

Fase del Oeste: Extinción política de Culhuacán; desarrollo y caída de los tepanecas; desarrollo de Tenochtitlán y organización de la Triple Alianza; desarrollo de los métodos de conquista y de hacer prisioneros de guerra; reconstrucción cíclica de Tenayuca, Edificio IV; basurero cíclico en el Zócalo, ciudad de México; difusión extensiva de la cerámica Azteca IIIa; el sexto ciclo azteca computado, 1403-55.

Culhuacán	*Cuauhtitlán*	*Cuitláhuac*	*Texcoco*	*Tenochtitlán*
Nauhyotl 1400-13	Xaltemoc 1390-98 (1408)	Tepolozmayotl 1393-1415	Ixtlilxóchitl 1409-18	Chimalpopoca 1414-28
			Tiranos Tepanecas	
			Tezozomoc 1343-1427	Itzcóatl 1428-40
			Maxtla 1427-29	
			Vuelta del linaje Texcocano	Moctezuma I 1440-69
			Netzahualcóyotl 1418-72	

1455-1507, Azteca III, Período Superior

Fase del Este: Continúa el desenvolvimiento de la cultura en Texcoco; crecimiento del palacio de Chiconauhtla, elaboración de cerámica; cerámica Azteca IIIb; basurero cíclico en Chiconauhtla.

Fase del Oeste: Poderío político de Tenochtitlán; expansión de la conquista sobre México y Guatemala; reconstrucción del templo mayor; aumento en el sacrificio de los prisioneros; un ritual más complicado; difusión de la cerámica Azteca IIIb; reconstrucción cíclica de Tenayuca, Edificio V; basurero cíclico en Nonoalco, ciudad de México, el séptimo ciclo Azteca computado, 1455-1507.

Culhuacán	*Cuauhtitlán*	*Cuitláhuac*	*Texcoco*	*Tenochtitlán*
Sin importancia	Sin importancia	Sin importancia	Nezahualpilli 1472-1516	Axayácatl 1469-81
				Tizoc 1481-86
				Ahuítzotl 1486-1503

Fase del Este: Fricción creciente entre Texcoco y Tenochtitlán; última expansión del palacio de Chiconauhtla; estilos de cerámica Azteca IV, con buenas formas naturales. Conquista.

Fase del Oeste: Dominio de Tenochtitlán con coerción de Texcoco; conservación de las viejas conquistas, más que realización de otras nuevas; reconstrucción cíclica de Tenayuca, Edificio VI; cerámica Azteca IV, con muchas formas naturales; el octavo ciclo Azteca computado, 1507-59, incompleto por la Conquista.

Texcoco	*Tenochtitlán*
Cacama 1516-19	Moctezuma II 1503-20
	Cuitláhuac 1520 (4 meses)
	Cuauhtémoc 1520-24 (asesinado en el viaje a Honduras)

VI
El hombre y la tribu

En el que se exponen las ideas fundamentales de los aztecas en torno a la educación, el gobierno, las leyes y las costumbres sociales

La organización social de las tribus aztecas era, en teoría, completamente democrática. Un individuo era miembro de una familia que a su vez pertenecía a un grupo de familias o clan.* Veinte de estos clanes constituían teóricamente una tribu, cada una de las cuales reglamentaba sus propios asuntos; pero en cuestiones de importancia para la tribu se reunía con las otras en un consejo compuesto por todos sus caciques. El consejo nombraba un jefe para dirigir los asuntos civiles y religiosos y con frecuencia un segundo jefe para la guerra. Destinada originalmente para comunidades agrícolas sencillas y quizá de una antigüedad que va hasta los tiempos de la Cultura Media, esta organización se convirtió posteriormente en la compleja organización oficial de una ciudad-estado populosa y muy embrollada.[1]

La mejor manera de ilustrar el funcionamiento de una comunidad, es por la posición del individuo en ella, proceso que se describe en la tercera parte del Códice Mendocino. Tan pronto como nacía un niño era lavado y fajado por una partera. Como los dioses presidían el destino de los hombres en la tierra, los padres consultaban a un sacerdote que examinaba el *tonalámatl*, o libro del destino, para ver si el día del nacimiento era fasto o nefasto. Cuatro días después, la familia del niño hacía una fiesta, tanto para celebrar el nacimiento como para poner nombre al niño. Si resultaba que el día del nacimiento era nefasto, la costumbre sancionaba una ficción religiosa que posponía la ceremonia para una época más favorable. En la fiesta, los huéspedes rociaban alimentos y pulque sobre el fuego sagrado que había sido encendido durante el parto como una ofrenda al Dios del Fuego, el Dios Viejo, cuyo culto tuvo su origen en los tiempos de las Culturas

* Se emplea el término clan para expresar una división tribal sin connotación de descendencia masculina o femenina.

Medias. Si el niño era varón se le mostraban armas y utensilios de juguete que los padres ponían en sus manos enseñándole los movimientos para usarlos. Si el nacido era una hembra, los padres la hacían simular que tejía y que hilaba con instrumentos de juguete. En esta ocasión se daba al niño un nombre, ese signo de identidad tan importante para los mortales. A los varones con frecuencia se les daba el nombre de la fecha de su nacimiento: Una Caña, Dos Flor, Siete Venado, o el de un animal, como "Netzahualcóyotl" (Coyote Hambriento), o el de un antecesor como "Moctezuma el Joven", o el de algún suceso del momento del nacimiento. Con frecuencia el nombre del día se daba alternándolo con un título de animal. Los nombres de las niñas se formaban a veces utilizando la palabra *xóchitl*, que quiere decir flor.

La educación comenzaba después del destete, en el tercer año. Su propósito era iniciar al niño en las técnicas y obligaciones de la vida adulta tan pronto como fuese posible. Un mundo en que el trabajo manual es universal ofrece al niño una oportunidad de participar en las actividades adultas mucho más pronto que en nuestras culturas altamente mecanizadas. Los padres vigilaban la educación de los hijos y las madres daban instrucción a las hijas. Hasta los seis años de edad, los niños escuchaban sermones y consejos frecuentemente repetidos, aprendían el empleo de los utensilios domésticos y hacían tareas caseras de poca importancia.[2]

La comida principal era la tortilla, torta plana de harina de maíz sin levadura, que tenía un diámetro de no menos de veintitrés centímetros, a juzgar por el tamaño de los comales de barro en que se cocían, en contraste con la tortilla moderna que varía entre doce y dieciocho centímetros. A los tres años, el niño recibía media tortilla al día; a los cuatro y cinco se duplicaba su ración; de los seis a los doce años se prescribía una tortilla y media y a los trece la porción era de dos. Complementada con frijoles y productos de la caza, esta dieta era amplia y nutritiva.

El Códice Mendocino refleja las ideas aztecas prevalecientes sobre psicología infantil. Hasta los ocho años de edad, el principal método de disciplina era la amonestación. De esa edad en adelante, el niño obstinado se exponía a un castigo corporal riguroso. Esta disciplina oscilaba desde clavar espinas de maguey en las manos, hasta exponer al niño a los helados rigores de una noche en la montaña, atado y desnudo en un charco de lodo. En vista de la casi universal bondad



Fig. 1. Padres que llevan a sus hijos a la escuela, llamada *calmecac*.

que los padres indígenas tenían para sus hijos, probablemente no aplicaron, sino muy raras veces, estos castigos tan complicados por las maldades de los jóvenes.

Este tipo de educación, que no difiere de la que un hijo de campesino recibe hoy, lo iniciaban directamente en la vida económica del hogar. La satisfacción de desempeñar el papel de un hombre, contribuyendo al bienestar de la familia, compensaba al niño del peso de sus obligaciones sociales. A los quince o dieciséis años de edad la mayor parte de los jóvenes pasaban por un especial adiestramiento antes de alcanzar los derechos plenos del hombre; en ciertas condiciones recibían esta instrucción cuando eran más jóvenes. Había dos tipos de escuela: el *telpuchcalli*, o casa de los jóvenes, para la educación corriente, y el *calmecac* (véase Fig. 1), palabra de etimología incierta, para el adiestramiento en los deberes sacerdotales. El *telpuchcalli*, sostenido por el clan para los hijos de sus miembros, enseñaba civismo, el empleo de las armas, las artes y oficios, historia y tradiciones, y la obediencia a las normas religiosas comunes. El *calmecac* tenía el carácter de un seminario para impartir enseñanza especial en deberes sacerdotales y de mando, y varios de ellos estaban cerca de los templos de los dioses importantes. El *calmecac* parece haber sido un complemento de la educación ordinaria impuesto por el desarrollo del rito, en tanto que en el *telpuchcalli* impartían instrucción en edificios especiales, y en un modo sencillo, los ancianos del clan. Otras escuelas preparaban a las jóvenes para ser sacerdotisas,

quienes también aprendían a tejer hábilmente y a hacer trabajos en pluma para vestiduras sacerdotales.

Un joven era apto para el matrimonio a la edad de veinte años y una muchacha se consideraba madura aproximadamente a los dieciséis. Los padres disponían el matrimonio con el consentimiento del joven y de la muchacha. Se consultaba a un sacerdote para que decidiera si los destinos de la pareja eran armoniosos. Regían leyes en contra del incesto, como las nuestras, con la restricción añadida que prohibía el matrimonio entre personas del mismo clan. Una vez satisfechos estos convencionalismos, el padre del novio enviaba dos ancianas de la tribu con obsequios para los padres de la muchacha, quienes, de acuerdo con la costumbre, desechaban la petición. Las ancianas regresaban otra vez para consultar en serio con los padres de la futura desposada. Estas discusiones inevitablemente eran intrincadas, pues en ellas se trataba el monto de la dote con que la esposa futura debía compensar los obsequios del pretendiente.

En la tarde del matrimonio, una de las casamenteras llevaba a la novia en sus espaldas hasta pasar la puerta de la casa del futuro marido. Todos decían discursos complicados y después se ataban los mantos de los novios, para simbolizar su unión. Los ancianos decían otra vez sermones solemnes y después se celebraba una fiesta liberalmente rociada con pulque. Los desposados se retiraban, después de este tratamiento despiadado, para hacer penitencia y ayunar durante cuatro días y hasta que transcurría este plazo no consumaban su matrimonio.

Como sucede con frecuencia en las naciones guerreras que sufren merma en sus componentes masculinos, prevalecía la poligamia; sin embargo, la primera mujer tenía prioridad sobre las otras y sólo sus hijos tenían derecho a heredar. Se permitían las concubinas y existía, también, la prostitución. La deserción del hogar era vista con desagrado, pero un tribunal podía conceder el divorcio bajo ciertas condiciones. Un hombre podía obtener el derecho de repudiar a su mujer en caso de esterilidad, si sufría de mal carácter continuo o si descuidaba los deberes domésticos. La mujer podía libertarse de su marido cuando no pudiera sostenerla o educar a los hijos, o cuando la maltratara físicamente, pues los aztecas no habían inventado la crueldad mental. Una divorciada podía volverse a casar con quien quisiera; pero una viuda tenía que casarse con un hermano de su marido difunto o con un hombre del clan de éste.[3]

Las mujeres tenían derechos definidos, aunque inferiores a los de los hombres; podían poseer bienes, celebrar contratos y acudir a los tribunales en solicitud de justicia. En materia de moralidad sexual las doncellas tenían que ser castas y las esposas fieles a sus maridos. Un hombre transgredía las normas de la decencia solamente cuando sus relaciones ilícitas eran con una mujer casada; de otra manera su mujer no podía reclamar formalmente su fidelidad. Si bien es cierto que la posición legal de la mujer era relativamente baja, juzgada con los criterios modernos que prevalecen en Estados Unidos, su influencia personal era grande y fueron frecuentes los casos en que una mujer actuaba como regente, cuando su hijo era demasiado joven para desempeñar el cargo de cacique. En asuntos de alianzas tribales hemos visto cómo el matrimonio de la hija o de la hermana de un cacique con otro jefe, cimentaba una alianza. Además, los matrimonios se concertaban cuidadosamente entre las familias, de modo que si un marido descuidaba gravemente los derechos de su mujer esto se consideraba como una falta, si no de etiqueta, sí de un convenio social. El sacerdocio puede haber ofrecido un modesto campo de influencia para la mujer; sin embargo, los documentos históricos no hacen mención de ninguna ventaja que se derivara del servicio en el templo.

Los hombres tenían las principales oportunidades y éstas eran de diversas clases. Los antiguos cronistas, influenciados por su educación medieval española, hablaban de clases hereditarias. Muy probablemente, juzgando de las comunidades indígenas en su conjunto, había el *rango* pero no la *clase*, en sentido hereditario. Igual que hoy, un hombre podía alcanzar alto *rango* por medio de sus esfuerzos y gracias a su encumbramiento sus hijos mejorarían consecuentemente de condición social. Sin embargo, no podían llegar a la posición del padre a menos que la lograran por servicios equivalentes a la tribu. Existió la *riqueza*, y la propiedad, en forma de derechos al uso de la tierra, los utensilios y otras pertenencias, creó estratos sociales y económicos. En la teoría y en la práctica la sociedad azteca fue democrática y la posesión comunal de bienes productivos era su base económica.[4]

Un hombre alcanzaba rango en la medida de sus servicios a la tribu. El agricultor inteligente, el cazador astuto, el guerrero valiente y el artesano diestro, se hacían acreedores a la admiración del prójimo a causa de su habilidad superior. Si la sabiduría y el juicio de un hombre eran notables, podía ser elegido como representante del

Fig. 2. Guerreros.



clan ante el consejo tribal o aun como jefe. De manera semejante, un individuo que se dedicaba a estudiar los ritos mágicos para aplacar a los dioses, podía llegar a ser curandero o sacerdote. Sin embargo, en las ciudades-estado populosas y adelantadas las actividades tendían a especializarse y el aumento de oportunidades produjo una escala de eminencia social sutilmente graduada.

Un hombre casado recibía directamente del clan una parcela o de lo contrario tomaba posesión de la de su padre, si éste era muy anciano para trabajarla. Una diligente economía doméstica, completada poco a poco por la manufactura de utensilios de piedra, de alfarería o por la práctica de otras artes semejantes destinadas al trueque, podía proporcionar un buen medio de vida. Los solteros ayudaban a sus padres y podían aumentar su prestigio participando en numerosas campañas militares.

Supuesto que la captura de víctimas para el sacrificio era la principal honra de la guerra, un soldado vigoroso que podía subyugar a sus enemigos y arrastrarlos a la retaguardia, recibía grandes honores. Según el número de cautivos que hiciera, un guerrero tenía el derecho a usar un vestido cada vez más adornado. Los guerreros afortunados podían, consecuentemente, entrar a una orden, como la de los Caballeros Águila o la de los Océlotl (frecuentemente mencionada como Tigre), (véase Fig. 2), que tomaba parte en danzas y ritos especiales. A veces un guerrero que ejecutaba desusadas proezas, recibía otras concesiones de tierras o, más a menudo, una participación mayor de los ingresos del clan por tributo. Habiendo alcanzado por estos medios una posición estable, tenía una influencia mayor

en el consejo del clan y hasta podía pertenecer a él. La especial y honorífica designación de *tecuhtli* (abuelo), que corresponde al de jefe entre las tribus indígenas de Norteamérica, distinguía a estos hombres. El título significaba un rango social, pero no oficial, y los altos cargos por elección o por nombramiento se cubrían con estos hombres que se habían distinguido por su probidad, su valentía y el cumplimiento de sus deberes religiosos.[5]

En esta capa social había muchos puestos de honor y de influencia que, como los cargos políticos inferiores en las pequeñas ciudades de Norteamérica, se desempeñaban conjuntamente con otro medio de vida.

Había funcionarios que mantenían el orden en los mercados y en los tribunales donde se dirimían los conflictos del clan. Los hombres de reconocida sabiduría y experiencia enseñaban a los jóvenes en el *telpuchcalli*, o casa de los jóvenes. Otros llevaban los registros del tributo y de las riquezas en los almacenes del clan, vigilaban la distribución de esta propiedad comunal y aun iban a los pueblos vecinos para vigilar su cobro.

Todo clan tenía sus funcionarios electos, cuyas actividades dominaban la administración de la tribu. Un funcionario, el *calpullec*, desempeñaba las funciones de secretario-tesorero y mantenía el orden económico exigiendo a los integrantes de ese cuerpo social toda la ayuda administrativa que su tarea requería. De igual categoría, el *teochcautin* fungía como alguacil, conservando e imponiendo el orden social; en tiempo de guerra mandaba las fuerzas del clan. Para unir a los clanes con la tribu existían los *tlatoani*, u "oradores", consejo supremo compuesto de un miembro de cada clan y que ejercía funciones judiciales y directivas. Los hombres más sabios y los más

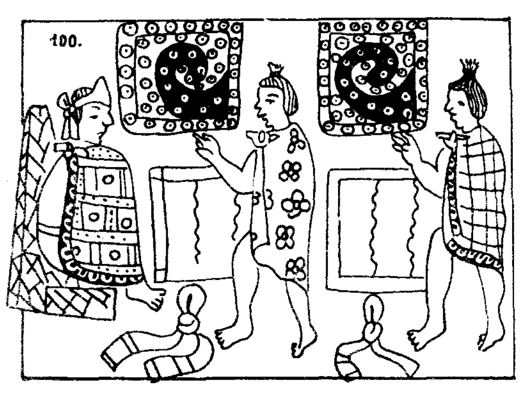


Fig. 3. Un gobernante impone condecoraciones y cintas de rango a dos personajes.

Fig. 4. Cuatro caciques juzgan a dos criminales y los condenan a la pena de muerte por medio de la horca y el garrote.



distinguidos alcanzaban estos puestos, pues de ellos dependía el bienestar de toda la tribu.

Así como el clan tenía sus funcionarios ejecutivos, así este cuerpo representativo de la tribu elegía cuatro oficiales que mandaban las fuerzas militares de los cuatro barrios o fratrias en que se dividían por partes iguales los veinte clanes, mantenían el orden entre éstos y ejercían autoridad tribal en disputas y delitos que no podía solucionar el clan mismo. Dos de ellos se ocupaban especialmente de asuntos judiciales; el tercero era el verdugo y el cuarto obraba como intermediario entre los asuntos civiles y los militares.[6]

Estos cuatro cargos eran la piedra de toque para poner a prueba la habilidad del jefe supremo y del guía religioso. En Tlaxcala parece que ejercían juntamente la jefatura ejecutiva. En Tenochtitlán el jefe supremo, *tlacatecuhtli*, "jefe de los hombres", se elegía siempre de entre los cuatro y con frecuencia tenía que haber ocupado antes el cargo de Mujer Serpiente, nombre que también se daba a una diosa importante de la fertilidad, Cihuacóatl. Las funciones de estos altos jefes son difíciles de interpretar en términos de la civilización occidental. A grandes rasgos puede decirse que el "jefe de los hombres" representaba a la tribu en sus asuntos exteriores, como guerras y alianzas. Como tal, el puesto tenía una gran importancia para los observadores españoles, quienes consideraban a quien lo ocupaba como jefe de la tribu. La "Mujer Serpiente" era el puesto ejecutivo más alto para los asuntos internos de la tribu, donde la cos-

tumbre civil y las exigencias religiosas regían casi todos los actos. Es importante darse cuenta, sin embargo, de que estos jefes podían ser depuestos en cualquier momento por el consejo, si sus servicios no eran satisfactorios.

Es más difícil de explicar la elección continuada de estos altos funcionarios de la misma familia o linaje, cuando se seguían procedimientos democráticos en todo lo demás. La tradición tiene mucha fuerza en las comunidades primitivas y la familia que produjo un hombre activo y eficaz, era de suponer que podía dar otro en la generación siguiente. En Tenochtitlán el consejo elegía jefes sucesivos de entre un sector bastante numeroso: hermanos, hijos, sobrinos y medio hermanos, eran escrutados rigurosamente, utilizando para ello el difícil campo de prueba que constituía el servicio público. Además, un consejo sabio, que ejerciera sus amplias facultades, podía hacer que un "jefe de los hombres" pelele pareciera eficaz y activo como su representante en asuntos extratribales. Aun en esos casos, para tomar en cuenta a los efectos electivos, a una persona de cuna privilegiada, tenía que salir airoso de la larga serie de pruebas en que se basaba la distinción.

La juventud azteca tenía abiertos otros dos campos especializados: el comercio y los oficios. El comercio era un acontecimiento nuevo en una economía tribal que había basado su sustento en los productos

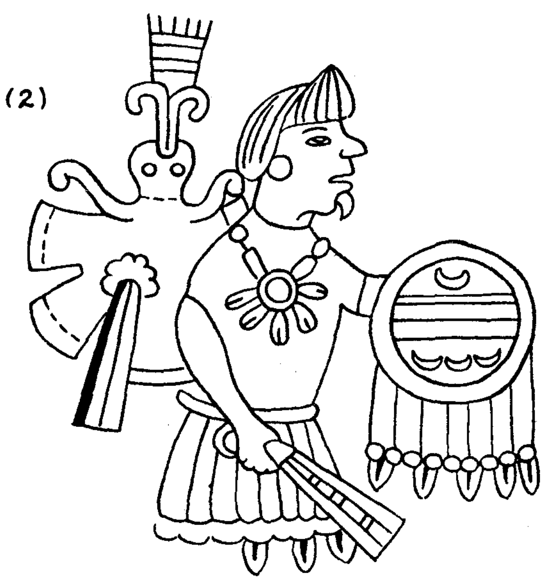


Fig. 5. Jefe ataviado con sus insignias de mando.

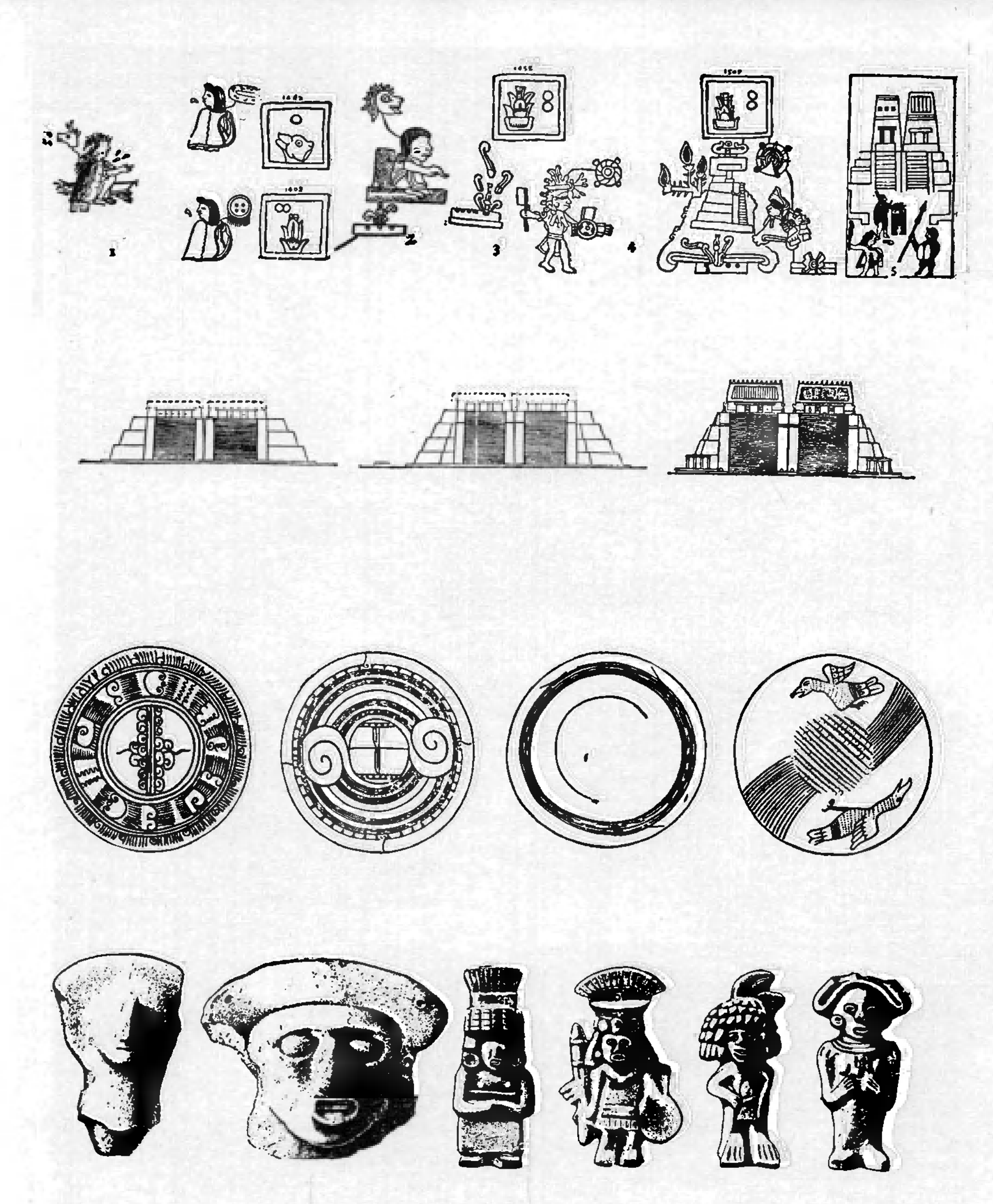
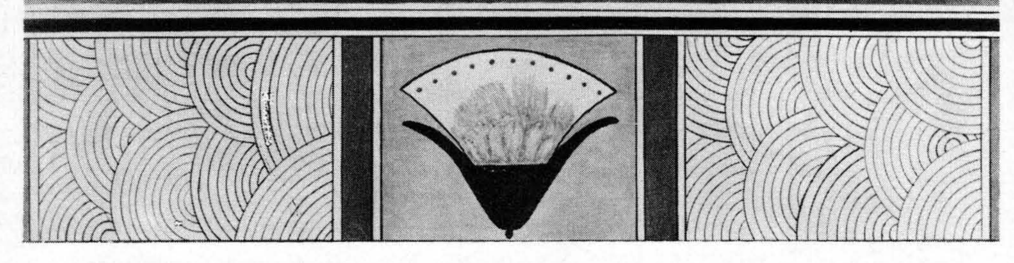


LÁMINA 29. CUADRO QUE MUESTRA LA NATURALEZA DEL MATERIAL ARQUEOLÓGICO DE LA CULTURA AZTECA

Fila superior: Ejemplos de historia pictográfica. *1)* Llegada de las tribus, en 1300, que implantaron el conocimiento de la escritura, según el Mapa Quinatzin. *2)* Ceremonia del fuego nuevo en 1403. *3)* Ceremonia del fuego nuevo en 1455. *4)* Ceremonia del fuego nuevo en 1507. (Todos según el Códice Telleriano-Remensis.) *5)* Caída de Tenochtitlán en 1519, según el Códice de 1576. *Segunda fila:* Las tres últimas construcciones de Tenayuca, que probablemente corresponden a las renovaciones cíclicas de 1403, 1455 y 1507. *Tercera fila:* Las tres primeras vasijas pertenecen a los tipos II, IIIa y IIIb, descubiertos en los basureros cíclicos correspondientes a 1403, 1455 y 1507; la cuarta, del tipo IV, se fabricó entre 1507 y la conquista española de 1520-21. *Cuarta fila:* Las dos primeras figurillas fueron fabricadas antes de 1403. Las cuatro restantes, hechas entre 1403 y la conquista, representan a Xochiquetzal, Xipe, Xochipilli y Tonantzin, respectivamente.



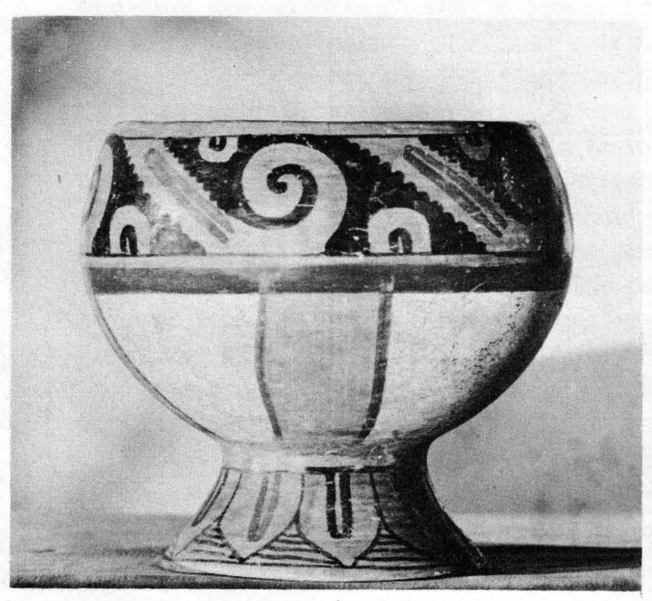




LÁMINA 30

CERÁMICA DE INTERCAMBIO, PERÍODO AZTECA

Mucho se apreciaban en el centro de México las vasijas procedentes de Puebla o Tlaxcala, que se obtenían por intercambio o tributo. Arriba se ve un dibujo compuesto de un abanico de plumas y círculos concéntricos, tomado de una vasija esférica. La copa del medio tiene una greca sencilla, mientras que el jeroglífico del día caña, estampado sobre fondo negro, decora el cuello de la vasija del grabado anterior, cuyo cuerpo está pintado de rojo vivo.

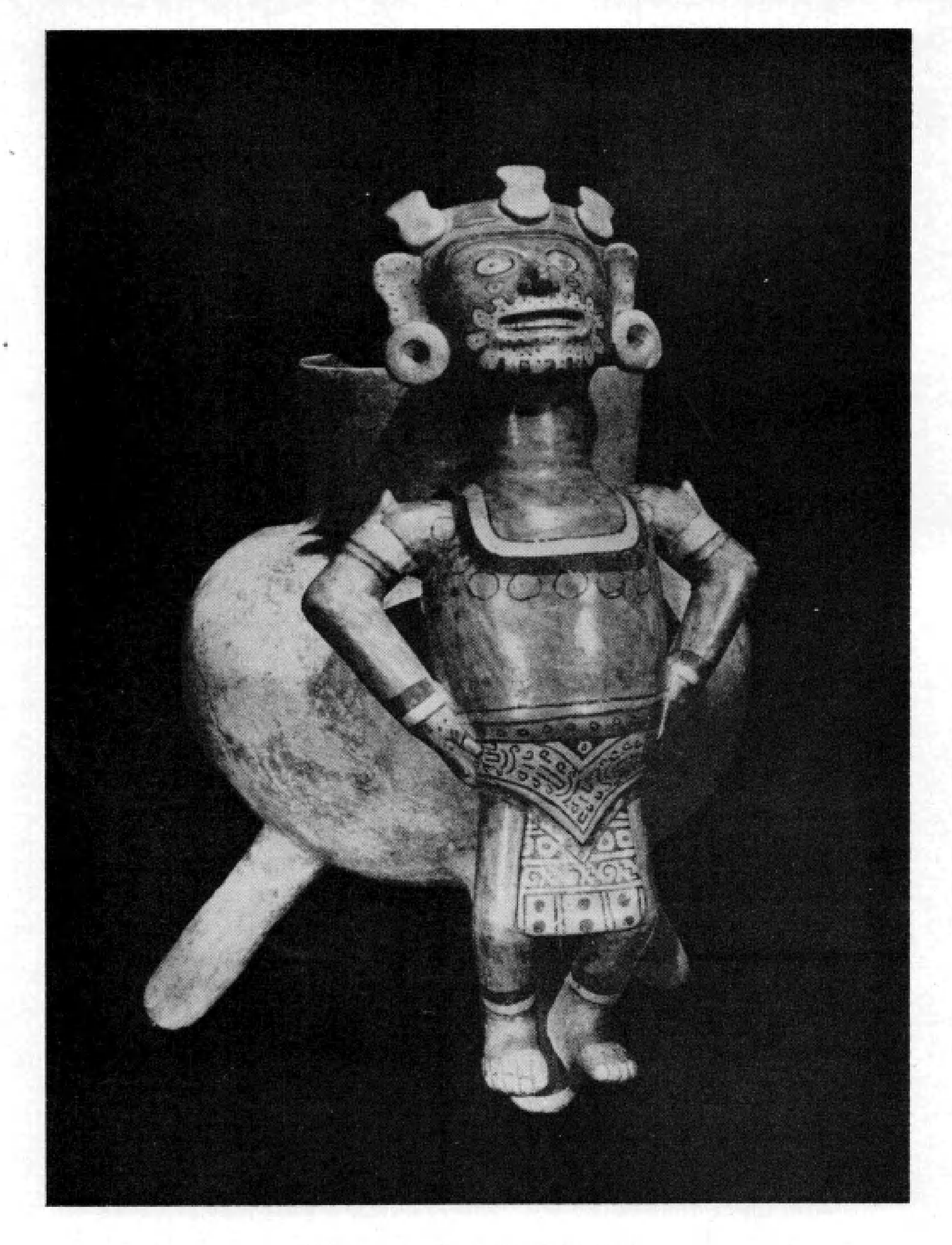


LÁMINA 31. VASO CEREMONIAL

Este vaso, procedente de Miahuatlán, Oaxaca, es una obra maestra de la cerámica Mixteca-Puebla. Representa al dios Macuiixóchitl (Cinco flor), Dios de los Juegos y de las Festividades. Su vestidura, collar y pintura facial están fielmente representados en policromía. Por encima de la clavícula izquierda se colocó una cuenta de turquesa que figuraba el corazón del dios. El jade y la turquesa se consideraban como preciosos, y de manera similar el corazón del dios.





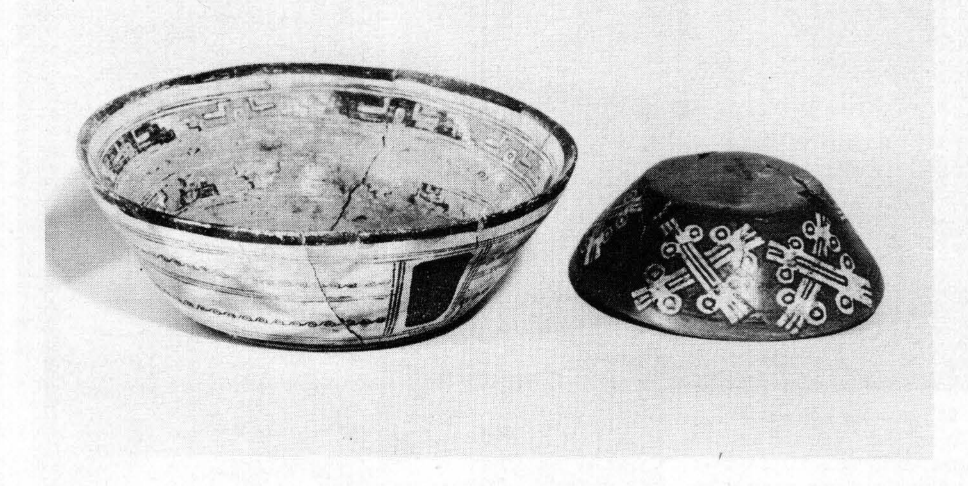


LÁMINA 32. CERÁMICA AZTECA

Arriba: diseño de una olla del período IV, que representa un insecto acuático, plantas acuáticas y un pez. *Centro:* vasija decorada con un corte de caracol estilizado, y copa para beber pulque en las ceremonias rituales. *Abajo:* el motivo que decora el cajete de la derecha es símbolo de movimiento.

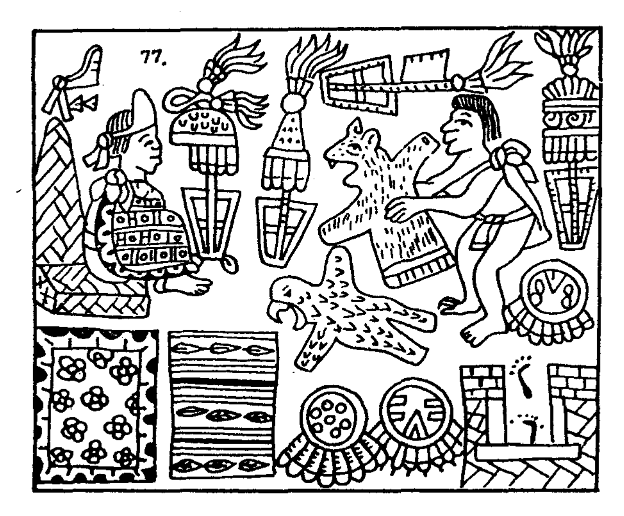


Fig. 6. Un comerciante ofrece su mercadería.

de la tierra. La iniciación del contacto intertribal a través de la colonización y la guerra y el aumento de las necesidades materiales y religiosas, llevó a la formación de una clase, la *pochteca*, cuyos miembros viajaban por todo México cambiando productos locales por extranjeros. Los *pochteca* tenían su dios propio y al parecer vivían en un barrio especial. Del Valle llevaban obsidiana, telas y cuerdas que cambiaban en la tierra caliente por conchas, plumas tropicales, jade, cacao y otras riquezas de la región. Con el tiempo desempeñaron una importante función política, espiando las ciudades para conquistarlas e informando acerca del tributo que podía exigírselas. Había un rasgo muy moderno en las funciones económicas y políticas de estos comerciantes, quienes con frecuencia originaban tras de sí la conquista militar.[7]

Con el desarrollo de la técnica, los oficios deben haber atraído a muchos hombres para quienes la simple agricultura debía parecer carente de interés y poco productiva. Los alfareros, los joyeros, los tejedores y los que hacían trabajos en pluma, llegaron a practicar estos oficios con exclusión de todo otro trabajo. La enorme complejidad de la religión obligaba a una actividad casi continua a escultores, albañiles y pintores. El mercado, que aún conserva su importancia en las comunidades indígenas de la América Media, tenía una profunda significación social, pues en él, además de cambiar sus productos por los de otros, una persona se enteraba de las últimas noticias y ampliaba su horizonte social e intelectual.

El sacerdocio ofrecía una carrera de carácter inexorable. La reli-



Fig. 7. El ejercicio de la medicina.

gión penetraba en todos los aspectos de la vida diaria, el individuo participaba en grandes y complicados ritos. El encumbramiento social dependía, en gran manera, de la obediencia religiosa, y los jefes presidían la dirección de las ceremonias; por lo tanto, es difícil considerar el sacerdocio como completamente separado de la autoridad civil; dependían uno de otro. Ciertamente había una jerarquía eclesiástica; pero probablemente actuaba en combinación con la posición civil. Pueden haber existido puestos permanentes; pero en los capítulos en que tratemos de la religión describiremos con mayor amplitud cómo se fundían completamente el dominio de la iglesia y el del estado en los pueblos del México antiguo, en contraste con la separación que existe en nuestra sociedad.

La sociedad mexicana existía para beneficio de la tribu, cada uno de sus miembros debía contribuir a la conservación de la comunidad. Sin embargo, los que se oponen a los regímenes sociales reales y teóricos son aquellos desgraciados que por equivocación, inadaptación o insubordinación no cumplen con su deber. Los aztecas tenían que luchar con este problema también, y entre ellos se desarrolló una clase social que había perdido sus derechos civiles y se había convertido en esclava, estado en el que se podía caer voluntariamente, o en razón de ser prisioneros de guerra, o por castigo por haber cometido crímenes, o por haber sido vendidos por sus padres. El trato que se les daba difería según las circunstancias que los habían llevado a la esclavitud.[8]

Se solía sacrificar a los prisioneros militares; pero aquellos que demostraban alguna habilidad desusada eran comprados a veces para el servicio doméstico o puestos a trabajar en alguna empresa comunal. Los esclavos criminales perdían su *status* de libertad por delitos tales como ocultar una traición, ser miembros de la familia de un traidor, el rapto de un hombre libre para venderlo, enajenar la propiedad de otro sin consentimiento del dueño, el robo sin restitución,

Fig. 8. Miembros de una familia de esclavos que llevan en la parte posterior del cuello unas barras como símbolo de su condición.



cuando se era mayor de diez años, o por impedir que un esclavo llegara al santuario que era la casa de un jefe. Los esclavos criminales eran propiedad privada y se les empleaba generalmente como restitución de lo robado por aquellos a quienes habían ofendido.

La esclavitud voluntaria era aceptada por los pobres, por los que carecían de tierras, que necesitaban alimentos, por los indolentes que eran demasiado perezosos para proveer a su propio sostenimiento, por los jugadores y por las prostitutas ansiosas de elegancia. Los padres con frecuencia vendían un hijo para reemplazarlo por uno más joven cuando el primero tenía bastante edad para contribuir económicamente al bienestar del comprador. A veces, gente desamparada ofrecía un esclavo en garantía de un préstamo concedido por un vecino más afortunado; si el esclavo moría en servicio o si el nuevo amo se apoderaba de alguna propiedad ilegalmente, la deuda se tenía por pagada. Para evitar esta posibilidad, el dueño del esclavo lo hacía vivir en su casa y desempeñar solamente servicios personales. La esclavitud, con excepción del caso de los prisioneros de guerra, no era excesivamente dura: un esclavo podía tener su familia, poseer bienes y aun tener esclavos propios; sus hijos siempre nacían libres. Lo que perdía el esclavo era su derecho a ser elegido para los puestos de la tribu, que dependía, como hemos visto, del servicio público, y le era negado por estar atenido a la generosidad de otros o por haber cometido actos antisociales.

Un aspecto importante del cuerpo de leyes de los aztecas comprendía la pérdida de los derechos civiles, como resultado de actos

abiertamente antisociales. En general la costumbre dictaba y regulaba la conducta humana. El pertenecer a una comunidad traía consigo seguridad y subsistencia; el separarse de ella o el ser expulsado, significaba la muerte a manos de los enemigos o el aislamiento como un vagabundo solitario, presa de las fieras. La competencia por el rango social y por el renombre se daba en el campo de los servicios públicos, más bien que en la adquisición de riqueza; de aquí que casi no existiera la conducta antisocial de hoy para obtener posiciones elevadas.[9]

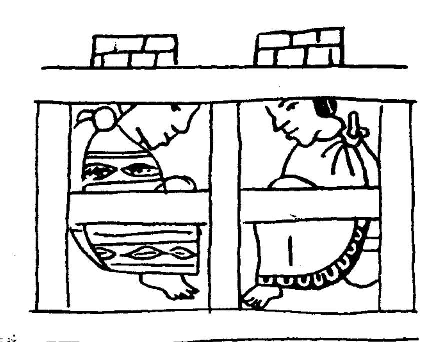
El crecimiento de la población hasta un grado en que sólo los dirigentes eran conocidos de la sociedad en su conjunto, tendió probablemente a restringir el sentido comunitario y de cooperación, de modo que los robos y otros delitos semejantes de pequeña importancia, aumentaron al disminuir la responsabilidad solidaria. La creciente complicación de las tareas y de las formas de subsistencia provocó conflictos e injusticias. En una nación de guerreros diestros en el manejo de las armas, la animosidad personal se manifestaba en derramamientos de sangre, así es que fue preciso crear los tribunales mencionados para que ejercieran su jurisdicción en los asuntos del clan y de la tribu y para reforzar la poderosa influencia de la aprobación o reprobación públicas.

Los delitos religiosos, como la blasfemia o los robos sacrílegos, eran raros, porque el enojo de los dioses traía desastres a la comunidad así como al individuo. La religión, sin embargo, no entraba en el campo de la ética; ningún castigo esperaba al pecador después de la muerte. Existían cielos especiales para los guerreros, para las mujeres que morían en el parto y para la gente que moría de determinadas



Fig. 9. Pordiosero.

Fig. 10. Ladrones en la cárcel.



maneras; pero esta creencia se deriva del deseo de obtener la protección de determinados dioses y no en un sistema bien definido de recompensas y castigos.

La restitución al ofendido era la base principal para resolver los actos antisociales, en contraste con nuestro sistema de castigo al culpable. El destierro o la muerte era la suerte que esperaba al malhechor que ponía en peligro a la comunidad. Un ejemplo tomado al azar de los delitos y castigos pondrá de manifiesto el tenor de las leyes aztecas y el porqué nunca fue necesario recurrir al encarcelamiento para hacer cumplir el castigo de un crimen. Sin embargo, se empleaban jaulas y cercados para confinar a los prisioneros, antes de juzgarlos o de sacrificarlos.

El robo se castigaba con la esclavitud hasta que se hiciera la restitución de lo robado, o con una multa que doblaba la cantidad robada; una parte era para la víctima y otra para el tesoro del clan. El robo en camino real era castigado con pena de muerte y las raterías en el mercado significaban la muerte instantánea por lapidación, porque esa pequeña falta era contraria a los beneficios sociales de la reunión. El robo de maíz, elemento principal de vida, cuando estaba en crecimiento en el campo, era un grave delito que requería la pena de muerte o la esclavitud, pero un caminante podía impunemente satisfacer su hambre cortando mazorcas de las hileras colindantes con el camino. El hurto de oro, plata o jade, sustancias preciosas reservadas para los ornamentos religiosos, era también un delito que se castigaba con la muerte.

El asesinato, aun el de un esclavo, traía consigo la misma pena. Los rebeldes y los traidores corrían la misma suerte; pero los secuestradores se vendían como esclavos. La embriaguez era un delito grave, a menos que fuera en ocasión de algunas ceremonias. La re-



Fig. 11. Un abogado.

probación social, el descrédito público y aun la muerte por lapidación o a golpes, eran los castigos impuestos al intemperante. Sin embargo, a los ancianos de uno y otro sexo que habían cumplido con sus obligaciones tribales se les permitía gran libertad en la bebida.

El brujo o el practicante de magia negra era sacrificado y la muerte era, asimismo, la suerte del que suplantaba a un funcionario importante. Al calumniador se le cortaban los labios y algunas veces también los oídos. Al alborotador y al pendenciero en el mercado se le castigaba con severidad, pero en los casos ordinarios de asalto, el asaltante pagaba la cura de la víctima y cualquier perjuicio que causara. El adulterio se castigaba con gran severidad, y aun con la muerte, cuando se cometía fuera de los límites de las leyes del divorcio. La horca era el castigo común por la violación de las leyes del incesto y la sodomía se castigaba con repugnante brutalidad.

Así, reducida a los ejemplos citados, la ley azteca era brutal. De hecho, desde la infancia el individuo seguía una conducta social correcta; el que violaba la ley sufría serias consecuencias. Todo el mundo tenía propiedad personal de alguna clase; pero la tierra pertenecía a la tribu y al individuo sólo sus productos. Por lo tanto, era innecesaria la complicada legislación que gira alrededor de nuestros conceptos de la propiedad.

Había pocas cosas que preocuparan intelectual o económicamente al individuo. La existencia estaba sujeta al favor divino y todo el mundo llevaba una vida parecida. Por más grandes que fuesen algu-

nas ciudades —la ciudad de México tenía trescientos mil habitantes—, el sentido comunitario era fuerte. No exitían libertad de pensamiento, libertad individual, ni fortunas personales, pero la gente vivía de acuerdo con un código que había dado resultados buenos y continuos durante siglos. Un azteca se habría horrorizado ante el desnudo aislamiento de la vida individual de nuestro mundo occidental.

VII

Economía

La economía doméstica y tribal del pueblo azteca

El sistema social azteca proporcionaba medios para que la gente pudiera vivir reunida armoniosamente en número considerable. La economía doméstica y tribal de los aztecas ofrecía alimento, habitación, útiles de trabajo y vestido, cosas a las que el hombre debe en gran parte su posición dominante sobre la tierra. La medida de una sociedad humana puede estimarse por las relaciones entre la organización del pueblo mismo y el uso de los materiales para construcción de casas y para equiparlas. La economía de los aztecas tenía la misma sencillez básica de su organización social; así como la misma flexibilidad expansiva a fin de satisfacer las necesidades de una población en aumento.[1]

La agricultura era la base de la vida azteca y el maíz, *zea mays*, era la planta alimenticia por excelencia. El cultivo de las plantas aseguraba un abastecimiento social de alimentos cerca de la mano, que no estaba sujeto a las vicisitudes de la caza y, por lo tanto, daba al hombre la oportunidad de pensar en el mañana. El sistema del clan, como hemos visto, reconocía que los frutos de la tierra eran para el sostenimiento de la tribu, siendo, por lo tanto, sencillamente natural que la tribu poseyera y administrara la tierra que sostenía a sus miembros.[2]

El consejo tribal dividía la tierra entre los clanes, y los caciques de cada uno de ellos distribuían las raciones, a su vez, entre los jefes de familia, justa y equitativamente. También se reservaban zonas para el sostenimiento del jefe y el personal del templo, para los abastecimientos de guerra y para el pago de tributos, todas ellas trabajadas en comunidad, aunque, sin duda, también con esclavos. A la muerte de un usufructuario, la tierra pasaba a sus hijos, y si moría sin descendencia la propiedad volvía al clan para que se volviera a distribuir, como sucedía también si el propietario no cultivaba su parcela

durante un período de dos años. Este sistema podía funcionar equitativa y provechosamente para todos los interesados, mientras una sociedad se mantuviera relativamente estática y tuviera tierra laborable disponible. Sin embargo, en el Valle de México este sistema dio lugar a desigualdades.

La creciente población de las tribus del Valle agotó toda la tierra disponible, y las familias y los clanes no tenían manera de incrementar sus propiedades agrícolas. Una parcela que producía abundantes productos para una familia pequeña ofrecía subsistencia insuficiente para una grande. Las variaciones normales en las riquezas del suelo tenían que dar lugar a injusticias semejantes. Bajo estas condiciones los jefes y sacerdotes que vivían de las tierras públicas estaban en mucho mejores condiciones que el ciudadano ordinario, cuyas pertenencias tendían a disminuir de generación en generación. Así es que tenían que surgir fricciones que conducían a la guerra con el exterior y a las revoluciones internas, siempre que la tribu no podía extender sus límites territoriales para satisfacer las necesidades de su población. Las inmigraciones importantes, como la de los culhuas a Texcoco y Tenochtitlán, o la de los mixtecas a Texcoco años antes, se debían a una apremiante necesidad económica.[3]

Los tenochcas, que llegaron más tarde al Valle, en una época en que la tierra había aumentado de valor, tuvieron dificultades, ya lo hemos visto, al hacer resistencia a sus hambrientos vecinos. Forzados a retirarse a las islas del lago, resolvieron el problema de la tierra de



Fig. 12. Un labrador sembrando maíz por medio del sistema de estaca.

la misma ingeniosa manera en que lo hicieron los chalcas, los xochimilcas y las tribus noroccidentales, en el lago de Zumpango.

Este método consistió en crear *chinampas*, los llamados "jardines flotantes". La *chinampa* era, en realidad, una pequeña isla artificial hecha acumulando lodo de los bordes pantanosos del lago, sosteniéndolo primero por un revestimiento de juncos y después por árboles cuyas raíces unían fuertemente la tierra. El agua corría entre los estrechos fosos, convirtiéndolos en canales. Siempre se agregaba lodo fresco antes de las siembras, de tal manera que la fertilidad de la tierra se renovaba constantemente. Los tenochcas y sus vecinos convertían de esta manera grandes secciones pantanosas, de otra manera improductivos, que se anegaban en la estación de las lluvias, en una red de canales y de campos cuya fertilidad sólo es igualada por las tierras del delta del Nilo inundadas por el río. La agricultura en chinampas se practica en la actualidad en los distritos de Xochimilco y de Chalco, donde se cultiva la mayor parte de las legumbres para la moderna metrópoli de México. Los habitantes hablan aún la lengua azteca y ocupan la misma tierra de sus antecesores, renovándola cada año por los mismos métodos empleados en la época de los aztecas. Los contornos de las antiguas parcelas pueden verse desde una gran distancia a la redonda, pues el drenado moderno del lago de Texcoco ha secado una gran parte del área lacustre del Valle de México.[4] (Véase Lám. 33, abajo.)

Cuando los tenochcas se trasladaron al lago obtuvieron espacio

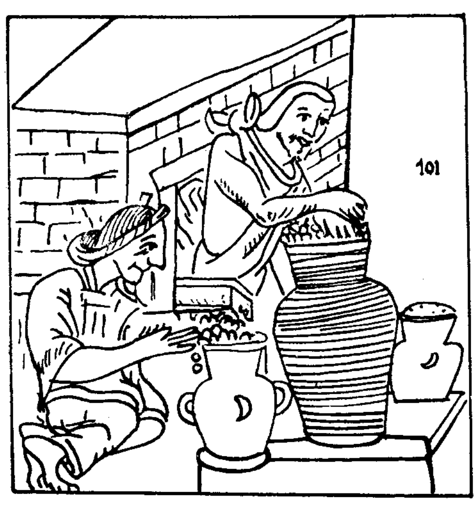
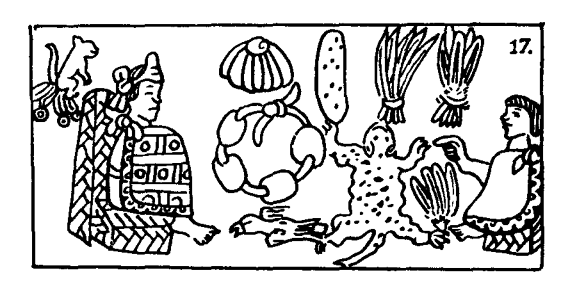


Fig. 13. Un matrimonio guarda la cosecha de grano en grandes cántaros, en previsión de la escasez que se presentará en el invierno.

Fig. 14. El rey Ahuízotl recibe los productos de la costa: conchas marinas, pieles de jaguar, manojos de plumas, jade y granos de cacao.



vital. A medida que la ciudad crecía podía incorporar los plantíos adyacentes para destinarlos a los asientos de sus casas, en tanto que el aumento de población podía alimentarse construyendo nuevas chinampas en los límites del área de cultivo; en consecuencia, su éxito puede atribuirse en gran medida a la eliminación de luchas internas, lograda por las posibilidades relativamente ilimitadas que ofrecía la agricultura de chinampa.

Los tenochcas completaban su escasez de tierra por otros medios. En los territorios conquistados, los guerreros vencedores recibían concesiones de tierras que trabajaban los miembros de la tribu vencida. A veces pequeñas colonias vivían de estas tierras, en guardia contra las rebeliones de las zonas sojuzgadas. Tales propiedades pasaban de padres a hijos; pero en caso de que no hubiera descendencia volvían a la autoridad tribal, no a la del clan de la que era miembro el beneficiario. Otras tierras de esta clase deben haberse dedicado al sostenimiento de las organizaciones religiosas. De esta manera las autoridades centrales de Tenochtitlán y quizá también las de Texcoco, tenían grandes propiedades para sostener la complicada pompa de la iglesia y del estado, sin gravar los recursos de los miembros de la tribu. La flexibilidad relativa de semejante propiedad territorial daba a la autoridad de la tribu manera de ajustar desigualdades y agravios entre los miembros más ambiciosos de ella. Naturalmente, como los aztecas estaban menos adelantados socialmente que nosotros, no alcanzaron nuestro sistema complicado de recompensas y ajustes por medio de nombramientos federales, estatales o municipales.[5]

Una tribu azteca poderosa tenía otra fuente de sostenimiento: los tributos. Éstos con frecuencia consistían en artículos alimenticios y materias primas, tanto domésticas como producidas fuera del Valle, y también incluían vestiduras de guerreros y de sacerdotes, mantas, cerámica y otros artículos de artes menores. Distribuídos en toda la

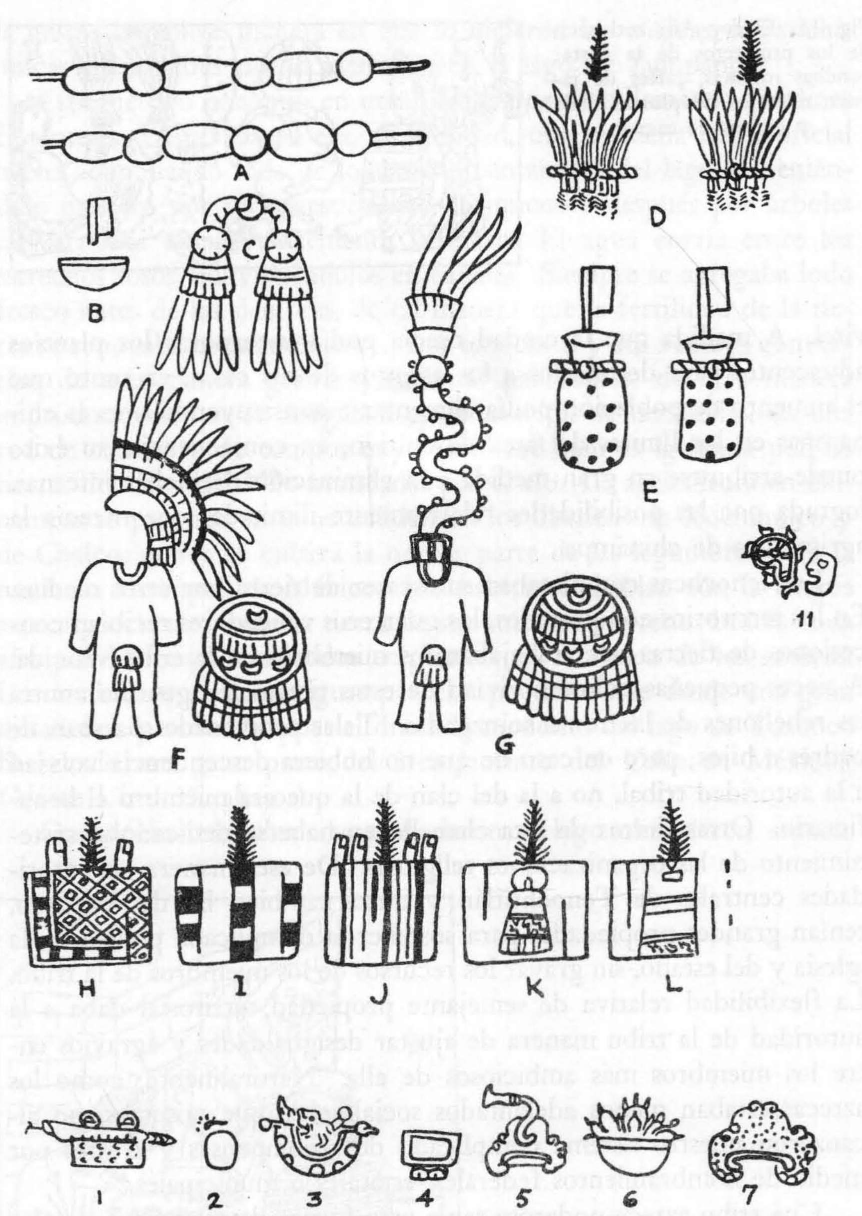
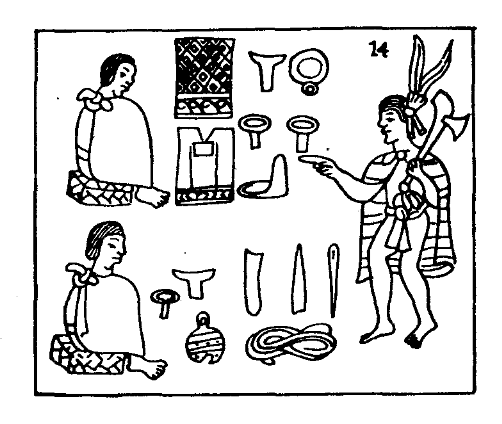


Fig. 15. Página de la relación de tributos (según Spinden, 1928). Las ciudades tributarias figuran en la línea inferior y a la derecha, designadas por números. Los objetos comprendían: *A*, sartas de cuentas de jade; *B*, 20 calabazas de polvo de oro; *C*, un penacho real; *D*, 800 manojos de plumas; *E*, 40 bolsas de cochinilla para tinte; *F*, *G*, 2 trajes de guerrero; *H*, 402 mantas de algodón como la muestra; *I*, 400 mantas; *J*, 404 mantas; *K*, 400 mantas; *L*, 400 mantas. Obsérvese el uso de los dedos para significar unidades, banderas para veintenas y una especie de árbol para cada 400.

Fig. 16. Un mercader de la costa intercambia sus productos por otros de la altiplanicie, como telas, adornos de oro y cobre, instrumentos de obsidiana y sogas de fibra de maguey.



comunidad estos artículos enriquecían tanto la empresa comunal como la conveniencia privada.[6]

La manufactura y el comercio comenzaban a desempeñar un papel importante en la economía azteca, aunque no en la medida observable en las sociedades que han creado medios de cambio, como la moneda, y que, por lo tanto, dan más importancia a la riqueza personal cuando está constituída por la posesión de esa ventaja. La manufactura estaba en la etapa de la producción manual, realizada como un complemento a la tarea fundamental de obtener alimentos. Los hogares se bastaban a sí mismos en su mayoría, produciendo todo lo que necesitaban en lo que se refiere a instrumentos, utensilios y vestido. Sin embargo, algunas poblaciones tenían acceso a recursos naturales que otras no disfrutaban y lograban una habilidad especial en su explotación. Una aldea podía tener una buena capa de arcilla, por ejemplo, y su cerámica habría de ser muy superior a la de las comunidades vecinas. Otra podía gozar de gran prosperidad por el cultivo del chile, en tanto que una tercera podía tener en su territorio obsidiana de buena calidad o pedernal para hacer instrumentos de piedra. Así, una aldea cambiaría estos productos por los de otra y aun los podría volver a distribuir por el mismo proceso. Las conchas del Caribe pasaban de mano en mano hasta lugares tan distantes como el centro de Estados Unidos; la loza de El Salvador era llevada al lejano Tepic, en México; los ornamentos de oro de Panamá aparecen como ofrendas votivas en el Cenote Sagrado de Chichén Itzá, en Yucatán.[7]

Estas especializaciones regionales iban acompañadas por la tendencia muy natural del individuo a explotar lo que hace y produce

con mayor facilidad. A medida que aumentaron los conocimientos técnicos, se desarrolló la especialización y el mercado llegó a ser una institución importante. Cada pueblo tenía uno a intervalos señalados, al cual llegaba gente desde grandes distancias. En Tlaltelolco el mercado diario era una maravilla del mundo occidental, que excitaba la admiración envidiosa de los españoles por su profusa variedad. La importancia del mercado persiste aún en las comunidades indígenas, tanto que en Guatemala la gente hace viajes de varios kilómetros para cambiar sus productos, y tiene tanta importancia como función social, que un comerciante no venderá sus productos sino en ese lugar, aunque se le ofrezca un pago muy superior al que logra en el mercado.[8]

El trueque era el único medio de cambio, y el valor se establecía por la deseabilidad y la rareza. La moneda, medio de cambio de valor fijo, no existía. Sin embargo, algo tenía que encontrarse que compensara una desigualdad en el cambio, que no fuera demasiado valioso para emplearse en el ajuste de las pequeñas operaciones y que al mismo tiempo fuera universalmente deseado. Los granos de cacao respondían a esta necesidad y eran, asimismo, fáciles de transportar. A los aztecas les gustaba mucho el chocolate (la palabra misma es de etimología azteca), así es que los granos de cacao se convirtieron gustosamente en la deliciosa bebida nacional. A veces se empleaban como medio de cambio cañones de pluma de ave llenos de polvo de oro, así como navajas en forma de media luna hechas de hojas finas de cobre martillado. Estas últimas no tenían la general aceptación o la utilidad de los granos de cacao, aunque representaban un valor fácilmente transportable.[9]

La sustancia más preciosa entre los aztecas era el jade, o las piedras parecidas a él por su consistencia y color. Tanto la jadeíta como la nefrita existen en el Nuevo Mundo y la variedad americana se

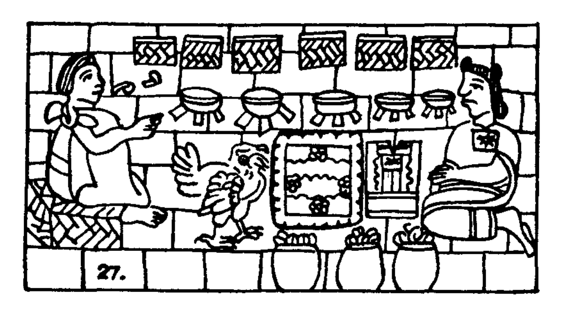


Fig. 17. Un comerciante en el mercado. La manera en que coloca sus productos recuerda la cuidadosa disposición que hace con sus objetos el vendedor indígena moderno.

diferencia de la piedra asiática. Raras veces se ven en la actualidad piedras sin cortar, pues no hay mercado para ellas en la moderna América Media o en Estados Unidos, en tanto que el jade se trabaja aún extensamente en China, así es que vale la pena explorar los ríos de Birmania en busca de guijarros de esta rara sustancia. (Véase Lám. 3.)

El testimonio del conquistador Bernal Díaz es definitivo en esta cuestión del valor. En la noche en que Cortés abandonó México, el conquistador, después de separar su parte en el tesoro, dio el sobrante a sus tropas. Muchos, cargados de oro, se ahogaron ignominiosamente en los canales. Bernal Díaz, sin embargo, observó las costumbres indias y se conformó con cuatro jades que después pudo cambiar y que, según sus palabras, "me sirvieron bien para curar mis heridas y para proporcionarme alimentos".[10]

Los aztecas no tenían nuestra estimación moderna por el oro, así es que los españoles tuvieron grandes dificultades en un principio para obtenerlo. Los indígenas mexicanos respondieron a las peticiones de objetos de valor de los invasores, ofreciéndoles jade y turquesas, las sustancias más preciadas por ellos. Semejante condescendencia desorientadora resultó altamente irritante para Cortés y sus hombres, quienes no tenían educación etnológica, ni, hay que reconocer, la habrían necesitado, aunque la hubieran tenido a su alcance. El oro era valioso para los aztecas solamente por los adornos que se podían hacer con él, y la plata puede haber tenido un valor aún mayor porque los nódulos eran raros y los indios desconocían la técnica de fundir el mineral.[11] (Véanse Láms. 38 y 39.)

Así, pues, los aztecas no tenían nuestro concepto del valor y de la riqueza. Sin embargo, contribuyeron mucho a nuestra prosperidad y a nuestro bienestar, en parte por haber sido forzados como esclavos a trabajar las minas de oro y plata, cuya moderna significación económica entendieron tan poco, y más aún por el enriquecimiento del acervo mundial de alimentos. Además de maíz de diversas variedades, los aztecas cultivaron muchas clases de frijol, un complemento muy nutritivo de la alimentación humana en razón de su gran contenido de proteína. La calabaza. el melón, la *chía*, los *camotes*, los chiles verdes y rojos, los aguacates y los tomates, eran productos del inteligente campesino de la América Media, que enriquecieron la alimentación azteca y la del mundo moderno. El comercio con el sur de Veracruz trajo el chocolate, la vainilla y la piña a la mesa azteca.[12]

La planta del maguey o agave era importante para la economía doméstica por su savia, que se fermentaba para hacer una especie de cerveza. El pulque se usaba no solamente como licor y como intoxicante ritual, sino que tenía también un efecto nutritivo importante al compensar la falta de verduras en la alimentación mexicana. La planta misma tenía otros muchos usos. Sus fibras podían torcerse para hacer cuerdas y tejerse para hacer bolsas y aun telas. Las espinas eran excelentes agujas y tenían un empleo sumamente lúgubre como instrumento para mortificar la carne en las penitencias religiosas. Las hojas a veces se usaban en la construcción de albergues y en el techado de las chozas. No es de extrañar que el maguey y la planta del maíz fueran simbolizados como diosas y veneradas como tales.

Los aztecas cultivaban muchas variedades de algodón. Fumaban tabaco, las más veces en junquillos huecos, a manera de cigarrillos. En épocas posteriores de su historia también usaron pipas en forma de codo, probablemente para fines rituales, así como nuestros indios *pueblo* modernos limitan el uso de la pipa a los ritos para atraer la lluvia. En las ceremonias religiosas empleaban grandes cantidades de copal como incienso y obtenían hule de Veracruz y del sur, así como del guayule que crece en el norte de México. Como nosotros, los aztecas consideraban esta materia indispensable para su cultura, para las pelotas de su juego ritual, *tlachtli*, y como goma para adherir plumas y otros adornos a los vestidos. El chapopote, que venía de los escapes de petróleo de Veracruz, tenía su función como pegamento y como pintura para el cuerpo. En el occidente de México los indígenas preparaban una laca útil para revestir calabazas y bandejas de madera. Esta lista incompleta de plantas y sustancias cultivadas y explotadas por los aztecas y sus vecinos, da una idea de nuestra gran deuda para con estas civilizaciones del pasado. Los inventores e innovadores originales se pierden en la negra obscuridad de la historia americana; pero el fruto de su inventiva desempeña un importante papel en nuestra economía moderna.

En contraste con esta riqueza de plantas, los aztecas eran pobres en animales domésticos. Tenían algunas variedades de perros, una de las cuales se criaba como alimento, pero nunca usaron este animal para el transporte, como lo hicieron los indígenas de las llanuras septentrionales de Norteamérica. El pavo era su principal ave doméstica, aunque hay algunas pruebas de que criaban gansos, patos y también codornices. En las plantaciones de cactus de nopal cuidaban esme-

radamente la cochinilla por el rico tinte carmesí que produce cuando se tritura. Otro insecto, el gusano del maguey, aún conserva su lugar en las mesas mexicanas, como un manjar que se sirve con otro platillo azteca típico, el *guacamole*, pasta de tomate, aguacate y chile.

La caza, cuando era posible, producía alimentos, pero el venado quedó casi agotado desde la época de la Cultura Media Superior. La emigración estacional de aves, que aún visita los lagos de México, proporcionaba gran abundancia de gansos, patos y otras aves silvestres. A veces se consumían pequeños peces, cogidos con redes o arponeados, y larvas de una mosca depositadas en las aguas del lago, que se convertían en una pasta que aún se consume en los pueblos mexicanos. Los altos funcionarios, como eran sostenidos por la comunidad, tenían una mesa mucho mejor que el pobre, que vivía miserablemente de los productos de sus propias tierras. El refrigerio cotidiano de Moctezuma fue descrito por los conquistadores españoles como digno del más exigente Lúculo.[13]

Los instrumentos muestran pocas variaciones con relación a los de la Cultura Media Azteca. La *coa*, o estaca para perforar la tierra, era el principal instrumento agrícola, y el *metate* y la *mano* convierten, aún en la actualidad, los granos de maíz en harina. Todavía se empleaban instrumentos de piedra para cortar y moler, y el cobre martillado en frío comenzaba a ser preferido como material para agujas, hachas y adornos. El vidrio volcánico u obsidiana daba tan buenos resultados como la mayoría de sus instrumentos cortantes de metal, en razón de sus aristas agudas y de su abundancia. Los tejedores no tenían más instrumentos que el telar primitivo y el malacate, y la cerámica tenía una gran variedad de usos para guardar y preparar la comida. El arco, la tiradera *(atlatl)*, la lanza y la macana eran las armas principales. En general no se destacaba la inventiva mecánica en la cultura azteca, aunque los oficios se desarrollaron a un alto grado, gracias al excelente empleo de instrumentos sencillos, como demostraremos en el capítulo siguiente.

Las grandes ciudades de los aztecas tenían su origen en las aldeas sencillas de las tribus sedentarias. Así como en su organización social y en su economía, había una base sencilla comparable a la de las colonias de algunas tribus sedentarias de Norteamérica. Las casas sobre las distantes chinampas representan el estado primitivo de la habitación azteca. Estas eran chozas con techos de paja que descansan en muros de varas cubiertas de lodo; tipo de habitación en uso

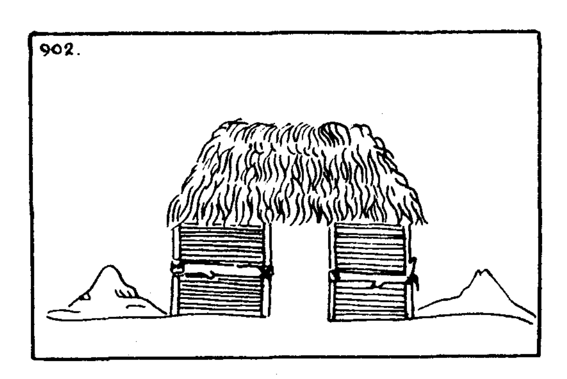


Fig. 18. Casa de bajareque, que aún se usa en México y en otras partes de América.

probablemente en los tiempos de la Cultura Media y que persiste dos mil años después, en las aldeas indígenas del México actual.

Las antiguas zonas de la ciudad se embellecían con establecimientos más importantes en los que generaciones de sucesivos residentes habían puesto cuidado y habían hecho renovaciones e innovaciones a la arquitectura doméstica. Cada casa descansaba sobre una plataform elevada cubierta de piedra que le daba alguna protección contra las inundaciones. Alrededor de un patio central se distribuían rectangularmente los cuartos destinados a fines sociales, para dormir, para cocinar, para almacenes y para alojamiento de los esclavos. Los muros de las casas tenían cimientos de piedra y, según la situación económica o el gusto del propietario, se construían de piedra o de adobe. Los techos se hacían cubriendo vigas con pequeños palos fuertemente ajustados y extendiendo sobre el conjunto una capa de argamasa. Como no había ventanas las casas tenían que ser poco profundas. Para permitir el paso de la luz y del aire los edificios eran generalmente de dos habitaciones más o menos grandes de acuerdo con el gusto y la riqueza. El cuarto trasero, que tenía un fogón para cocinar, era completamente cerrado, con excepción de la puerta para la cámara exterior que se dejaba abierta de par en par sobre el lado del patio, en el que las vigas eran sostenidas por columnas o por muros laterales bajos. Probablemente no existían casas de dos pisos antes de la conquista, pero hay casos en que, para tener luz y para ventilación, sobre una plataforma de la misma altura de los techos de los cuartos que rodeaban el patio principal, se construía un patio trasero con sus cuartos alrededor.[14]

Las recientes excavaciones hechas en el palacio del rey de Chiconauhtla, un feudo de Texcoco, han revelado interesantes infor-

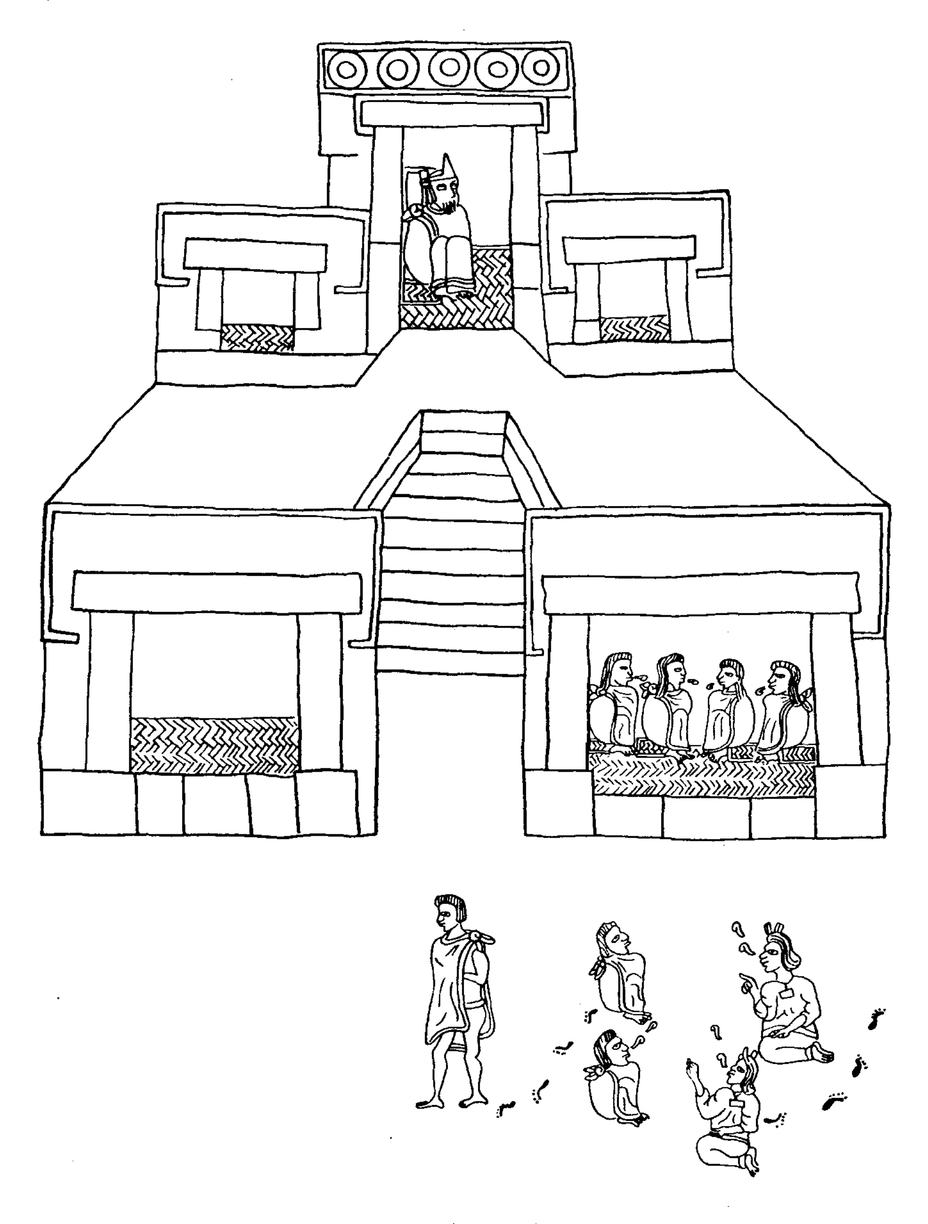


Fig. 19. El palacio de Moctezuma según el Códice Mendocino. Sus habitantes se encuentran en una plataforma a la que se llega por una escalera. A derecha e izquierda, las cámaras de los jefes aliados, los gobernantes de Texcoco, Culhuacán, Chiconauhtla, Tlacopan y Tenayuca. El recinto en la izquierda, en el primer piso, se usaba para el consejo de guerra y las habitaciones a la derecha para los jueces, a quienes se ve resolviendo un caso entre litigantes.

maciones acerca del crecimiento de una casa señorial. Este palacio se reconstruía constantemente y se ampliaba para satisfacer las necesidades de una población en crecimiento y de una economía más rica. De acuerdo con el plan descrito antes, los patios se disponían a diferentes niveles. Los primeros cuartos tenían el estilo hermético acostumbrado en Teotihuacán; pero las cámaras posteriores eran más espaciosas y abiertas al sol y al aire. Cada renovación exigía más espacio, de tal manera que considerando una familia de cinco para cada brasero, el séquito del jefe más que se triplicaba en un siglo y cuarto.[15] (Véase Lám. 35.)

El plano de una aldea azteca tendía a la forma rectangular, ya que la división de la tierra entre los clanes generalmente seguía un plano en forma más o menos rectilínea. Una plaza central era esencial para las reuniones de la comunidad; el mercado y los edificios principales, como el templo mayor y la casa del jefe, se situaban en este lugar. En Tenochtitlán, que al parecer tenía sesenta mil braseros u hogares, o, calculando sobre la misma base indicada antes, trescientos mil habitantes, existían centros adicionales para cada clan y para los cuatro grandes distritos en que se dividía la ciudad para fines administrativos.[16] (Véase Lám. 33, arriba.)

Ha llegado hasta nosotros la descripción de una ciudad azteca hecha en 1524 por un monje español, fray Toribio de Benavente, llamado por los indios "Motolinía", o "el pobre", por la sencillez franciscana de su vida. Sus observaciones directas son de una robusta realidad:

> Llámanse estos templos *teocallis* y hallamos en toda esta tierra, que en lo mejor del pueblo hacían un gran patio cuadrado; en los grandes pueblos tenía de esquina a esquina un tiro de ballesta y en los menores pueblos eran menores los patios. Este patio cercábanle de pared, y muchos de ellos eran almenados; miraban sus puertas a las calles y caminos principales que todos los hacían que fuesen a dar al patio, y por honrar más sus templos sacaban los caminos muy derechos por cordel, de una y de dos leguas que era cosa harto de ver desde lo alto del principal templo, cómo venían de todos los pueblos menores y barrios los caminos muy derechos e iban a dar al patio de los *teocallis*... No se contentaba el demonio con los *teocallis* ya dichos, sino que en cada pueblo y en cada barrio, y a cuarto de legua, tenían otros patios pequeños a donde había tres o cuatro *teocallis*...[17]

Las calles de Tenochtitlán eran canales bordeados por veredas, y

los puentes frecuentes permitían el acceso fácil a todas las partes de la ciudad. Tres grandes calzadas conducían desde el norte, el oeste y el sur, a la tierra firme, llegando respectivamente a Tepeyac, hoy Guadalupe, Tlacopan, hoy Tacuba, y Coyoacán. A lo largo de estos caminos principales corrían canales paralelos, que llegaban a la ciudad misma, siguiéndolos hasta su fin, en la plaza principal. También dos acueductos unían a la ciudad con la tierra firme. El de Chapultepec parece haber sido construído para traer agua únicamente, y tenía dos canales, para que cuando uno se limpiaba y reparaba, el otro pudiera continuar en uso. El acueducto de Coyoacán, construído más tarde por Ahuízotl, bien puede haber seguido la gran calzada sur. El problema sanitario debe haber sido serio; pero en lugares estratégicos había botes amarrados para uso público y cuando se llenaba su capacidad se vendían para fertilizar los campos. En las casas había vasijas de barro para guardar la orina, que los aztecas usaban como ácido para teñir las telas. De aquí que la luz del sol y estos métodos sencillos para obtener agua fresca y deshacerse de las basuras, sofocaba la pestilencia que acosaba la ciudad en la época de los españoles, cuando se abandonaron los antiguos métodos sanitarios.[18]

Una ciudad situada tan ventajosamente no tenía necesidad de fortificaciones, así es que la arquitectura militar era rara. Los templos, que dominaban la ciudad, eran las fortalezas naturales, y con razón el jeroglífico para representar la captura de una ciudad era un templo incendiado, indignidad a la que ningún pueblo se sometía, a menos que fuera arrojado de este lugar de resistencia final.

Los templos tenían muros de piedra o de mampostería rematados por un alto techo, cuya construcción se hacía de palos entrecruzados cubiertos con paja o con argamasa. Cada templo generalmente tenía una cámara y una antecámara, y en algunos casos se elevaban en la misma plataforma dos y aun tres altares. La plataforma o subestructura daba altura y volumen al templo. La práctica usual consistía en acumular piedras en bruto, fijadas en adobe o cal, en forma de pirámide truncada, cuyos lados quedaban interrumpidos por tres cortes angostos, a modo de pasillos, y por una rampa empinada que conducía a lo alto de la estructura. La superficie se revestía de piedra cortada y para formar la escalera se colocaban bloques a lo largo de la rampa. Anchas alfardas bordeaban la escalera y con frecuencia remataban en gigantescas cabezas de serpiente. Desde el punto de vista de la ingeniería, la construcción azteca era del tipo más sencillo.

Pero se obtenían imponentes efectos arquitectónicos por razón del consumado sentido artístico y la magnífica artesanía de los constructores.[19] (Véanse Láms. 42 y 43.)

El adecuado y aún imponente alojamiento de los aztecas y de sus dioses por ningún concepto eclipsaba su vestido. La ropa, además de proteger al hombre contra la intemperie, tenía una importante función social. Era un indicio del sexo, la edad, el grupo, la ocupación, el rango y aun el carácter del que la llevaba. El vestido sencillo y uniforme de nuestra sociedad moderna desempeña el mismo servicio, y revela con un simple golpe de vista la categoría de la persona a quien cubre. Los aztecas, como muchos pueblos del mundo, trataban de acentuar las diferencias sociales entre la gente por su vestido, y la fastuosidad y la riqueza predominaban en su atavío. El esplendor bárbaro del vestido civil de alta jerarquía era superior a la vestidura fantástica de los sacerdotes y de las sacerdotisas que personificaban con un atavío exagerado las divinidades de su panteón.[20]

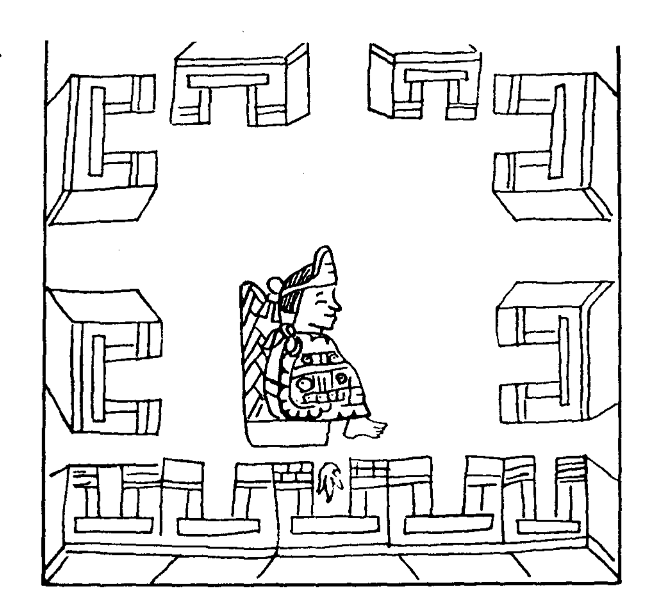
El *macehual*, u hombre ordinario de la tribu, iba descubierto, con cabello largo, y generalmente usaba un *maxtli* o taparrabo, un manto anudado sobre uno de sus hombros y sandalias de cuero o de fibra de maguey tejida, cuando hacía frío. Las mujeres se enrollaban alrededor de la cintura una tela finamente tejida que sostenían con un ceñidor delgado; una camisa sin mangas o *huipil* completaba su vestido. Trenzaban su cabello entrelazándolo a veces con cintas, que se enrollaban en la cabeza. Este vestido de mujer se ve aún en muchas partes del México indígena.

Los pobres hacían sus vestidos de fibras de maguey o de algodón tosco. Los ricos usaban el mismo vestido hecho de telas más finas y decorado con bordados complicados. El gran número de nombres dados a las diferentes clases de mantas demuestra su interés e impor-



Fig. 20. Mujeres. Nótese la indumentaria típica.

Fig. 21. Hombre rico.



tancia para el que las usaba. La lana casi nunca se convertía en tela, pues sólo disponían de pelo de perro; pero las capas de pluma eran muy estimadas. Los jefes usaban una faja de cuero de la que pendían dos borlas y los jefes administrativos llevaban como insignia de su cargo una especie de diadema de oro o jade y turquesa.

Los guerreros se enorgullecían ostensiblemente de sus vestidos. Los mantos ricos y los complicados tocados de plumas no eran suficiente para algunos, que llevaban sobre sus hombros unos arreos de mimbre que sostenían una complicada estructura de mosaico de plumas. Otros usaban vestidos semejando la forma de un *océlotl* o de un águila. En determinadas ocasiones los sacerdotes, cuyas vestiduras eran suntuosas, se ponían vestidos de dioses o de diosas, que estaban adornados y concebidos de acuerdo con rígidos símbolos rituales de identificación.

Las joyas consistían en adornos de cobre, oro y plata, conchas, piedras de varios colores, como jade, turquesa, esmeralda, ópalos y mosaicos incrustados en un fondo de barro, madera o carrizo. En los lóbulos de las orejas tanto los hombres como las mujeres se insertaban grandes orejeras. Los hombres con frecuencia llevaban adornos atravesados en la nariz o sujetos en una ranura practicada en el labio inferior. Los complicados collares y los pendientes, brazaletes y ajorcas, daban brillantez a las vestiduras en las ceremonias oficiales. No

se usaban cosméticos, como entre nosotros, para retocar las facciones, sino, por el contrario, una profusa aplicación de pintura roja, azul, amarilla, verde y negra en la cara realzaba, con la riqueza del arco-iris, los tonos suaves de su carne morena. (Véanse Láms. 38 y 39.)

Es evidente que los aztecas no fueron unos salvajes necesitados de compasión. Vivían de alimentos muy diversos y deliciosos y habitaban casas cómodas y ventiladas. Su vestido estimulaba el orgullo merecido, que no debe confundirse con los halagos de la vanidad. Su manera de vida les permitía aprovecharse de sus aptitudes personales y cambiar los productos de su propia creación por todo aquello de que carecían. Los artículos para la vida diaria y los que se empleaban en las ceremonias se hacían con el amoroso cuidado de artistas consumados y era raro, en verdad, el objeto que no tenía el sello de algún pequeño toque decorativo que hacía agradable la posesión de un utensilio cualquiera. Sus oficios merecen que les dediquemos un capítulo completo.



Fig. 22. Hombres pobres. Adviértase que desempeñan uno de los oficios más viles, el de *tamemes* o cargadores.

VIII
Artesanía

Consideraciones acerca de cómo los aztecas alcanzaron un alto grado de destreza en la artesanía, relativamente con poca ayuda mecánica

La artesanía permite el ejercicio del impulso creador, con satisfacción para el individuo por su dominio de la materia prima. En nuestra mecanizada época moderna, la mayor parte de la gente sufre falta de oportunidades para crear, puesto que casi todo lo que usamos nos llega hecho a máquina y ni aun el mecánico hábil tiene el sentimiento de que únicamente su inventiva y su destreza han producido un objeto útil y atractivo. El hombre ordinario de hoy flota, como el ataúd de Mahoma, sin contacto con la tierra en que vive o con el universo del que constituye una parte infinitesimal. El azteca, sin embargo, vivía en el más estrecho contacto con la naturaleza en sus manifestaciones finitas e infinitas y como su ser se amoldaba a las normas de la mentalidad de grupo, raras veces sentía esa sensación, común al espíritu occidental, de estar separado del árbol de la existencia natural por la sierra de su propia razón.

La producción familiar de artículos de uso diario dio un gran impulso a la artesanía, pues la riqueza y la prosperidad estaban en manos de los hombres, no en la propiedad abstracta de derecho al trabajo de otros. De esta manera, un hombre próspero tenía una casa bien construída, vestidos esmeradamente hechos y adornados, utensilios e instrumentos cuidadosamente acabados y campos bien atendidos y productivos, en tanto que un fracasado tenía hacienda pequeña y miserable. Sin embargo, a menos que intervinieran desastres naturales, las diferencias se debían en su mayor parte a la habilidad de los hombres y de su familia para producir, con las propias manos, los símbolos de su riqueza, o para cambiar los productos especializados por útiles de calidad equivalente hechos por otros. El buen empresario y el cambista ocupaban un lugar insignificante en las actividades de la producción y en su distribución.[1]

Los dioses también estimulaban la maestría de los artesanos. Cada casa tenía un altar y todo acto se ejecutaba por el favor de alguna deidad. Eran frecuentes las ceremonias para aplacar a estos custodios de las fuerzas naturales. Así, el uso de símbolos correspondientes al dios cuyo favor se buscaba, llegó a ejercer una influencia importante en el dibujo. Como un hombre rinde homenaje con sus actitudes sociales más estimadas y sus mejores posesiones materiales, cada familia debe tratar de superar sus esfuerzos anteriores para honrar a los dioses. Los utensilios del templo, por lo tanto, tendían a ser un exponente de la mejor artesanía local.

El trabajo en piedra, la sustancia natural disponible más duradera, es una medida común de la habilidad humana. Como los utensilios no se destruyen, se puede comparar la habilidad técnica de los pueblos en un gran período de la historia humana. Sin embargo, en los instrumentos esenciales, como puntas de flecha, hachas, piedras de moler y otros parecidos, se llega a formas satisfactorias relativamente pronto; no cambian en proporción a los progresos culturales en otras direcciones. Así, la flecha o la punta de dardo de la época azteca, no eran mejores técnicamente que las empleadas por los pueblos de la Cultura Media. Con todo, las necesidades técnicas del culto de los sacrificios exigían pesadas y anchas hojas de pedernal, que podían cortar la carne humana con un solo golpe, y este tipo

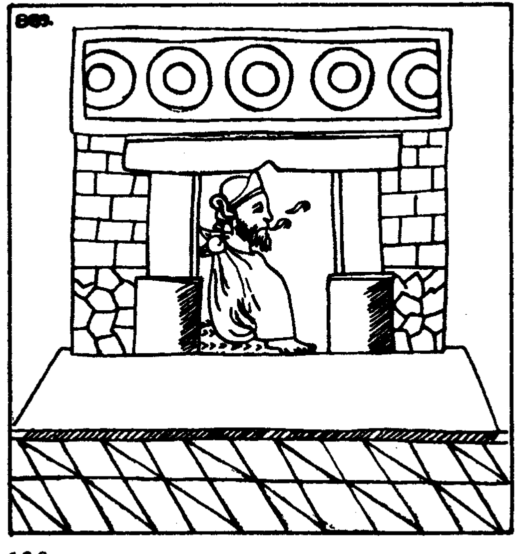


Fig. 23. Casa de un cacique, con cimientos de piedra, paredes de adobe, columnas de madera en la antecámara y pinturas al fresco.

de cuchillo, que no se encuentra en horizontes anteriores, se producía comúnmente con el esmerado cuidado que es de esperarse en los objetos ceremoniales.

Los aztecas no mejoraron el *metate* de tres soportes, o piedra de moler. En la Cultura Media y en la época de los toltecas tenía un borde, de tal manera que el *metlapil* (hijo del metate, es decir, la *mano* o piedra de moler) era biselado y se ajustaba al espacio en que se colocaba. El metate azteca era plano y la mano tenía mangos abultados que salían a ambos lados de la superficie para moler del metate. Nunca he tenido la desgracia de romperme las espaldas moliendo maíz en un metate, así es que no tengo manera de saber si esto representa un verdadero adelanto técnico o si se trata simplemente de un cambio de estilo.

Las exigencias del rito requerían cajas de piedra para quemar y guardar corazones humanos. Estas cajas se hacían de piedra volcánica y se decoraban su interior y su exterior profusamente con relieves, haciendo referencia simbólica a los dioses por quienes se hacía el sacrificio. Algunas de estas jícaras de águila (cuauhxicalli) caen dentro del campo del arte superior que en nuestra cultura designamos con el término de "bellas artes". El gran vaso circular mandado hacer por Tizoc, equivocadamente llamado Piedra de los Sacrificios, de ocho pies de diámetro y de dos y medio de espesor, alcanzó las proporciones de un monumento. Los braseros de piedra, frecuentemente con forma del Dios Viejo, eran comunes en la época de los toltecas y raros en la de la Cultura Media Superior. Era tan fuerte el dominio de los factores religioso y social que la abundancia de escultura religiosa, producida principalmente hacia fines de la época azteca, a juzgar por el estilo, no rebaja la calidad del acabado.[2] (Véase Lám. 47, abajo.)

La obsidiana debe haber tenido un alto valor económico para los pueblos del valle, y como es portátil y muy útil por sus cortantes aristas, ella se comerciaba profusamente con las tribus de las regiones no volcánicas. Al comienzo de la Cultura Media se establecieron las técnicas, y el arte de pulir esta piedra era conocido de los toltecas de Teotihuacán, quienes la emplearon para los ojos de los ídolos del templo de Quetzalcóatl. El derramamiento ritual de sangre demandaba un constante abastecimiento de hojas delgadas (producidas en lascas por presión), algunas de las cuales eran delicadamente largas y angostas. Sin embargo, en las épocas tolteca y mazapan también se

hicieron cuchillos de finura comparable. En realidad la innovación principal de los aztecas consistió en tallar vasos de obsidiana, tarea formidable en razón de su dureza.[3]

La manufactura de espejos requería una gran ingeniosidad y son tan raros que deben haberse usado únicamente en la magia ritual. A veces se pulían bloques de obsidiana para producir unos reflejos estrafalarios y misteriosos; sin embargo, las piritas de hierro, bruñidas y trabajadas, eran más comunes, y algunos objetos más raros tenían delgadas hojas de pirita colocadas en forma de mosaico y pegadas en un fondo de madera o de concha. En otra técnica usada en la costa, el artífice destacaba una superficie de piritas en su matriz de pizarra, bruñendo un lado y cincelando el otro para hacer un espejo con el anverso grabado. Cuando menos se conoce un espejo de marcasita con la superficie pulida de modo que produzca una imagen amplificada.[4]

La escultura en piedra la estudiaremos más adecuadamente en el capítulo de las artes; pero la producción en masa de piedra labrada para las construcciones, debe haber requerido paciencia y destreza de ejecución. En toda la América Media el trabajo en piedra se hacía sin instrumentos de metal. Los pasos preliminares, invariablemente, consistían en lascar y descantillar las piedras duras y golpear y picar las blandas.

Un pulimento final, utilizando algún mordente como agua y arena, completaban con frecuencia el proceso. Algunas piedras duras parecen haber sido desprendidas de su matriz aplicando un mordente y aserrando con una cuerda de cuero crudo o con un instrumento de piedra más dura. Los mesoamericanos también usaron taladros tubulares de hueso y de caña, y haciéndolos girar por medio de un arco y con la ayuda de un mordente, podían ahuecar vasos o perforar lugares que de otra manera eran inaccesibles a los torpes instrumentos de la época.[5]

Como no sea por descripciones y dibujos, la destrucción del tiempo y del hombre sólo nos ha dejado escasos ejemplos del arte de los tejedores. En cualquier forma, este arte es muy antiguo; en la actualidad no existe en el mundo ningún pueblo, por primitivo que sea, que no haga cuando menos alguna clase de cestería. Por lo general, los tejidos los hacen grupos más adelantados; pero se encuentra en el continente americano como parte del acervo material de algunos pueblos que no habían aprendido todavía a fabricar cerámica. En el

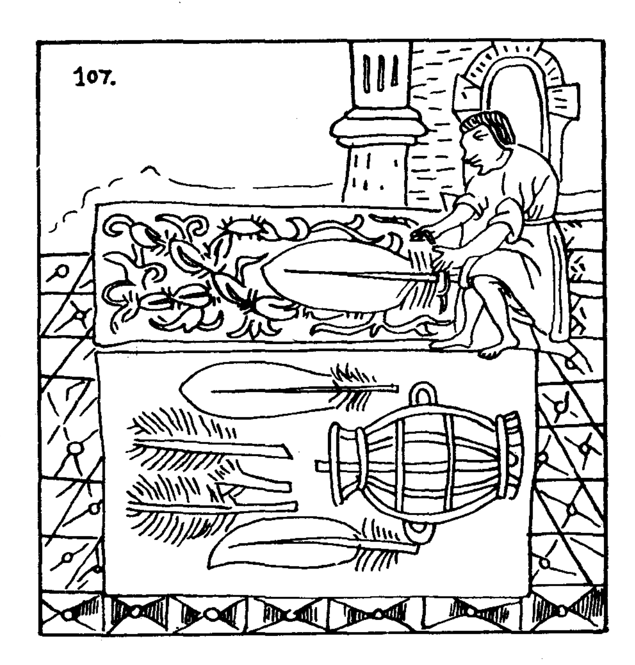


Fig. 24. Tejedor de pluma.

nivel de la Cultura Media Inferior de Zacatenco se encontró un ejemplar antiguo de tela en la que se combinan hilos de algodón con alguna fibra parecida a la yuca.

La larga práctica en el tejido debe haber producido y de hecho produjo un efecto significativo en la decoración, pues los diseños rectangulares a que se restringe el tejedor influyen en todo el arte indígena del continente americano. En éste, el dibujo y la disposición de los elementos son más importantes que la forma. En tanto que aparecen muchos dibujos geométricos en las telas aztecas, la fina encajería podía producir efectos curvilíneos en el dibujo, o aun modelos realistas tomados de la flora regional. El batik y el teñido de nudo también enriquecieron la decoración de las telas aztecas. Otros procesos producían el efecto del terciopelo y del brocado y algunas prendas de vestir aun imitaban en su textura y en su dibujo, las pieles de los animales. Juzgados desde el punto de vista visual, los dibujos de las telas aztecas no fueron inferiores, por ningún concepto, a los del famoso arte textil del Perú indígena. Sin embargo, no tenemos pruebas positivas de que el desarrollo técnico del tejido entre los aztecas haya sido igual al peruano, pues estos antiguos tejedores de la América del Sur conocieron y practicaron todos los métodos conocidos por el hombre y tenían, además, algunos exclusivamente de ellos.[6]

El mosaico de plumas es probablemente un arte antiguo, pues los hechos parecen demostrar que fue conocido de las Culturas Medias Superiores.

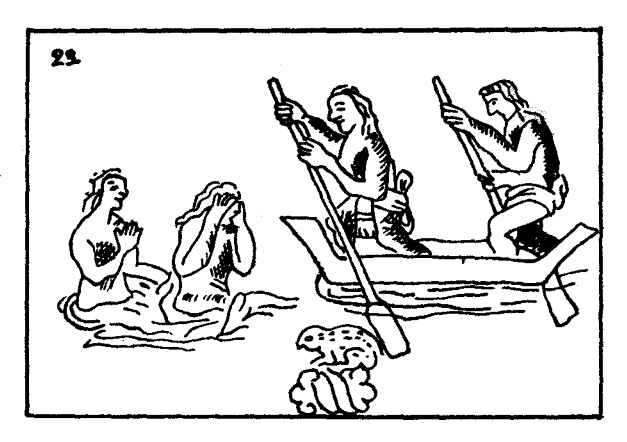
La tela de plumas y la tela de piel (que se obtenían por técnicas análogas) aparecen en los horizontes primitivos de la América del Norte. El procedimiento consistía en atar los cañones de las plumas a una trama durante el proceso del tejido. De esta manera adornaban escudos, repartiendo las plumas para representar animales o sólo para obtener simples motivos decorativos. También hacían capas y crearon suntuosas insignias que se llevaban en la cabeza o se acomodaban al cuerpo. Era tan delicada y perfecta la combinación de los colores, que podía rivalizar con la pintura. En época tan reciente como el siglo XIX, aunque este arte había decaído, los mexicanos aún representaban paisajes y escenas de la vida diaria por medio de él, y en la actualidad hacen encantadores cuadros para los turistas, con cartón, plumas y cola.[7] (Véase Lám. 37.)

El mosaico de plumas tenía un antecesor hecho en piedra y concha: en una tumba de la Cultura Media Inferior encontramos un mosaico de turquesa. Los mangos de madera de los cuchillos para el sacrificio estaban a veces decorados de esta manera, así como las máscaras, los escudos y aun pequeños adornos de oro. Existe un escudo de madera de la Mixteca en el cual se ajustan pequeñas piezas de turquesa en una escultura en relieve que representa una escena religiosa y que constituye un *tour de force* de los lapidarios.[8] (Véase Lám. 40.)

Los lapidarios utilizaban piedras de diferentes colores y conchas de varias clases. Los puros diseños eran comunes; pero cuando el mosaico cubría una figura de madera o de piedra se mostraban los detalles que representaban el vestido o la pintura del cuerpo. La aplicación de la técnica del mosaico en más grande escala era frecuente en la arquitectura, mediante el empleo de un enchapado de piedra cortada sobre la mampostería en bruto de una plataforma o de un edificio. Los templos de Mitla, Oaxaca, bajo la influencia de la misma cultura Mixteca-Puebla, a la que debía su origen la civilización azteca, son obras maestras de esta técnica, pues los bloques aislados tienen la superficie labrada para ajustar entre sí y completar un intrincado dibujo geométrico.[9] (Véase Lám. 11, abajo.)

No quedan muchos ejemplos del tallado en madera debido a la inestabilidad de la materia prima; pero algunas de las máscaras, ídolos,

Fig. 25. Hombres en canoa navegando en uno de los lagos.



tambores y *atl-atls* o lanzaderas, que han sobrevivido, son testimonio suficiente de su arte magnífico. El hecho mismo de que hayan tenido que trabajar la madera con instrumentos de piedra, hace que sus obras sean dignas de mención. Sus instrumentos de cobre carecían de filo y no servían para cortar aun las maderas más blandas; estas herramientas comenzaron a usarse relativamente tarde por los aztecas.[10]

La madera se usaba mucho en las construcciones, para vigas y jambas. Una viga del palacio de Texcoco tenía noventa pies de largo y cinco de grueso, así es que su preparación y transporte debe haber sido una ardua tarea. Las tablas probablemente se usaron poco en las construcciones aztecas, puesto que sería difícil prepararlas con instrumentos rudimentarios y porque los adobes y el estuco eran más fáciles de hacer y tan útiles como aquéllas. Sin embargo, las canoas de madera eran esenciales para la vida en una región lacustre. Algunas de éstas eran piraguas ahuecadas por medio del fuego; pero otras, a juzgar por el tipo que usan los indígenas de Xochimilco en la actualidad, eran bateas de fondo plano construídas con tablones que en la época de los aztecas probablemente se ataban fuertemente unos a otros, en vez de unirse con clavijas como en la actualidad. Los puentes portátiles que se usaban para cruzar los canales eran también meras combinaciones de tablas, o de tablas que se ponían sobre vigas.

Los muebles, que en la cultura europea han dado tanta fama a los ebanistas, fueron poco usados en México. Las esteras servían satisfactoriamente como camas y asiento. Los altos dignatarios se sentaban en una especie de trono de madera que tenía soportes y a menudo un respaldo, y que se conocía con el nombre de *icpalli*, de donde se deriva la palabra mexicana *equipale* que se da a una silla moderna de

mimbre y de cuero. Se hace mención de biombos, cofres y tapicería para el interior de las cámaras; pero no ha llegado a nosotros ningún ejemplar de ellos para poder juzgar de su ejecución.

Los tambores de madera, en los que los músicos tocaban ritmos religiosos, estaban hermosamente tallados, como convenía a su uso sagrado. Había dos tipos: un tambor vertical cilíndrico *(huéhuetl)* que tenía tapa de cuero, y un tambor cilíndrico horizontal *(teponaztli)* que tenía ranuras en la parte superior para formar dos lengüetas. Aunque las notas diferían, por lo general había el mismo intervalo entre los sonidos emitidos al golpear las lengüetas. La tarea de lograr el tono debe haber sido extraordinariamente difícil, pues la madera tenía que ahuecarse, por medio del fuego, y después se tenía que tallar con la mayor precisión. En ocasiones el artista daba forma a estos tambores representando un hombre o un animal agachado. En las ceremonias de los templos se usaban con frecuencia máscaras cuando se personificaba a un dios, y los báculos ceremoniales formaban parte de su equipo. Así eran, también, las lanzaderas o *atl-atls,* con que los guerreros arrojaban una lanza dando una fuerza propulsora acelerada al proyectil, extendiendo el brazo. Algunos de estos *atl-atls* están tallados de la manera más delicada y son los mejores ejemplos del dibujo azteca.

La metalurgia estaba en su infancia. El cobre se batía en frío; el arte de las amalgamas para hacer bronce no había llegado a México

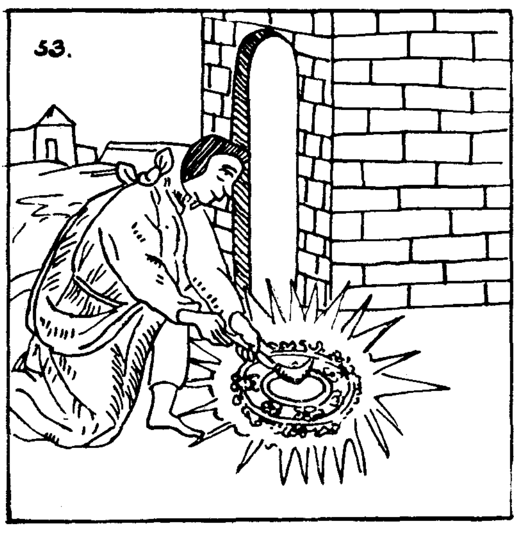


Fig. 26. Orfebre en el momento de fundir el metal.

LÁMINA 33. EL MÉXICO DE LOS AZTECAS

Arriba: Tenochtitlán en 1519, según Ignacio Marquina. A la izquierda, el gran templo; a la derecha, la empalizada de cráneos; en primer término, el estanque norte, surcado por canoas. A derecha e izquierda del gran templo, los palacios de Axayácatl y Moctezuma. Hacia la parte central, la Piedra de Sacrificios y detrás un templo circular consagrado al Dios del Viento, Quetzalcóatl. *Abajo:* vista aérea de Xochimilco, "jardines flotantes" o chinampas de México, que siguen siendo hoy como fueron fundamentalmente en la época anterior a la Conquista; todavía vive en él el pueblo de habla náhuatl que lo ocupaba ya desde antes que los aztecas entraran al valle.



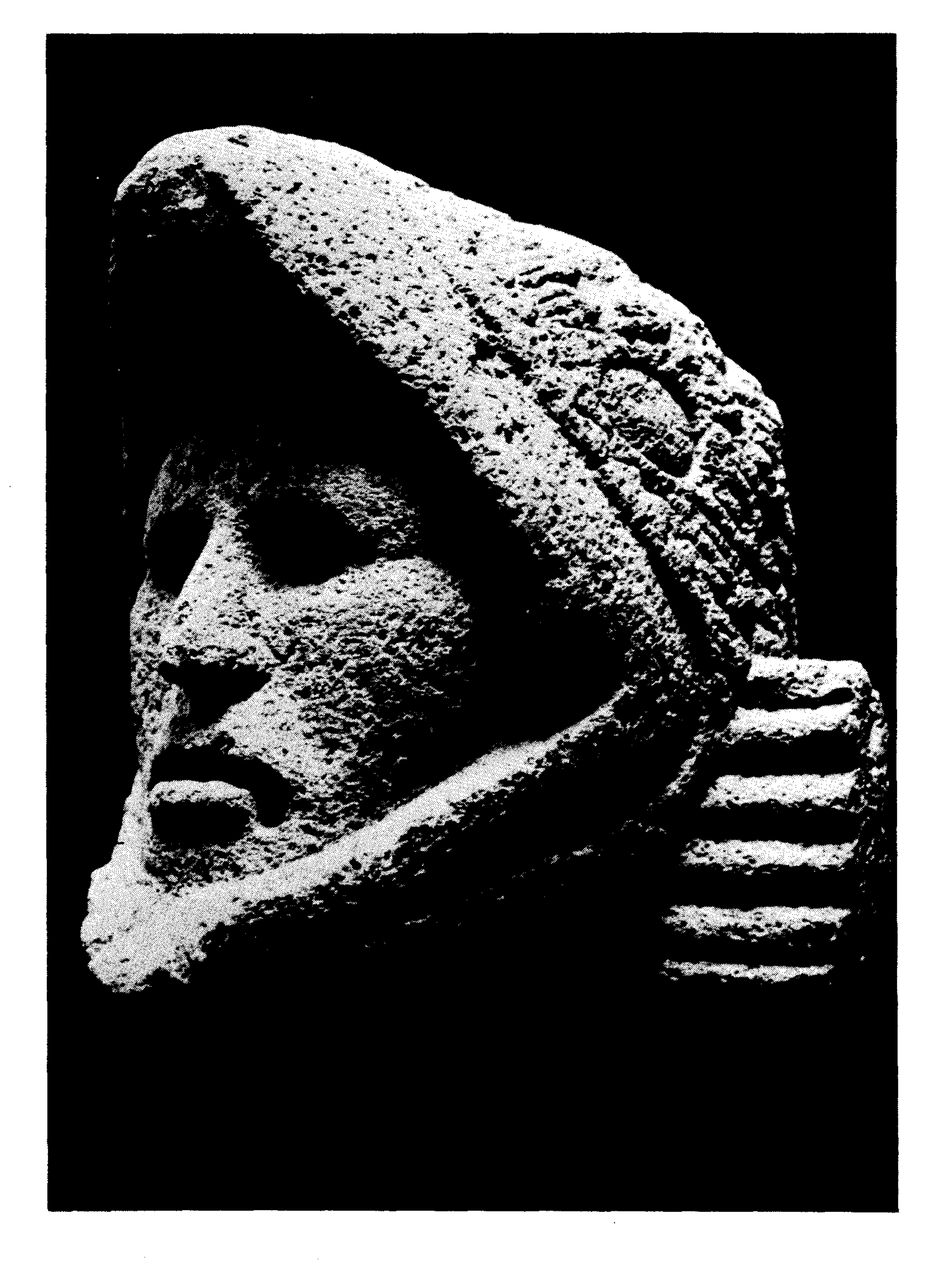


LÁMINA 34. CABEZA DE CABALLERO ÁGUILA, MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA

Esta cabeza representa al guerrero ideal: resuelto, robusto y devoto. El caballero "leal y esforzado" de la Edad Media hallaría su igual en este noble azteca

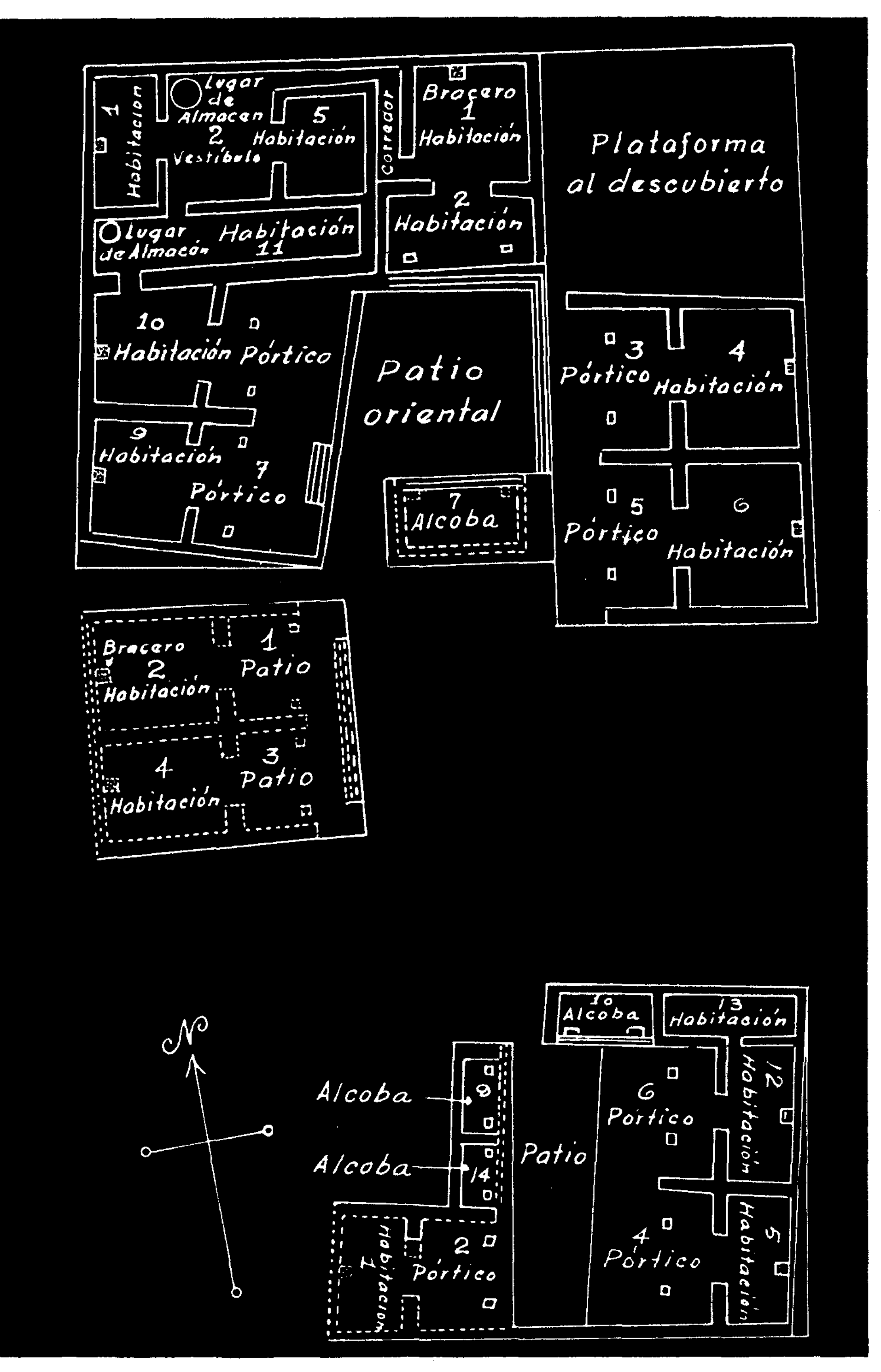


LÁMINA 35. ARQUITECTURA AZTECA

Plano del palacio de Chiconauhtla. Nótese la estrecha semejanza que guarda con el palacio de Texcoco que aparece en la figura 28.

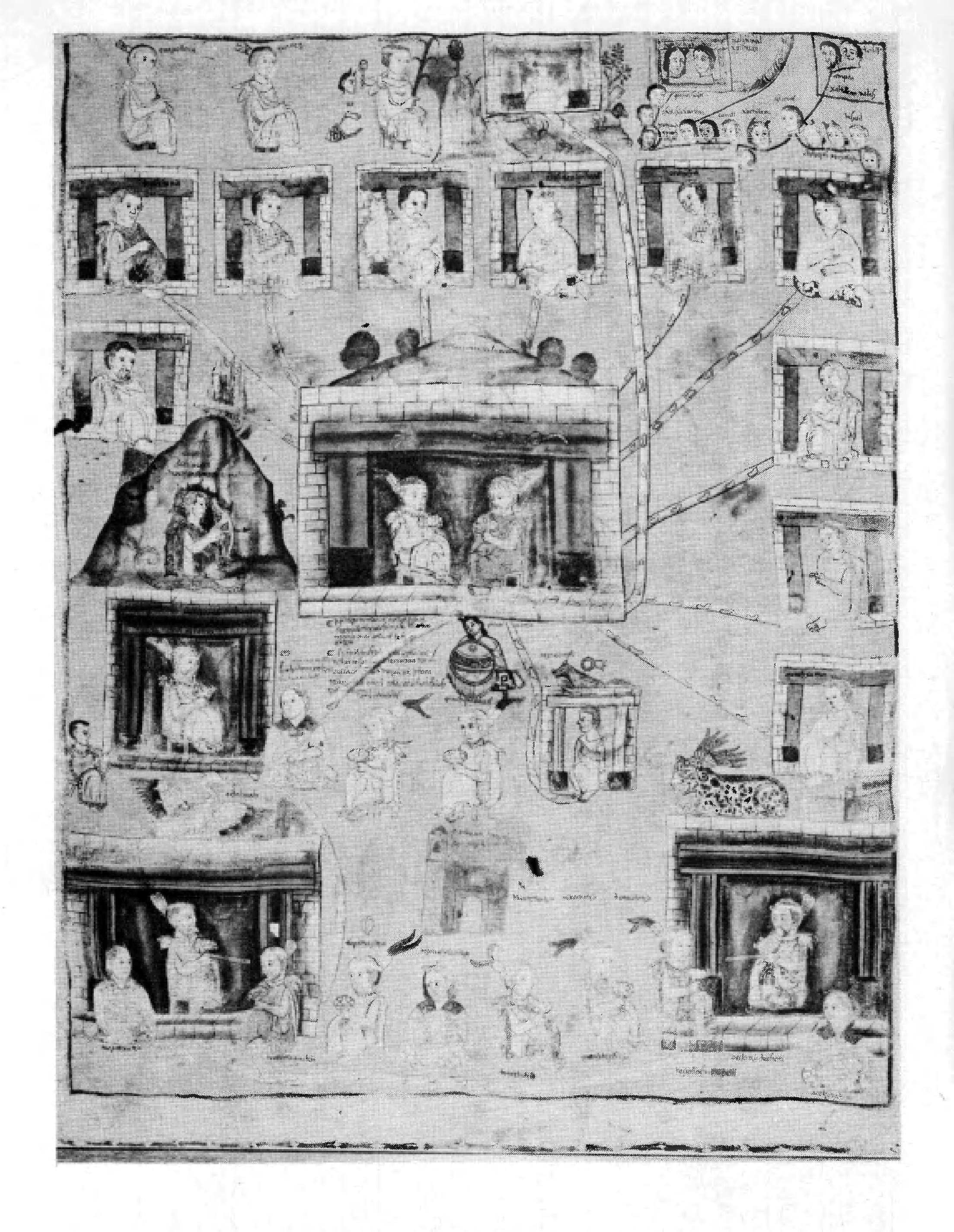


LÁMINA 36. ARQUITECTURA AZTECA

El lienzo Chalchihuitzin Vázquez muestra al jefe y fundador de su estirpe en la casa central. Las figuras de la fila superior muestran a sus descendientes; y las casas pequeñas unidas a su palacio por caminos son las de sus súbditos. Los personajes que aparecen en las dos casas más grandes en los extremos inferiores izquierdo y derecho son de sus aliados. Es una pintura sobre tela posterior a la conquista.

desde el sur; pero los orfebres mexicanos usaron el dorado del cobre y la mezcla del oro y del cobre. Éste se fundía en campanas y adornos siguiendo el procedimiento de la cera perdida, que también se usaba para el oro. La forma que se deseaba obtener se modelaba en arcilla sobre la cual se ponía polvo fino de carbón vegetal y después una capa uniforme de cera. Este revestimiento también era espolvoreado con carbón vegetal y todo ello se cubría de barro y se perforaba en la parte superior y en la base. El metal fundido se vaciaba por el agujero superior después de que se fundía la cera y que se tapaba el orificio inferior. Una vez frío el metal se rompía el molde y se sacaba el objeto ya terminado.[11] (Véanse Láms. 38 y 39.)

Aunque la mayor parte de los trabajos de orfebrería nativa fue a dar a las fundiciones españolas, sobreviven unos cuantos adornos de gran belleza. En 1932 más que se duplicó la cantidad por el descubrimiento del doctor Alfonso Caso de una tumba intacta perteneciente a un alto funcionario mixteca. El dibujo y la forma de estos collares, orejeras y anillos hace a uno pensar, por su consumada complicación y magnitud, que los relatos españoles del saqueo de Cortés se quedaron cortos en la descripción de la gran habilidad de los orfebres aztecas.[12]

Sin lugar a discusión, el arte de los metales tuvo su origen en Ecuador, o en Perú, y se trasmitieron varias técnicas por la costa del Pacífico hasta Panamá y Costa Rica, donde se establecieron importantes industrias para trabajar el oro. Aunque el área intermedia producía poco metal, se estableció otro centro en Oaxaca, en la época de los mixtecas. Los adornos oaxaqueños, aunque deficientes con respecto a algunos de los progresos técnicos del sur, sobrepasan en dibujo y acabado lo mejor de la orfebrería más antigua de Perú y Ecuador.[13]

La metalurgia parece haber llegado tarde a México, evidentemente no antes del siglo XI. Las menciones que se hacen al cobre en la época de los toltecas, se refieren con toda probabilidad al Período Dinástico, más bien que al de Teotihuacán. No sé que hayan existido el cobre o el oro en los períodos antiguos o medios de la gran civilización mesoamericana, aunque algunos cascabeles de barro de la última ocupación tolteca de Azcapotzalco hacen pensar que son copia de otros de metal. Hacia fines del período de la Civilización Independiente y más aún cuando dominó la Cultura Mixteca-Puebla, se encuentran objetos metálicos con frecuencia.

Los métodos practicados en la minería eran rudimentarios. Se recogía el oro en forma de pepitas o se lavaba el polvo de los placeres; el cobre también se extraía en forma de nódulos o pepitas; la plata, que raras veces se encuentra pura en la naturaleza, se transformaba, por esta razón, pocas veces en adornos. Los hornos de fundición se calentaban con carbón vegetal y se alimentaban con aire impelido por el hombre que soplaba el fuego a través de un tubo. Ya hemos descrito la fundición. Este trabajo en oro, una de las grandes maravillas de la conquista, se ejecutaba por los mismos métodos sencillos de todo el trabajo a mano de los aztecas, y fue otro triunfo de destreza pura, sin ayuda de medios técnicos.

La alfarería fue el oficio más notable del Nuevo Mundo y quizá ningún otro continente tenga esa múltiple y compleja riqueza de forma y de decorado. La plasticidad del barro hacía que fuera fácil de trabajar y la cocción era sencilla, de tal manera que los productos de alfarería eran una parte importante de la artesanía aborigen. En el Valle de México no tenemos huellas de pueblos anteriores a la introducción de la cerámica y en los capítulos consagrados a la historia indígena hemos visto cómo cada tribu, casi cada aldea, tenía su estilo propio, que fue cambiando gradualmente por medio de lentas mutaciones en el gusto del pueblo, en el transcurso del tiempo. En ausencia de relatos escritos, los arqueólogos han podido, afortunadamente, confiar en los estilos de la cerámica para enlazar en el tiempo y en el espacio las relaciones de estas antiguas y olvidadas tribus y establecer así una base para la historia del Nuevo Mundo.[14]

Los aztecas, como todos los otros pueblos del continente americano, no usaron el torno del alfarero, sino que hicieron sus vasijas con tiras de arcilla confiando en su ojo adiestrado y en sus dedos delicados para lograr las formas deseadas. No emplearon moldes para dar forma a sus vasijas, como se hizo ocasionalmente en épocas más recientes en Teotihuacán, ni tampoco hicieron uso, al parecer, del *kabal,* bloque donde los alfareros de Yucatán colocaban sus vasijas, que hacían girar con sus pies para dar forma al barro crudo.

Los aztecas disponían en abundancia de arcilla de fina textura, de color anaranjado después de haber sido cocida, de la cual hacían vasijas para almacenar y servir la comida. Los alfareros de Culhuacán usaron primero este género e hicieron platos de fondo plano que descansaban sobre soportes cilíndricos.[15] En su fondo trazaban dibujos curvilíneos que a veces eran tenuemente naturalistas. En el segundo

período, cuando se popularizó la manufactura de esta cerámica en todo el norte del valle, se hicieron vasijas más toscas y los soportes huecos degeneraron en conos gruesos alargados.[16] La decoración se convirtió en una combinación abstracta de motivos curvilíneos que tenían el estilo de la escritura cursiva europea. En contraste con el estilo generalmente rectilíneo del dibujo mesoamericano, el hecho de que su introducción, a comienzos del siglo XIV, haya sido contemporánea con la fecha tradicional de la difusión de la escritura pictórica de los pueblos de la mixteca, puede ser algo más que una coincidencia. (Véase Lám. 29, 3ª fila.)

Durante la tercera fase de este estilo, que prevaleció durante el siglo XV, se produjo un cambio gradual del dibujo lineal hacia formas toscas y repetidas; pero la construcción de las vasijas mismas fue mucho más fina.[17] Algunos alfareros desecharon esta manera descuidada y diseñaron complicados dibujos geométricos. Las líneas estrechamente paralelas en algunos de estos modelos se hacían a pulso, en la superficie curva interior de los cajetes o cuencos, revelando una extraordinaria habilidad de ejecución. En esta época aparecieron muchas vasijas extrañas, acaso por medio del comercio, quizá como tributo, y estimularon a los alfareros locales a crear nuevos estilos propios.

En el cuarto período, durante el reinado de Moctezuma, los alfareros abandonaron esa extremada meticulosidad en los detalles así como el dibujo lineal descuidado. El naturalismo estuvo en boga, dominando los dibujos de aves, peces y plantas, ejecutados con la descuidada perfección que caracteriza los dibujos japoneses en sepia hechos con pincel. Después de la conquista, los dibujantes, acostumbrados a trabajar de esta manera, pudieron copiar con exactitud los elementos del dibujo español tales como el águila bicéfala de Carlos V y los escudos de armas de los nobles.[18] (Véase Lám. 32, arriba.)

La cerámica policromada se hacía localmente, por lo común con un baño rojo, o pintada (wash) y adornada con un motivo geométrico en negro y blanco. La cerámica del siglo XIV se caracterizó por su hechura tosca con dibujos cuidadosos aunque crudos, sin soltura. En el siglo XV la mano de los alfareros adquirió destreza, de tal manera que pudieron hacer dibujos más estilizados sobre vasijas tan delgadas y delicadas como cualquier cerámica hecha en el resto de América. La de otras regiones era rara en un principio y venía principalmente de Puebla; pero en el siglo XV mejoró la calidad y aumen-

tó la cantidad, indicando los efectos del comercio y del tributo. La arqueología confirma los relatos históricos acerca de que Texcoco fue superior desde el punto de vista cultural a Tenochtitlán; la alfarería de Texcoco, aunque análoga en estilo a la tenochca, era de mejor factura y tenía una mayor variedad de dibujo. También hay pruebas de un comercio más intenso con las tribus extranjeras.[19] (Véanse Láms. 30-32.)

Se hicieron copas para beber pulque, raspadores (molcajetes) para moler chiles y vasijas de barro para todo uso concebible. Una de las formas consistía en un plato ovalado, con compartimentos especiales para la salsa, a semejanza de las fuentes de entremeses ("blue-plate-special") de nuestros restaurantes modernos. El asador circular o comal para cocer tortillas apareció con la cultura mazapan y siguió usándose mucho en toda la época azteca. La cara inferior de los comales era áspera, de tal manera que el calor penetraba rápida y uniformemente a la masa que se colocaba en la pulida cara superior del propio fondo.

En el tejido de las telas se empleaban utensilios de barro. La hilandera azteca colocaba el extremo de su huso en recipientes muy pequeños a menudo exquisitamente adornados. Los malacates también se hacían de barro cocido. En el siglo XIV éstos eran pesados y tenían agujeros bastante amplios para contener un huso grande. Con frecuencia su superficie, negra lustrosa o roja, estaba ingeniosamente adornada con dibujos estampados o esgrafiados que representaban diseños convencionales o figuras humanas y de animales. En el siglo XV los malacates eran mucho más pequeños, tanto que a veces es difícil distinguirlos de una cuenta. Esta reducción en el tamaño acaso indica la manufactura de hilos de algodón más delicados.

El malacate ha conducido a importantes discusiones acerca de si los aztecas conocieron o no la rueda. El malacate tenía la función de rueda volante para acelerar la rotación del huso. El explorador Charnay, al parecer, los tomó por ruedas que pueden haber sido adheridas a juguetes de animales de barro. En la actualidad no se toma en serio su ingenua explicación, porque la investigación reciente ha demostrado la existencia de muñecas de movimiento, tanto en la época de los toltecas como en la de los aztecas. Éstas tenían agujeros en el cuerpo a través de los cuales pasaban hilos que unían los brazos y las piernas, que se perforaban de manera semejante. En 1940 el doctor Stirling descubrió algunos animales de barro que descansaban sobre

rodillos, tubos de barro unidos probablemente por ejes de madera ajustados a los agujeros practicados en las piernas. Este conocimiento no parece haberse empleado de manera práctica. En la historia de las invenciones hay varios casos semejantes, como el descubrimiento chino de la pólvora, que usaban para hacer ruido en las fiestas; pero no fue sino hasta que los europeos conocieron esta sustancia cuando se usó con un fin práctico.

En la época de los aztecas la escultura en piedra era el medio general empleado para reproducir la forma humana. El culto a las figurillas, que en la época de la Cultura Media y en la de los toltecas es el principal exponente del desarrollo de las artes plásticas, llegó a ser insignificante. El empleo del molde no indujo a los maestros artesanos a retocar siquiera los originales. Sin embargo, en esta tosca reproducción de dioses y diosas, aún destella el instinto de captar la chispa de vitalidad tan característica de esa rama del arte en épocas más antiguas. Es sumamente curioso que las diosas, más amables y menos cargadas de virtudes abstractas que los dioses, encontraron un eco más sincero en estos antiguos fabricantes de ídolos, que se traducía en la producción de figurillas encantadoras.[20] (Véase Lám. 29, fila inferior.)

La cerámica no se limitó a enseres domésticos, sino que se hicieron grandes decoraciones de barro cocido para adornar los techados de los templos. Para la construcción de casas se empleaba comúnmente adobe secado al sol. Sin embargo, a veces se cocía convirtiéndolo en ladrillos para formar el muro trasero de los fogones *(tlecuiles)* o se les sustituía por la piedra labrada en las esquinas de los edificios. Un templo de Tizatlán tiene construcción de ladrillo en los pilares situados delante del altar; pero en general se prefirió como material de construcción para los templos, un mampuesto (o casquijo) revestido con piedra labrada. Delante de los grandes templos se colocaban incensarios de la altura de un hombre, combinando la utilidad ritual con el ornamento arquitectónico. Para evitar que el estuco se cayera de los muros de los templos, y como elemento decorativo, se empleaban conos de barro cocido, a manera de clavijas.[21]

El artesano mexicano tenía a mano una gran abundancia de buen barro para la cerámica, que desde las épocas antiguas proporcionaba un medio para experiencias plásticas. El trabajo en barro sirvió para dar esa seguridad y firmeza en la creación que es la cualidad sobresaliente en la posterior escultura mexicana en piedra y en

madera. De acuerdo con nuestras normas occidentales, el barro es una sustancia inferior a la madera y a la piedra para lograr la expresión plástica; sin embargo, los antiguos mexicanos, igual que los chinos, lo consideraron apropiado para las mejores creaciones de sus artes y artesanías.

La artesanía de México, de cualquier tribu y época, fue magnífica en el sentido de que respondía a las necesidades y a los ideales tanto de la época como del pueblo. Hay pocas pruebas de una gran diferencia entre las artes de calidad superior e inferior, como en nuestra civilización occidental, en la que hay menor necesidad u oportunidad para hacer trabajos a mano de alta calidad. En las sociedades no individualistas la destreza general de los hombres de la tribu, hasta donde se puede juzgar por su obra, sigue un curso más uniforme que en los grupos complejos y especializados. Convertir esta habilidad artesana en arte requirió una simple desviación de la exigencia social. Las artes, tal como se describen en los capítulos siguientes, sólo fueron una derivación del oficio artesano.

La valorización de la civilización azteca no puede hacerse únicamente por sus logros técnicos. Las artes y los oficios trascienden los productos de los pueblos del antiguo continente que estaban al mismo nivel técnico de la mecánica. El espíritu del pueblo azteca, como se demuestra con su arte religioso, se elevó a las grandes alturas alcanzadas por los creadores de todas esas civilizaciones antiguas, como Egipto y Mesopotamia, cuyos monumentos reflejan, en sus constructores, la gloria de la devoción religiosa.

IX

Las bellas artes

Estudio de aquellos aspectos de la artesanía azteca que consideramos como Bellas Artes

Los aztecas no tenían en su vocabulario un equivalente a la expresión "bellas artes", ni especularon acerca de cuestiones estéticas; tampoco hicieron objetos para ser contemplados únicamente por su belleza. No tenían hacia el arte ninguna de las actitudes estériles desde un punto de vista social que nosotros adoptamos en nuestra cultura. En cambio, reconocieron el valor de la superior habilidad en los oficios y usaron los productos de éstos para honrar a los dioses, que eran los intermediarios entre el hombre y el infinito poder del universo. El arte azteca no difiere, en este aspecto, de las grandes tradiciones ancestrales de nuestra estética moderna. La religión ha inspirado siempre lo mejor del hombre en el pensamiento y en la acción, mientras las sociedades humanas creyeron que, para sobrevivir, la religión era esencial.[1]

El arte azteca fue pujante en arquitectura y en escultura, débil en la pintura y en el dibujo. La danza alcanzó un mayor adelanto que la música, y la literatura, como se carecía de un método efectivo de escritura, quedó limitada a la efímera producción de la oratoria. Los años y los elementos nos han dejado únicamente los ejemplares que pudieron sobrevivir a los ataques del tiempo y no tenemos manera de descubrir la actitud azteca hacia las creaciones en los campos de actividad que nosotros los modernos exaltamos como arte, como no sea por analogía con grupos del presente.

La manifestación más impresionante de la arquitectura se encuentra en las construcciones religiosas. Las casas pueden haber tenido una belleza accidental por sus proporciones, pero el objetivo principal era dar albergue adecuado. Los edificios públicos de carácter civil, como la casa del clan o la morada del jefe, fueron réplicas en gran escala de la arquitectura doméstica. El agregado de muchos de-



Fig. 27. Picadura de hormiga.

partamentos para los ayudantes y para las concubinas, un estanque para natación y una casa de fieras, que era lo que constituía el palacio de Moctezuma, no alteraron en su estructura o en su plan básico, el sistema de cuartos rectangulares dispuestos alrededor de un patio.

La arquitectura religiosa alcanzó, por el contrario, verdadera majestuosidad. Los dioses importantes vivían en el cielo, así es que sus santuarios e imágenes fueron consecuentemente elevados sobre el nivel de los asuntos mundanos. El clima contribuía indirectamente a la conversión de las exigencias religiosas en una forma artística impresionante. No era necesario alojar a la congregación o protegerla de la intemperie. Solamente el altar o el oratorio necesitaban elevarse, los adoradores permanecían abajo, en la plaza. De aquí que el templo fuera el remate de la estructura y la culminación de una serie armoniosa de planos ascendentes concebidos para aumentar la ilusión de altura, valiéndose para ello del énfasis en los efectos de la perspectiva.[2]

Tales cánones estéticos probablemente no fueron asentados como leyes, pero se llegó a ellos después de siglos de experimentación que produjeron una práctica uniforme. El templo más antiguo encontrado en el valle fue el de Cuicuilco, perteneciente a la Cultura Media Superior, donde el altar quedaba expuesto sobre un montículo en forma de una gran mole ovalada.[3] No hay rastro de los muros del templo, y el uso del fuego presupone un cobertizo. Sin embargo, en Teotihuacán, en el período tolteca clásico, el templo había sustituído al altar abierto y con toda probabilidad albergaba la figura de un dios, en madera o en piedra. En todo México no hay un tratamiento

más armonioso de masas y planos gigantescos, que la subestructura del Templo del Sol.[4] (Véanse Láms. 18, arriba, y 22, arriba.)

Aún existen los pisos del templo, aunque el techo y los muros se destruyeron hace mucho tiempo; pero todavía queda la impresión de altura y de espacio infinitos. Los planos entre sus terrazas están calculados tan ingeniosamente que el observador, colocado al pie de la gran escalinata, no puede ver a la gente que está en la parte superior. Solamente se da cuenta del macizo ascendente que desaparece en el espacio. Cuando una procesión religiosa ascendía la escalinata con toda su pompa y color, el efecto debe haber sido estupendo. La complicada jerarquía de una gran civilización se elevaba para encontrar, en un punto invisible para los espectadores, el espacio infinito de los cielos, concentrado en lo alto en la imagen de la divinidad.

El plano de la ciudad sagrada de Teotihuacán fue concebido para dar la ilusión de volumen y de altura. Los edificios se trazaron en grupos a lo largo de un eje que va de norte a sur, interrumpido a los lados por varias plazoletas orientadas al este y al oeste. De cualquier ángulo que se llegara a Teotihuacán el ojo encontraba un punto de interés, guiado por la disposición de los planos y de los volúmenes; así se evitaba el efecto decreciente de la distancia. En cada plazoleta los muros circundantes aislaban al observador del resto de la ciudad y acentuaban el volumen y la altura del templo principal de la sección. Ni aun las pirámides de Egipto presentan un plano tan cuidadosamente calculado para dominar al individuo con el peso exclusivo del poder sobrenatural. El visitante moderno de Teotihuacán, ahora en ruinas, no puede escapar a la antigua asociación de ideas según la cual mientras mayor fuera el templo más poderoso debía ser el dios. (Véase Lám. 22, abajo.)

Teotihuacán probablemente fue el resultado de la cooperación de varias comunidades diseminadas sobre una gran parte del valle. Su proporción y magnitud no pudo haber sido lograda por una sola comunidad del lugar. En la época de los chichimecas, cuando no había autoridad central, cada comunidad construía su templo o templos lo mejor que podía, y pocos sobrevivieron. Tenayuca tiene aún un templo de ese período, cuyos muros en talud ascienden casi verticalmente. Al parecer en la cúspide había santuarios dedicados a dos dioses. En esta misma época los cholultecas, del otro lado de las montañas de Puebla, colocaban adobes sobre adobes para hacer una montaña artificial. Esta estructura es tan enorme que los departamentos de

los sacerdotes, así como el templo, quedaban situados en la cúspide de una de las plataformas. Una gran iglesia colonial construída sobre la pirámide destruyó los vestigios del antiguo templo propiamente dicho, que la tradición dedicaba a Quetzalcóatl. Parecería lógico suponer que las casas de los sacerdotes estuvieran a un nivel más bajo que los santuarios, pues los dogmas de la arquitectura religiosa azteca requerían una posición dominante para la morada terrestre del dios.[5] (Véase Lám. 26.)

Sin embargo, en el Valle de México prosperaron las comunidades y se multiplicaron sus pueblos. A medida que aumentaban los recursos y el poder del hombre, los templos se agrandaban y se hacían más numerosos. Con todo, la destrucción por los españoles y por los indígenas conversos fue tan completa, que transformó muchos templos desde su plataforma en una gran iglesia parroquial, y el visitante de hoy encuentra poco que le sugiera la arquitectura del pasado. La arqueología ha confirmado plenamente, reuniendo datos dispersos, las asombradas descripciones de los conquistadores.

Las dos últimas reconstrucciones de Tenayuca atestiguan las excelentes proporciones y los dramáticos fundamentos de la arquitectura azteca. Las excavaciones practicadas en la colina situada arriba de la estación del ferrocarril de Cuernavaca descubrieron un templo intacto en su totalidad, excepto en su techo. El templo del Tepozteco, encaramado en lo alto de la colina de Tepoztlán, es otro ejemplo casi perfecto de arquitectura azteca en pequeña escala. En las exacavaciones practicadas en un solar situado al otro lado de la plaza en que está la catedral de la ciudad de México, se descubrió la esquina formada por la escalinata y el muro occidental del gran templo de Huitzilopochtli, Dios de la Guerra de los aztecas, y las imponentes dimensiones y la complicada decoración demuestran que las asombradas descripciones de los españoles no llegaron a hacer justicia a este formidable monumento. Una excavación reciente hecha en un risco que se proyecta sobre Malinalco, cerca de Tenancingo, Estado de México, puso al descubierto un complejo de templo, en gran parte excavado en la roca viva, que deja a las famosas tumbas egipcias de Abu-Simbel, excavadas en la roca, a la altura de una simple decoración de teatro de provincia.[6] (Véanse Láms. 28, abajo; 33, arriba y 42-43.)

El templo azteca tenía una plataforma cuyos lados en talud generalmente se interrumpían con tres terrazas. Una ancha y empinada escalinata, flanqueada por alfardas, que a veces tenía un tercer tramo

dividido en dos, daba acceso a la parte alta. Bloques de piedra labrada que se proyectaban en hilera a los lados de la plataforma, representan cabezas de serpientes, cráneos o algunas otras formas simbólicas del culto. Al pie de las alfardas se sumaban a la composición arquitectó-

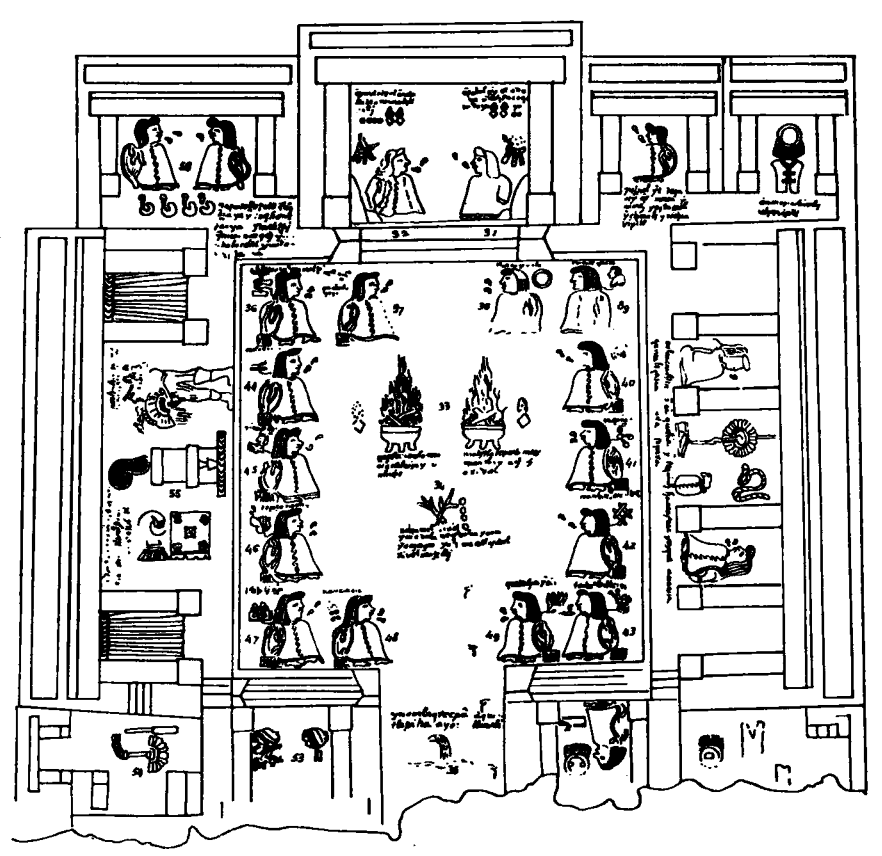


Fig. 28. Un palacio azteca en Texcoco, según el Mapa Quinatzin, dibujado en elevación sin perspectiva. Netzahualcóyotl y Netzahualpilli, padre e hijo, el uno frente al otro, en el salón del trono. En el patio se sientan los jefes vasallos, incluso el cacique de Chiconauhtla (Nº 46). El lado derecho del patio queda cerrado por las bodegas destinadas a almacenar los tributos; el templo se encuentra al lado izquierdo, señalado por el escriba como el salón de la ciencia y de la música. Los cuartos superiores están dedicados a los jueces (izquierda) y el arsenal (derecha). Las cámaras inferiores alojan al consejo de guerra y a los embajadores visitantes.

nica e infundían pavor en el espectador, enormes cabezas de serpiente con las fauces abiertas. La escalinata se elevaba alta y empinada, concentrando la atención en la piedra de los sacrificios de la

cúspide, sobre la cual se extendían las víctimas, en espera de los penetrantes cuchillos de los sacerdotes.

Atrás de esta piedra estaba el templo o templos, que generalmente tenían una cámara posterior para el ídolo y una anterior para los sacerdotes. Los muros eran generalmente de piedra labrada y a veces tenían ornamentos esculpidos o en relieve. El techo, que en los templos pobres o primitivos era de paja, en los importantes se hacía con vigas dispuestas como rejilla de granero que hacia la parte superior iba disminuyendo de tamaño. Para impedir la entrada de la lluvia se cerraba el techo con estuco puesto sobre varas o estacas, y tallado con dibujos simbólicos del dios que se adoraba en el templo. Los interiores eran fétidos, cubiertos de sangre y humo, pues se quemaba incienso profusamente, así como los corazones de las víctimas sacrificadas. Las proporciones de las terrazas entre sí, del templo con la plataforma y de la escalinata con la fachada, se mantenían sin consideración al tamaño, produciendo un efecto de altura y de volumen que, sin embargo, no hacían desmerecer a la plataforma ni al templo. Este sentido de la proporción se extiende a todos los aspectos del arte y de las manufacturas aztecas.

Algunos templos eran cilíndricos y se asentaban en plataformas cuadrangulares o circulares.[7] Éstos se dedicaban a Quetzalcóatl, a

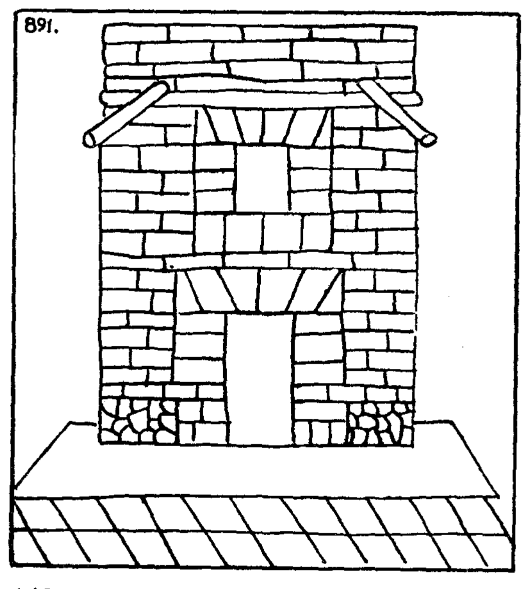


Fig. 29. Una casa de dos pisos que probablemente corresponde ya al período posterior a la conquista.

menudo representado como Ehécatl, Dios del Viento, a cuyo paso no ofrecía dificultad una superficie redonda. En ocasiones la puerta de estos templos se hacía en forma de cabeza de serpiente, en tanto que el edificio circular sugería el cuerpo. Un magnífico templo de este tipo forma parte del grupo de Malinalco, antes mencionado, excavado en la roca viva. La puerta está esculpida a ambos lados en bajo relieve de tal manera que sugiere el perfil de una cabeza de serpiente, en tanto que el conjunto puede también dar la impresión de una cabeza de serpiente de frente, cuyas fauces abiertas constituyen la puerta. En el interior hay un banco que circunda los muros y cubriéndolo hay relieves esculpidos de pieles de águila y de ocelote, emblemas del sol que se levanta y del que se pone. Un altar colocado en el centro de la cámara representa otra águila. Este concepto complicado está esculpido en la roca del risco y es una maravillosa obra en que se combinan de manera adecuada el dibujo arquitectónico y la pericia escultórica.[8]

Los escultores aztecas trabajaban también en relieve y en redondo, en gran tamaño y en miniatura y eran igualmente hábiles en las concepciones simbólicas y en las realistas, que podían ejecutar en cualquier materia disponible. La prominencia de los motivos religiosos, que frecuentemente distraen de las líneas puras de su proporción básica por el amontonamiento de los detalles o la grotesca fantasía, estorban nuestra apreciación moderna de su trabajo. El arte azteca, hemos insistido, nunca fue completamente profano. Sin embargo, los aztecas, en compensación de esto, se permitían insertar una vívida apreciación de los elementos naturales en las concepciones puramente religiosas, siempre que era posible.

Desde la época de las Culturas Medias los mexicanos empleaban profusamente el barro cocido en la escultura y hacían con él sus objetos artísticos. Los pocos ejemplares que quedan de escultura en madera dan la idea de que este material era tallado según la técnica del trabajo en piedra y no servía, como en Egipto y en Grecia, como material de experimentación de modelos que después se copiaban en piedra. Los métodos plásticos empleados en México tienen su origen, si acaso, en una larga y continua manipulación del barro. Ambos materiales traen como inevitable consecuencia el énfasis en la superficie y el contorno, y el proceso técnico de rebajar la piedra picándola y puliéndola no es, en último análisis, muy diferente, aunque más laborioso, del pulido final y del acabado de una obra en barro;

así los escultores logran una delicada apreciación de los contornos y de las líneas de la forma humana.

En parte debido a las tradiciones antiguas y en parte porque las imágenes de los dioses se exponían en los templos, los artistas aztecas presentaban sus figuras en actitud pasiva, con más frecuencia sentadas que de pie. La austeridad de su vida llevó a los aztecas a atribuir a sus dioses una actitud semejante, y como resultado de ello el suave emocionalismo tan característico del arte europeo está casi totalmente ausente. Así, la escultura azteca es aún más tenebrosa y lúgubre que las otras artes mesoamericanas, que a primera vista producen un efecto deprimente en el observador acostumbrado a la estética del Viejo Mundo.[9] (Véanse Láms. 34, 41, 44-48.)

El mismo sentido de la proporción, tan evidente en la arquitectura azteca, produjo en su escultura una calidad monumental. La pieza más pequeña tiene la misma dignidad de las tallas más voluminosas que se hallan en los templos. Es difícil percibir en una fotografía la escala original de los objetos, y en un caso hemos visto la cabeza de una diosa cincelada de la misma manera en un pequeño pedazo de jade, que en un bloque de basalto de metro y medio, sin pérdida del valor plástico o monumental de ambos.[10]

En la escultura en relieve el modelo del objeto y la disposición y subordinación de los detalles, pone de manifiesto el dominio del dibujo heredado por ojos educados por siglos en el arte del tejido. El enorme bloque de más de cuatro metros de la Piedra del Calendario está cincelado con tan delicada apreciación del valor relativo del espacio, como en dibujos semejantes pintados en vasijas o grabados en jade. (Véase Lám. 44.)

La más bella escultura azteca para los ojos occidentales representa los jóvenes dioses y diosas que regían las cosechas. Así es como el cuerpo azteca, largo de tronco, corto de muslos y suavemente redondeado en su robustez bien musculada, se representa sencilla y exactamente con gracia inerte. Los rasgos de conformidad y renunciación eran temas adecuados para el escultor y para el material en que trabajaba. Algunos dioses podían asumir la apariencia de animales, y los escultores se aprovechaban de su atenta observación de la naturaleza para esculpir un coyote con sus orejas caídas o para dar dignidad a un chapulín de basalto rojo con la defensiva malevolencia de un insecto de proporciones gigantescas. La serpiente, emblema de Quetzalcóatl, símbolo del tiempo y del año, personificación del

misterio y del poder, se esculpía frecuentemente. Las curvas sinuosas que terminan en la salvaje simetría de la cabeza, eran un desafío que el escultor aceptaba con un éxito que evoca el misterioso horror del universo azteca. (Véase Lám. 45.)

Los grotescos dioses resultan abstractos y horribles para nuestro ojo moderno. A Coatlicue, "Señora de la Falda de Serpientes" y madre de Huitzilopochtli, se la concebía como poderosa y terrible, así es que la tarea del escultor era trasladar estas cualidades a la piedra. La gran estatua que está en México, cuya cabeza es una serpiente doble, su collar una ristra de manos y corazones, sus manos y pies ferozmente armados de garras y cuya falda está formada por serpientes retorcidas, integra un concentrado dinámico de todos los horrores del universo. Una escultura de menores proporciones, sencilla y menos detallada, produce este mismo efecto, implicando la exaltación y veneración a la esencia misma del temor. Un altar de lava roja descubierto en la calle trasera de la Catedral, está adornado lúgubremente con hileras de cráneos; pero el dibujo es tan armonioso que la muerte se transforma en una abstracción, parte de un lejano universo de temor y no el desastre individual inminente que nos acosa a los modernos.

La Piedra del Calendario da forma a un resumen finito del infinito universo azteca. En el centro está la cara del Dios Sol, Tonatiuh, y a los lados hay cuatro cuadretes, cada uno de los cuales da las fechas de cuatro edades anteriores del mundo y juntos representan la de nuestra era presente. Los veinte nombres de los días circundan este elemento central, y ellos, a su vez, están circundados por una banda de glifos del jade y la turquesa, lo que da idea de su preciosidad y al mismo tiempo simbolizan el cielo y su color. Esta tira está engalanada por los signos de las estrellas a través de los cuales penetran dibujos representativos de los rayos del sol. Dos inmensas Serpientes de Fuego, que simbolizan el Año y el Tiempo, circundan el perímetro para encontrarse, cara a cara, en la base. Penetrando profundamente a través de estas formas hasta lo que representan, encontramos una concepción grandiosa de la majestad del universo.[11] (Véase Lám. 44, arriba.)

En los últimos años se halló debajo del Palacio Nacional de México, un monolito de más de un metro de alto que representaba una plataforma y una escalera rematada en la parte superior por un disco solar semejante. A los lados hay relieves que representan a Huitzilo-

pochtli, Dios de la Guerra, y a Tezcatlipoca, Dios del Espejo Humeante, que simbolizan la guerra sagrada entre la noche y el día. Probablemente la Piedra del Calendario estaba colocada de manera muy semejante a ésta y atormenta pensar en los relieves perdidos que explicaban y adornaban al gran disco, cuando estaba colocado en su posición original.[12] (Véase Lám. 44, abajo.)

Los documentos históricos asientan que la Piedra del Calendario fue hecha en 1479 y el gran vaso de águila de Tizoc durante su reinado, de 1481 a 1486. La canal que va desde el fondo hasta los bordes del vaso se ha explicado como un vertedero para que corriera la sangre. Sin embargo, el dibujo no tiene relación con este canal y el empleo del vaso es quemar corazones, no recibir sangre. La estría, por lo tanto, probablemente fue hecha por los españoles, quienes pensaron bien en usar el vaso como una piedra de molino holandés o trataron inútilmente de romperla, como un escarmiento de la idolatría.[13]

Las fechas de estos dos monumentos indican que en esta época floreció la civilización azteca. Es un tributo a los artistas aztecas, quienes, encadenados en un principio a las tareas más humildes de la artesanía, podían aceptar el tremendo estímulo económico, social y religioso de su súbita elevación al poder, como una liberación para convertir un oficio manual en un gran arte religioso.

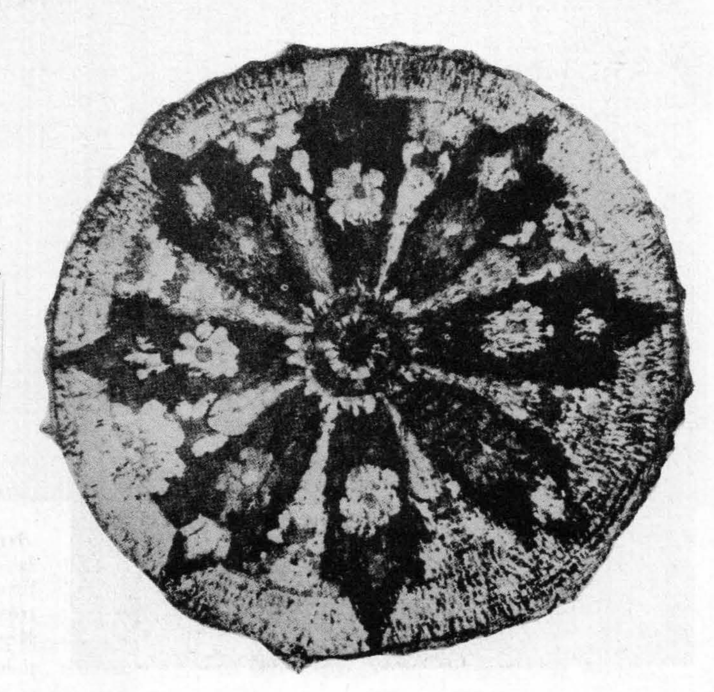
Los aztecas no crearon sus formas artísticas ni su religión, que parecen haberse colado del territorio Mixteca-Puebla. Ahí los manuscritos religiosos y los conceptos rituales grabados en piedra o pintados en vasos, eran más complejos y mejor dibujados que sus equivalentes aztecas. Desgraciadamente la investigación arqueológica no ha logrado todavía dar más que una muestra de esta zona de la civilización mexicana tan rica en posibilidades. Sin embargo, cuando los pueblos del Valle tuvieron la oportunidad, aceptaron ansiosamente estas formas y crearon su propia versión del arte paterno original.[14]

Los mismos elementos representados en monumentos de piedra aparecen en objetos más pequeños. Los tambores de madera y los *atl-atl* tenían relieves tallados comparables en todo, excepto en escala, a las decoraciones del templo. Las mismas divinidades se grababan en hueso, sobre un fondo de mosaico de turquesa. Los orfebres reproducían en miniatura las imágenes de los dioses y de las diosas y los símbolos de su culto, realizando en los adornos del vestido los elementos del rito en que eran empleados. Los lapidarios lograban trabajar el jade, la obsidiana, el cristal de roca, el ópalo, la piedra de

LÁMINA 37

ARTE PLUMARIO AZTECA

Arriba: penacho de Moctezuma, ahora en el Museo de Viena. Cortés lo envió al Emperador Carlos V, quien lo regaló a su sobrino. *Abajo:* escudo de pluma, hoy en el Museo Arqueológico de Madrid.



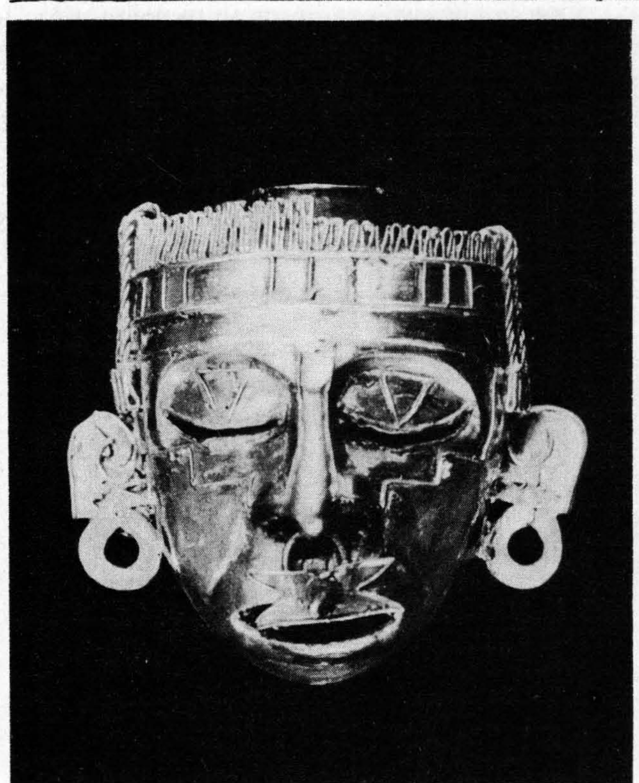


LÁMINA 38

OBJETOS AZTECAS DE ORO

Arriba: ejemplares típicos de la orfebrería mixteca. *Abajo:* broche de gran calidad escultórica que representa al dios Xipe. Proviene de la tumba 7 de Monte Albán.

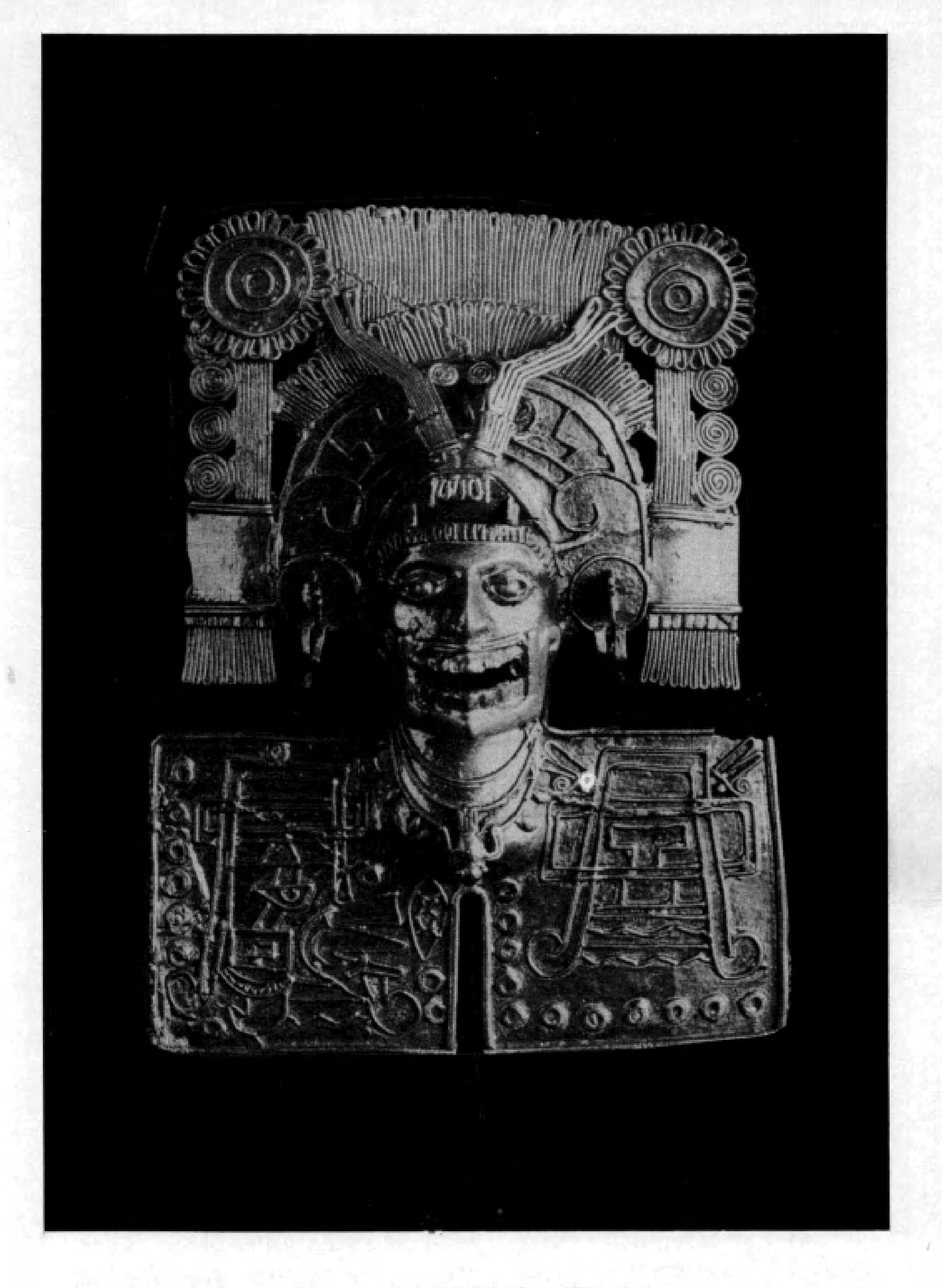


LÁMINA 39. ORFEBRERÍA AZTECA

Los españoles fundieron casi todos los objetos aztecas de oro. La mayoría de los que quedaron proceden de Oaxaca, y su número se duplicó con el descubrimiento de la tumba 7 de Monte Albán, realizado por Alfonso Caso. De ahí procede este pectoral.

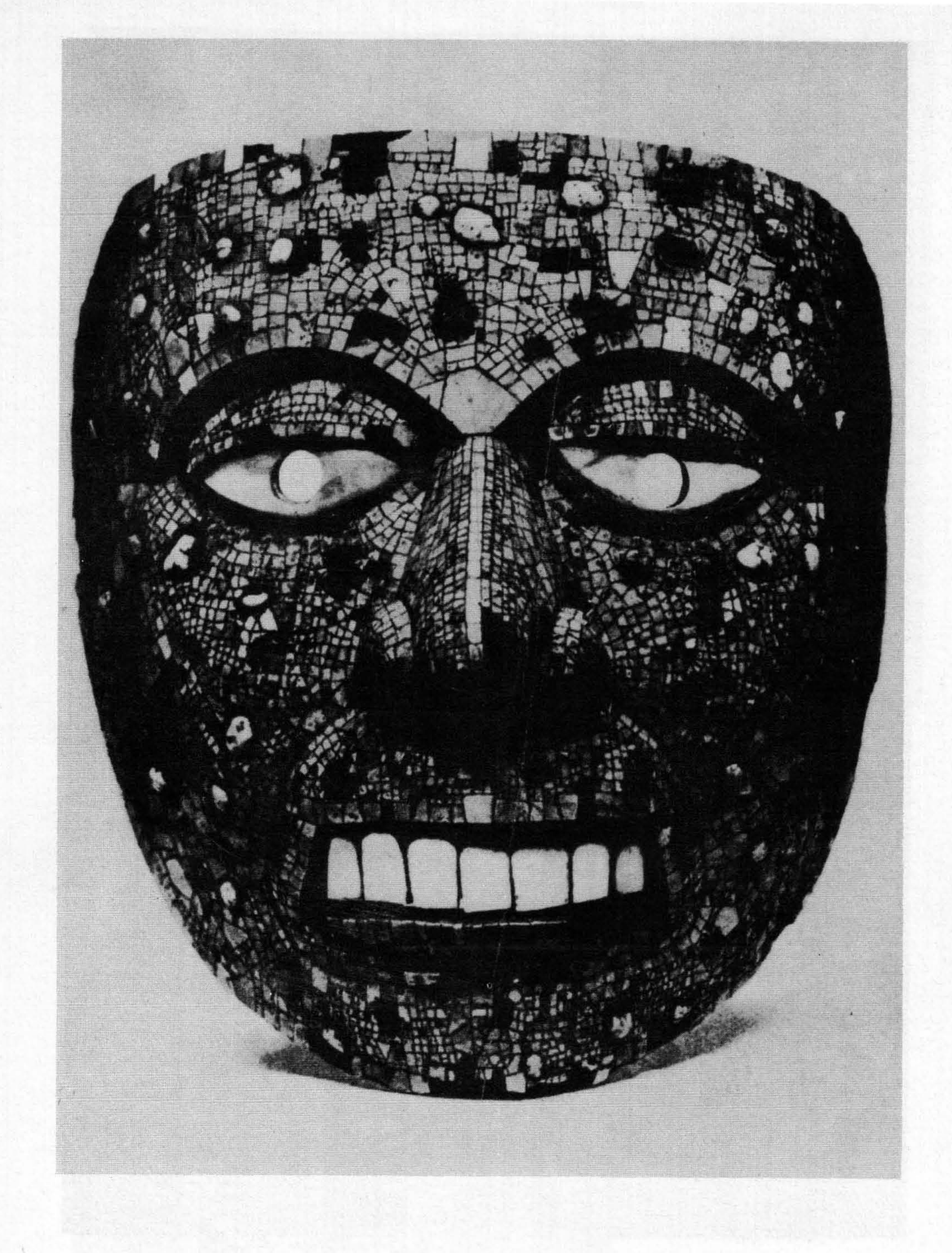


LÁMINA 40. EL ARTE AZTECA DEL MOSAICO

Los trabajos en mosaico eran de la mejor artesanía y sólo una reproducción en color podría darnos justa idea de su calidad. La máscara que aquí aparece procede de Teotihuacán.

Fig. 30. Músicos que tocan un escabel y un tambor de piel humana llamado *huéhuetl.*



la luna y la amatista, en menudas esculturas que tenían la misma fuerza emotiva que el arte de gran escala. Es enorme el volumen de piezas de primera calidad; parecería que los productos de la artesanía de la tribu se habían elevado en masa a la categoría del arte. De hecho, un grupo de aldeas primitivas se transformaron, de la noche a la mañana, en grandes centros creadores.[15] (Véanse Láms. 37-40; 47, centro.)

La pintura y el dibujo no reflejaron este cambio. Es cierto que hemos encontrado algunos ejemplares, pero provienen de fuentes que producían magnífica escultura. Los frescos que se conservan en Tizatlán y en Malinalco no son superiores, por ningún concepto, a los dibujos de los códices o de los manuscritos. El empleo del color es profuso; pero el dibujo es desigual y convencional, limitándose a diseñar correctamente los elementos rituales, más bien que a dar importancia a los valores de composición, perspectiva y color para plasmar una experiencia emotiva. Al parecer, los mejores artífices se dedicaban a la escultura, en tanto que el dibujo y la pintura, subordinada a la expresión externa del rito, cayeron en manos menos diestras. Con todo, el dibujo era un requisito necesario en una obra de dos dimensiones y, considerada sobre esta base, la disposición simétrica de las figuras hace menos serias las imperfecciones anatómicas y la rigidez de la representación.[16]

Los anales pictográficos muestran a menudo cierto encanto en las pequeñas escenas históricas que relatan. El humorismo no puede ser completamente fortuito; hay algo intrínsecamente atractivo en dibujar hombrecillos, pues ello obliga al artista a humanizar sus figuras hasta lograr desprenderlas agradablemente de su dignidad. Ni los

expertos dibujantes que decoraron las tumbas egipcias de la Cuarta Dinastía pudieron resistirse a una travesura ocasional. El dibujo azteca fue más resistente que la escultura y sobrevivió hasta fines del siglo XVI. Los indígenas copiaron crónicas antiguas y algunos anales se continuaron en el mismo estilo hasta 1560. Los frailes empleaban artistas indígenas para ilustrar acontecimientos nativos, y hay varios manuscritos en los que están intrincada y deliciosamente mezclados los métodos indios y europeos de dibujo. La historia gráfica ha tenido siempre un fuerte atractivo, a lo que ha contribuído grandemente el énfasis de lo esencial y la supresión de lo desatinado, implícita en el dibujo. En nuestra época presente, con todos los magníficos métodos de registro fotográfico y de reproducción, la historieta gráfica tiene una aceptación sin paralelo.[17]

La música aborigen ha desaparecido en su mayor parte. Los frailes adaptaron prontamente los cantos y las danzas de Europa a las necesidades nativas y sustituyeron las prácticas rituales indígenas por las cristianas, empleando el canto y la danza como fórmulas fácilmente inteligibles para los aborígenes. A juzgar por los instrumentos, la música azteca era de ritmo fuerte, pero carente de tono. Los tambores de dos y de un tono podían emitir ritmos sonoros; pero las flautas de hueso y de barro suenan de modo lastimero y no están sujetas a una escala fija. El caracol marino podía tocarse en diversas notas, de acuerdo con la intensidad del soplido, aunque era más apropiado para convocar a la gente que para hacer música. Los silbatos, las sonajas de barro, el raspador, las campanas y la frotación de conchas acrecentaban el efecto de ritmos cuidadosamente regulados. Con una varilla se raspaban huesos estriados, frecuentemente humanos, y producían sonidos muy agradables. Un extraño tipo de tambor, que parece haber sido nativo, tenía una resonancia maravillosa que se obtenía golpeando una calabaza invertida que flotaba en un gran recipiente lleno de agua.[18]

La danza tuvo una gran importancia; pero los pasos nativos apenas persisten, excepto en los distritos primitivos más distantes, pues fueron transformados por los frailes dentro de los moldes cristianos. Los cronistas describen danzas de muchos tipos en las que participaban grandes conjuntos. Es imposible que los aztecas, con su profundo sentido del dibujo y de la forma, no hayan tenido ritos complicados en los que grandes grupos de gente se moviera en evoluciones complejas, al compás de ritmos no menos complicados. El canto se

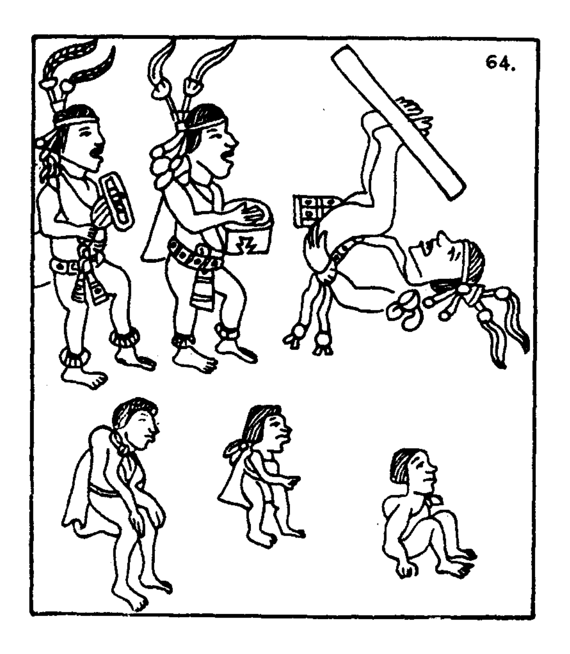


Fig. 31. Artistas profesionales al servicio de Moctezuma: jorobados, saltimbanquis y músicos.

empleaba para dar realce a la ceremonia y sobrevive la letra de algunos, desgraciadamente sin la partitura. Estos danzantes, representando actos míticos pertenecientes a las vidas de los dioses, las más de las veces deben haber sido altamente teatrales. De esta suerte, como en otros pueblos de la antigüedad, los servicios religiosos desempeñan las funciones del drama.[19]

La escritura pictográfica de los aztecas era demasiado sencilla para dejar testimonio de una literatura. Sin embargo, las múltiples referencias a la oratoria y la riqueza de alusiones y de sinónimos referentes a las deidades, proporcionan un cuadro de rica fantasía y de poética imaginación. El énfasis de la palabra hablada, el complicado fondo de la religión, la proximidad al mundo sobrenatural, no habrían de producir una prosa mezquina y directa. La práctica de la oratoria y el canto de las oraciones, produjo más bien una verbosidad semipoética y altamente simbólica. Asimismo, existió una verbosidad rítmica y opulenta como forma de tratamiento cortés, que con un sistema de escritura se hubiera podido trasmutar en literatura.[20]

Estas actividades, que nosotros favorecemos en nuestra propia cultura con el nombre de artes y letras y a cuyos devotos concedemos la gloria de artistas creadores, existían en la sociedad azteca. El rango de estas prácticas fue, no obstante, muy diferente de la posi-

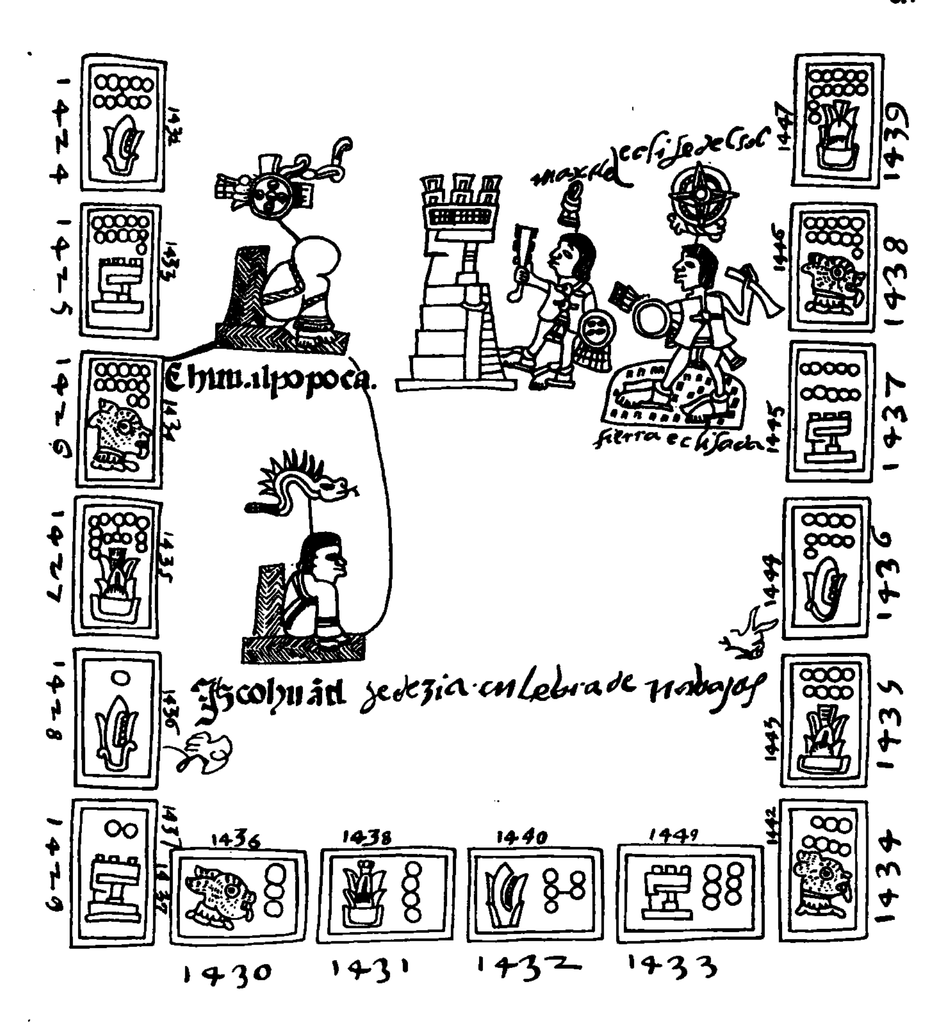


Fig. 32. Página del Códice Telleriano-Remensis que describe el período comprendido entre 1424 y 1439. Las casillas dan los nombres de los años y marcan la sucesión de los cuatro días con los trece números, que puede seguirse fácilmente: 10 Cuchillo, 11 Casa, 12 Conejo, 13 Caña, 1 Cuchillo, 2 Casa, etc. La muerte de Chimalpopoca (Espejo Humeante) se señala en el año 12 Conejo (1426), lo mismo que la exaltación de Itzcóatl (Serpiente de Cuchillos). Cada gobernante es designado por su jeroglífico. La derrota de Maxtla se representa por un eclipse de sol (el disco oscurecido por una piedra). A juzgar por la escritura, los número y las descripciones se añadieron después de la conquista por dos religiosos que utilizaron fuentes nativas. (Compárese con la Fig. 41.)

ción que tienen entre nosotros. Gran parte del círculo de nuestra vida, dividida en la infinita gradación de las ocupaciones comercial, legal y gubernamental, pertenecía a la vida social normal del individuo entre los aztecas. La energía y actividad que nosotros gastamos en la religión, en el arte, en las letras y en las ciencias, las combinaban los aztecas en el cumplimiento de sus deberes religiosos. La naturaleza de la religión que profesaban y la posición de ésta en la vida azteca, así como su práctica social, son fundamentales para apreciar cabalmente la naturaleza de su cultura.

X
Religión

Breve examen del universo azteca y de los impronunciables dioses y diosas que lo regían y que regulaban el destino de los hombres

La religión azteca trataba, por sus fines y por su práctica, de atraer aquellas fuerzas naturales favorables a la existencia humana y de rechazar las que le eran perjudiciales. La dirección ética y la perfección espiritual caían bajo el dominio de las costumbres sociales, así es que los objetivos morales de nuestra religión no existían, en gran parte. La religión azteca no tenía un Salvador de la humanidad, ni cielo o infierno para recompensar o castigar las consecuencias de la conducta humana.[1]

Los aztecas y sus antepasados creían que las fuerzas de la naturaleza obraban para el bien o para el mal en gran manera como lo hace la humanidad, así es que para ellos era lógico personificar a los elementos como dioses o diosas. La práctica del rito traía consigo el ofrecimiento de regalos, las oraciones y la realización de actos simbólicos para inducir a los poderes divinos a obrar por el bien público. Los hombres de talento de la tribu se movilizaban, por decirlo así, para sortear las fuerzas de la naturaleza, investigar cómo operaban y discernir métodos mágicos o rituales para lograr que actuaran en favor del hombre.

La naturaleza obra en series de repeticiones que producen el efecto de ritmos. El nacimiento, la madurez y la muerte se suceden inexorablemente en la vida humana; la noche sucede al día; las estaciones del año se alternan interminablemente de la primavera al verano y del otoño al invierno; los planetas se mueven a través del espacio en sucesión eterna. Así, pues, descubrir cuáles eran esos ritmos y seguir sus vibraciones complicadas, aunque uniformes, aseguraría, de acuerdo con la filosofía azteca, la venturosa supervivencia de la comunidad. Se pensaba poco en la perfección del individuo cuando inmensos poderes rondaban de cerca, dispuestos a destruir a toda la

tribu si se interrumpía su vigilante observación de la naturaleza. Así, el ritmo y la forma llegan a ser partes esenciales del culto y encuentran su expresión en el rito y en la religión, en el arte, en la filosofía y en la ciencia.

El crecimiento de la civilización, con la ramificación resultante de las funciones sociales y del equipo material, condujo, igualmente, a una concepción más compleja del universo, que se manifestó en la estratificación de los dioses y de las diosas y en una especialización de sus funciones. Este resultado llevó a una práctica más rigurosa del rito, que absorbió una gran parte del producto material e intelectual de la tribu.

La religión azteca fue una consecuencia del reconocimiento y temor de las fuerzas naturales, y del intento de dominarlas. El proceso mediante el cual el hombre define estas fuerzas y las gradúa por orden de importancia, constituye tanto una parte de la evolución cultural, como el arte, la mecánica o la organización social. Los aztecas desarrollaron un concepto de relación entre las fuerzas sobrenaturales y el universo, que, supuesta la precisión de nuestro método de pensar, podía haber evolucionado hacia una filosofía sistemática.

Los aztecas creían que el mundo había pasado por cuatro o cinco edades, o Soles. Difieren los detalles; pero el testimonio tallado en la gran Piedra del Calendario azteca puede considerarse como la versión oficial de Tenochtitlán. La primera edad, Cuatro Océlotl, tenía a Tezcatlipoca como dios reinante, quien, al final, se transformó en el Sol, en tanto que los jaguares se comían a los hombres y a los gigantes que en aquel entonces poblaban la tierra. Quetzalcóatl era el gobernante divino de la segunda era, Cuatro Viento, a la expiración de la cual los huracanes destruyeron el mundo y los hombres se transformaron en monos. El Dios de la Lluvia, Tláloc, dio luz al mundo en la tercera época, Cuatro Lluvia, que terminó por una lluvia de fuego. Chalchihuitlicue, "Nuestra Señora de la Falda de Turquesa", era una Diosa del Agua, que presidió con aptitud durante el cuarto Sol, Cuatro Agua, en el que tuvo lugar una inundación que transformó a los hombres en peces. Nuestra era presente, Cuatro Terremoto, está bajo el dominio del Dios Sol, Tonatiuh, y será destruída a su tiempo por terremotos.[2] (Véase Lám. 44.)

Si bien es cierto que las versiones varían según los lugares, parece existir una recapacitación de los grandes cataclismos producidos por inundaciones, erupciones volcánicas, huracanes y terremotos que aco-

saban a las comunidades del México antiguo. También hay un reflejo del orden en que los dioses alcanzaron prominencia en el culto local. En la historia de las tribus mexicanas hay referencias a luchas dentro de la misma ciudad, entre los devotos de dos cultos para resolver la supremacía.[3]

El universo mismo se concebía con un sentido religioso más bien que geográfico y se dividía horizontal y verticalmente en zonas de significación religiosa. El universo horizontal, quizá la concepción más antigua, reconocía cinco direcciones, los cuatro puntos cardinales y el centro. El Dios del Fuego, antiguo y fundamental en la religión mexicana, gobernaba la zona central. El oriente estaba asignado al Dios de la Lluvia, Tláloc, y a Mixcóatl (Serpiente de Nube), Dios de las Nubes, y era la región de la abundancia. En esta concepción la geografía se combinaba con el rito, ya que la fertilísima llanura costeña de Veracruz es la fuente verdadera de las lluvias de estación, motivadas por la condensación del aire caliente, cuando el Golfo de México queda expuesto a los fríos vientos de la altiplanicie central. El sur se considera maligno, quizá a causa de las áridas regiones situadas al sur de Morelos y de Puebla; pero tenía como deidades que lo protegían, dioses asociados con la primavera y con las flores, Xipe (El Desollado) y Macuilxóchitl (Cinco Flor). El occidente, que era la morada del planeta Venus, la estrella de la tarde, tenía, sin embargo, una significación favorable que se asociaba y aun se identificaba con Quetzalcóatl (Serpiente Emplumada), el Dios de la Sabiduría. El norte era una región sombría y terrible, gobernada por Mictlantecuhtli (Dios de la Muerte), quien (y esta es una de las contradicciones tan frecuentes en la teología mexicana) estaba también relacionado, a veces, con el sur.[4]

El mundo vertical estaba dividido en paraísos e infiernos que no tenían significación moral, sino que eran simplemente mundos superiores e inferiores. El número de los paraísos variaba hasta trece y representaba la morada de los dioses, según su rango en la jerarquía, en el paraíso superior vivía el creador original y así hacia abajo hasta el fin de la escala. Uno de estos paraísos correspondía a Tláloc, quien recibía a los que morían ahogados, o por otras causas relacionadas con el agua, o fulminados por el rayo. Una escuela de pensamiento dividía los paraísos en oriental y occidental, conforme al paso del sol. El oriental era el hogar de los guerreros, cuya muerte en las batallas o en el sacrificio nutría al sol, y el occidental era el

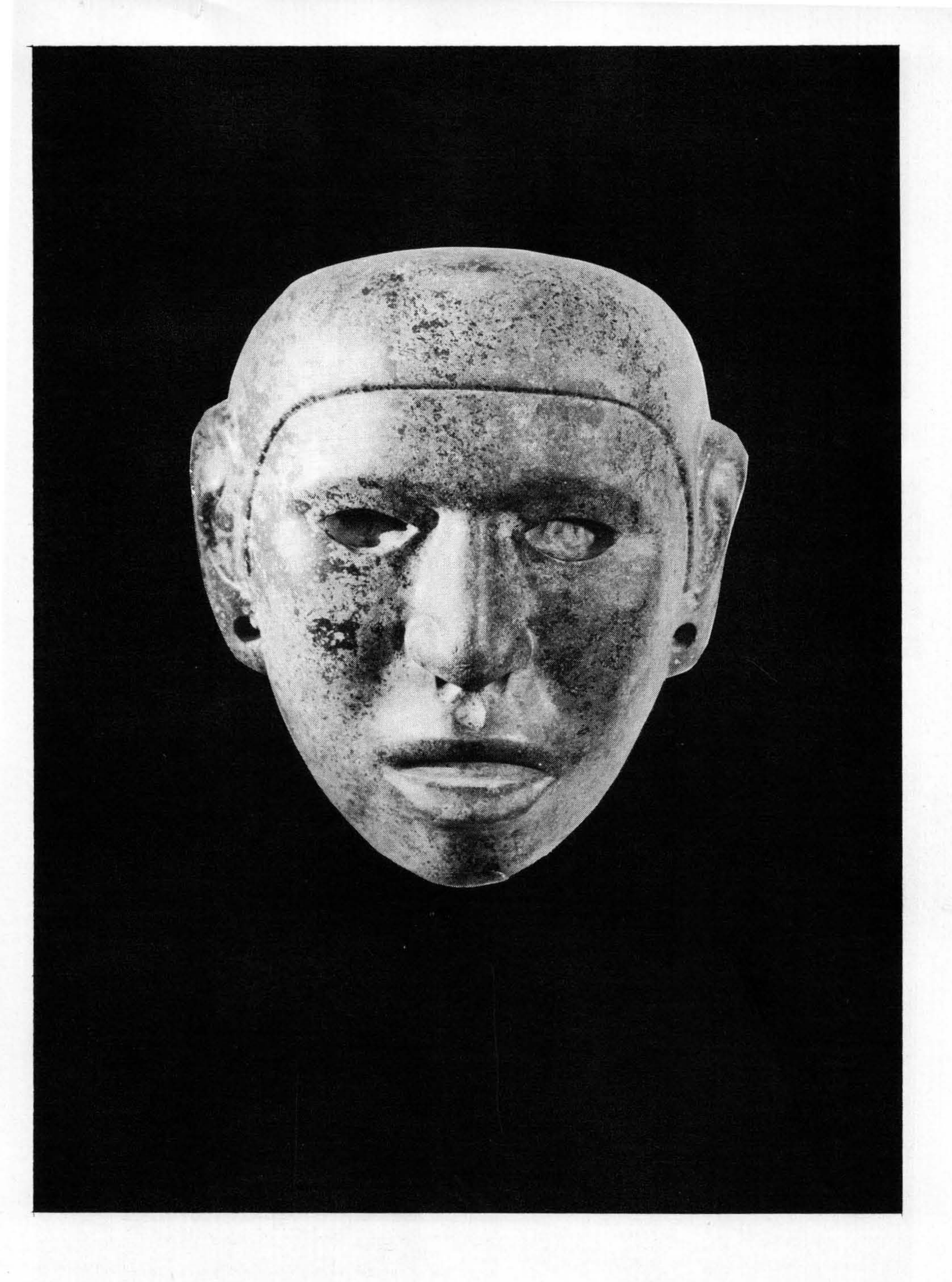


LÁMINA 41. ARTE AZTECA

Esta máscara de porfirita procedente de Teayo, Veracruz, es un notable ejemplo del arte azteca, aun cuando se elaboró fuera de los límites del imperio. Esta máscara y la cabeza del caballero águila constituyen las más finas piezas de escultura del período azteca.

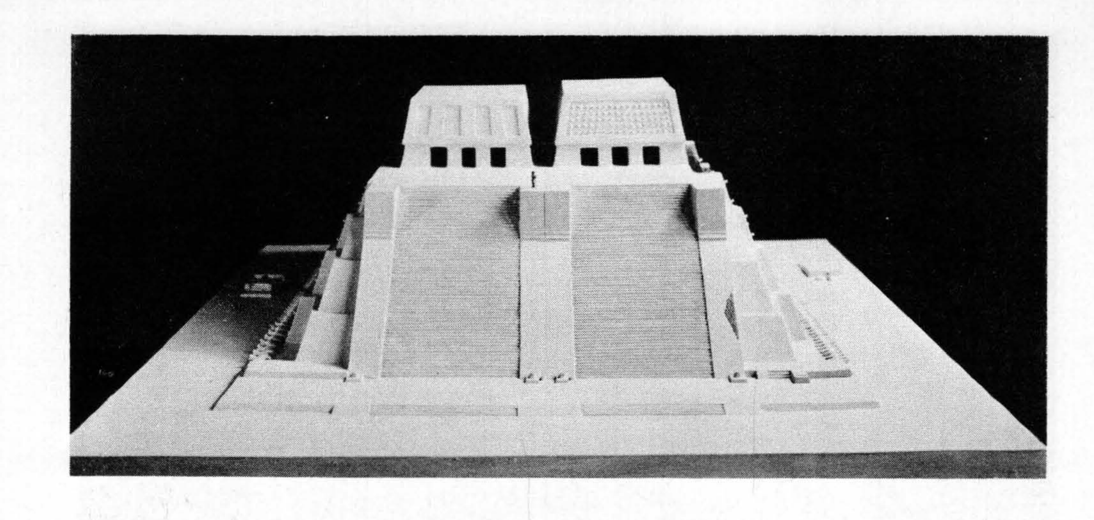


LÁMINA 42. ARQUTECTURA AZTECA

Los templos constituían el aspecto más grandioso de la arquitectura azteca. *Arriba:* maqueta del templo de Tenayuca, tal como era en la época de la Conquista. *Abajo:* el mismo templo después de las excavaciones.

LÁMINA 43

ARTE AZTECA

Derecha: este modesto templo erigido en honor del dios de la guerra está situado en las fronteras del territorio azteca, en Santiago Huatusco, Veracruz. El grabado que reproducimos es de Dupaix y fue hecho hace cosa de un siglo. *Abajo:* el Zócalo de la ciudad de Tenochtitlán. El Palacio Nacional, a la derecha, se yergue sobre los cimientos del palacio de Moctezuma. El gran templo a los dioses de la guerra y de la lluvia estaba al oriente de la Catedral. Bajo una de las calles que circundan esta plaza todavía está enterrado un gran disco de piedra semejante a la piedra del calendario (Lám. 44). El cuadrángulo actual está sobre los restos de la ciudad azteca, que yacen varios metros debajo.





LÁMINA 44

ARTE AZTECA

Arriba: la piedra del calendario, de cuatro metros de diámetro, que representa la historia del mundo. En la parte central aparece el Sol 4 movimiento, el de la era actual. En los cuatro brazos de este signo están representadas las eras anteriores. Los signos de los veinte días rodean el todo, y el glifo de la turquesa o jade —que significa "cosa preciosa"— forma el círculo que sigue. De esta banda irradian los rayos del sol y los símbolos de las estrellas. El límite exterior está formado por dos grandes serpientes de fuego, que simbolizan el tiempo. *Abajo:* el teocalli de la guerra sagrada, monolito del Museo Nacional de Antropología, que sugiere que la piedra del calendario estuvo tal vez colocada sobre una plataforma.

Lámina 45. ARTE AZTECA

Arriba: esta serpiente emplumada representa a Quetzalcóatl, dios de la sabiduría y del sacerdocio. Difiere de la serpiente de fuego, pues carece de la cresta que la última lleva sobre la cabeza. *Abajo:* la serpiente constituyó un motivo ornamental que los aztecas emplearon con mucha frecuencia, como en Tenayuca, en donde rodea el exterior del templo.



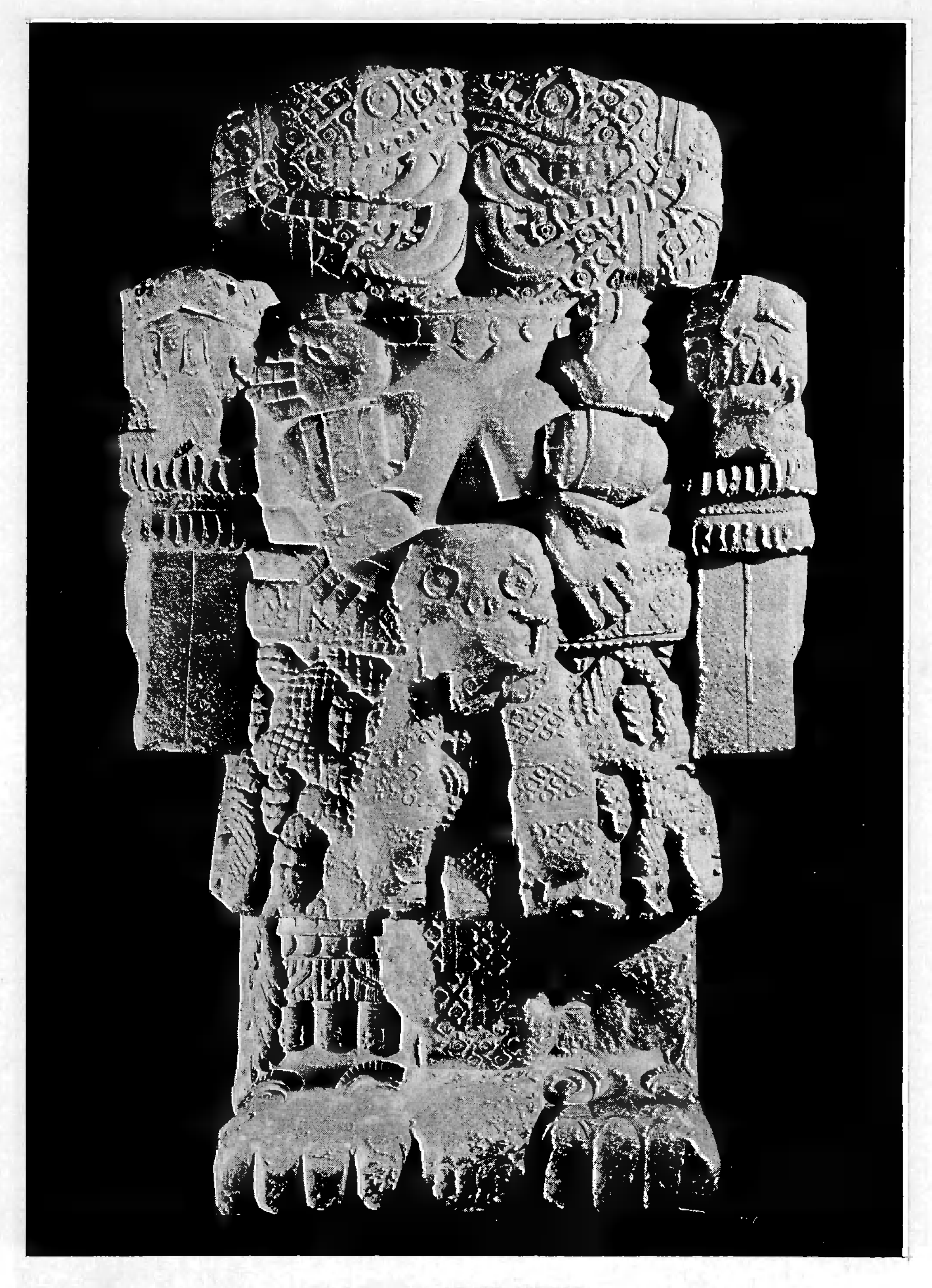


Lámina 46. ARTE AZTECA

Coatlicue, madre de los dioses, miembro prominente del panteón azteca. Esta escultura, de aproximadamente dos metros de altura, ostenta su poder por medio de atributos que transmiten la idea de temor: dos cabezas de serpiente, un collar de cráneos, manos y corazones humanos, un sayal de serpientes entrelazadas. El monstruo de la tierra está representado en sus pies en forma de garras de tigre.

Lámina 47

ARTE AZTECA

Arriba: océlotl-cuauhxicalli, vaso de corazones en forma de tigre. *Centro:* pequeño cráneo de cristal de roca que representa al dios de la muerte; uno de los más bellos ejemplos del arte lapidario de los aztecas. *Abajo:* otro vaso de corazones, con jeroglíficos esculpidos.





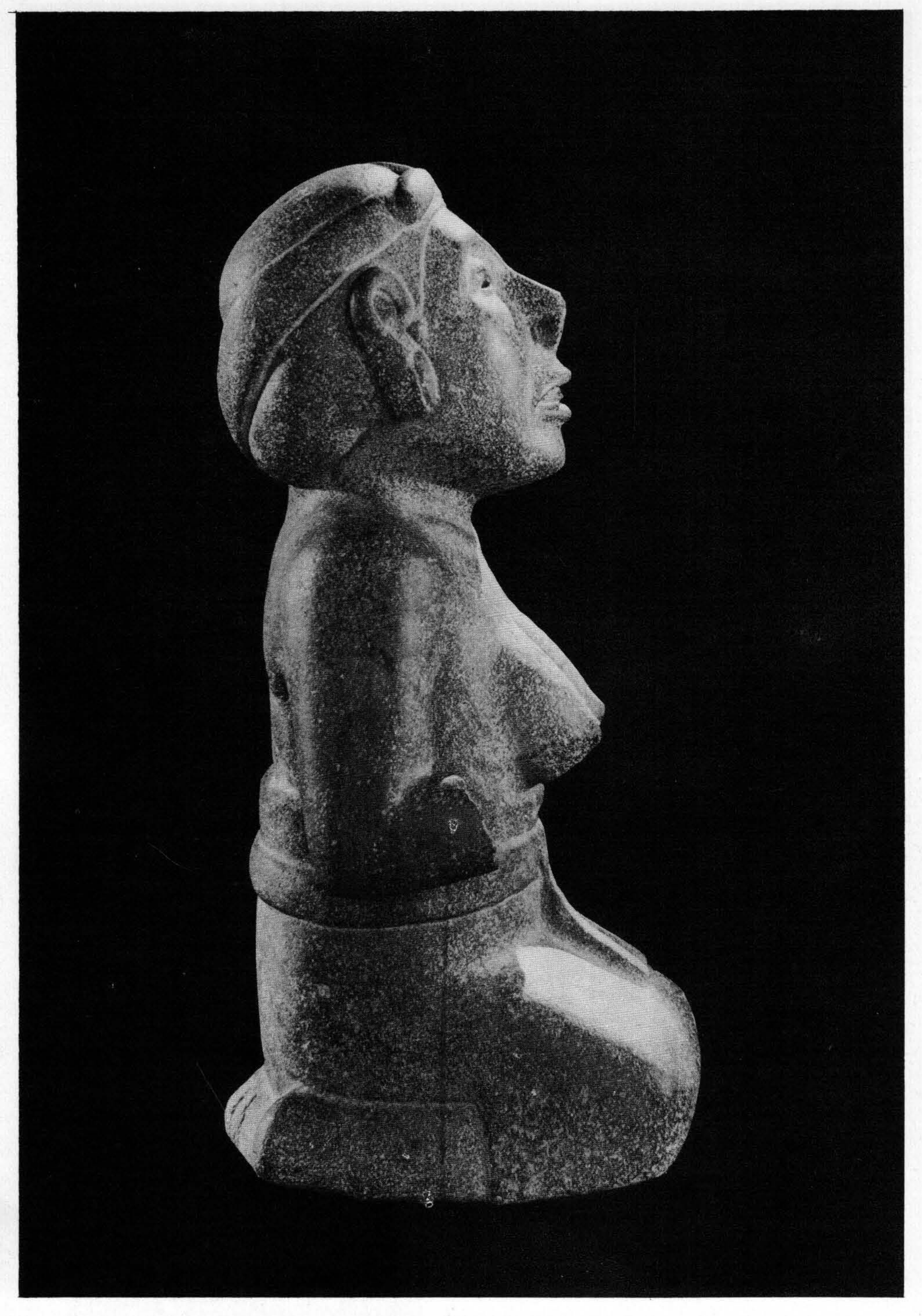


LÁMINA 48. ARTE AZTECA

Esta diosa del maíz está representada como una muchacha. Su belleza indígena está plasmada con la misma segura sencillez que caracteriza a las esculturas de las láminas 34 y 41.

hogar de las mujeres que morían en el parto, sacrificándose al dar a luz futuros guerreros.[5]

Los demás muertos iban a Mictlan, o mundo inferior. Tenían que vencer varios peligros antes de que pudieran continuar su vida allí, de tal manera que iban provistos de amuletos y obsequios para el viaje, que duraba el sagrado número de cuatro días. El caminante tenía que viajar entre dos montañas que amenazaban con aplastarlo, escapar primero de una serpiente, después de un cocodrilo monstruoso, cruzar ocho desiertos, subir ocho colinas y soportar un viento helado que le arrojaba piedras y cuchillos de obsidiana. Después llegaba a un ancho río que cruzaba montado en un pequeño perro rojo, el que a veces se incluía en la tumba, junto con los demás objetos funerarios, para este objeto. Finalmente, al llegar a su destino, el viajero ofrecía obsequios al Señor de los Muertos, quien lo enviaba a una de nueve diferentes regiones. Algunas versiones hacían que el muerto permaneciera durante un período de prueba de cuatro años en los nueve infiernos, antes de que continuara su vida en Mictlan, cosa que, como en el Hades griego, carecía de significación moral.[6]

Como hemos dicho, los aztecas concebían su universo como extendido horizontalmente hacia afuera y verticalmente hacia arriba y hacia abajo. El mundo dividido horizontalmente significaba la asociación de los poderes divinos con los fenómenos de la geografía y del clima. Este significado de la dirección es un concepto religioso habitual. El ordenamiento vertical de los paraísos tiene más bien que ver con el rango y el orden que con los fenómenos naturales. La jerarquía de los santos cristianos, con su reconocimiento implícito de posición y autoridad, se asemeja grandemente al concepto azteca de sus dioses. El culto azteca y el ritual cristiano tienen en gran parte la misma actitud hacia las distinciones entre filosofía y práctica y entre el punto de vista del teólogo erudito y el de los adoradores humildes.

A la cabeza del panteón estaba, en sentido teológico, un dios supremo e inefable, Tloque Nahuaque; pero parece haberse limitado el culto activo en su honor a un templo nada más, en Texcoco, que llegó a ser un centro de filosofía religiosa bajo el estímulo del gran rey Netzahualcóyotl. Colocada a continuación de esta abstracción del poder divino, y mucho más conocida, estaba una pareja suprema, Tonacatecuhtli y Tonacacíhuatl (Nuestro Señor y Señora de la Subsistencia). Estos dioses eran importantes teológicamente y llenaban

las funciones de paternidad y origen de otras divinidades. Su adoración no era general, porque su dominio de la naturaleza era remoto. Un ser equivalente, Ometecuhtli, "Dios de la Dualidad", ocupaba una posición análoga que resultaba de las especulaciones de los sacerdotes acerca del origen primario de los dioses que gobernaban el destino de los hombres. El Dios Sol, Tonatiuh, que también desempeñaba funciones de Señor celeste, estaba, sin embargo, más íntimamente asociado con la expresión activa de la religión azteca. El espectáculo diario del orbe celestial, tan infinitamente importante para la existencia de toda vida, hizo del culto solar una parte esencial de la religión azteca.[7]

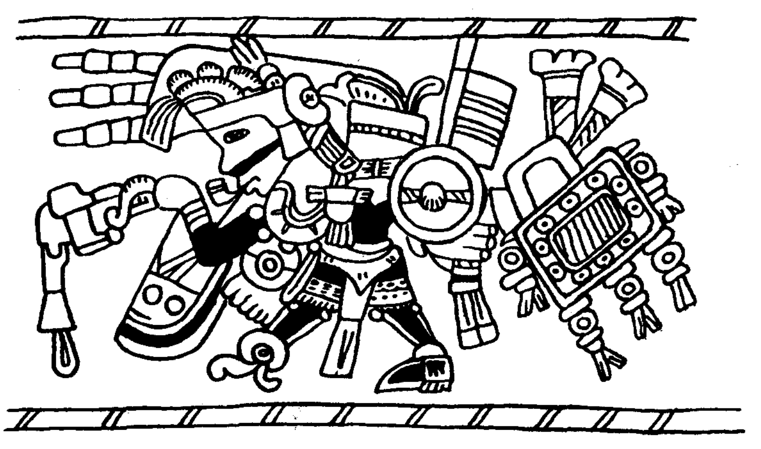


Fig. 33. Tezcatlipoca, Espejo Humeante, según un fresco de Tizapán.

Había varios dioses que intervenían en los asuntos humanos y se les veneraba sobre todos los otros. Generalmente uno de este grupo era el espíritu tutelar de una comunidad y se le atribuían poderes supremos. A semejante dios se le honraba con el templo principal, sintetizaba la posición abstracta de los dioses inventados por los teólogos y compartía todos los poderes supremos que ejercía el dios principal de otras comunidades. Este grupo se componía, sin excepción, de dioses celestiales.

Tezcatlipoca, el "Espejo Humeante", a veces aparecía en escena como adversario de la divinidad tolteca Quetzalcóatl, la "Serpiente Emplumada"; fue adorado en muchas partes y sus poderes eran compartidos por otros dioses importantes. Sus atributos, tal como se les describe en los manuscritos sagrados, lo representan en forma pro-

Fig. 34. Tláloc, Dios de la Lluvia.



teica y a menudo se extendían también a las divinidades tribales de otros lugares. Un manuscrito mixteca que proviene del centro probable del culto de Tezcatlipoca, presenta a la misma divinidad gobernando sobre las cuatro direcciones, pero con color diferente en cada caso. Los poderes y atavíos de este gran dios pasaron a las divinidades tribales locales con la difusión de la religión mixteca, y del culto de Tezcatlipoca en el Valle de México.

El Tezcatlipoca rojo del occidente tomó el nombre de Xipe o Camaxtli, el dios tutelar de Tlaxcala. Huitzilopochtli, el gran Dios de la Guerra de los tenochca, asumió las funciones y atavíos del Tezcatlipoca azul del sur y fue igualmente un Dios Solar; pero su adversario y deidad opuesta de la noche, retuvo el nombre de Tezcatlipoca y se le representaba como al Tezcatlipoca negro del norte. Quetzalcóatl era representado a veces como un Tezcatlipoca blanco, asociable con el oriente como una estrella de la mañana y con el poniente como una estrella de la tarde. Bajo el nombre de "Serpiente Emplumada", pero con los atributos y los poderes de Tezcatlipoca, rigió los destinos de Cholula. Tezcatlipoca, como dios de una región favorable, como sustituto del sol y como dios mayor del culto original, fue la divinidad más importante adorada en Texcoco.

Tláloc, el Dios de la Lluvia, es un antiguo dios que se remonta a la época de los toltecas. Sus anteojeras, sus colmillos y la voluta que descansa sobre sus labios, hacen que sea una figura fácil de reconocer en el panteón mexicano. En Tenochtitlán compartía los grandes templos con Huitzilopochtli, y su dominio sobre lluvia hizo que

sus poderes fueran esenciales para la supervivencia en la meseta mexicana.

Quetzalcóatl, la "Serpiente Emplumada", Dios de la Civilización y el planeta Venus, parece haber sido adorado extensamente, aunque bajo diferentes apariencias. En contraste con Tezcatlipoca, cuyas funciones y aspecto fueron atribuídos a dioses tribales con nombres diferentes, Quetzalcóatl tenía varias formas compartidas por privativas deidades. Las esculturas de Teotihuacán y de Chichén Itzá muestran que se adoraba una serpiente emplumada y las crónicas locales mencionan a Quetzalcóatl y a Kukulcán, nombres náhuatl y maya que tienen el mismo significado. En Tenochtitlán hay abundantes pruebas del culto a una serpiente emplumada, sólo que las crónicas hacen referencia a Xiuhcóatl, "Serpiente de Fuego", así como a la variedad sagrada corriente. El término Quetzalcóatl se aplica también a un dios barbado de máscara saliente, también llamado Ehécatl, "Dios del Viento". En algunas partes de la zona Mixteca-Puebla y del Valle hay pruebas, como hemos visto, de que el Tezcatlipoca blanco tenía el nombre de "Uno Caña", el nombre de fecha, sinónimo de Quetzalcóatl.[8] (Véanse Láms. 23 y 45.)

Además de esta confusión acerca de Quetzalcóatl, el Dios de la Civilización, los anales y leyendas hablan de Quetzalcóatl, el gran rey que civilizó a los toltecas y partió hacia el oriente, para regresar después. Los frailes se apoderaron de este mito como una prueba de que Santo Tomás, el apóstol, había visitado México y convertido a sus pobladores, quienes después volvieron a las costumbres paganas. De aquí que los frailes, para justificar la conquista, dieron mucha importancia a un dios rubio, quien después de despedirse de su pue-



Fig. 35. Quetzalcóatl, Dios de la Sabiduría, en atavío de Ehécatl, Dios del viento.

blo prometió regresar por el oriente, por el mar. Con todo, el Quetzalcóatl de los manuscritos del Valle de México nunca fue rubio sino, generalmente, de barba negra y con la cara pintada de negro, cuando no se le representaba con la máscara del Dios del Viento, Ehécatl.

Como si la confusión existente entre un hombre y un dios de diversos aspectos no fuera suficientemente desconcertante para el historiador, encontramos consternados que el título de Quetzalcóatl no fue dado sólo a los gobernantes toltecas de Teotihuacán, sino que también lo llevaban en Tenochtitlán los sacerdotes mayores que personificaban el saber de su tiempo. Autoridades distinguidas han sostenido la hipótesis de que un mexicano llamado Quetzalcóatl fue a Yucatán, donde ocupó prominente lugar y absorbió la civilización de los mayas. Posteriormente volvió a México y enseñó a los pueblos de la meseta una versión del calendario, así como muchos otros oficios útiles. Otros, más románticos, ven en Quetzalcóatl a un irlandés, escandinavo o aun un atlántida, que estuvo en México y derramó dulzura y luz. Yo, por mi parte, creo que la introducción de los elementos de una cultura superior, así como la creación de artes y oficios locales, pueden no sólo llevar a la invención de un Dios de la Civilización, sino también a dar el nombre de ese dios a innovadores individuales. Las informaciones contradictorias me dan la idea de que el nombre y el concepto no tuvieron su origen en ninguna persona determinada, sino que resultaron, más bien, de la experiencia de muchas gentes durante un largo período de tiempo, al explicar y honrar la introducción de beneficios que aseguraron su bienestar físico y espiritual.

Los grandes dioses del cielo desempeñaban un papel importante en la dualidad del mundo azteca, en el cual se sostuvo una eterna guerra simbólica entre la luz y la obscuridad, el calor y el frío, el norte y el sur, el Sol de levante y el del poniente. Aun las estrellas estaban agrupadas en ejércitos de oriente y del occidente. Los combates gladiatorios, con frecuencia a muerte, expresaban esta idea en el rito; las grandes órdenes guerreras, los Caballeros Águila de Huitzilopochtli y los Caballeros Ocelote de Tezcatlipoca, reflejaban igualmente el conflicto enetre el día y la noche. Esta Guerra Sagrada dominaba el rito y la filosofía de la religión azteca.[9]

En tanto que los grandes dioses, las deidades principales de la tribu, tendían a estar en relación con los paraísos, había muchos otros



Fig. 36. Guerreros en el momento de librar un combate ceremonial. Van vestidos según la orden guerrera a que pertenecen.

que regían el crecimiento y la fertilidad. A menudo estos dioses tenían a diosas por mujeres o compañeras, como si la idea de la reproducción de los principios masculino y femenino, estuvieran alboreando en la teología azteca. Tláloc, el Dios de la Lluvia, regía el crecimiento y la vegetación, y su compañera Chalchihuitlicue (Nuestra Señora de la Falda de Turquesa), reinaba sobre lagos y ríos. Esta diosa era el centro de un culto importante y aparece representada como una encantadora doncella bellamente ataviada. Xipe (El Desollado), simbolizaba la primavera y su vestido característico, una piel humana, representaba el nuevo verdor con que la tierra se atavía cada año. En las ceremonias en su honor, sus sacerdotes llevaban este simbolismo en las vestiduras, utilizando pieles de cautivos acabados de desollar. (Véase Lám. 28, arriba, izq.)

Las diosas del maíz eran jóvenes y hermosas, y probablemente se derivaron del antiguo culto de las diosas de la Cultura Media. Chicomecóatl (Siete Serpiente), era la Diosa de las Cosechas y de la

Subsistencia, representada por el maíz, el alimento básico. Xilonen, "Madre del Maíz Tierno", y "Xochiquetzal", "Pájaro Flor", eran los espíritus personificados del nuevo crecimiento y, por analogía, de la juventud y de los juegos, y tenían como contrapartida masculina dioses como Cintéotl, "Dios del Maíz", Xochipilli o "Príncipe Flor" y Macuilxóchitl, "Cuatro Flor", cuyas funciones asociadas con el crecimiento, la juventud y los juegos, son casi sinónimos. (Véanse Láms. 31 y 48.)

Alrededor de la planta de maguey gira otro culto que abarca a la diosa Mayauel, representativa de esta planta y cuyos cuatrocientos hijos estaban asociados con el pulque. De acuerdo con algunos relatos, las varias maneras de embriaguez eran clasificadas con relación a estos dioses, o al animal a que estaban asociados, el conejo. Cuatrocientos conejos representaban la embriaguez completa, en tanto que quince o veinte sugerían una mera convivialidad. El más importante de estos dioses del pulque se llamaba "Dos Conejo", de acuerdo con su fecha calendárica, y otro, Tepoztécatl, era el dios tribal de Tepoztlán, adorado en un templo levantado en lo alto de las montañas de Morelos.

Los dioses de la tierra y de la muerte eran de gran importancia,



Fig. 37. Un sacerdote es vestido con una piel humana, traje de Xipe el Desollado.

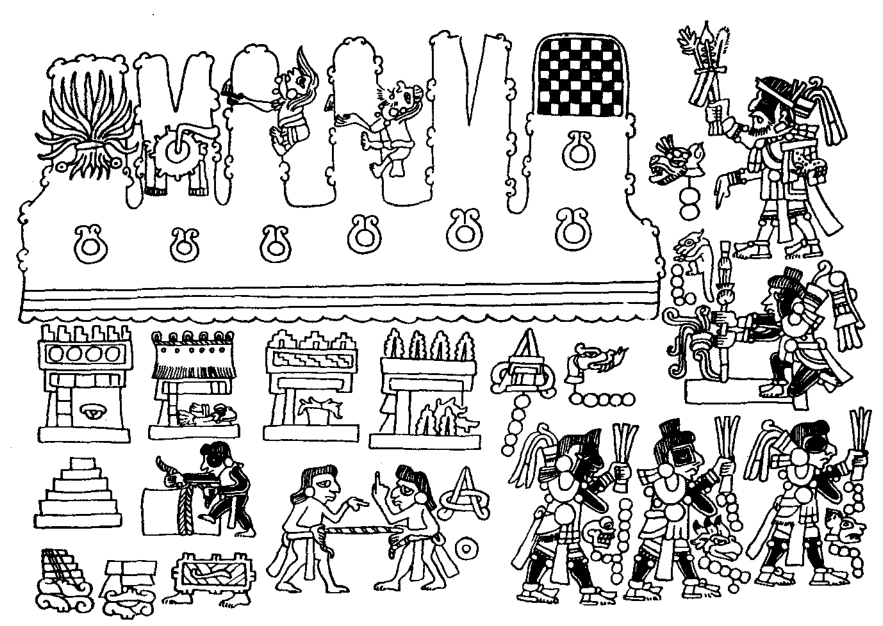


Fig. 38. Escena semiceremonial y semihistórica en que aparecen dioses, fechas, templos, jefes y el acto de encender el fuego (*Códice de Viena*).

ya que el crecimiento tiene lugar en la tierra y los muertos son recibidos en ella. El Sol, al elevarse, parece nacer de la tierra, y al ponerse parece que ésta lo oculta, pasando así, aparentemente, al mundo de los muertos. Los dioses y diosas asociados con la tierra tienen importancia para los cultos solares, el crecimiento y la fertilidad.

Tlaltecuhtli, "Señor de la Tierra", era representado como un monstruo masculino de aspecto aterrador, y compartía los atributos de un sapo y de un cocodrilo. Su boca abierta podía tragarse al sol mismo, puesto que el sol poniente entraba a la tierra, de acuerdo con las ideas astronómicas de los aztecas. Las diosas, sin embargo, parecen haber tenido más adoradores y las imágenes de barro hechas en su honor siguen también en línea ininterrumpida la tradición de las figurillas de la Cultura Media. Coatlicue (Nuestra Señora de la Falda de Serpientes), era la madre de los dioses en su aspecto estelar; aunque también era venerada como la madre de Huitzilopochtli. Su importancia puede apreciarse por la gran estatua de ella que existe en México, que es una obra maestra de arte sacerdotal y que indudablemente tenía un templo para sí sola. Coatlicue también era representada como una madre que llevaba un niño en sus brazos. Su función como diosa maternal, así representada, llevó su imagen a casi todos

los hogares del valle. Tonantzin (Nuestra Madre), que puede haber sido un aspecto de esta misma diosa o de Cihuacóatl (La Mujer Serpiente), tenía un templo en el Tepeyac, actualmente el asiento de la capilla de la Virgen de Guadalupe, y cambiaron los misioneros su culto por el de la Virgen; hecho que pone de manifiesto su inteligente manera de evangelizar a los aztecas. Una diosa, Tlazoltéotl (Comedora de Inmundicias) era adorada en muchas partes y también era conocida por el nombre de "Madre de los Dioses". Principalmente una diosa de la tierra, era la única que tenía un significado moral, pues al devorar los desperdicios consumía los pecados de la humanidad, absolviéndolos. En su culto apareció el rito de la confesión. (Véase Lám. 46.)

Sobresaliendo de las numerosas deidades asociadas con la muerte, estaban Mictlantecuhtli y Mictlancíhuatl (Nuestro Señor y Señora de la Región de la Muerte), que llevaban máscaras hechas de cráneos humanos y sus ornamentos eran huesos humanos o representaciones de ellos. Gobernaban la región del norte y también los infiernos, en las entrañas de la tierra. En éstos no había ejercicio expiatorio, pues todo el que moría, a menos que fuera en guerra o en sacrificio, en el parto o ahogado, pasaba después de la muerte a su dominio. (Véase Lám. 47, centro.)

Esta descripción incompleta de los dioses y de las diosas que poblaban el panteón azteca, da una idea de la variedad de sus propósitos y carácter, descrita más detalladamente en el cuadro sinóptico x. Para el individuo podía resultar insoportable tratar de honrar a tantos dioses. Sin embargo, aun los indios navajos modernos pasan una tercera parte de su tiempo en actividad religiosa y no tienen la mitad de la riqueza económica de los pueblos aztecas. Aun cuando los mexicanos antiguos dieron mayor desarrollo a su ceremonial que las sectas cristianas más ceremoniosas, sin embargo, la relación entre los aztecas y sus dioses y los cristianos y sus santos, no es muy diferente, no obstante diferir los conceptos esenciales de las dos religiones.

Los sacerdotes dirigían y ordenaban las ceremonias y los adoradores concedían su devoción a las divinidades especiales de cuyo patronato dependía directamente su vida, de manera muy semejante a como los devotos católicos escogen determinados santos para venerarlos con frecuencia, de entre todos aquellos que figuran en el calendario religioso. De la misma manera, el dios de la tribu azteca tenía

su contrapartida en el santo patrón del país, de la ciudad o del gremio. Los aztecas, sin embargo, concebían a sus dioses como poseedores de tremendos poderes materiales, pero su aspecto espiritual significaba poco para ellos.

El rito de la religión azteca era tan complicado como la teología. La organización del sacerdocio seguía la misma estructura piramidal que el orden social; pero las ceremonias eran ejecutadas de acuerdo con las exigencias rituales del calendario y de las estaciones. En el capítulo siguiente describiremos el sacerdocio, las ceremonias y también los métodos aztecas de contar, medir y emplear el tiempo.

CUADRO SINÓPTICO X

PRINCIPALES MIEMBROS DEL PANTEÓN AZTECA, SU CARÁCTER Y ESFERAS DE VENERACIÓN

	Mes	*Semana*	*Día*	*Hora del día*	*Hora de la noche*
DIOSES MAYORES:					
Huitzilopochtli, Colibrí Hechicero, Dios de la Guerra y del Sol, Dios tutelar de Tenochtitlán.	5* 9 15				
Tezcatlipoca, Espejo Humeante, dios principal del panteón, atributos solares, dios tutelar de Texcoco.	5 12		13 8	 10	
Quetzalcóatl, Serpiente Emplumada, Dios de la Sabiduría y del Sacerdocio, dios tutelar de Cholula, frecuentemente representado como Ehécatl, Dios del Viento.		2	2	9	
DEIDADES CREADORAS:					
Tloque Nahuaque, Señor de la Vecindad próxima, espíritu creador, abstracción teológica.					
Ometecuhtli, Señor de la Dualidad, como Tonacatecuhtli y su mujer.					
Tonacatecuhtli, Señor de Nuestra Subsistencia, Dios Creador, jefe de dioses.		1	1		
Tonacacíhuatl, Señora de Nuestra Subsistencia, mujer del anterior.					
DIOSES DE LA FECUNDIDAD:					
Tlazoltéotl, Diosa de la Inmundicia, Madre de la Tierra, venerada bajo muchos sinónimos.	11	13	14	5	7
Teteoínnan, Madre de los Dioses, sinónimo de Tlazoltéotl.					

Los números se refieren al *Tonalámatl* del *Códice Borbónico*. Los que están entre paréntesis se refieren a las variaciones encontradas en el *Tonalámatl Aubin* y en el *Códice Telleriano-Remensis*.

	Mes	*Semana*	*Día*	*Hora del día*	*Hora de la noche*
Ixcuina, Cuatro Caras, sinónimo de Tlazoltéotl.					
Toci, Nuestra Abuela, sinónimo de Tlazoltéotl.					
Chicomecóatl, Siete Serpiente, Diosa del Maíz, antigua diosa que se origina en la época de la Cultura Media.	4 11				
Cihuacóatl, Mujer Serpiente, Diosa de la Tierra, que rige el parto y la muerte en él.					
Tonantzin, Nuestra Madre, sinónimo de Cihuacóatl.					
Coatlicue, Falda de Serpientes, Diosa de la Tierra, asociada con la primavera, madre de Huitzilopochtli.					
Cintéotl, Dios del Maíz, hijo de Tlazoltéotl, marido de Xochiquetzal, importante.				(12) 7	4
Xochiquetzal, Flor Emplumada, Diosa de las Flores, de los oficios, importante.		19	20	(13)	
Xochipilli, Príncipe de las Flores, Dios del Placer, de las Fiestas y de la Frivolidad.			11	(3) 7	
Macuilxóchitl, Cinco Flor, sinónimo de Xochipilli.					
Xipe, Nuestro Señor, El Desollado, Dios de las Sementeras y la Siembra, el Tezcatlipoca rojo, extraordinariamente importante.	2	14	15	(11) (4)	
Xilonen, Joven Madre del Maíz, Diosa del Maíz Tierno.	8				
Ilamatecuhtli, la Vieja Princesa, una diosa de los tiempos antiguos, emparentada con el maíz y con la tierra.	17			13	
DIOSES DE LA LLUVIA Y DE LA HUMEDAD:					
Tláloc, El que Hace Germinar las Cosas, Dios de la Lluvia, muy importante.	6 13	7	7	8	(8) 9

	Mes	*Semana*	*Día*	*Hora del día*	*Hora de la noche*
Tlaloques, dioses menores de la lluvia, hijos o hermanos de Tláloc, un sinónimo plural.	3 1 16				
Chalchihuitlicue, La del Manto Enjoyado, Diosa del Agua, muy importante.	1	5	5	3	6
Huixtocíhuatl, la Mujer de Sal, Diosa de la Sal y del Libertinaje.	7				
Napatecuhtli, Cuatro Veces Señor, uno de los Tlaloques.					
Ehécatl, Dios del Viento, Advocación frecuente de Quetzalcóatl.					
DIOSES DEL FUEGO:					
Xiuhtecuhtli, Señor del Año, Dios del Fuego, divinidad de los tiempos antiguos, importante.	18 10	20 9	9	(7) 1	 1
Huehuetéotl, Dios Viejo, sinónimo de Xiuhtecuhtli.					
Chantico, En la Casa, diosa asociada con el hogar y el fuego volcánico.		18	19		
DIOSES DEL PULQUE:					
Mayauel, La de la Planta del Maguey, Diosa del Maguey y también de la Fecundidad.		8	8		
Patécatl, El de la Tierra de las Medicinas, Dios de las Medicinas, marido de Mayauel.		11	12		
Tezcatzontécatl, Espejo Cubierto de Paja, importante dios del pulque, identificable con las esculturas en piedra del Chac Mool.					
Centzon Totochtin, Cuatrocientos Conejos, los muchos dioses del pulque.					

	Mes	*Semana*	*Día*	*Hora del día*	*Hora de la noche*
Dioses Planetarios y Estelares:					
Tonatiuh, el Sol, Dios Solar de relaciones íntimas con Huitzilopochtli y Tezcatlipoca.				4	
Piltzintecuhtli, Joven Príncipe, sinónimo de Tonatiuh.					3
Metztli, la Luna, Dios Lunar, a veces identificado con Tezcatlipoca.					
Tecciztécatl, el del Caracol Marino, sinónimo de Metztli.		6	6		(5)
Mixcóatl, Serpiente de Nube, Dios de las Estrellas y de los Números.	14				
Camaxtli, dios de Tlaxcala, sinónimo de Mixcóatl, un Dios de la Guerra.					
Itzpapálotl, Mariposa del Cuchillo de Obsidiana, diosa estelar y también de la agricultura.		15	16		
Tlahuizcalpantecuhtli, Dios de la Casa de la Aurora, Venus, la estrella de la mañana, variante de Quetzalcóatl.		9		(1) (12)	
Coyolxauhqui, Pintado con Campanas, Diosa Luna, hermana de Centzon Huitznaua.					
Centzon Huitznaua, 400 Meridionales, diosas estrellas del Sur.					
Centzon Mimixcoa, 400 Norteños, diosas estrellas del Norte.					
Tzitzimime, Monstruos que descienden de lo Alto, dioses estelares.					
Dioses de la Muerte y de la Tierra:					
Mictlantecuhtli, Señor de la Región de la Muerte, Dios de la Muerte.		10	10	11	5
Mictlancíhuatl, Señora de la Región de la Muerte, mujer del Dios de la Muerte.					
Tepeyóllotl, Corazón de las Montañas, Dios Montaña, Dios Jaguar.		3	3		8

	Mes	Semana	Día	Hora del día	Hora de la noche
Tlaltecuhtli, Señor de la Tierra, monstruo de la tierra, personificación de la tierra en contraste con el sol.				2	
Teoyaomiqui, Dios de los Guerreros Muertos, un Dios de la muerte especializado.				6 (6)	
Huahuantli, el Listado, sinónimo de Teoyaomiqui.					
VARIANTES DE LOS GRANDES DIOSES:					
Itztli, Cuchillo de Piedra, un sustituto de Tezcatlipoca con apariencia de cuchillo para los sacrificios.		20			2
Itzlacoliuhqui, Cuchillo Curvo de Obsidiana, otra variante de Tezcatlipoca.		12	(13)		
Paynal, el Presuroso, mensajero de Huitzilopochtli.					
Yacatecuhtli, El Señor que Guía, Dios de los Comerciantes viajeros.	15 12				
Chalchiuhtotolin, Ave Enjoyada, variante de Tezcatlipoca.		17	(18)		
Yaotl, el Enemigo, sinónimo de Tezcatlipoca.				(5)	
OTROS DIOSES:					
Xólotl, Doble, Dios Monstruo, gemelo de Quetzalcóatl.		16	17		
Ixtlilton, Pequeña Cara Negra, Dios de la Salud y de las curaciones de las Enfermedades.				(2)	
Chihuatetéotl, Diosas, brujas, espíritus de mujeres muertas en el parto.					
Huehuecóyotl, Coyote Viejo, murmurador y bellaco, dios de los otomíes.		4	4		

XI
El ritual

En el que se sintetizan el carácter de la organización religiosa, las fiestas y la relación existente entre el rito, el calendario y la escritura

La religión era un conjunto general de actividades de grupo necesario para la salvaguardia social y económica de la tribu y el sacerdocio era una fuerza de gran importancia en la orientación de la vida comunal. En las sociedades primitivas sencillas había dos jefes ejecutivos, uno para la guerra y otro para los asuntos religiosos. Ignoramos si el sacerdocio comprendía seglares que desempeñaban actos rituales en ceremonias determinadas, o si existía un grupo instituído cuya vida toda se dedicaba a fines religiosos. Es probable que individuos escogidos desempeñaran originalmente los deberes religiosos de la tribu, además de sus obligaciones civiles; pero a medida que la cultura azteca se tornó compleja, la diversidad de sus actividades dio forma a un cuerpo permanente de funcionarios.[1]

En Tenochtitlán el Jefe de los Hombres y la Mujer Serpiente tenían deberes duales con relación a los asuntos civiles y religiosos; el primero dirigía activamente los servicios, y el último vigilaba los templos, la forma de los ritos y los asuntos interiores del sacerdocio. Dos altos prelados dirigían las actividades del culto en honor del Dios de la Guerra, Huitzilopochtli y del Dios de la Lluvia, Tláloc, las divinidades principales que se veneraban en esta ciudad. Se llamaban *Quetzalcóatl-Tótec-tlamacazqui* y *Quetzalcóatl-Tláloc-tlamacazqui.* Se les daba el nombre de Quetzalcóatl quizás como un título honorífico en recuerdo del Dios de la Civilización y del Saber, que era el arquetipo del ideal sacerdotal. Los segundos nombres hacen referencia a los dioses del culto respectivo, y la tercera palabra significa sacerdote. Seguían en importancia, después de estos dos funcionarios, un tercero, *Mexicatl-Teohuatzin* quien, como un vicario mayor, vigilaba los asuntos religiosos en general de la ciudad-estado y de los pueblos conquistados. Dos ayudantes se ocupaban de la instrucción en las

escuelas para los ciudadanos-guerreros y para sacerdotes y otros funcionarios intervenían en las ceremonias del pulque.[2]

Seguían en categoría los sacerdotes que tenían a su cargo el culto, el templo y el rito de cada dios o diosa en particular y quienes usaban en las ceremonias los atavíos de la divinidad a quien personificaban en la tierra. Tenían, a su vez, una multitud de ayudantes formados por aspirantes al sacerdocio, lo más bajo de la escala jerárquica. Al parecer, también había sacerdotisas y escuelas para su instrucción, en combinación con ciertos templos. Como es de esperarse, existía una intensa práctica de actos mágicos, como acompañamiento de una religión que había alcanzado un elevado ritual, más allá de la comprensión de las masas, y que se ejecutaba por hechiceros profesionales, hombres y mujeres. Indudablemente, muchos de estos ritos no autorizados tenían su raíz en las etapas más primitivas del desarrollo azteca y en los tiempos modernos las poblaciones indígenas persisten en muchas de sus antiguas prácticas mágico-medicinales, a pesar de que la religión formal de los aztecas ha sido casi completamente desarraigada.

Los sacerdotes, sin embargo, dirigían la vida intelectual de la tribu; creaban las prácticas rituales y de tal manera inculcaban la realidad de la fuerza y de la proximidad de los dioses en la mente del pueblo, que hasta las artes estaban dedicadas fundamentalmente a la expresión del sentimiento religioso. Los complicados cómputos astronómicos y matemáticos que sujetaban el calendario solar y religioso al paso de las estaciones, eran también del dominio del sacerdocio. Los sacerdotes dirigían a los danzantes, que al representar acontecimientos mitológicos, ejecutaban una especie de teatro de masas. La vida azteca se convirtió, bajo una dirección jerárquica, en un modelo de ritual rítmico, y este ceremonial continuo servía de manera decisiva para instituir a los sacerdotes como intérpretes del mandato divino. Se tiene la impresión de que los sacerdotes nunca mostraron su poder temporal abiertamente. Investidos, como estaban, de los medios para interpretar la voluntad divina en sus propias manos, tenían que seguir las imposiciones del rito mucho más estrictamente que las masas. Si se fuera a buscar una palabra única para describir al gobierno, ésta sería teocracia: los dioses mandaban; los sacerdotes interpretaban y eran intermediarios y el pueblo obedecía, no a los sacerdotes, sino al ritmo de la acción por la cual los dioses tenían vida.

El calendario era la médula de la religión, arreglado en dos sec-

ciones: una sucesión ritual de los días, el *tonalpohualli* (Cuadros XIII-XVI) y el calendario solar (Cuadro XVII), dividido en dieciocho meses de veinte días y un período infausto de cinco días, en el cual los nombres de los meses hacen referencia a las cosechas, e indican el origen agrícola de esta manera de computar el tiempo. Una combinación de los dos sistemas permitía la numeración de los años, que no se contaban en una escala infinita, como entre nosotros, sino en unidades cíclicas de cincuenta y dos años.[3]

El *tonalpohualli*, que a veces se confunde con el *tonalámatl*, debido a que quedó registrado en dicho libro, era un calendario sagrado que cubría un período de 260 días, cuya significación puede haber sido mágica o quizá de un origen astronómico hasta la fecha sin explicación. Se componía de los veinte nombres de los días del mes azteca, combinados con los números uno al trece (Cuadro XI). Siempre que terminaba la serie de números se repetía ésta, arreglo que también se seguía para la lista de los días. De esta manera el día décimocuarto



Fig. 39. Signos de los días aztecas según los códices.

Cipactli Cocodrilo	*Ehécatl* Viento	*Calli* Casa	*Cuetzpallin* Lagartija	*Cóatl* Serpiente
Miquiztli Muerte	*Mázatl* Venado	*Tochtli* Conejo	*Atl* Agua	*Itzcuintli* Perro
Ozomatli Mono	*Malinalli* Hierba	*Acatl* Caña	*Océlotl* Jaguar	*Cuauhtli* Águila
Cozcaquiuhtli Zopilote	*Ollin* Movimiento	*Técpatl* Cuchillo de pedernal	*Quiauitl* Lluvia	*Xóchitl* Flor

de los veinte de la lista, recibía el número uno y así sucesivamente hasta siete, para el día vigésimo. Entonces, cuando volvía a comenzar la serie de los nombres de los días, al primer nombre se le daba el número ocho. De esta manera dentro del período de 260 días, cada día se distinguía por la combinación de uno de los veinte nombres, con uno de los trece numerales. A la terminación de cada período comenzaba otro inmediatamente, como se muestra en el Cuadro XI.

Este período sagrado estaba dividido, además, en veinte semanas de trece días cada una (Cuadro XII). Cada semana comenzaba con el número uno y con el nombre del día correspondiente de acuerdo con la rotación de la secuencia. De esta manera dentro del período *tonalpohualli* ningún día de una semana podía confundirse con el de otra, puesto que el nombre y el número unido a él impedían la repetición.[4]

Un dios o diosa presidía cada uno de los días de la lista de veinte (Cuadro XIII) y cada una de las veinte "semanas" (Cuadro XIV). Los dioses de las semanas seguían el mismo orden que los dioses de los días, con la excepción de que el dios del día décimoprimero se borraba de la lista moviendo los restantes en orden, un lugar cada uno. El día vacante que resultaba en la semana vigésima, se llenaba por dos divinidades que ejercían su dominio juntas. A veces había un refinamiento más por medio del cual los nueve dioses y diosas se sucedían unos a otros en el gobierno de las noches del *tonalpohualli*, o período sagrado (Cuadro XVI). Finalmente, trece de estos dioses influían sobre las trece estaciones del día azteca (Cuadro XV) y nueve de ellos regían en las horas nocturnas (Cuadro XVI). Los nombres y caracteres de estas divinidades se exponen en los cuadros que se acompañan.

La disposición de los dioses tenía que conciliarse y reverenciarse por los sacerdotes en el momento apropiado; pero el individuo podía, antes de embarcarse en una empresa, encontrar la divinidad apropiada para aplacarla el día en que la emprendiese. No es probable que el creyente común honrara diariamente todos los dioses, como el católico no reza diariamente a todos los santos del calendario; los veneraba según su propia necesidad espiritual del momento.

Ha sobrevivido un buen número de los *tonalámatl*. Estos libros de referencia para guía de los sacerdotes están hechos de papel de corteza prensada del amate o higuera silvestre, aunque algunas copias poscortesianas se hicieron en papel europeo. Un antiguo libro con-

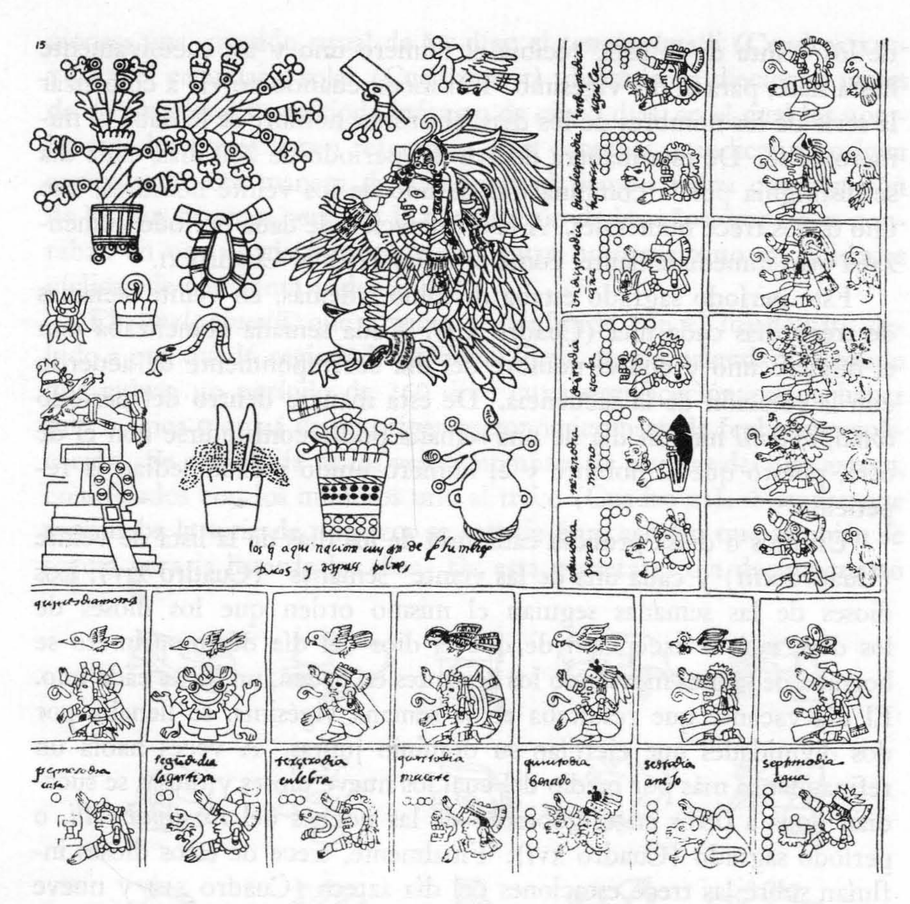


Fig. 40. Página del Tonalámatl del Códice Borbónico. En la división mayor aparece la diosa Iztpapálotl presidiendo la 15ª semana, 1 Casa. El árbol roto significa Tamoanchan, una patria legendaria; la casa que se ve debajo, con un hombre sobre ella, el símbolo de la noche en la puerta y la araña encima, representa el reino de las tinieblas. Los demás símbolos son ofrendas. Las pequeñas divisiones rectangulares se refieren a los días y sus dioses. Los signos de los días y sus números se encuentran en la parte inferior izquierda, junto con 1 Casa, y terminan en la parte superior izquierda, con 13 Águila. En el cuadro de cada día está dibujado un dios de la noche, empezando con Piltzintecuhtli y terminando con Chalchihuitlicue (véase Cuadro XVI). Los cuadrados que se encuentran sobre la serie inferior y a la derecha de la serie vertical representan los dioses de las horas del día y sus pájaros, comenzando a la izquierda con Xiuhtecuhtli y terminando en la parte superior con Ilamatecuhtli (véase Cuadro XV).

sistía en una larga tira de papel que se preparaba para pintar sobre él y después se doblaba como un biombo para facilitar su manejo. A veces solamente una, generalmente dos páginas se dedicaban a cada semana. Un gran dibujo policromado representaba la divinidad que

regía la semana y otras figuras representaban dioses secundarios y objetos relacionados con su culto, tales como espinas, incensarios, altares y otras cosas semejantes. El resto del espacio se dividía en rectángulos en los que se pintaban los indispensables trece nombres y números de los días, los dioses y diosas asociados con ellos y a veces sus *nahuales*, la forma de pájaro o de animal que los dioses podían asumir. Evidentemente sólo los iniciados podían hacer uso de esta información que existía en forma de imágenes, sin texto explicativo. Sin embargo, es una gran suerte para los mexicanistas que algunos frailes anotaran, después de la conquista, algunos de estos manuscritos de acuerdo con las explicaciones de informantes indígenas.[5]

Las grandes ceremonias aztecas se celebraban, sin embargo, de acuerdo con el año solar, que se componía de dieciocho meses de veinte días y un período de cinco días que se consideraba nefasto (Cuadro XVII). Los meses tenían nombres que se referían a la agricultura y los días del mes se distinguían por números, además del nombre y número de su *tonalpohualli* descrito arriba. Los años se identificaban de acuerdo con los dos métodos, ya que se les designaba por el día del *tonalpohualli* en que comenzaba el año.[6]

Solamente cuatro de los veinte nombres de los días podían comenzar el año, como lo demostrará un sencillo cálculo matemático. Trescientos sesenta y cinco (número de días del año) dividido por veinte (total de los nombres de los días) arroja una diferencia de cinco, así es que, de los veinte nombres de los días, solamente cuatro pueden comenzar el año. Casa, Conejo, Caña y Cuchillo de Pedernal, deben repetirse siempre como día primero de año, pues son el tercero, octavo, décimotercero y decimooctavo días de la lista, quedando separados entre sí por cinco números. En ese trece, la cantidad de números disponibles se divide entre 365 con un remanente de uno, aumentando en uno el número del día de cada año nuevo. De esta manera los años se distinguían numéricamente: 1 Conejo, 2 Caña, 3 Casa, 4 Cuchillo de Pedernal, 5 Conejo y así sucesivamente hasta que el número trece y los cuatro nombres de los días comenzaban a repetirse, lo que sucedía después de cincuenta y dos (13×4) años. Ésta es la razón matemática del ciclo azteca o unidad mayor de tiempo; y en el Valle de México no progresaron más en la distinción entre ciclos, excepto indirectamente. En consecuencia, hay la misma clase de confusión al referirse a acontecimientos que la que resultaría si nosotros designáramos los años de cada siglo sin distinguir el número de éstos antes

o después de Cristo; así es que el descubrimiento de América se registrará como 92, y la declaración de independencia como 76, y solamente un conocimiento minucioso de la historia nos capacitaría para fijar los acontecimientos en su relación adecuada con los siglos XV y XVIII.

El rezago que hay entre el año del calendario y el solar, que nosotros compensamos agregando un día cada cuatro años, el 29 de febrero, era difícil de ajustar de acuerdo con las normas aztecas, puesto que la cuenta del tiempo dependía fundamentalmente de la ordenada secuencia matemática de los días. Algunas autoridades creen que los aztecas dejaban que el calendario se atrasara; otras que se hacían compensaciones en el período nefasto de cinco días; una tercera opinión interpreta la celebración de una fiesta que tenía lugar cada ocho años como indicación de que se introdujo un día sin fecha, no reconocido en el *tonalpohualli* del año, pero celebrado con ritos especiales.[7]

De cualquiera manera que se haya resuelto el problema del año bisiesto, la terminación de un ciclo y el comienzo de uno nuevo se

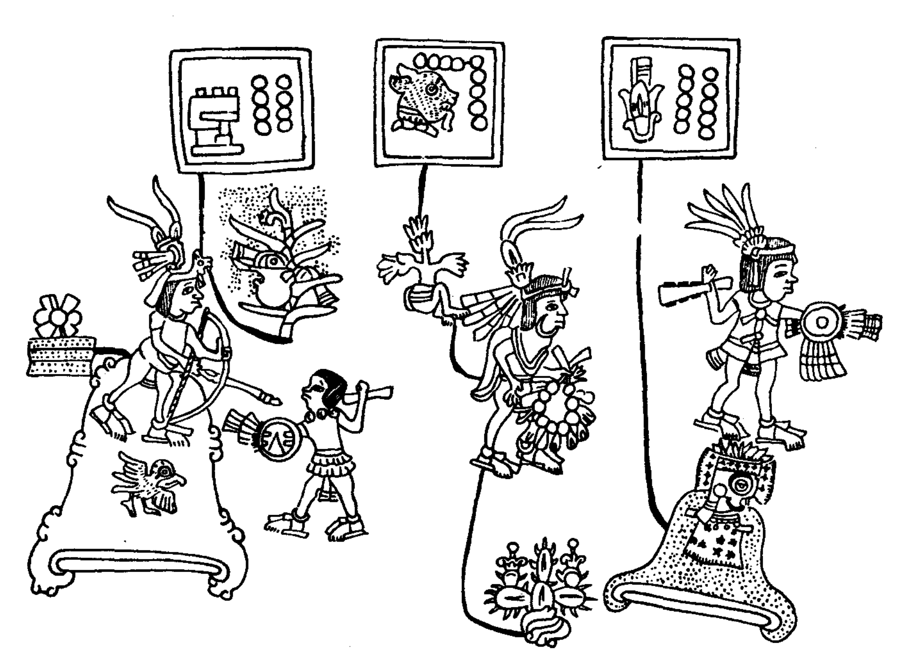


Fig. 41. Conquistas de Moctezuma II; para su interpretación véase la Fig. 32.

celebraba con gran pompa cada año, escogiéndose por razones rituales el 2 Caña como primer día de cada ciclo. En la zona Mixteca-Puebla los *tonalámatl* prueban que los sacerdotes observaron al planeta Venus y registraron un Año de Venus de 584 días. Al fin de dos ciclos (104 años) se celebraba una tremenda ceremonia de gran importancia ritual, debido a que coincidían al mismo tiempo el comienzo de un cómputo de Venus, el cómputo solar, el de un ciclo de cincuenta y dos años y un *tonalpohualli.* El hecho de que pudieran reunirse cuatro ritmos místicos que afectaban tan diversos aspectos del universo y los dioses que les estaban consagrados, debe haber producido gran satisfacción y motivado el más desbordante regocijo en un pueblo para el cual la norma y la forma tenían tan gran importancia.[8]

Aunque los aztecas del Valle de México no emplearon el cómputo de Venus, celebraban el cambio cíclico con ceremonias muy importantes. Interpretaban el cambio de un ciclo a otro como la terminación de una vida y el comienzo de otra nueva. El considerar que la naturaleza podía detener la continuidad de su existencia infundía al rito una profunda solemnidad. La Ceremonia del Fuego Nuevo se simbolizaba por la extinción del fuego del altar antiguo, que había ardido continuamente durante cincuenta y dos años y encendiendo otro nuevo, en prueba de la nueva concesión de vida.[9] (Véase Lám. 29, fila superior).

Durante los cinco días nefastos *(nemontemi)* del último año, el pueblo dejaba apagar sus fuegos y destruía sus enseres domésticos. Mientras esperaba la catástrofe, ayunaba y se lamentaba. Las mujeres preñadas eran encerradas en graneros por temor de que se convirtieran en animales salvajes y a los niños se les hacía caminar y se les conservaba despiertos por temor a que el dormir en esa noche fatal los convirtiera en ratas.

A la puesta del sol los sacerdotes ascendían al Cerro de la Estrella, antiguamente conocido con el nombre de Huitzachtécatl, con vestiduras solemnes representativas de todo el cortejo del panteón azteca. Aquél es un cráter volcánico extinguido que se eleva bruscamente del nivel del valle y es visible desde casi todas partes. En la cima del templo los sacerdotes escudriñaban ansiosamente el cielo a medida que pasaba la noche, esperando la hora en que determinada estrella o estrellas, Aldebarán o las Pléyades, llegaran al centro del cielo para dar la señal de que el mundo continuaría.



[illegible] Sacrificio al sol.

En el preciso momento en que estas estrel[illegible]saban el meridiano, los sacerdotes tomaban unos aperos de madera y encendían un fuego nuevo en el pecho abierto de una víctima que con ese fin se acababa de sacrificar. El pueblo (sacerdotes, caciques y plebeyos) deliraba de felicidad. Los corredores encendían antorchas en el fuego nuevo y volvían a encender los altares en los templos de todos los pueblos y aldeas, de donde el pueblo llevaba lumbre para sus hogares. Los veloces portadores de antorchas corrían a través de la noche como luciérnagas, llevando a todos los hombres, mujeres y niños la promesa de una nueva vida. Con la aurora, grata más que nunca por haber satisfecho la piedad de una nación, el pueblo se reanimaba, renovaba sus templos, restauraba sus casas y hacía nuevos utensilios para usos religiosos y domésticos. Se celebraban festines con comidas especiales y los sacrificios, tanto con derramamiento de sangre propia como de los prisioneros, revelaban la medida de la gratitud popular.

Otra ceremonia impresionante se celebraba en el día 4 Terremoto (o Movimiento), signo de la edad presente, y simbolizaba el paso del

sol por los cielos. Al amanecer, un prisionero ataviado como Tonatiuh, el Dios Solar, ascendía a la plataforma donde estaba colocada la Piedra del Calendario. Cuatro sacerdotes extendían a la víctima y otro más le abría el pecho para arrancarle el corazón, como una ofrenda a los dioses. El pueblo estaba de fiesta hasta el mediodía, hiriéndose las orejas y el cuerpo con hojas de obsidiana. En la tarde, los Caballeros Águila y los Caballeros Tigre, consagrados al culto solar, tomaban parte en una danza, dramatización de la guerra sagrada, en la que se daba muerte al sol, que renacía al día siguiente. La danza culminaba en un sacrificio gladiatorio. Caballeros Águila y Caballeros Tigre escogidos, armados con armas verdaderas, mataban a un guerrero cautivo escogido por su alto rango militar, a quien se amarraba a una piedra circular que representaba el disco solar y quien se defendía solamente con armas fingidas.[10]

En relación con el culto del Dios Xipe se celebraba una curiosa clase de sacrificio, que puede ser el origen del sacrificio de la flecha que se hace en honor de la estrella de la mañana por los indios pawnee de las llanuras occidentales de Estados Unidos. En el rito mexicano la víctima era amarrada al patíbulo y los sacerdotes lo mataban con arcos o con *atl-atls*.[11]

Los aztecas celebraban una ceremonia horripilante en honor de Huehuetéotl, Dios del Fuego. Los prisioneros de guerra y sus aprehensores tomaban parte en una danza en honor del dios y al día siguiente los cautivos ascendían a lo alto de la plataforma donde se les arrojaba *yauhtli* (iztafiate) en la cara, polvo que los anestesiaba para que no se dieran cuenta de su terrible destino. Después de preparar

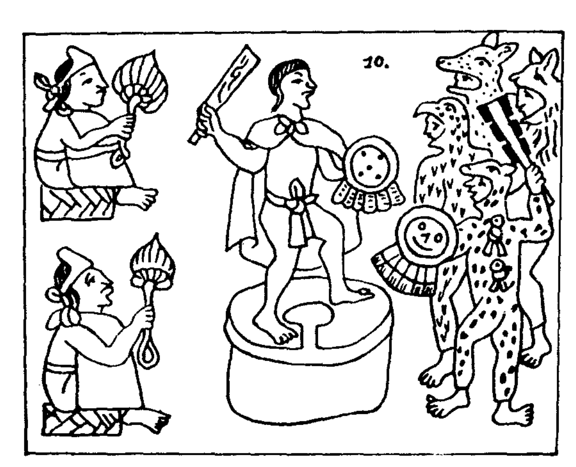


Fig. 43. Un prisionero de guerra combate en una lucha ceremonial contra miembros de las diversas órdenes guerreras.

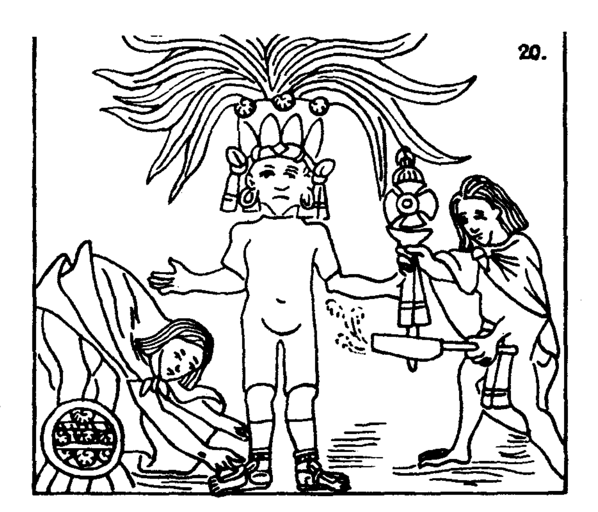


Fig. 44. Una víctima es vestida de manera apropiada, colocándole el penacho adecuado, el escudo y el espejo mágico a fin de que represente el papel de Tezcatlipoca.

un gran fuego, cada sacerdote se apoderaba de un cautivo y atándole manos y pies, se lo colocaba en la espalda. Alrededor de las brasas quemantes se celebraba una danza macabra y uno por uno iban arrojando su carga a las llamas. Antes de que la muerte pudiera intervenir para poner fin a sus sufrimientos, los sacerdotes enganchaban al cautivo con grandes garfios y arrancaban el corazón de los cuerpos ampollados.[12]

En contraste con la endurecida brutalidad del sacrificio del Fuego, la ceremonia en honor del dios Tezcatlipoca era impresionantemente dramática, matizada con el sentimiento conmovedor con que vemos la supresión deliberada de una vida. Un año antes de su ejecución se escogía al prisionero de guerra más hermoso y valiente. Los sacerdotes le enseñaban modales regios y mientras se paseaba tocando melodías divinas en su flauta, recibía los homenajes que se le tributaban al mismo Tezcatlipoca. Un mes antes del día del sacrificio cuatro doncellas encantadoras, ataviadas como diosas, se convertían en sus compañeras y lo complacían en todos sus deseos. El día de su muerte se despedía de sus llorosas consortes, para encabezar una procesión en su honor que se distinguía por el júbilo y los festines. Después decía el último adiós al brillante cortejo y entraba a un pequeño templo, acompañado de ocho sacerdotes que lo habían atendido todo el año. Los sacerdotes subían primero las gradas del templo y él los seguía, rompiendo en cada grada una flauta que había tocado en las horas felices de su encarnación. En lo alto de la plataforma los sacerdotes lo tendían en la piedra de los sacrificios y le arrancaban

el corazón. En consideración a su calidad divina anterior, su cuerpo era conducido, no arrojado ignominiosamente por la escalera; pero su cabeza iba a reunirse con los otros cráneos ensartados en una empalizada colocada junto al templo.[13]

Cada uno de los grandes sacrificios mensuales tenía una significación dramática. En el Cuadro XVII se expone una lista de las fiestas principales, de los nombres de los dioses que en ellas se celebraban y el mes en que tenían lugar. Varios autores se han servido de las incomparables narraciones de Sahagún para describir los complicados ritos que como un ejemplo hemos expuesto aquí brevemente. Fácilmente puede comprenderse que los elementos de tiempo, preparación y elaborada factura de los vestidos, deben haber absorbido una gran parte de los recursos de la tribu. Los tentáculos del ritual se extendían sobre todas las actividades tribales, así es que aun los juegos y los deportes se transformaban en actos con significado religioso, aunque es indudable que los participantes se divertían grandemente en su práctica.

El juego de pelota, *tlachtli*, era de esta clase, y se jugaba en un patio que tenía la forma de una H mayúscula acostada. A ambos lados del travesaño de la H se extendían los muros y en el medio de cada uno se insertaba verticalmente un anillo de piedra o de ma-

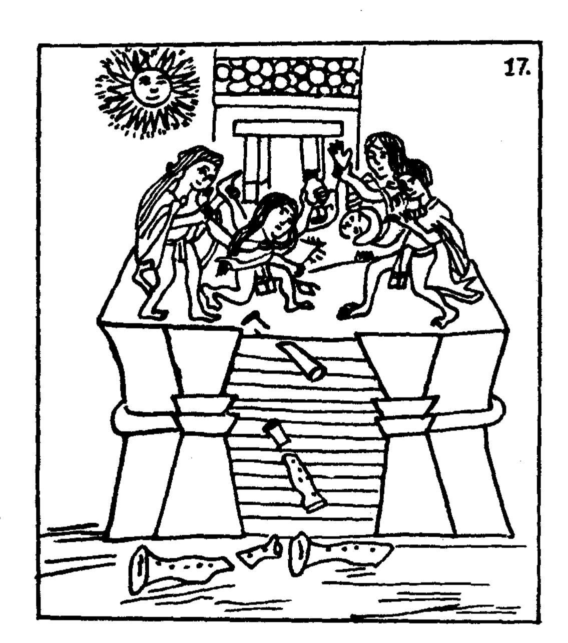


Fig. 45. La víctima de la Fig. 44 es sacrificada al cabo de un año. Obsérvense las flautas que fue dejando caer a medida que sube la escalinata.

dera, a diferencia de la posición horizontal del aro del *basket ball*. Los jugadores trataban de pasar a través de este anillo una pelota de hule macizo, a la cual sólo le podían pegar con los codos, las caderas o las piernas. Debe haber habido otros métodos de señalar puntos además del que se acaba de indicar, pues éstos, naturalmente, raras veces se lograban —tan es así que cuando esto sucedía los jugadores y sus partidarios tenían el derecho de quitar a sus adversarios los vestidos que llevaban—. Este deporte se jugaba por todas partes, habiéndose encontrado lugares donde se practicaba desde la República de Honduras hasta el sudeste de Arizona; y tiene un interés especial para nosotros porque la primera descripción del hule, tan importante

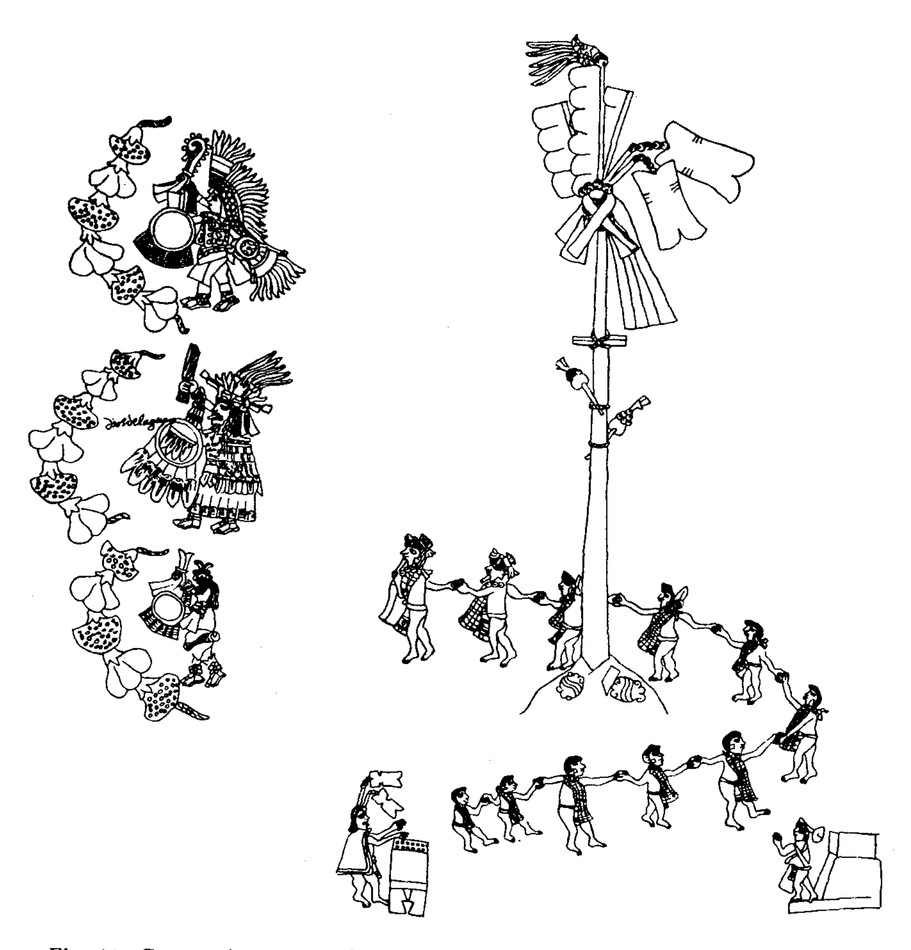


Fig. 46. Ceremonia que se celebraba mensualmente, según el Códice Borbónico.

en nuestra economía moderna, fue hecha cuando Oviedo escribió en el siglo XVI acerca del juego y de la pelota que empleaban sus practicantes.[14]

También había juegos de azar a los que se daba un significado semisagrado. En uno de estos juegos, el *patolli*, se empleaba un tablero en forma de cruz, con espacios lineales, que podría considerarse como una versión antigua del parcasé *(parchesí)* de nuestra infancia. El dios de todos los juegos, Macuilxóchitl, Cinco Flor, aparecía representado a veces en relación con jugadores de *patolli*.[15]

Otro pasatiempo importante consistía en la erección de un alto poste en cuyo extremo superior se colocaba una plataforma giratoria. Hombres vestidos como dioses, o como las aves en que éstos se transformaban y sujetos por cuerdas envueltas alrededor de la plataforma, se lanzaban al espacio. A medida que hacían esto, las cuerdas, desenrollándose, hacían girar la plataforma y los ejecutantes, que describían círculos, ofrecían el aspecto de estar en pleno vuelo. Cada vuelta acercaba al suelo a los hombres pájaros y debían, al cambiar su centro de equilibrio y ajustar sus alas, producir el efecto de pájaros planeando que se elevaban y caían. Esta modesta aplicación del principio del deslizamiento debe haber proporcionado un espectáculo lleno de color y belleza. La ceremonia se ejecuta aún en algunas partes de México, y el Volador, o lugar para los vuelos, en Tenochtitlán, era, hasta fecha muy reciente, el asiento del "Mercado de los Ladrones", en la ciudad de México.[16]

La práctica de los sacrificios humanos en el acto ritual más sencillo de acción de gracias ofrece un repugnante contraste con el espíritu con que se llevaban a cabo estos ritos. Sin embargo, la conducta social y religiosa está concebida para conservar la existencia humana y asegurar el bienestar del hombre, sin reparar en la desviación que puedan tener los medios. De aquí se desprende que la idea de sacrificar preciosas posesiones para alcanzar tales fines debe haber conducido a la ofrenda del más preciado de todos los dones, la vida humana; eso es lo que el hombre lucha más ardientemente por conservar. Estos ejemplos de sacrificios humanos se presentan abundantemente en los sistemas religiosos del mundo y nosotros conservamos en nuestra propia cultura el concepto del martirio, ya se realice por medios voluntarios o involuntarios, como un acto de virtud. El hermosísimo ejemplo del Salvador transmuta a los planos espirituales más altos la idea del sacrificio por el bien de la humanidad.

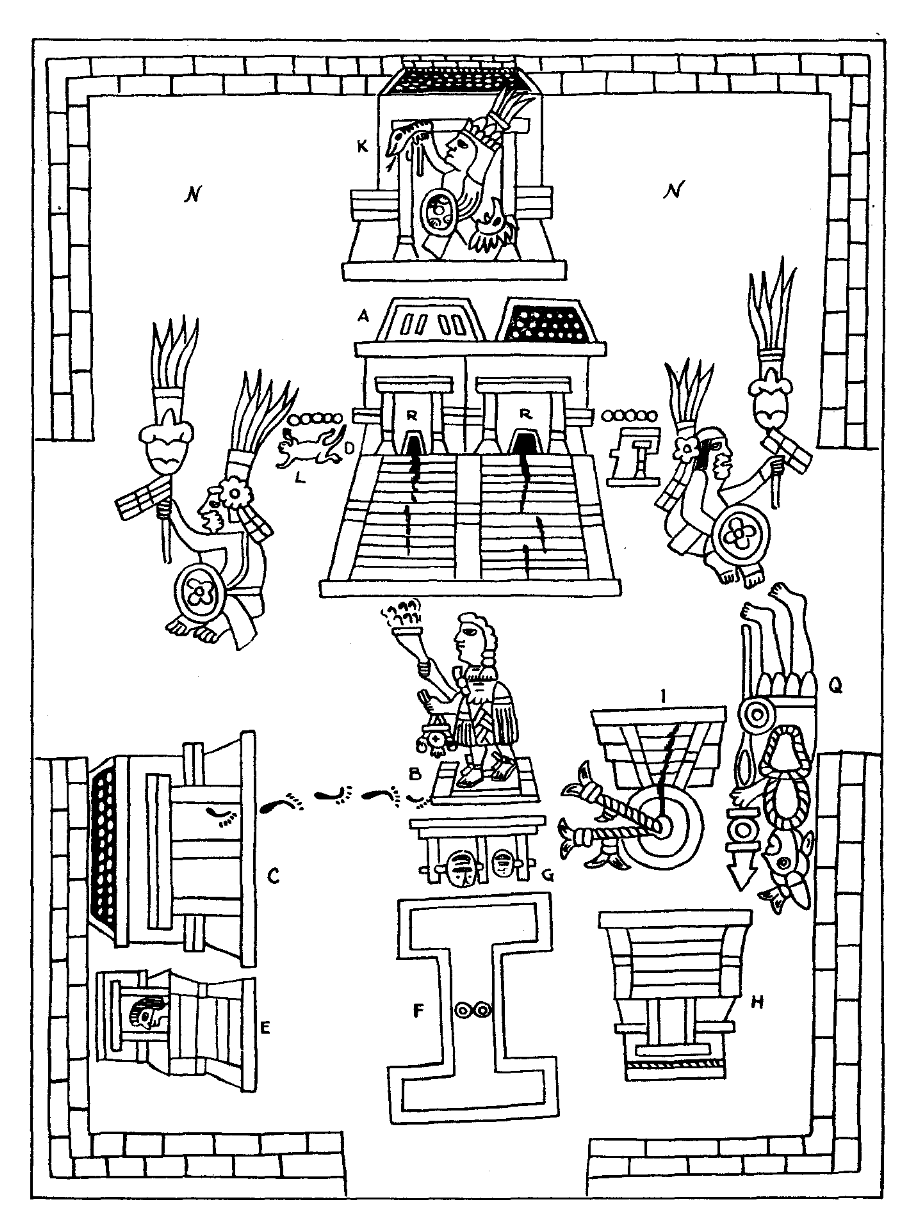


Fig. 47. Plano de Tenochtitlán, según el Códice Florentino. *A*, altares de Huitzilopochtli y Tláloc. *B*, sacerdote; *C*, residencia de sacerdotes; *D*, plataforma del templo; *E*, residencia de caballeros Águila; *F*, juego de pelota; *G*, empalizada de cráneos; *H*, templo de Xipe; *I*, piedra del sacrificio; *K*, antiguo templo de Huitzilopochtli; *L*, 5 Lagartija (fecha) y Macuilxóchitl, dios de las flores; *M*, 5 Casa (fecha) y el mismo dios; *N*, lugares para danzas; *P*, puertas que dan entrada al recinto sagrado; *Q*, imagen de Xipe.

Los aztecas no alcanzaron este nivel espiritual, pero el símbolo de sus sacrificios tiene, sin embargo, su propia belleza bárbara. Pensaban que para que el hombre sobreviviera, los dioses que permitían su existencia debían también vivir y fortalecerse. Estos dioses, sin embargo, recibían su mejor alimentación de la más preciosa de las ofrendas, los corazones de los hombres. De esta manera surgía un círculo vicioso que conducía al sacrificio en una escala creciente. Los dioses demostraban a los aztecas su favor y su fuerza, permitiéndoles prosperar; pero los aztecas, por su parte, tenían que sacrificar corazones a los dioses para conservar su buena voluntad. Una gran parte de la prosperidad tribal provenía de los éxitos militares, así es que los sacrificios más gratos eran los corazones de los adversarios, lo más difícil de adquirir puesto que no se podía hacer prisioneros sin una victoria militar. Un éxito en la guerra sólo se podía alcanzar, por otra parte, granjeándose el favor divino. De esta manera el sacrificio conducía a la guerra y la guerra nuevamente al sacrificio, en una progresión creciente. En el capítulo siguiente describiremos el efecto de esta práctica en los asuntos exteriores.

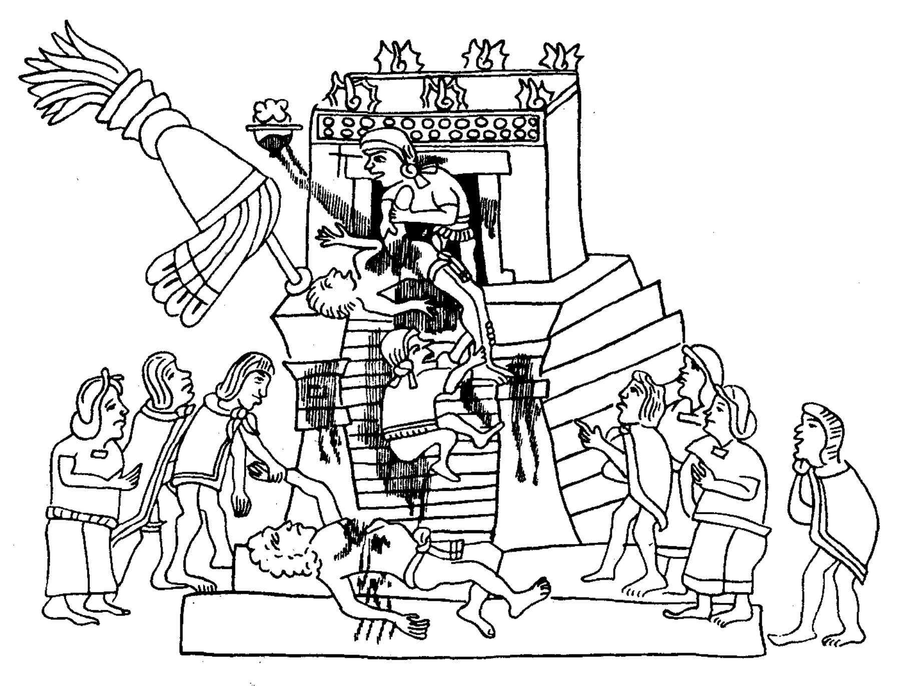


Fig. 48. Sacerdotes y seglares sacrifican dos víctimas al dios de la guerra.



Fig. 49. Canibalismo ceremonial. Evidentemente el autor del dibujo nunca participó en una fiesta semejante, muy común antes de la conquista. *(Códice Florentino.)*

Los prisioneros de guerra eran la ofrenda más estimada, y mientras más valientes y de más alto rango eran éstos, en más se la tenía. Los esclavos eran muertos en ceremonias secundarias y en raras ocasiones se mataba a mujeres y a niños en los ritos de la fecundidad, para asegurar el crecimiento de las plantas por los poderes de la magia refleja. A veces se practicaba el canibalismo ritual, en la creencia de que el que se comía a un hombre podía absorber las virtudes del comido: pero este rito no puede considerarse un vicio. El derramamiento de la propia sangre era otro procedimiento para procurarse el favor divino. El pueblo ejecutaba horribles penitencias tales como mutilarse a sí mismos con cuchillo o pasar por su lengua un hilo con espinas de maguey ensartadas. Mientras más alta era la posición social del individuo y mientras más conocimientos tenía, consecuentemente, de las prácticas rituales, con más rigor llevaba los ayunos, penitencias y torturas impuestas por la religión. Los sacerdotes eran, por lo tanto, más conocedores de su responsabilidad social, y por el rigor de sus propias vidas se esforzaban por conseguir el bienestar de la tribu.[17]

Las escrituras pictóricas de los aztecas consideran a los sacrificios humanos y a las penitencias como cosa natural, aunque pocas veces revelan el número de las víctimas. Efectivamente, sólo uno de esos manuscritos registra las ceremonias mensuales y una copia de otro, hecha después de la conquista, revela el sacrificio de veinte mil personas como ofrenda al agrandarse el templo mayor de México. Los relatos de los españoles y de los indios educados están de acuerdo en esta cifra; pero es difícil en la actualidad comprobar si la piedad cristiana llevó a exageraciones y hasta qué grado. El conquistador

que contó miles de cráneos en las empalizadas de Tenochtitlán, confirma, al parecer, estos otros datos que Las Casas, humanitario y gran defensor de los indios, suprimió en su petición especial de un trato moderado para las poblaciones indígenas de la Nueva España.[18]

Los sacerdotes tenían otros deberes más pacíficos, además de realizar estos actos macabros; también instruían a los jóvenes en los misterios de la escritura y del recuento histórico. La escritura azteca era pictográfica y estaba llegando a la etapa de la fonética silábica, que es una parte importante en la escritura jeroglífica de Egipto. No había alfabeto; pero la representación de un animal o de una cosa podía combinarse con la de otro animal o cosa para dar un tercer significado en términos de su valor fonético, de manera muy semejante a nuestro método de escribir charadas.* Los aztecas escribían el nombre de su capital dibujando una piedra, *tena,* de la cual brotaba un cacto de nopal, o *nochtli,* o el pueblo de Pantepec dibujando una bandera, o *pantli,* sobre una colina convencional, o *tepec.* El color, la posición, los juegos de palabras y las abreviaturas, todos contribuían a registrar sonidos por este medio. Algunos signos convencionales, como huellas de pisadas para indicar viajes o movimientos, el escudo y la macana para representar la guerra, un cadáver atado para significar la muerte, proporcionaban connotaciones sencillas de acciones.[19]

La escritura azteca no proporcionaba medios de hacer exposiciones generales o de expresar ideas abstractas. Sin embargo, la relación completa de los sucesos históricos, escrita después de la conquista, en español o en náhuatl, indica que las tradiciones orales, quizás aprendidas como un canto o saga, completaban estos códices.

Su sistema numérico era vigesimal. Los aztecas contaban por veintenas como nosotros contamos por decenas. Indicaban cantidades hasta veinte por el número necesario de puntos, aunque en la Mixteca se abrevió este sistema empleando barras para representar grupos de cinco. Los aztecas usaban una bandera para indicar veinte, repitiéndola para representar cantidades hasta cuatrocientos, en tanto que un signo representando un abeto que significaba "numeroso

* En el original de Vaillant existe un juego de palabras para ejemplificar la pictografía; éste, al ser traducido al español, carece por completo de sentido. Apegándome a la idea original de Vaillant, propongo en substitución el siguiente, que a mi juicio es correcto. Nosotros podemos escribir: "UN SOLDADO LLAMADO CABEZA DE VACA". Que podemos representar: UN por uno, SOLDADO, por un sol y un dado: LLAMADO, por una llama, y la nota do: y CABEZA DE VACA, por una cabeza de vaca. (T.)

como el cabello", expresaba cuatrocientos (20 × 20). Ocho mil, la siguiente unidad (20 × 20 × 20) se indicaba por un costal, en razón del contenido casi incontable de granos de cacao que pueden caber en un saco.



Fig. 50. Números aztecas y métodos de numeración. *a*, 1, un punto o un dedo. *b*, 20, una bandera. *c*, 400, un signo que representa pelos. *d*, 8000, una bolsa. *e*, 10 máscaras de piedras preciosas. *f*, 20 bolsas de cochinilla para tinte. *g*, 100 bolsas de cacao. *h*, 400 bolsas de algodón. *i*, 400 jarras de miel de tuna. *j*, 800 haces de hojas de goma de copal. *k*, 20 cestas conteniendo cada una 1600 granos de cacao. *l*, 402 mantas de algodón, con la muestra.

Un manuscrito posterior a la Conquista muestra artificios que pueden no haber sido de origen nativo sino adaptaciones europeas del sistema azteca. Por ejemplo, las fracciones se representan obscureciendo segmentos de la cuarta parte, la mitad o las tres cuartas partes de un disco. De manera semejante se indica el cinco o múltiplos de él colorando espacios determinados de la bandera del signo de veinte, y cientos mostrando líneas proporcionadas en el símbolo de cuatrocientos.[20]

Las relaciones aztecas constan de anales de los tiempos antiguos y de acontecimientos contemporáneos, de los cómputos de los años, de los relatos compilados anualmente, de registros específicos para cada año, de libros de cada día y de los relatos cotidianos o diarios.[21] Se han publicado algunas de las historias antiguas y contemporáneas, pero no ha llegado a imprimirse ninguna de las crónicas cortas, aun si sobreviven en alguna biblioteca. Estos relatos son de dos tipos principales. Uno, ejemplificado en el Mapa Tlotzin y en el Códice

Xólotl, expone los acontecimientos, los pueblos o las tribus a que se refiere y los lugares en que tuvieron lugar, designando cada uno por su jeroglífico. Para dar las fechas se agregaban los nombres de los años. Estas crónicas texcocanas son bastante complicadas; pero afortunadamente algunas tienen glosarios agregados después de la conquista.[22] (Véase Lám. 25, fila superior.)

El otro tipo registra la sucesión de los años, uno tras otro, por todo el tiempo que abarca la historia. Los acontecimientos como la conquista o muerte de los caciques se dibujaban en forma apropiada cerca del signo del año respectivo y a veces se les unía por una línea. Este tipo de historia parece circunscrito en su mayor parte a Tenochtitlán. Como la historia tenochca es mucho más precisa después del año 1400 de nuestra era que antes, puede pensarse si la destrucción de los libros ordenada por Itzcóatl no abrió realmente el camino a un nuevo estilo de escritura.[23]

Además de las crónicas y de los calendarios sagrados se llevaban registros tribales. Estos son sumamente útiles para el estudiante moderno, porque los nombres de las poblaciones se inscriben en una columna, en tanto que en el resto de la página se anota la cantidad de oro, ornamentos o telas que se pagaban por tributo. Como es conocida la ubicación geográfica de la mayor parte de estas poblaciones, pueden determinarse los principales productos de cada zona. Otras crónicas representan líneas de descendencia, tierras ocupadas y otros datos esenciales a la economía familiar.[24]

Afortunadamente, después de la conquista los españoles utilizaron los métodos nativos de escritura así como los suyos propios en los registros civiles, tales como listas de contribuyentes, pleitos judiciales y otros por el estilo, a fin de que los indios pudieran entender el código legal español y presentar sus quejas.[25] El fraile Nicolás Téster llegó a hacer un intento de cambiar la escritura pictórica por la silábica —el efecto del Padre Nuestro en glifos aztecas es asombroso.[26] Este fue un plan demasiado engorroso y pronto fue abandonado por la representación de las palabras náhuatl en caracteres romanos. Sin embargo, se debe a este uso de la pictografía azteca el que sobrevivan muchas de sus crónicas, la mayor parte de las cuales, con su acompañamiento oral, fueron copiadas en caracteres romanos tanto en español como en náhuatl. De ellas hemos sacado los conocimientos que tenemos de la historia y de las costumbres aztecas. (Véase Lám. 36.)

La desventaja de la escritura pictórica es su rigidez y su inutilidad en la expresión de ideas abstractas. El cómputo cíclico creó grandes confusiones por lo que hace al ciclo particular en que tuvo lugar un acontecimiento. Para los glifos era esencial el dibujo exacto y cuidadoso, una línea borrosa podía dar lugar a una significación completamente diferente. Sin embargo, la peor característica de la historia escrita azteca era su provincialismo, porque los escribas veían las cosas únicamente en relación con la tribu y no se preocupaban de los sucesos internos de otras comunidades. La escritura pictórica pone de manifiesto cómo los intereses comunales se extendían verticalmente, por decirlo así, de la tribu al panteón. No hay consideraciones de interés horizontal, hacia fuera, por las vidas y las ocupaciones de otros pueblos. La actitud de las comunidades aztecas hacia los asuntos exteriores merece un capítulo especial.

CUADRO SINÓPTICO XI

NOMBRES DE LOS DÍAS Y NÚMEROS DE LOS MESES AZTECAS

1 Cipactli (Monstruo Acuático Mítico, Cocodrilo, Caimán)
2 Ehécatl (Viento)
3 *Calli* * (Casa)
4 Cuetzpallin (Iguana, Lagartija)
5 Cóatl (Serpiente)
6 Miquiztli (Cabeza de Muerte)
7 Mázatl (Venado)
8 *Tochtli* (Conejo)
9 Atl (Agua)
10 Itzcuintli (Perro)
11 Ozomatli (Mono Aullador)
12 Malinalli (Hierba)
13 *Acatl* (Caña)

1 Océlotl (Ocelote)
2 Cuauhtli (Águila)
3 Cozcaquauhtli (Zopilote)
4 Ollin (Movimiento, Terremoto)
5 *Técpatl* (Cuchillo de Pedernal)
6 Quiauitl (Lluvia)
7 Xóchitl (Flor)
8 Cipactli
9 Ehécatl
10 *Calli*
11 Cuetzpallin
12 Cóatl
13 Miquiztli

1 Mázatl
2 *Tochtli*
Etc., etc.

* Los nombres en cursiva son los de los días en que podía empezar el año.

CUADRO SINÓPTICO XII

TONALPOHUALLI: SUCESIÓN DE LOS NOMBRES DE LOS DÍAS, DE LOS NÚMEROS Y DE LAS SEMANAS

Cocodrilo	I 1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7
Viento	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	XVIII 1	8
Casa	3	10	4	11	5	12	6	13	7	XV 1	8	2	9
Lagartija	4	11	5	12	6	13	7	XII 1	8	2	9	3	10
Serpiente	5	12	6	13	7	IX 1	8	2	9	3	10	4	11
Cabeza de Muerto	6	13	7	VI 1	8	2	9	3	10	4	11	5	12
Venado	7	III 1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13
Conejo	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	XX 1
Agua	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	XVII 1	8	2
Perro	10	4	11	5	12	6	13	7	XIV 1	8	2	9	3
Mono	11	5	12	6	13	7	XI 1	8	2	9	3	10	4
Hierba	12	6	13	7	VIII 1	8	2	9	3	10	4	11	5
Caña	13	7	V 1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6
Ocelote	II 1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7
Águila	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	XIX 1	8
Zopilote	3	10	4	11	5	12	6	13	7	XVI 1	8	2	9
Movimiento	4	11	5	12	6	13	7	XIII 1	8	2	9	3	10
Cuchillo de pedernal	5	12	6	13	7	X 1	8	2	9	3	10	4	11
Lluvia	6	13	7	VII 1	8	2	9	3	10	4	11	5	12
Flor	7	IV 1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13

CUADRO SINÓPTICO XIII

DIOSES DE LOS DÍAS DEL TONALPOHUALLI

Día	*Dios*	*Nombre y naturaleza*
1 Cocodrilo	Tonacatecuhtli	Señor de Nuestra Subsistencia, Dios creador.
2 Viento	Quetzalcóatl	Serpiente Emplumada, Dios del Cielo, Dios del Saber.
3 Casa	Tepeyóllotl	Corazón de las Montañas, un Dios de la Tierra.
4 Lagartija	Huehuecóyotl	Coyote Viejo, Chismoso.
5 Serpiente	Chalchihuitlicue	Señora del Manto Enjoyado, Diosa del Agua.
6 Cabeza de Muerto	Tecciztécatl	El del Caracol Marino, Dios de la Luna.
7 Venado	Tláloc	El que hace germinar las cosas, Dios de la Lluvia.
8 Conejo	Mayauel	La de la Planta de Maguey, Diosa del Pulque.
9 Agua	Xiuhtecuhtli	Señor del Año, Dios del Fuego.
10 Perro	Mictlantecuhtli	Señor de la Región de la Muerte, Dios de la Muerte.
11 Mono	Xochipilli	Príncipe Flor, Dios de la Primavera y de las Flores.
12 Hierba	Patécatl	El de la Tierra de las Medicinas, Dios de la Medicina.
13 Caña	Tezcatlipoca o una variante como Itzlacoliuhqui	Espejo Humeante, un Gran Dios, véase Dioses de las Semanas. Cuchillo de obsidiana grabado.
14 Ocelote	Tlazoltéotl	Diosa de la Inmundicia, Madre de la Tierra.
15 Águila	Xipe	Nuestro Señor el Desollado, Dios de las Siembras.
16 Zopilote	Itzpapálotl	Mariposa de Obsidiana, Diosa Estelar.
17 Movimiento	Xólotl o una variante	Doble, Dios Monstruo.
18 Cuchillo de Pedernal	Tezcatlipoca o Chalchiuhtotolin	Espejo Humeante, Gran Dios Ave Enjoyada, Dioses de la Semana.
19 Lluvia	Chantico	En la Casa, Diosa del Fuego Doméstico.
20 Flor	Xochiquetzal	Flor de Pluma, Diosa de las Flores.

CUADRO SINÓPTICO XIV

DIOSES DE LAS SEMANAS DEL TONALPOHUALLI

Comienzo de la Semana	*Dios*	*Nombre*
1 Cocodrilo	Tonacatecuhtli	Señor de Nuestra Subsistencia, Dios Creador.
1 Ocelote	Quetzalcóatl	Serpiente Emplumada, un Dios del Cielo.
1 Venado	Tepeyóllotl	Corazón de las Montañas, un Dios de la Tierra.
1 Flor	Huehuecóyotl	Coyote Viejo, Chismoso, antiguo dios de la tribu otomí.
1 Caña	Chalchihuitlicue	Señora del Manto Enjoyado, Diosa del Agua
1 Cabeza de Muerto	Tecciztécatl	El del Caracol Marino, Dios de la Luna.
1 Lluvia	Tláloc	El que hace germinar las cosas, Dios de la Lluvia.
1 Hierba	Mayauel	La de la Planta del Maguey, Diosa del Pulque.
1 Serpiente	Xiuhtecuhtli	Señor del Año, Dios del Fuego.
1 Pedernal	Mictlantecuhtli	Señor de la Región de la Muerte, Dios de la Muerte.
1 Mono Aullador	Patécatl	El de la Tierra de las Medicinas, Dios de la Medicina.
1 Lagartija	Itzlacoliuhqui	El Cuchillo de Obsidiana Grabado, Dios del Frío.
1 Movimiento	Tlazoltéotl	Diosa de la Inmundicia, Madre de la Tierra.
1 Perro	Xipe Tótec	Nuestro Señor el Desollado, Dios de las Siembras.
1 Casa	Itzpopálotl	Mariposa de Obsidiana, Diosa Estelar.
1 Zopilote	Xólotl	Doble, Dios Monstruo.
1 Agua	Chalchiuhtotolin	Ave Enjoyada, variante de Tezcatlipoca.
1 Viento	Chantico	En la Casa, Diosa del Fuego Doméstico.
1 Águila	Xochiquetzal	Flor de Pluma, Diosa de las Flores.
1 Conejo	Xiuhtecuhtli e Itztli	Señor del Año, Dios del Fuego. Cuchillo de Piedra, Dios del Cuchillo de Obsidiana.

CUADRO SINÓPTICO XV

DIOSES DE LAS HORAS DEL DÍA Y PÁJAROS ASOCIADOS A ELLOS

Dioses del día	*Nombre*	*Pájaros asociados a ellos*
1. Xiuhtecutli	Dios del Fuego	Colibrí Blanco
2. Tlaltecuhtli	Señor de la Tierra, El Monstruo de la Tierra	Colibrí Verde
3. Chalchihuitlicue	Diosa del Agua	Halcón
4. Tonatiuh	El Sol, Dios Solar	Perdiz
5. Tlazoltéotl	Madre de la Tierra	Águila
6. Teoyaomiqui	Guerrero Muerto, Dios Muerto	Lechuza Aulladora
7. Xochipilli	Príncipe de las flores, Dios de las Flores	Mariposa
8. Tláloc	Dios de la Lluvia	Águila Listada
9. Quetzalcóatl-Ehécatl	Dios de la Sabiduría	Gallipavo
10. Tezcatlipoca	Gran Dios	Lechuza de cuernos
11. Mictlantecuhtli	Dios de la Muerte	Guacamaya
12. Tlahuizcalpantecuhtli	Señor de la Casa de la Aurora, Dios Venus, variante de Quetzalcóatl	Quetzal
13. Ilamatecuhtli	La Vieja Princesa, antigua Diosa de la Tierra.	Loro

CUADRO SINÓPTICO XVI

DIOSES DE LAS HORAS DE LA NOCHE Y SUS ATRIBUTOS MÁGICOS

Dioses de la noche	*Nombre*	*Significado*
1. Xiuhtecuhtli	Dios del Fuego	Bueno
2. Itztli	Dios del Cuchillo de Obsidiana	Malo
3. Piltzintecuhtli	Señor de Príncipes, Dios Solar	Bueno
4. Cintéotl	Dios del Maíz	Indiferente
5. Mictlantecuhtli	Dios de la Muerte	Malo
6. Chalchihuitlicue	Diosa del Agua	Indiferente
7. Tlazoltéotl	Madre de la Tierra	Malo
8. Tepeyóllotl	Dios Jaguar o de la Tierra	Bueno
9. Tláloc	Dios de la Lluvia	Bueno

CUADRO SINOPTICO XVII

EL AÑO SOLAR, LOS DIECIOCHO MESES Y LAS CEREMONIAS

Meses, índole climática, fechas gregorianas aproximadas, dioses que los rigen y principales ceremonias

I. Atlcoualco (carencia de agua), terminación de las lluvias [Febrero 12–Marzo 3]. Chalchihuitlicue y Tlaloques. Ceremonias para atraer la lluvia; sacrificio de niños; sacrificio en honor de Xipe con armas sin filo.

II. Tlacaxipeualiztli (desollamiento de hombres), época de las siembras [Marzo 4–Marzo 23]. Dios Xipe. Personificación de Xipe por sacerdotes vestidos con pieles de cautivos; danzas por sacerdotes vestidos con pieles humanas; danzas de la agricultura.

III. Tozoztontli (ayuno corto), necesidad de lluvias [Marzo 24–Abril 12]. Coatlicue y Tlaloques. Sacrificio de niños en honor de los Tlaloques para atraer la lluvia; terminación de los ritos en honor de Xipe, que algunas veces duraban más de un mes.

IV. Huei Tozoztli (ayuno prolongado), adoración del maíz tierno [Abril 13–Mayo 2]. Centéotl y Chicomecóatl. Derramamiento ritual de sangre; adorno de los altares de las casas con plantas de maíz; ceremonia de doncellas con bendición de las semillas de maíz.

V. Tóxcatl (seco o resbaloso), comienza la estación de lluvias [Mayo 3–Mayo 22]. Tezcatlipoca y Huitzilopochtli; ceremonias con la personificación del dios para cualquiera o para ambos de estos grandes dioses (p. 187); sacrificio de niños.

VI. Etzalqualiztli (potaje de frijol), necesidad de lluvias [Mayo 23–Junio 11]. Tlaloques. Robos rituales; ceremonias para atraer la lluvia; rito de la fecundidad, hundimiento de un niño y una niña en una canoa llena de corazones de víctimas sacrificadas.

VII. Tecuhilhuitontli (pequeño festín de príncipes), necesidad de lluvias [Junio 12–Julio 1º]. Huixtocíhuatl. Ceremonia de los *salineros* que sacan este producto del lago; danza femenil con el sacrificio de las sacerdotisas que personifican a la diosa.

VIII. Hueitecuhilhuitl (gran fiesta de gobernantes), adoración del maíz en sazón [Julio 2–Julio 21]. Xilonen. Fiesta de la Diosa del Maíz Tierno; fiesta que dura ocho días; las mujeres usan el cabello suelto por magia refleja; sacrificio de una muchacha esclava que personifica a la diosa; después del sacrificio el pueblo puede comer maíz tierno.

IX. Tlaxochimaco (nacimiento de las flores), primera floración [Julio 22–Agosto 10]. Huitzilopochtli. Festines con pavos y tortas de harina de maíz en honor del dios; grandes danzas en que toman parte hombres y mujeres y en la que los hombres aun tocan a las mujeres; fiesta de los comerciantes en honor de su dios Yacatecuhtli.

X. Xocotlhuetzi (caída de los frutos), calor para la madurez [Agosto 11–Agosto 30]. Xiuhtecuhtli (Huehuetéotl). Sacrificio del fuego (pp. 185-186); competencias entre jóvenes por subir a un alto poste para ganar insignias especiales colocadas en lo cimero.

XI. Ochpaniztli (mes de las escobas), refresco de la Madre Tierra [Agosto 31–Septiembre 19]. Tlazoltéotl o Teteoinan (Toci). Sacrificio de una mujer que personifica a la Diosa del Maíz Maduro; esfuerzos para evitar la tristeza por bufonadas, magia refleja para evitar las lluvias durante la cosecha; desfile de guerreros y distribución de las insignias correspondientes a los grados; simulacros y combates mímicos entre Caballeros Águila y Caballeros Ocelote.

XII. Teotleco (vuelta de los dioses), cosecha [Septiembre 20–Octubre 9]. Tezcatlipoca. Ceremonias para celebrar la vuelta de los dioses a la tierra; el primero que llega es Tezcatlipoca; hay dos ausentes, Xiuhtecuhtli, demasiado anciano para viajar, y Yacatecuhtli, comerciante que vaga fuera de los caminos; embriaguez ritual y sacrificio del fuego.

XIII. Tepeilhuitl (fiesta de las montañas), lluvia [Octubre 10–Octubre 29]. Tlaloques. Ceremonias en honor de los dioses de la lluvia de las montañas, un aspecto de los Tlaloques; empleo de serpientes de madera y figurillas cubiertas con pasta de amaranto; sacrificio de cuatro mujeres y un hombre con el subsecuente rito caníbal.

XIV. Quecholli [pájaro, perdiz (?)], lluvia [Octubre 30–Noviembre 18]. Mixcóatl. Fabricación de armas; penitencia general durante cuatro días; ancianos a quienes se permitía el consumo de licor se abstienen de él así como los maridos de sus mujeres; caza ritual con sacrificios de los animales y fiesta ritual en las colinas.

XV. Panquetzaliztli (fiesta de las banderas), solsticio de invierno [Noviembre 19–Diciembre 8]. Huitzilopochtli. Festivales en honor del Dios de la Guerra; simulación o representación de combates; marca de las impresiones de la mano por cautivos.

XVI. Atemoztli (caída de las aguas), lluvia [Diciembre 9–Diciembre 28]. Tlaloques. Velación y ofrendas a los dioses del hogar;

solsticio de invierno en el momento de la conquista; erección de postes con gallardetes de papel cubiertos con hule.

XVII. Tititl (mal tiempo), estación de la serenidad [Diciembre 29–Enero 7]. Ilamatecuhtli. Sacrificio de una mujer que personifica una diosa; magia refleja para atraer la lluvia por medio del llanto de niños y por medio de golpes que hombres y niños dan a las mujeres, con sacos llenos de paja, para hacerlas llorar el primer día del mes.

XVIII. Izcalli (resurrección), tostadura de las existencias de maíz [Enero 18–Febrero 6]. Xiuhtecuhtli. Cacería ritual; matanza de cautivos cada cuatro años; matanza de pájaros y sacrificio de la flecha en Cuauhtitlán.

Nemontemi (cinco días nefastos), [Febrero 7–Febrero 11].

XII
Asuntos exteriores y guerra

Relaciones de las tribus aztecas entre sí en la paz y en la guerra. Naturaleza del dominio azteca y métodos de organización militar y guerrera

La comunidad o tribu era el centro de la vida política y económica de los aztecas. La existencia dependía del favor de los dioses, quienes participaban de manera directa en el destino de la tribu, en forma tal que la mayor o menor perfección de la estructura ritual constituía una demostración exacta de su prosperidad. La posición de un hombre en la vida cívica de la comunidad tenía un nivel correspondiente en la jerarquía de ésta, puesto que si se sobresalía en el cumplimiento de las obligaciones públicas también era preciso destacar en piedad y en observancia del rito. La base de la subsistencia diaria era la agricultura comunal. En sus primeros tiempos las tribus trataron de alcanzar esta forma de producción, evitando el contacto con otros pueblos y descubriendo nuevas tierras para poblarlas. Hay una afinidad esencial entre la agricultura y el aislamiento político, de la misma manera que el comercio y la manufactura requieren contactos políticos cada vez más amplios.[1]

En la antigua historia del Valle de México parece haber existido una serie de pequeños grupos aislados de pobladores, que practicaban un sistema de cambio que no se conoce bien. La civilización tolteca parece haber alcanzado un desarrollo uniforme en una gran zona cubierta por una población que iba llenando poco a poco un territorio desocupado. En un principio había poco que pudiera provocar la guerra o la conquista. Posteriormente la desintegración interna ocasionó la decadencia de los toltecas y se transformó el aspecto del Valle. En un principio las tribus aumentaron lentamente en número, hasta que hubo densas ocupaciones de territorio anteriormente despoblado; pero en el período chichimeca varios factores arrojaron a los hombres de su propio territorio, uno de los cuales puede haber

sido el exceso de población, otro una vaga inquietud que la obligó a emigrar en busca de nuevas tierras. Aunque la aspiración de cada grupo de inmigrantes bien puede haber sido establecerse y dedicarse a la agricultura en aislamiento pacífico, el proceso mismo de estos movimientos debe haber traído la guerra y los consiguientes reajustes en la organización social.

Durante la época chichimeca, y también a través del período azteca, la unidad política era la tribu, establecida en su propia aldea y alimentada por su tierra propia. Aunque una tribu pueda haber llegado a tener miles de miembros, la aldea haya llegado a transformarse en una ciudad-estado y las tierras comunales ya no bastaran para el sostenimiento de la población, no hubo verdaderos cambios en la organización política. Ningún jefe tuvo el concepto de imperio, aplicado con tanto éxito por los incas del Perú. La experiencia de grupo de los indios era colonizar tierras nuevas, pero, con la única excepción de Perú, nunca incorporar a su propia tribu, por medio de la conquista, a las comunidades más débiles.

Sin embargo, cuando la tribu llegó a ser demasiado difícil de manejar para emigrar en masa, tuvo que hacerse un ajuste entre la población y su abastecimiento alimenticio. Un método consistió en el desprendimiento de parte de la población para unirse a otra comunidad cuyos recursos económicos estaban relativamente poco explotados. Como ejemplo tenemos el caso de los chimalpanecas y de los culhuas, quienes se unieron a la comunidad naciente de Texcoco, con gran beneficio de su cultura material e intelectual.[2] (Véase Lám. 29, fila superior.)

El medio más usual para adecuar los alimentos a la población, consistía en la imposición de tributos a los vecinos más ricos y más débiles. Quinatzin, de Texcoco, instituyó por primera vez este sistema en el norte del Valle, a principios del siglo XIV, y es una cuestión interesante el investigar si la inmigración de los chimalpanecas sugirió esto como una práctica que dio buen resultado en su tierra nativa. Quinatzin indujo a cierto número de poblaciones, por la fuerza de las armas o por la persuasión, a entregarle alimentos de varias clases. Los jefes locales lo reconocieron como un superior pero mantuvieron una completa independencia política. Él, a su vez, otorgó a los jefes vasallos el apoyo completo de su poderío militar. Sin embargo, estos vasallos no conocían la lealtad y estaban siempre dispuestos a rebelarse o a cambiar su alianza a un soberano más poderoso.[3]

Cuando Tezozomoc de Azcapotzalco vio a su tribu crecer hasta el punto en que tenía que expandirse, se encontró con el sur del valle superpoblado, de modo que le fue preciso desafiar el poderío de Texcoco. Su primer paso fue crear enemistades entre los estados vasallos, después de lo cual pudo emprender una acción contra sus rivales con perspectivas de buen éxito militar. Sin embargo, el dominio de Tezozomoc era tan débil, que fue relativamente fácil para las tribus conquistadas ligarse a la postre y destruir su dominación.

Las alianzas como la formada por Texcoco, Tenochtitlán y Tacuba fueron tan extraordinariamente raras, que se usa como ejemplo de la excelencia del arte político de los aztecas. Podría creerse que la división del botín guerrero en cinco partes: dos para cada uno de los grandes estados y una para Tlacopan, fue válida solamente para la campaña contra Tezozomoc. Después Texcoco y Tenochtitlán emprendieron guerras de mutuo beneficio; pero hubo constantes intrigas con la esperanza de que uno de los dos pudiera vencer al otro y se aprovechara de todas las ventajas del botín recogido. Hacia mediados del siglo XV tanto Tenochtitlán como Texcoco se habían desarrollado hasta el punto en que necesitaban tener otras fuentes de abastecimiento o de lo contrario perecer de hambre, así es que, a causa de esta necesidad común, la alianza persistió.[4]

A despecho del origen común del lenguaje, del pensamiento, de la religión, de las costumbres y de la cultura material, los aztecas no tenían el sentido de la unidad. Tenochtitlán y Tlaltelolco, que estaban dentro de los límites de la actual ciudad de México, vivieron lado a lado durante muchos años en completa independencia. No fue sino hasta 1473 cuando los tenochcas resolvieron conquistar a sus vecinos. Cada población y aldea se bastaba a sí misma, y sus miembros sólo tenían lealtad hacia ella. En la Teotihuacán actual aún persiste este sentimiento: los miembros de un barrio o distrito consideran horribles criminales a los del barrio próximo. Ni aun el sitio de México por los españoles produjo la unidad de los aztecas. Los texcocanos se unieron jubilosamente a los invasores para exterminar a sus primitivos aliados de Tenochtitlán.

Aunque una comunidad era potencialmente hostil a otra, los miembros de ella podían transitar libremente por sus tierras. El comercio de mercancías sencillas fue practicado extensamente desde los primeros tiempos de la Cultura Media. En la época de los aztecas los comerciantes ambulantes llegaron a ser una clase especial, y la se-

guridad de su persona y de sus propiedades, asegurada primero por las ventajas que obtenía cada población por sus mercancías, fue garantizada después por el poderío de las armas aztecas. Los creyentes que iban en peregrinación a determinados adoratorios tenían paso libre y sin molestias y las figuritas de origen extranjero de la Cultura Media son un indicio de que estas jornadas se hacían desde muy antiguo. Especialmente un lugar, Tetelpa, produjo una variedad tan grande de ídolos de un área tan extensa, que debe haber sido un importante centro religioso en los tiempos de la Cultura Media. Sin embargo, ni el comercio ni la religión quebrantaron el sentido de independencia comunal y política en el México Central.

Las relaciones exteriores se centraban en la guerra, que, como hemos visto, era una parte importante de la economía y de la religión aztecas. La misma confusión de motivos que encontramos en nuestra cultura moderna, inducía a la acción militar. Nosotros emprendemos la guerra para obtener ventajas económicas, territoriales y políticas, y, si bien la condenamos en nuestros adversarios, justificamos nuestra propia participación en ella, declarando que luchamos por la libertad, para obtener la libertad de alguien, para propagar la civilización o para asegurar la paz. Nuestros soldados son valientes y alcanzan la gloria, defienden nuestras virtudes sociales y se sacrifican por el bienestar público. Los del lado opuesto son agresores, agentes del mal y pícaros cobardes. Los aztecas practicaban la guerra para defenderse, por venganza y por motivos económicos, que se confundían inextricablemente con la necesidad de víctimas para el sacrificio, indispensables para la adecuada adoración de sus dioses; así es que el principal objeto de la guerra era hacer prisioneros; pero en el fondo de este propósito religioso se escondían los motivos menos elevados de las necesidades políticas y económicas.

El prisionero mismo alcanzaba una posición social, pues iba a un paraíso especial para los guerreros. Un temible jefe tlaxcalteca llamado Tlahuicotl fue escogido para el sacrificio al sol, pero peleó tan hábilmente con sus armas fingidas que mató a algunos de sus adversarios e hirió a un gran número de otros, y habiendo sido perdonado, se le ofreció un puesto oficial en el ejército tenochca. Tlahuicotl, sin embargo, rechazó su perdón y alegremente se sacrificó por el mayor honor y la gloria de esa muerte. Este relato ilustra la actitud individual del guerrero, que no difiere de la del caballero medieval o de la del soldado profesional en nuestra propia cultura.[5]

Las razones de los aztecas para la pelea y sus sanciones sociales y morales para la guerra, no fueron muy diferentes de las nuestras, sólo que nosotros tenemos muchas más, a causa de nuestra superior racionalización. La técnica militar de los aztecas, sin embargo, era definitivamente inferior, puesto que no se desarrolló completamente como instrumento social como en nuestra cultura. La organización del ejército exigía la participación de todo hombre capacitado para ello, bajo la dirección del jefe de la guerra. Sin embargo, a medida que la sociedad azteca se complicó y un mayor número de guerreros entraba en combate, la estructura militar se volvió más rígida.

La unidad de organización era un conjunto de veinte hombres, algunos de los cuales formaban parte de cuerpos mayores, de dos a cuatrocientos, que a grandes rasgos correspondían a nuestros pelotones y compañías. Destacamentos especiales de cuatro a seis hombres, que se encargaban de la exploración y de las incursiones, operaban de manera muy semejante a las patrullas de nuestro sistema militar. El jefe del clan dirigía los grupos más grandes de la misma manera que un coronel maneja a su regimiento. Las tropas del clan se congregaban en cuatro divisiones bajo el mando de los jefes de los cuatro barrios municipales, y los jefes guerreros de la tribu tenían el mando supremo. En un ejército muy numeroso, las tropas de una zona determinada, o barrio, se dividían a veces en brigadas compuestas de las fuerzas de dos o tres clanes.[6]

Los altos funcionarios tribales, el jefe guerrero, los jefes de barrio y los del clan, mandaban los cuerpos más grandes. Los jefes ordinarios y miembros de las órdenes guerreras, los Caballeros Águila, los Caballeros Tigre y una tercera orden que se menciona con poca frecuencia, la de la Flecha, se encargaban de las unidades pequeñas, de acuerdo con su habilidad especial. En otras palabras, los funcionarios ejecutivos de la tribu en tiempos de paz, se convertían en sus funcionarios militares en tiempo de guerra. No se hacía distinción entre funcionarios civiles y militares, porque la tribu actuaba como una entidad, tanto en la paz como en la guerra; no existían ejércitos permanentes.

Los soldados eran los hombres capacitados de la tribu. El *telpuchcalli*, o casa de los jóvenes, por la que pasaban los muchachos a la edad de quince años para recibir instrucción formal acerca de los deberes varoniles, les adiestraba en el manejo de varias armas. No existían ejercicios militares, entendiendo por esto los movimientos

precisos de las tropas modernas, pero las grandes ceremonias mensuales requerían demostraciones militares en las que los guerreros ponían de manifiesto sus habilidades y ejecutaban simulacros. En el combate cada recluta seguía a un guerrero experimentado, de manera muy semejante a como un escudero medieval servía de paje a un caballero armado.

Las armas ofensivas principales eran las macanas de madera con hojas filosas de obsidiana, y la jabalina, que se lanzaba por medio del *atl-atl.* Se empleaba el arco y la flecha, pero en los combates a corta distancia la estrategia azteca prefería las jabalinas pesadas. Algunos preferían la onda y la lanza. En cuanto a las armaduras defensivas se usaban muy comúnmente escudos de mimbre cubiertos con pieles, algunos con pinturas complicadas, o cubiertos con plumas. Los aztecas también inventaron una armadura para el cuerpo hecha de algodón acolchado empapado en salmuera, que cubría todo el cuerpo, a manera de traje enterizo de una pieza. Ésta constituía una protección tan efectiva contra las macanas y los proyectiles que los españoles la adoptaron prontamente, ensalzándola como más fresca y ligera que la armadura de acero.[7] Algunos guerreros usaban cascos de madera ricamente tallados para representar las insignias de las órdenes militares. Éstos tenían un valor decorativo más bien que defensivo y aumentaban la riqueza de las vestiduras que llevaban los guerreros experimentados. El hombre de una tribu tenía derecho a adornar su vestido de acuerdo con sus hazañas; los altos jefes usaban enormes armazones cubiertas con pluma, alheridas a la espalda. Las tribus y aun los clanes usaban insignias especiales, de tal manera que se pudiera distinguir al amigo del enemigo y al jefe del guerrero común. Difícilmente podría usarse el término uniforme ya que la rica variedad y la complacencia con la fantasía individual producían un efecto policromo por el abigarrado atavío de colores brillantes y formas extrañas.[8]

El abastecimiento de estas fuerzas era una tarea en extremo ardua. Cada sección de la ciudad tenía su *tlacochcalco*, o casa de los dardos, almacén en que se guardaban los abastecimientos militares, que estaba situado cerca del templo mayor, cuyos elevados muros constituían una fortaleza natural. A un llamado a las armas, los jefes del clan podían congregar a sus hombres rápidamente y equiparlos en estos lugares de reunión, que también eran centros de la vida religiosa y social de la comunidad.[9]

Una campaña ofensiva era una empresa más seria. No teniendo bestias de carga, los guerreros tenían que transportar sus propios alimentos. Como consecuencia de un sistema de gobierno en el que cada poblado era independiente, los ejércitos no se atrevían a exigir bastimentos en el camino, por temor a provocar revueltas y también porque la mayor parte de las comunidades carecían de alimentos para sostener un gran ejército. De esta suerte, se tenían que hacer negociaciones antes de la guerra, por virtud de las cuales se podían concentrar los abastecimientos y los aliados podían reunirse en el punto más cercano posible a la zona de ataque. Generalmente una sola batalla decidía el resultado, pues las fuerzas atacantes no podían sostenerse en el campo más que muy pocos días. Los cálculos necesarios para emprender una guerra a quinientos o seiscientos kilómetros de distancia, por ejemplo en Oaxaca, eran extraordinariamente complicados y la mayor parte de las fuerzas aztecas en esa campaña debe haber estado compuesta de tribus locales reforzadas por una *garde d'élite* de tenochcas y texcocanos.

Debido a esta dificultad de transporte, los sitios eran virtualmente imposibles, así es que las fortificaciones importantes eran raras. Algunas poblaciones estaban edificadas en lugares muy estratégicos, en lo alto de la ladera de una montaña, o en el meandro de un río accesible únicamente por un angosto estrechamiento de tierra. Tenochtitlán, debido a la situación que tenía en el lago, era una fortaleza natural. Las calzadas estaban cortadas a intervalos por canales, de tal manera que quitando los puentes portátiles se creaba una barrera natural. Los techos planos ofrecían magníficos lugares desde los cuales se podía acosar al enemigo situado abajo, y los innumerables templos eran fortalezas difíciles de tomar. (Véase Lám. 33, arriba.)

Un lugar de Tlaxcala estaba rodeado por varios kilómetros de muros para la defensa y una zanja respaldada por un muro circundaba un área de varios kilómetros cuadrados. En Huexotla, feudo de Texcoco, aún existe un muro de cuando menos cinco metros de alto que debe haber tenido un gran valor defensivo, aunque su propósito aparente era circundar el área del templo mayor. Xochicalco está situado en una elevada colina con gran número de terrazas y se fortificó además con una ancha zanja trazada en los puntos de más fácil acceso. A veces se escogía un lugar situado entre dos barrancas que constituían obstáculos infranqueables para un ejército atacante. Sin embargo, si bien es cierto que con frecuencia se tomaban en consi-

deración propósitos defensivos al edificar una población, muy raras veces se construían obras estrictamente defensivas, con el carácter de fortificaciones.[10]

La guerra abierta, la dificultad de sostener una campaña de una gran extensión y el carácter informal de la fuerza militar, eran factores que entorpecían el desarrollo de la táctica o de la estrategia. En la batalla, la masa rugiente que representaba la fuerza colectiva de una tribu, trataba de derrotar a las hordas del adversario que daban alaridos y el primero que corría perdía la batalla. Se hacían cautivos, se imponían tributos, se incendiaba el templo y el grupo derrotado era abandonado de nuevo.

Para obtener la victoria más fácilmente se emplearon los ataques por sorpresa, a veces ejecutados mediante una pequeña traición. Sin embargo, el difícil proceso de poner a un ejército en el campo de batalla, generalmente impedía este método favorito de lucha. Más frecuentemente los tenochcas y sus aliados simulaban un ataque con un grupo de guerreros, que era fácilmente rechazado en una supuesta derrota. La masa principal esperaba en un lugar oculto hasta que el perseguidor enemigo estaba a la vista, atacando inmediatamente y aplastándolo. Las pérdidas se experimentaban principalmente en el número de prisioneros que se hacían, pues pequeños combates mano a mano no causaban muchas bajas de ningún lado. La captura de un jefe o el reconocimiento de un signo de mal presagio era suficiente para desmoralizar a un ejército, y a despecho de su valor y de su experiencia constante en las guerras de esta clase, los aztecas estaban poco preparados para resistir a soldados educados en las técnicas europeas.

Había acaso más oportunidades para la estrategia que para las tácticas guerreras. Para llevar las tropas al campo de batalla era necesario, como hemos dicho, una preparación considerable. Los aztecas ganaron campañas en Oaxaca, en Puebla, en el occidente de México y por las costas de Veracruz hasta Tamaulipas. Teniendo que moverse paso a paso y que intimidar o vencer población por población, necesitaban paciencia y conocimiento de las condiciones geográficas y políticas. Una razón de la estimación que se tenía a los comerciantes eran las informaciones de este carácter que podían suministrar por razón de sus viajes.

La triple alianza era un ejemplo típico de la estrategia azteca. Netzahualcóyotl quería restaurar la hegemonía de Texcoco y des-

truir el poder tepaneca de Tezozomoc, el centro del cual era Azcapotzalco. Las dos ciudades estaban separadas por el lago de México. Mover tropas por tierra al lado opuesto hubiera requerido varios días; llevarlas en canoas por el lago habría requerido tener un lugar de desembarco en la orilla oriental. Por lo tanto Netzahualcóyotl indujo a Tlacopan y a Tenochtitlán, que estaban en la puerta trasera de Azcapotzalco y eran sus tributarios, a declarar la guerra. De esta manera se obtuvo una base para desembarcar sus canoas llenas de tropa y mientras sus aliados sostenían un encarnizado combate con el enemigo en esta zona, el jefe texcocano tuvo tiempo para traer refuerzos por las orillas del lago, siguiendo la ruta terrestre, para atacar otro punto.

La población de Chiconauhtla ofrece otro ejemplo de estas sencillas ideas de estrategia. Esta población dominaba los estrechos a través de los cuales los lagos del Norte, Zumpango y Xaltocan, se vacían en el de Texcoco. Aquí el pueblo podía destruir cualquier ejército que pasara en canoas hacia el oriente, contra Texcoco o hacia el occidente contra Azcapotzalco. Sus fuerzas también podían hacer ataques de flanco sobre ejércitos de tierra que bordearan los lagos para atacar cualquiera de estos dos objetivos. A principios del siglo XIII, Chiconauhtla se convirtió en un feudo de Texcoco y participó, como una especie de protector de las marchas del oeste, en las campañas en contra de las levantiscas tribus occidentales y en la gran guerra con Tezozomoc. Después parece haber llegado a ser parte de la cadena de ciudades vasallas de Tenochtitlán y su cacique tenía el honor de compartir un departamento real del palacio de Moctezuma con los gobernantes de ciudades-estados mucho más importantes. En confirmación de esta prueba documental, las excavaciones practicadas en el lugar han revelado, por la cantidad y la calidad de la cultura material que sobrevive, pruebas de participación en el comercio y en botines, en mucho superiores al tamaño y a la importancia aparentes de la aldea.[11]

Los aspectos puramente económicos y militares de la guerra son tan crudos cuando se juzgan de acuerdo con nuestros puntos de vista de técnica moderna, como los demás aspectos puramente mecánicos de la vida azteca. La concepción ritual de la guerra, por otro lado, como la reacción terrestre de la lucha titánica entre fuerzas opuestas de la naturaleza, tiene una calidad casi sublime. Las fricciones políticas y económicas que traían consigo conflictos eran reci-

bidas con beneplácito por los guerreros, como una oportunidad para estremecerse al unísono con los ritmos profundos de la naturaleza, ritmos que se reunían en una antifonía celestial en la Guerra Sagrada que el sol sostiene diariamente cuando, por su propia muerte y sacrificio, asegura la vida del hombre.

La Guerra Florida se emprendía para satisfacer este anhelo cuando no se llevaba a cabo ninguna campaña activa. En este incongruentemente llamado combate ceremonial, los mejores guerreros de varios estados tenían encuentros en un combate real, a fin de que pudieran realizarse hazañas bélicas y se pudieran hacer prisioneros para satisfacer el hambre de los dioses. Una famosa Guerra Florida en la que la crema de los guerreros de Texcoco, Tenochtitlán y Tlacopan compitió con el poderío de Cholula, Huexotzingo y Tlaxcala, se repitió durante varios años. Si se hacía prisionero a un guerrero recibía éste la muerte más gloriosa en sacrificio directo al Sol. En caso de sobrevivir alcanzaba renombre; si era muerto se incineraba su cadáver, honor reservado únicamente a los gladiadores, y pasaba a un paraíso especial donde moraban los guerreros.[12]

Un sistema guerrero como éste estaba fuera de lugar en un conflicto con europeos, pero los aztecas sostuvieron una de las más desesperadas defensas de la historia cuando se vieron obligados a luchar en contra de los españoles en defensa de sus vidas. Fue el último sacrificio en el que la civilización azteca ofrendó su propia existencia en un esfuerzo para sobrevivir. La cultura azteca alcanzó, con instrumentos de la Edad de Piedra, una civilización ideada para equilibrar la vida del hombre frente a las fuerzas de la naturaleza confusamente percibidas. Su caída fue inevitable cuando se enfrentó al inexorable mundo europeo del acero, al razonamiento objetivo y a una religión conformada para satisfacer conceptos tan diferentes como las exigencias de los poderosos y las necesidades de los débiles.

No nos es posible decir lo que la civilización azteca podía haber llegado a ser. Como todas las naciones del pasado y también del presente que han florecido y se han desvanecido hasta desaparecer, los aztecas crearon las simientes de su propia destrucción. Pero antes de que dejemos su remoto esplendor por las preocupaciones de la vida moderna, captemos dos últimos resplandores fugaces de la civilización azteca: uno, de la ciudad de Tenochtitlán como los españoles la vieron por primera vez; el otro a los aztecas en su guerra postrera, profana y mortal en esta ocasión última.

XIII
Visión de Tenochtitlán

Lo que vieron los españoles cuando entraron en esta gran capital azteca

La historia de los aztecas y de sus antepasados es el testimonio más completo que tenemos del desarrollo de una civilización indígena americana. Su conquista fue la hazaña más grande de la ocupación europea del continente americano. Los aztecas estaban en su zenit en 1519, cuando Cortés y sus cuatrocientos hombres desembarcaron por primera vez, y una descripción de Tenochtitlán, tomada de los relatos contemporáneos de los conquistadores mismos, nos mostrará algo del carácter externo de la civilización indígena en América.[1]

Bernal Díaz del Castillo, quien dejó el relato más personal de la conquista española, refiere cómo sus compañeros de armas, al contemplar por primera vez a Tenochtitlán, la antigua ciudad de México, exclamaron: "¡...parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís... decían si aquello que veían, si era entre sueños...!"

Este es un lenguaje literario de soldados endurecidos en la lucha, cuyo principal pasatiempo consistía, a la vez que se ocupaban en convertir a los idólatras, en adquirir botín y en gozar de los encantos de morenas Dulcineas. Con todo, en contraste con las grises aldeas y las tostadas colinas de España, Tenochtitlán debe haber parecido un paraíso, por sus verdes jardines y blancos edificios que se asentaban en el centro de los lagos azules circundados por altas montañas.

Y de que vimos cosas tan admirables —escribió Bernal Díaz—, no sabíamos qué decir, o si era verdad lo que por delante parecía, que por una parte en tierra había grandes ciudades, y en la laguna otras muchas y veíamoslo todo lleno de canoas, y en la calzada muchos puentes de trecho en trecho, y por delante estaba la gran ciudad de México, y nosotros... nosotros no llegábamos a cuatrocientos soldados.[2]

Aunque Tenochtitlán era, social y administrativamente, una tí-

pica población de tribu indígena americana, en lo externo parecía ser la ciudad capital de un imperio. Vista a ojo de pájaro habría revelado una isla ovalada unida con la tierra firme por tres calzadas que convergían al centro de la ciudad. Estas calzadas estaban cortadas por canales sobre los cuales se extendían puentes movedizos. Las orillas de la isla estaban orladas por el verde de los "jardines flotantes", en tanto que en el centro predominaba el blanco brillante de las casas y la vegetación verdosa se reducía a minúsculos cuadros en los jardines interiores. Sobre las masas cuadradas de los techos descollaban los varios templos de los clanes, cada uno asentado en su plataforma, a manera de pirámide truncada. La ciudad tenía pocas calles o espacios abiertos, pero estaba surcada por canales que cruzaban puentes portátiles. Las dos plazas principales eran la del Templo de Tlaltelolco y la del centro religioso de Tenochtitlán propiamente dicho, espacios abiertos que eran un agradable alivio de las pirámides y de los palacios oficiales amontonados alrededor de ellas. Este amontonamiento, con templos que parecían cabalgar como jinetes entre las apreteadas hileras de casas, debe haber dado a este modo de vida un carácter peculiar. (Véase Lám. 33, arriba.)

Si un visitante hubiera tenido que atravesar Tenochtitlán de sur a norte, le habría impresionado la rica variedad de vistas. Al aproximarse por la calzada, el viajero de aquel tiempo pasaba primero entre abiertas extensiones de agua; después aparecían gradualmente pequeñas islas de verdura hechas de montones de lodo excavado del fondo del lago poco profundo, y unidas por carrizos. Campesinos vestidos de blanco conducían hábilmente con pértigas sus pequeñas canoas a través del laberinto, en la tarea de cultivar sus jardines. Estas isletas irregulares aparecían formando, gradualmente, un agrupamiento más ordenado a donde la acumulación de la tierra se había estabilizado a medida que las raíces, agarradas al fondo del lago, establecieron un anclaje sólido. Este terreno hecho artificialmente reducía la superficie del lago a meros canales. (Véase Lám. 33, abajo.)

Con excepción de las anchas calzadas, no había caminos, y a lo largo de los canales el viajero veía, en número cada vez mayor, canoas que se dirigían a la ciudad cargadas con productos. Aquí y allí, entre el verde de las mieses y de los árboles, sorprendían los techos de paja y los muros de varas de las chozas de los campesinos. Las paredes de adobe de las moradas más importantes comenzaban a menguar los jardines, y las aguas del lago se estrechaban en un canal que seguía

el camino. Los muros de adobe desaparecían y podían verse las fachadas de casas más suntuosas blanqueadas o pintadas con tezontle molido que les daba un vivo color rojo mate. Ahora el visitante podía darse cuenta de cómo se extendía la ciudad sobre las sucesivas islas artificiales que tenían primero un huerto, después una modesta cabaña y finalmente llegaban a ser parte integrante de los cimientos de la ciudad propiamente dicha.

La calzada había ya cambiado, de un simple medio de comunicación, a una calle principal, con toda su complejidad social. Como los canales sustituyeron a los caminos, eran tan raros los lugares de paseo que las calzadas eran a la vez lugares de recreo y arterias de tráfico. Así, la gente que salía de paseo, la que iba a sus quehaceres, la que se encaminaba a las mil actividades de carácter religioso, ocultaban las hileras largas de mandaderos que corrían al trote, inclinados bajo sus bultos y que iban a la ciudad con productos o tributos, o partían de ella con artículos para el trueque. Ni una rueda giraba, ningún animal cargado relinchaba; el transporte se hacía sobre las espaldas de los hombres o en canoas.

Fuera de los límites de la ciudad la monotonía de gente cargada que se movía a manera de hileras de hormigas, sólo era interrumpida ocasionalmente por el paso de un funcionario civil, todo pompa y plumas, o por un austero comerciante con un puñado de guerreros, seguidos por una cadena de aprendices que mostraban el blanco de los ojos al asomarse bajo el peso de sus mecapales. Entonces podían verse jefes de clan llevando sus ricas capas y oliendo flores mientras observaban a la multitud trabajadora, y sacerdotes de vestiduras negras, con los oídos rasgados y los cabellos empastados de sangre por las penitencias que se imponían. Había poco ruido, poca prisa, como no fuera el trote de los cargadores que se apresuraban en la descarga de sus fardos. Sin embargo, había una intensa vitalidad, la vitalidad de una multitud de unidades que participan en una acción compleja, en la que cada una conoce la parte que le está asignada, pero nunca el propósito del conjunto.

Una mirada a través de la puerta de una casa descansaba la vista de la vida impasible del exterior, una vida casi de insecto. Cerraban el patio sombreado las construcciones cuyo interior era fresco y espacioso. Esteras y cojines de paja esparcidos en el rojo pulido del piso de estuco, acogían al visitante invitándolo al reposo, a la vez que el rítmico chocar de manos y el frotamiento de piedra con piedra

indicaba que se estaba haciendo tortillas y que se molía la masa en la cocina, al fondo. Sentado en un rincón un anciano conversaba con dos muchachos, cuyos rostros austeros mostraban que, conscientes ya de su participación en la vida tribal, escuchaban con atención los preceptos de su tío acerca de la conducta propia de los jóvenes y de los hombres. Una niñita gorda agachada en la puerta trataba inútilmente de imitar con sus gordos dedos y sus implementos de juguete, los graciosos movimientos de su madre al hacer delgados hilos mediante la hábil manipulación de su huso. Reclinado en un cojín, un joven fumaba indolentemente un cigarrillo en una boquilla de cañas, mientras escarbaba pensativamente el lóbulo apenas cicatrizado de su oreja, perforado, como penitencia, con espinas de cactus y hojas de obsidiana.

En otra casa se celebraba una fiesta y se escuchaban las ricas vibraciones de tambores de madera y los agudos sones de flautas de carrizo. El patio estaba lleno de gente a la que daban alegría los brillantes colores de sus vestidos de fiesta; la atmósfera estaba cargada con las esencias embriagadoras de los lirios. El penetrante aroma de las ricas salsas diestramente compuestas con varias clases de chiles se mezclaba con este olor y en ocasiones una brisa ligera hacía flotar el perfume frío y místico del incienso. Alguien celebraba su onomástico, pues en el fondo se veía una figura pintada adornada con papel de amate, en representación del dios que presidía la fiesta. Un poco aparte de los que participaban en los pasatiempos con austero regocijo, estaba un grupo de ancianos cuyos gestos de bufón y burlesca solemnidad podían asociarse a los vasos de pulque que un esclavo les llenaba afanosamente. No en balde habían pasado estos ancianos por la rígida abnegación de su juventud: les era permitido consumir alcohol en su vejez, cuando se celebraba una fiesta. Una última mirada hacia el fondo descubría a los músicos, con guirnaldas de flores, haciendo sonar sus flautas y sus caracoles en tanto que un hombre daba golpes en un tambor cilíndrico y otro en las lengüetas de madera del interior de un *teponaztli* bitonal.

A distancia, en la calle, los sacerdotes parecían aumentar en número. Más individuos llevaban adornos de altos funcionarios, tales como penachos colgantes de plumas de quetzal y capas con dibujos hechos con plumas, así como las insignias personales de sus escudos circulares. Evidentemente el visitante estaba cerca del centro de la ciudad y no lejos la calzada terminaba en una gran plaza abierta en

donde se elevaban los templos, sobre la majestuosa superficie de sus cimientos piramidales. A la luz brillante y cegadora del mediodía, las ondas de calor se unían al humo del incienso dando un aspecto indefinido y sobrenatural a los contornos de los templos.

Pequeñas sombras oscuras sugerían cosas indecibles. ¿Era imaginario o real ese deletéreo olor de carnicería inmunda, en repugnante contraste con el inmaculado pavimento del atrio del templo? La imaginación es una sensación demasiado personal y egocéntrica para una comunidad indígena; el gran volumen de la empalizada de cráneos era una explicación demasiado bien fundada en los hechos. Miles de cráneos ensartados en estacas estaban colocados en ordenada simetría y la obscura cavidad de sus órbitas y de las fosas nasales, parecían caras de dados infernales. Sin inquietarse por este monumento al sacrificio humano, algunos jóvenes se ejercitaban en un juego de pelota inmediato. Arrojaban una pelota de hule macizo con ágiles movimientos de caderas y de codos, esforzándose por hacerla pasar por dos anillos colocados transversalmente en los muros, a lo largo del patio.

Una piedra circular colocada a corta distancia era la escena del más cruel de los juegos. Aquí, en ciertos días de fiesta religiosa, un prisionero maniatado era obligado a defenderse con una macana de madera de los golpes que le propinaba un adversario cuya arma tenía hojas de obsidiana filosas como navajas. Generalmente era muerto en la más gloriosa de las muertes, la de víctima en el sacrificio a Tonatiuh, el Dios Sol; pero a veces resistía con tanto éxito que se ganaba el perdón. En diversos lugares de la plaza se colocaban otras piedras de forma discoidal. Una de algo más de cuatro metros de diámetro estaba colocada verticalmente sobre su plataforma especial. Esculpida con un dominio complejo del dibujo, representaba la historia simbólica del mundo. Otro disco colocado horizontalmente estaba ahuecado en el centro con objeto de que los corazones arrancados a los prisioneros de guerra pudieran ser quemados para alimentar a los dioses más importantes. Este disco estaba labrado en la superficie y en los bordes, para conmemorar las numerosas conquistas del jefe guerrero Tizoc, quien aparecía ataviado como un dios, con los prisioneros ante él.

En otro lugar de la plaza se iba a celebrar un sacrificio. En frente de un pequeño templo dedicado a uno de los mil dioses aztecas se reunía un grupo, unos llevaban la vistosa panoplia de los comercian-

tes, otros vestían el negro siniestro de los sacerdotes. Un esclavo maniatado fuertemente estaba de pie en el centro con aire indiferente de resignación, no de temor, en su rostro. Los sacerdotes lo subían apresuradamente por las empinadas gradas del templo, seguidos a paso lento por los comerciantes. Dos sacerdotes agarraban al esclavo por los brazos empujándolo hacia atrás, en tanto que otros dos le estiraban las piernas hasta poner sobre el altar su cuerpo torcido, con el vientre hacia arriba. Un quinto sacerdote hundía su cuchillo de pedernal causándole una larga herida desde el esternón hasta la base del estómago y escarbando en la abertura le arrancaba el corazón, torciéndolo hábilmente. Quemaba éste, mientras estaba aún convulso, en un vaso de piedra labrada en tanto que los comerciantes, meciendo largos sahumadores con incienso encendido, entonaban cantos de agradecimiento por una excursión segura y provechosa hacia la tierra caliente.

Poniendo apenas la más ligera atención a esta piadosa escenita, un grupo de jefes se reunía en un gran edificio en la esquina de la plaza. El jefe guerrero Moctezuma preparaba el ataque a una población cercana, remisa en el pago de su tributo; así es que tenían que celebrar una reunión de jefes de clan para preparar la guerra. Adornados con cascos semejantes a cabezas de jaguares, águilas o lobos, ceñidos con armaduras de brocados de algodón relleno de borra de muchos colores o bordadas con pluma, con sus rostros adornados de jade y oro en las narices y en los labios, estos jefes de fiero aspecto pasaban orgullosamente la puerta; pero en una cámara anterior al salón de consejo se despojaban de sus ornamentos. Se descubrían y descalzaban y con ojos humildes se encaminaban hacia el trono donde estaba la delgada figura de Moctezuma, sencillamente vestido, aunque con la corona de oro y las orejeras de jade correspondientes a su alto cargo.

La austeridad del salón de consejo no se repetía en los otros departamentos de Moctezuma, los cuales contenían todas las pertenencias del sibarita potentado. Las dos esposas y las múltiples concubinas del jefe guerrero ocupaban magníficos apartamentos. En otro gran espacio estaban esparcidas varias cocinas y bodegas, pues no solamente había en cada comida como trescientos invitados, sino también un millar de guardas y ayudantes. En contraste con la profusión interior, enfrente de la puerta de la cocina estaba sentado pacientemente un grupo de campesinos pobremente vestidos, de cuyos sacos

para acarreo surgían las jaspeadas cabezas de pavos estrangulados que habían traído como ofrenda para la mesa real.

Otras cámaras del palacio de Moctezuma guardaban el tesoro de la tribu, compuesto de tributos arrancados a muchas ciudades. Se amontonaba en gran abundancia oro, jade, ricos mantos de plumas y canastas llenas de productos. Con objeto de comprobar que cada ciudad sojuzgada había pagado su cuota, varios empleados hacían en escritura pictórica una lista de artículos o bien calculaban la porción que debía entregarse a los varios mayordomos de los clanes. Otro patio presentaba una escena más animada. Aquí practicaban sus hazañas los acróbatas, y pobres enanos encorvados ensayaban violentas contorsiones para ganarse una sonrisa del jefe. En otro grupo de edificios estaba alojado el jardín zoológico en donde ondulaban perezosamente las serpientes, y jaguares y ocelotes de ojos anhelantes y amarillos se asomaban entre barras de madera. En un cuarto lateral un brazo humano que salía de una canasta de carne cruda, mostraba cómo se utilizaban los cuerpos de algunas víctimas de los sacrificios.

El camino real a Tlaltelolco partía al norte de esta gran plaza que aún hoy es el centro de la ciudad. Por este ancho camino, con un canal a su lado, iba la misma irresoluta multitud que llenaba la arteria sur. El sol poniente había atraído la gente hacia las terrazas. Algunos se inclinaban sobre los parapetos para observar a la multitud, en tanto que los ociosos, sentados en un rincón sombreado de la calle, se interesaban también en los lentos movimientos de las familias que estaban arriba.

Una vereda y un canal que desembocaban en una avenida principal, conducían a una pequeña plaza en cuyo centro descollaba una pirámide. De un patio del edificio adyacente salían agudos gritos y el apagado golpear de instrumentos de madera. En el interior varios niños recibían instrucción en el manejo de las armas. Cada uno estaba provisto de una pequeña rodela y con una macana plana de madera aprendía el arte de tirar y parar golpes, bajo la mirada desdeñosa de un guerrero. Daban y recibían fuertes golpes; pero las macanas no estaban provistas de filosas hojas de obsidiana, el cristal volcánico que hacía el combate cuerpo a cuerpo tan peligroso en la guerra. Otro grupo practicaba el *atl-atl*, o lanzadera. Un tirador acomodaba su venablo por una angosta artesa de madera que tenía un gancho en el extremo opuesto y lo sostenía en la mano por el otro extremo;

dando de esta manera más longitud al brazo, era posible imprimir al venablo una fuerza propulsora más grande.

En el otro costado de la plaza, los jóvenes que recibían instrucción religiosa presentaban una escena menos animada. Con sus caritas y pequeñas piernas laceradas por espinas de maguey, con sus cuerpos adelgazados por el ayuno y la penitencia y con sus ojos apagados por la monotonía de una vida llena de autoprivaciones, estos niños cantaban estrofas de un salmo. Su preceptor dirigía el canto y mostraba con su propio cuerpo lleno de cicatrices y extenuado, que el propiciarse a los dioses era una tarea inexorable y nunca terminaba. Todo azteca, ya fuera sacerdote, jefe, guerrero o labriego, empleaba una gran parte de su vida, desde la niñez, ya fuera en una especie de penitencia imploratoria para asegurar su futuro, o en un estado de expiación en agradecimiento por no haber tenido un pasado peor. Los aztecas vivían en íntimas aunque incómodas relaciones con los poderes sobrenaturales.

Otro aspecto de esta ausencia de individualismo podía observarse en el *tecpan*, o edificio del clan, en el que los ancianos de éste arreglaban los asuntos de la unidad de la tribu, veinte de las cuales componían la ciudad-estado de Tenochtitlán, Un anciano escudriñaba un plano mientras arreglaba un asunto de posesión de tierras surgido entre dos familias opuestas y emitía su juicio definitivo a base de la extensión de tierra que cada familia podía cultivar por su propio esfuerzo. Otro anciano distribuía vasijas de barro, entregadas como tributo por una población situada al otro lado de las montañas, recibidas por algunos de los miembros más pobres de la comunidad. Ninguno de estos hombres, ya fuera litigante o solicitante, dirigía sino miradas furtivas al patio del fondo, en donde un adúltero estaba siendo lapidado por los miembros de la familia ofendida. La existencia citadina tenía mucho interés y la vida era estimada en muy poco, para impresionarse por el resultado inevitable de una mala acción.

Cada una de las veinte divisiones tribales regulaba sus propios asuntos. La gran plaza donde Moctezuma tenía su palacio y en donde todos los dioses eran adorados en muchos templos, era para el uso de todos los clanes y el centro cívico de las sesenta mil familias de Tenochtitlán. Sin embargo, a despecho de la importancia de este centro religioso y administrativo, la gran plaza de Tlaltelolco, situada cerca de la orilla norte de las islas, era casi igualmente impresionante. Después que una tribu reconocía el mando de otro poder,

se entendía que debía proporcionar guerreros y tributo; pero su gobierno y economía raras veces se modificaban.

Así, pues, la recientemente conquistada Tlaltelolco tenía un centro comunal tan majestuoso como el de Tenochtitlán. Parecía más impresionante a los ojos de los españoles a causa de que su templo mayor a Huitzilopochtli, Dios de la Guerra, tenía una gran prominencia que le daba el amplio espacio del mercado, en tanto que en Tenochtitlán los grandes edificios estaban tan juntos que era difícil impresionarse por su tamaño.

El mercado de Tlaltelolco consistía en un gran espacio con reluciente pavimento, limitado por arcadas que albergaban a muchos de los comerciantes. En uno de los extremos, el canal que corría a lo largo de la calzada norte se ampliaba formando una dársena en donde podían atracar las canoas que traían mercancías y productos. Cada clase de éstos se concentraba en un lugar especial. Así, una sección se dedicaba completamente a las verduras, y grupos compactos de mujeres sentadas vigilaban sus mercancías, puestas ante ellas en montones simétricos colocados en esteras tejidas. En otra sección se vendían mantos de algodón, algunos extendidos para mostrar todo su dibujo, otros cuidadosamente doblados. En otro lugar había hileras de vendedores de implementos y útiles, tales como navajas de obsidiana, loza grabada y bruñida, malacates, leznas de cuerno de venado, punzones de hueso, algunas hachas y agujas de cobre. Una masa brillante de color caracterizaba los puestos de los vendedores de plumas. Algunos vendían simplemente manojos de plumas, encantadoras plumas verdes de quetzal o plumajes multicolores de loros. En otros puestos los mantos de plumas, las esteras y los escudos, eran una prueba de admirable fantasía en el dibujo y de paciente trabajo en su ejecución.

Los joyeros exhibían ornamentos de jade y de oro trabajados en preciosos anillos de filigrana o gorgueras macizas forjadas. Sin embargo, era el jade, que se mostraba con gran aparato como material de gran valor, lo que atraía la mirada codiciosa. Otros comerciantes vendían adornos de concha, y el rosado, el blanco y el sutilmente jaspeado moreno de las conchas marinas, contrastaban con la obscuridad brillante y reluciente de los carapachos de las tortugas. En otro puesto, un rico guerrero regateaba animosamente al propietario de un exquisito par de orejeras diestramente incrustadas con mosaicos de turquesa y madreperla.

Los sonrientes cuchicheos y las miradas de admiración de la multitud que se amontonaba en la joyería se tornaban bruscamente, en los barrios de esclavos, en interesado examen valorativo. Algunos de estos bienes muebles usaban collares de madera y sus rostros embrutecidos expresaban su falta de esperanza. Habían caído en la esclavitud hacía mucho tiempo como consecuencia de crímenes o de haber sido hechos prisioneros en la guerra. Otros estaban delgados y anémicos, pero no usaban el collar de la servidumbre; habían caído en desgracia y se proponían en venta por primera vez, para asegurarse el sustento y el alojamiento.

Un sordo rumor se elevaba del mercado; no se oían los gritos estridentes de una feria europea. El intercambio de artículos se llevaba a cabo lenta, parsimoniosamente; pero, sin embargo, con aguda animación. Los aztecas no conocían la moneda, así es que el trueque era el medio usado para la compra. Los granos de cacao, sin embargo, tenían un valor fijo y desempeñaban, en los cambios que podían equipararse, la función más parecida a la moneda circulante. Entre la multitud deambulaban guerreros que obraban como policías y en caso de que surgieran disputas llevaban a los rijosos a un patio en el que un anciano arreglaba las contiendas con carácter de juez.

Más allá del mercado había una doble hilera de muros que lo separaba del atrio del templo de Tlaltelolco. Edificios rectangulares con patios en el centro alojaban a los sacerdotes y a las diversas escuelas y consejos de la organización central de la comunidad. Más a lo lejos se agrupaban los santuarios principales; en el centro, el gran templo del Dios de la Guerra apoyaba su masa en el cielo. Aquí había una empalizada de cráneos, como la de Tenochtitlán y otro montón de huesos de las víctimas. Cerca de la pirámide mayor había un templo circular cuya puerta estaba construída a semejanza de las fauces de una serpiente: era el lugar donde se adoraba al dios Quetzalcóatl. La piedra de los sacrificios, situada en el frente, se había oscurecido por el humo del incienso y la sangre de las víctimas. Un montón de cuchillos de piedra y de hachas era una indicación siniestra de los ritos que se practicaban allí.

Estanques, alimentados por los canales de un acueducto que venía de la tierra firme, daban una impresión de paz imperturbable. El reflejo de los templos, que la brisa ocasional deformaba, intensificaba el misticismo que se desprendía del sagrado recinto. En contraste con la austeridad de los sacerdotes, algunos jóvenes cami-

naban furtivamente de un lado para otro cumpliendo los encargos de sus maestros. La pirámide mayor y el templo del Dios de la Guerra dominaban completamente el lugar. A intervalos regulares varias terrazas rompían las líneas de las fachadas en talud y aumentaban la impresión de su tamaño. Una ancha escalinata de ciento catorce angostos escalones ascendía por el costado occidental y era tan empinada que no podía verse el templo sino hasta que el espectador llegaba a lo alto de la plataforma.

En realidad el templo comprendía dos santuarios construídos uno al lado del otro, de muros de piedra y elevados techos de madera cubiertos de estuco. A través de la puerta de la derecha podía verse claramente la figura en cuclillas de Huitzilopochtli, labrada en piedra y cubierta con una pasta en la que se incrustaban jade, turquesas, oro y perlas. Una guirnalda de serpientes de oro incrustada con piedras preciosas adornaba su talle, y de su cuello pendía una cuerda en que estaban ensartadas máscaras de oro cubiertas con mosaicos de turquesa. A su lado estaba la estatua de una deidad auxiliar armada con una pequeña lanza y un escudo de oro, ricamente decorado con el mosaico tradicional.

En el santuario cercano estaba la imagen de Tezcatlipoca, uno de los dioses aztecas más importantes. Las órbitas de sus ojos estaban incrustadas con espejos de obsidiana, las obscuras profundidades de los cuales reflejaban el resplandor rojo de la luz del atardecer. También esta estatua estaba adornada con oro y piedras preciosas. En lo alto del techo de madera de este templo estaba encaramada una pequeña representación de Xipe, el Dios de la Siembra. Los incensarios despedían espesas nubes de humo que aumentaban la lobreguez de los templos, cuyas paredes había ennegrecido la sangre de muchas víctimas. En sórdidos rincones había montones de atavíos para el rito, trompetas de caracol, cuchillos, banderas y canastas con informes masas de carne, corazones humanos sobrantes que por alguna razón no habían sido colocados todavía en los braseros. Los sacerdotes que deambulaban por este sombrío lugar parecían satélites apropiados a las diabólicas imágenes a quienes servían. En frente de los templos estaba el gran tambor que pronto debería vibrar hasta el otro lado del lago, mientras la nación sufría su agonía de muerte.

Fue en este lugar donde Moctezuma mostró su imperio a Cortés, y Bernal Díaz, que presenció la escena, nos dejó esta inolvidable descripción:

"Y luego Moctezuma le tomó por la mano y le dijo que mirase su gran ciudad y todas las más ciudades que había dentro en el agua, y otros muchos pueblos alrededor de la misma laguna... y así lo estuvimos mirando, porque desde aquel grande y maldito templo estaba tan alto que todo lo señoreaba muy bien; y de allí vimos las tres calzadas que entran en México... Y veíamos el agua dulce que venía de Chapultepec, de que se proveía la ciudad, y en aquellas tres calzadas, las puentes que tenían hechas de trecho en trecho... y veíamos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venían con bastimentos y otras que volvían con cargas y mercaderías; y veíamos que cada casa de aquella gran ciudad, y de todas las más ciudades que estaban pobladas en el agua, de casa a casa no se pasaba sino por unas puentes levadizas que tenían hechas de madera, o en canoas; y veíamos en aquellas ciudades *cúes* y adoratorios a manera de torres y fortalezas, y todas blanqueando, que era cosa de admiración." [3]

XIV
Postrimerías de la nación azteca

Capítulo en el que se exponen los factores que influyeron en el triunfo de los españoles y la derrota de los aztecas

Las románticas circunstancias que concurrieron a la caída de la civilización azteca han atraído por mucho tiempo la imaginación del mundo europeo. Toda una nación que se somete a un puñado de temerarios soldados españoles presenta una dramática situación que muy pocas veces ha tenido paralelo en la historia. Sin embargo, dada la firmeza de un general como Cortés, el colapso de las tribus aztecas era inevitable. Las condiciones psicológicas, inherentes a este tipo de cultura indígena, no podían hacer frente a la técnica militar europea, como no pudieron hacerlo las diversas civilizaciones que se convirtieron en colonias de Europa, en cualquier continente de la superficie del globo.[1]

Hay épocas en la historia de todos los pueblos en que la voluntad nacional parece desintegrarse ante factores intangibles, individualmente insignificantes. Todos los estudiosos de cuestiones militares están familiarizados con estas súbitas derrotas que influyen tanto en el ánimo levantado de los victoriosos como en la amarga entereza de los que han soportado con ánimo resuelto derrota tras derrota. La guerra de los aztecas contra los conquistadores españoles es un fugaz ejemplo de parálisis de la moral nacional, seguida de una defensa llevada a cabo con ese valor de los hombres abandonados, en este caso, por sus mismos dioses. En el tremendo año de 1940 hemos visto repetido el mismo fenómeno, cuando cayó Francia e Inglaterra encontró nuevas fuerzas en su desesperación.

Un examen de la estructura social mexicana en relación con el estado psicológico de los aztecas, pone de manifiesto que los españoles llegaron en un momento muy favorable para la conquista. La comparación de la técnica militar azteca con la disciplina y los armamentos europeos de la época revela una oportunidad excepcional

para el triunfo de las tácticas europeas. El relato familiar de la conquista desde el punto de vista indígena puede mostrar en destacados relieves este conflicto entre dos civilizaciones.

La guerra azteca era en gran medida ritual y se llevaba a cabo con un espíritu muy diferente de los realistas cálculos de la guerra europea. El equipo *técnico* de los indígenas no respondía a las exigencias de un conflicto sostenido de acuerdo con *prácticas* militares europeas. Además, Cortés llegó hacia fines del verano, cuando las tribus de México estaban demasiado ocupadas levantando las cosechas esenciales a su subsistencia para pensar seriamente en empresas militares. Un factor definitivo, que condenó a los aztecas a una derrota inevitable, fue la estructura política del México indígena, que no permitía servirse del éxito militar para el establecimiento de un estado poderosamente consolidado.

La teocracia azteca no se prestaba para gobernar o absorber a los pueblos conquistados, aunque con el tiempo podría haberse desarrollado un mecanismo social para lograr este fin. Si bien los aztecas recibieron tributos de un extenso territorio, hubo constantes revueltas y traiciones. Probablemente el mismo proceso ocurrió en los otros grupos tribales de México, y de este modo, en conjunto, la organización política de la región era muy distante y diferente a la de un imperio. En realidad una multitud de ciudades-estados independientes agitadas por intrigas y guerras estaban también desunidas por diferencias de lenguaje, dialecto, tipo físico y economía geográfica. Un invasor con una fuerza muy disciplinada y suficientemente pequeña para vivir del país y, por lo tanto, para sostenerse en el lugar, podía tener un éxito sorprendente, sobre todo si tenía afición a la intriga. Como los acontecimientos lo demostraron, Cortés fue el hombre ideal para ese propósito y estuvo favorecido además por la reacción psicológica de los aztecas ante su llegada.

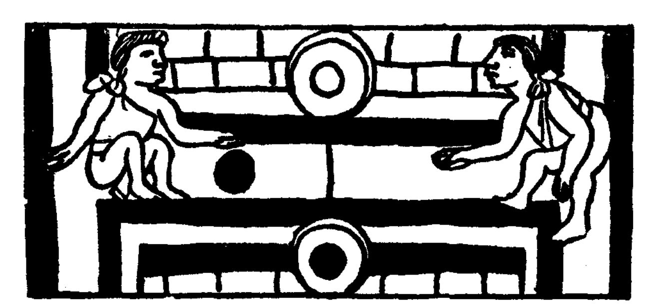


Fig. 51. Moctezuma jugó con Netzahualpilli, jefe de Texcoco, un partido ritual de pelota para dilucidar si se realizarían los presagios nefastos que se habían manifestado desde hacía años. (*Códice Florentino.*)



Fig. 52. Moctezuma examina el pájaro mágico que tenía en la cabeza un espejo en el que se veía primero el cielo y luego bandas de hombres armados, lo que según la tradición anunciaba la conquista española. (*Códice Florentino.*)

Los años anteriores a la conquista española habían estado llenos de portentos que para los aztecas presagiaban males futuros. Parece haber existido en el ambiente el mismo sentimiento de parálisis que los franceses experimentaron para su perjuicio en 1939 y 1940. Moctezuma, el caudillo guerrero de los aztecas y aficionado a la hechicería, tuvo una experiencia que, se cree, turbó completamente su ánimo. El y Netzahualpilli, cacique de Texcoco, se enfrascaron en una discusión acerca de los méritos respectivos de sus propios adivinos, pues el texcocano sostenía que las tierras de Anáhuac iban a ser gobernadas por extranjeros. Tan convencido estaba Netzahualpilli de lo acertado de sus interpretaciones, que apostó su reino por tres guajolotes, decidiéndose el resultado en un juego de pelota ritual con Moctezuma. Este último ganó los dos primeros juegos, pero Netzahualpilli ganó los tres últimos seguidos. La derrota debe haber sido muy descorazonadora para Moctezuma, no sólo porque tenía tanto que temer del futuro, sino también porque sus propios expertos habían sido tenidos en tan poco.

Siguieron en rápida sucesión una serie de fenómenos que traían todos el mensaje de una calamidad próxima. Todo el año fue vista a medianoche una columna de fuego; fueron destruídos dos templos, uno por un fuego súbito, el otro por un rayo que no vino acompañado del trueno. Se vio un cometa durante el día y de pronto se levantaron olas en el lago de Texcoco. Un sexto signo fue una voz de mujer que gritaba: "estamos perdidos, hijos míos". Aparecieron varios monstruos que fueron traídos ante el jefe, para desaparecer inmediatamente que él los hubo visto. Lo más siniestro de todo fue un ave traída por algunos cazadores. Ésta tenía en su cabeza un espejo que reflejaba los cielos, y cuando Moctezuma se asomó a él por segunda vez, descubrió un ejército. Cuando el cacique trajo a sus adi-

vinos para dar fe de estos augurios y para que explicaran su significado, el ave se escapó. Por más que a nosotros puedan parecernos tergiversados estos acontecimientos, deben haber tenido los efectos más alarmantes sobre la población del Valle de México.[2]

En consecuencia, el estado de ánimo del pueblo era particularmente propicio para aceptar rumores que se colaban del sudeste y que hablaban de monstruos de cuatro patas con cuerpos humanos que les brotaban del lomo. A medida que estos seres extraños subían de las costas, los espías y embajadores de Moctezuma comenzaron a regresar con informes más precisos acerca de su naturaleza, y aun traían presentes y mensajes destinados a su jefe. Los extranjeros eran seres humanos, pues eran vulnerables, podían recibir heridas y morir cuando se les atacaba. Tenían armas nuevas y extrañas, ruidosas y mortales, pues los cañones, los mosquetes, las ballestas y las espadas de acero, eran desconocidos para los aztecas. También eran nuevos y terribles auxiliares de guerra los caballos y los salvajes mastines de los españoles. En la batalla, los extranjeros eran invencibles y operaban de manera completamente distinta a los principios indígenas de la guerra. Sus sencillos métodos de ataque en masa eran de poco resultado contra las maniobras de fuerzas bien instruídas, pues las tácticas nativas solamente podían poner una parte muy pequeña de las fuerzas en contacto directo con el enemigo.



Fig. 53. Los españoles desembarcaron en 1519 en el lugar donde hoy está Veracruz. Pueden verse sus embarcaciones y equipo. A la derecha, Marina, la intérprete de Cortés, pone en práctica sus dotes diplomáticas convenciendo a un nativo. (*Códice Florentino.*)



Fig. 54. Hechiceros aztecas, enviados desde el altiplano, ofrecen alimentos embrujados a Cortés y sus acompañantes, quienes los rechazan. *(Códice Florentino.)*

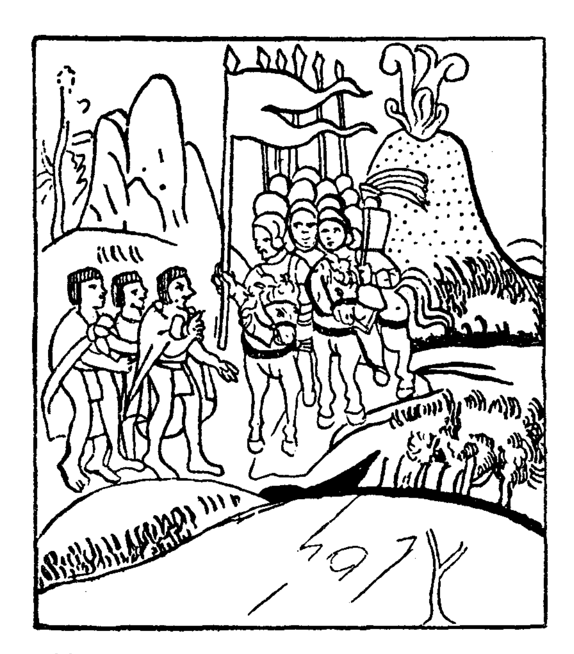


Fig. 55. A su paso por los grandes volcanes, al sureste de la ciudad de México, Cortés y su ejército se informan acerca del camino. Obsérvese el humo que sale del cráter del Popocatépetl. *(Códice Florentino.)*

Los españoles resistieron también la hechicería cuando Moctezuma la aplicó seriamente; sin embargo, la brujería era, de acuerdo con los puntos de vista de los aborígenes, en el mejor de los casos, un arma de dos filos, y así es dudoso que este fracaso haya tenido otro resultado que reforzar la actitud psicológica de los indígenas respecto a la calidad sobrenatural de los españoles. El pensamiento que atormentaba a Moctezuma, no era que los invasores fueran dioses, sino que eran sus símbolos, los vicarios en la tierra, por decirlo así, de poderosas fuerzas extraterrenales destinadas a establecer un nuevo orden social. Como tales, los españoles requerían el más cauteloso trato.[3]

Cuando los españoles se aproximaban a la capital, un problema político vino a complicar el problema espiritual. Las ciudades-estados o pueblos situados entre el Valle de México y la costa eran comunidades independientes y, aunque tributarias de los estados del Valle, con frecuencia lo eran de mala gana. Por lo tanto, muchas de esas tribus, como los totonacas, vieron en los invasores la punta de lanza para una rebelión abierta. Otras, como los independientes y belicosos tlaxcaltecas, pusieron a prueba el poder de Cortés en una fuerte batalla, y cuando los españoles resultaron victoriosos, se convirtieron en sus más leales aliados. Cholula, una gran ciudad aliada de los aztecas, aunque no estrechamente, recibió a los españoles como amigos y tra-



Fig. 56. Moctezuma, lleno de confusión ante las predicciones mágicas del desastre y el fracaso de sus hechiceros, no sabe si huir o esconderse en una caverna. (*Códice Florentino.*)

mó un complot para vencerlos por traición, una buena maniobra política indígena, quizás inspirada por Moctezuma. Sospechando esta maniobra, los españoles contraatacaron eficazmente, llevando a cabo una matanza hecha a conciencia para que de esta manera, si no se hacían de una comunidad amiga, cuando menos la ponían fuera de combate.

Moctezuma y sus consejeros más prudentes observaron esta lenta ascensión de la costa con temeroso interés. Moctezuma ha sido condenado por muchos comentadores como un pacificador, y se le ha convertido en la víctima propiciatoria del gran desastre de la civilización indígena. Sin embargo, hay que tomar en cuenta la posición en que se encontraba. Si bien es cierto que era el líder de su pueblo, no era un monarca autoritario. Para las acciones colectivas tenía que confiar en la decisión del grupo de los clanes que formaban su tribu, así como en las excesivamente dudosas alianzas con sus estados vasallos, cuyas necesidades inmediatas eran más importantes que cual-



Fig. 57. Cortés recibe a los altos dignatarios de Tlaxcala, el pueblo más leal a los conquistadores. Marina le sirve de intérprete. Obsérvese el presente de maíz, tortillas y guajolotes que ofrecen los tlaxcaltecas. *(Lienzo de Tlaxcala.)*

Fig. 58. Los españoles llegan a Tenochtitlán, el México actual. Moctezuma y sus nobles salen a recibir a Cortés. *(Códice Florentino.)*



quier sacrificio de trascendencia política. Así, pues, no solamente las necesidades de la época de la cosecha, sino también el temor del perjuicio que podía sufrir la propiedad comunal, hacían que los pueblos odiaran la guerra. Moctezuma no tenía manera de imponer una política diplomática de gran alcance, como es tan característico de la historia política europea y oriental. Tampoco deben subestimarse las dotes extraordinarias de Cortés y de Marina, su amante indígena. La pareja jugó con la psicología india, como dos pianistas consumados tocan el piano a cuatro manos.

Inmovilizado tanto por consideraciones prácticas como psicológicas, Moctezuma recibió a Cortés y a sus hombres sin haberles dado un positivo golpe. En ese momento se abre un nuevo capítulo de la historia. Cortés aprehendió inmediatamente a Moctezuma para tenerlo como rehén y desarraigar así su ascendente sobre los hombres de su tribu. Lentamente comenzó a tomar cuerpo un antagonismo del pueblo hacia los invasores; pero quedó limitado a la ciudad misma, sin extenderse a las poblaciones cercanas. El pueblo permaneció en sus casas; se cerró el mercado; pero no se produjo ningún desorden. Cortés pudo salir en dirección a la costa para sojuzgar a su nuevo capitán, Narváez, sin ser abiertamente hostilizado por los aztecas.

Durante la ausencia de Cortés se desató la tempestad. Algunos habitantes de Tenochtitlán se habían reunido para celebrar la fiesta del dios Huitzilopochtli. Alvarado, soldado rudo que carecía de todas las dotes de intriga de Cortés, olfateó dificultades en esta reunión, por no tener manera de saber la verdadera inocencia de ella.

Siguiendo la técnica española desplegada en Cholula, cayó sobre la reunión y mató a todos los asistentes. La ciudad se levantó como un solo hombre e hizo retroceder a la guarnición. Llevados únicamente por el deseo de vengarse de los invasores, los aztecas se disponían a destruirlos. Sin embargo, se comprobó la debilidad orgánica del gobierno indígena, cuando los jefes dejaron que Cortés y sus refuerzos de los hombres de Narváez se unieran a las tropas sitiadas de Alvarado. El aspecto ritual de la guerra en el México indígena no tenía por mira la división del ejército adversario y la destrucción por separado de las partes debilitadas, regla rudimentaria de las tácticas militares europeas.



Fig. 59. Encuentro de Moctezuma, Cortés y Marina. *(Lienzo de Tlaxcala.)*

Con todo, tan luego como los españoles se reunieron en la ciudad, dejaron de ser un problema militar y se convirtieron en el centro de la cólera y del temor de los habitantes. Para resistir la fuerza de este levantamiento en el que participaba toda la tribu, tuvieron que encerrarse en el palacio de Axayácatl. Habiendo inmovilizado los azte-





Figs. 60 y 61. *Izq.:* Aquí aparece Marina transmitiendo a un individuo azteca una orden que dicta un personaje español. A juzgar por los garabatos que representan las palabras, aquél obedece de mala gana. *Der.:* El empleo de la caballería contribuyó en gran medida al éxito militar de los españoles. En el grabado aparece un grupo de ballesteros a caballo; sus armas eran tan mortíferas como las coetáneas de fuego. *(Códice Florentino.)*

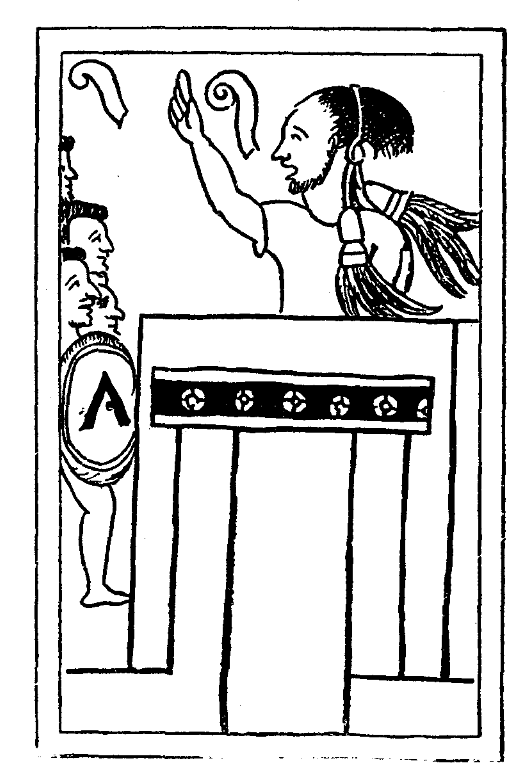


Fig. 62. Cortés toma a Moctezuma como rehén. El jefe azteca procura apaciguar a sus súbditos rebeldes que lo escuchan con desprecio, pues lo consideran traidor. *(Códice Florentino.)*

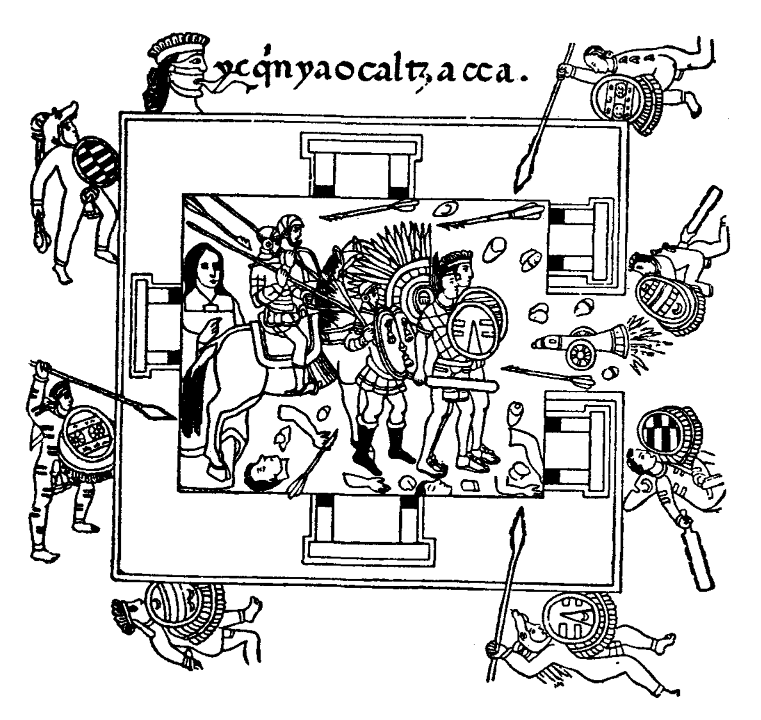


Fig. 63. Tras una serie de ofensas por parte de los invasores, los aztecas se alzan en armas contra ellos. Los españoles y sus aliados los tlaxcaltecas son sitiados en el palacio de Axayácatl. En esta escena se ve un cañón disparando mientras los jinetes están preparados para hacer una salida. *(Lienzo de Tlaxcala.)*

cas a sus enemigos, dieron muestras de su odio y cólera en una forma que no tiene paralelo en los anales de las campañas indígenas. Todos los ciudadanos se unieron para lanzar proyectiles a los invasores sitiados, masas de guerreros bloqueaban las salidas que los españoles hacían de su refugio.

Los españoles no podían maniobrar en los angostos caminos que había a lo largo de los canales, y las fortalezas portátiles de madera que construyeron (los primeros tanques empleados en el Nuevo Mundo), resultaron inútiles contra enemigos que se situaban en las azoteas de las casas o sobre canoas.[4] Los españoles sufrieron grandes pérdidas y el desdichado Moctezuma encontró la muerte ya sea a manos de su propio pueblo, a quien trataba de calmar, o, como dos distinguidas autoridades dicen, en las de los españoles.[5] Después de haber pasado una semana encerrados en el palacio, Cortés decidió salir de Tenochtitlán. Poco antes del amanecer sus fuerzas se dirigie-

ron a través de las silenciosas calles encaminándose hacia la calzada de Tacuba.

Una mujer que sacaba agua de un canal los vio y dio la alarma. Toda la población masculina surgió de los techos y por las calles, algunos abordaron canoas y atacaron los flancos de la columna en marcha. Los aztecas rompieron los puentes y muchos españoles, cargados de oro, se hundieron ignominiosamente bajo las aguas o fueron golpeados por los guerreros desde los botes, hasta perder la vida, cuando trataban de permanecer a flote. Alvarado, siempre hombre de acción, viendo una ancha abertura en la calzada, clavó su lanza en el fondo del lago, a modo de pértiga, y con todas sus armaduras saltó al otro lado.[6] El pánico aumentó y no se recobró la calma hasta que los españoles llegaron a Tacuba. Cortés se sentó bajo un ciprés gigantesco y lloró al considerar sus pérdidas. Tres cuartas partes del ejército español se perdieron en esta asonada y en el sitio que la precedió.

Los españoles encontraron un refugio temporal en la colina de Los Remedios. Sus adversarios, en vez de aprovecharse de su triunfo,

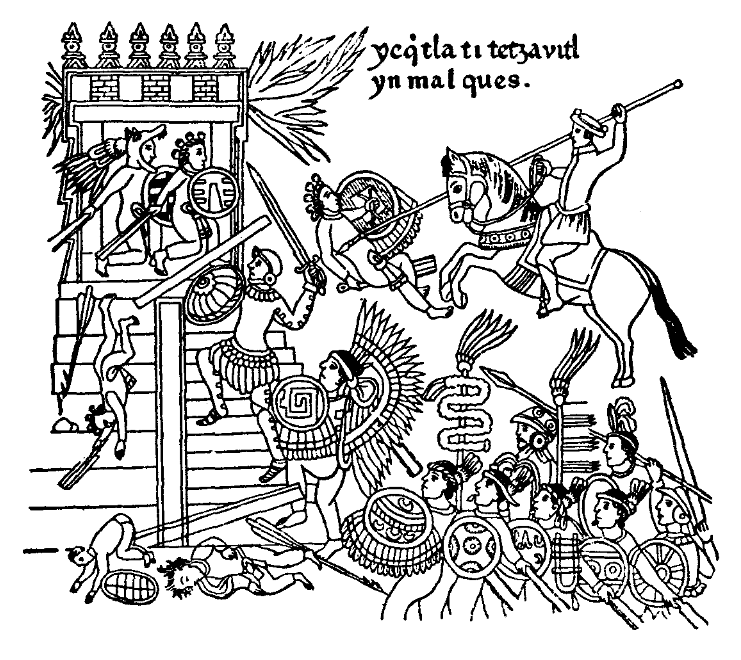


Fig. 64. En este grabado se ve cómo los españoles desalojan a los aztecas de un templo en el que se habían parapetado. (*Lienzo de Tlaxcala.*)

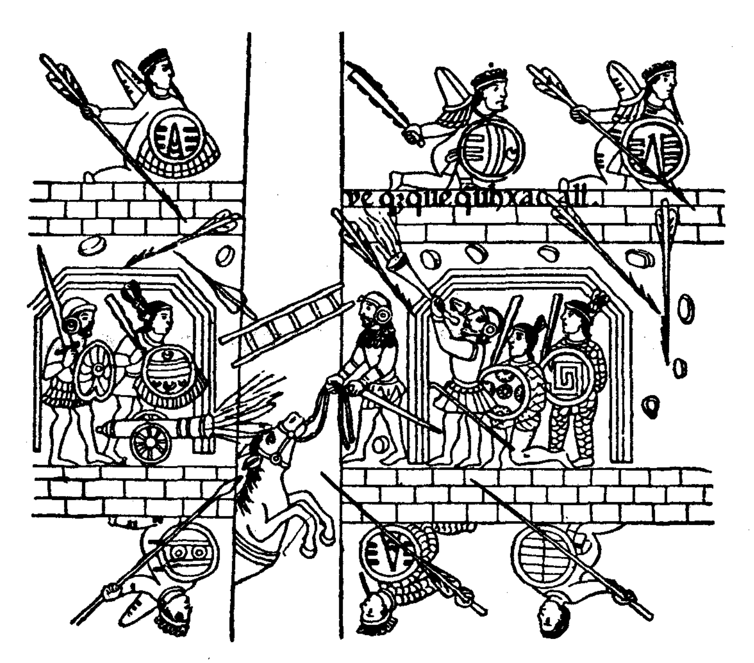


Fig. 65. Cortés hizo construir algunos tanques de madera para proteger a sus hombres cuando los aztecas se situaron sobre los tejados de las casas, colocándose así fuera del alcance de la caballería española. Este expresivo dibujo muestra dos tanques separados por un canal en el que acaba de caer un caballo. Los aztecas, desde los tejados, hostilizan su salvamento.

despojaron a los muertos y trataron de recobrar el botín robado por los españoles al tesoro azteca. Perdieron una preciosa oportunidad de destruir los restos del ejército español por no llevar un ataque hasta el final.

Sin embargo, los indígenas hicieron después algunos esfuerzos encaminados a realizar una acción concertada. Los texcocanos, antiguamente los principales aliados de los aztecas, reunieron sus fuerzas y trataron de interceptar a los españoles, quienes se encaminaban por las montañas hacia la tierra de sus aliados, los tlaxcaltecas. En Otumba se reanudó el combate. Los indígenas no pudieron superar con su formación de combate la movilidad y el sentido táctico de los españoles. Heridos como estaban todos ellos y agotados por falta de alimentos y de sueño, conservaron su disciplina y una desesperada carga de caballería llegó hasta los jefes, quienes cayeron ante las armas españolas. Tan luego como fueron muertos los jefes la escasa disciplina indígena desapareció y huyeron. Los españoles se abrieron

paso hasta Tlaxcala para recuperarse y para esperar la llegada de refuerzos.

A Moctezuma le sucedió su hermano Cuitláhuac, y a éste, que murió de fiebre cuatro meses después, lo reemplazó como jefe guerrero su sobrino el heroico Cuauhtémoc. Este fuerte y valeroso cacique no pudo vencer la desconfianza mutua de las comunidades indígenas. Cuando los aztecas pudieron haberse mantenido unidos con otras tribus para derrotar a los españoles por el simple peso del número, no hicieron nada.

Mientras tanto, Cortés, que había dado descanso a su ejército, comenzó a consolidar sus posiciones. Emprendió dos series de campañas, una hacia el oriente, en dirección al mar, y otra hacia el sur y el occidente, en dirección del actual estado de Morelos. Utilizando a sus aliados indígenas como cargadores, así como de pantalla para ocultar sus movimientos tácticos más serios, subyugó población tras población. En todos los casos el convencionalismo guerrero de los mexicanos de un mero ataque en masa, demostró ser ineficaz en contra del ataque español. Cortés pacificó pronto la región oriental lo suficiente para tratar de recobrar Tenochtitlán.

Lo que desde nuestro punto de vista actual consideramos típica perfidia indígena y que para ellos eran modos de actuar corrientes, ocasionó de hecho la derrota de México. Los texcocanos, los más

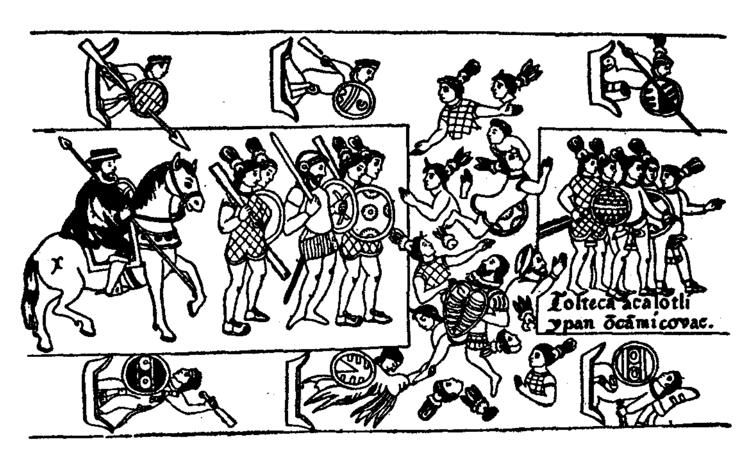


Fig. 66. Ante la dificultad de conseguir abastecimientos, Cortés trata de alcanzar la tierra firme saliendo por una de las calzadas al amparo de la noche. Descubierta su retirada, los aztecas se lanzan tras él y lo atacan desde sus canoas, destruyendo puentes y desbaratando la retirada, pero sin exterminar el ejército. *(Lienzo de Tlaxcala.)*

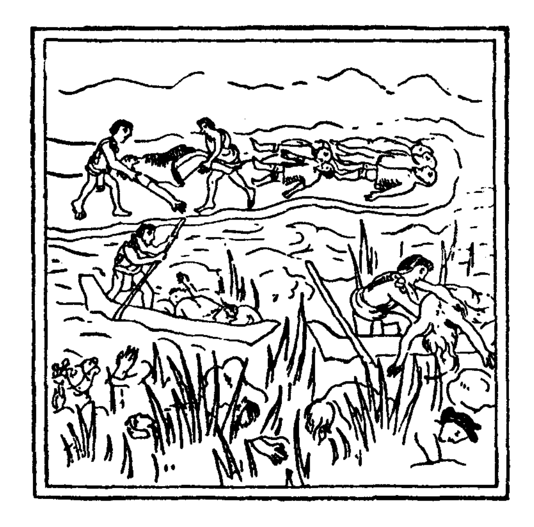


Fig. 67. Algunos españoles alcanzan la tierra firme. Los aztecas, en vez de aprovechar la ventaja obtenida, despojan los cuerpos de los muertos y ahogados. Recuérdese, sin embargo, que los españoles lograron llevarse todo el tesoro azteca. (*Códice Florentino.*)

estrechos aliados de los aztecas y quizá por esa razón los más celosos de su prosperidad, estaban resentidos por la parte que Moctezuma había tomado al forzar la elección de un jefe guerrero. Cuando los aztecas tuvieron una gran oportunidad de mantener su supremacía después de la retirada de Cortés de México, los texcocanos salieron valientemente a la guerra en Otumba. Ahora se pasaban al lado de los españoles, viendo una ocasión de lograr una posición dominante en los asuntos del Valle de México. Su defección dio a los españoles una base sobre el lago de México y recursos para abatir a cualquiera tribu que hubiera permanecido sin someterse en la campaña anterior.

Habiendo pacificado a la comarca, Cortés puso en práctica su plan de sitio. Lanzó una flota de pequeñas galeras armadas con cañones, que habían sido construídas en Tlaxcala y traídas desarmadas a través de las montañas, para ser armadas en el lago. Estas naves debían limpiar el lago de canoas y proteger los flancos españoles en su marcha por las tres calzadas de Tenochtitlán, la ciudad isleña. Cortés dividió sus fuerzas en tres partes para ir por estos caminos y cercar la capital.

Las galeras pronto despejaron el lago de toda la flota enemiga de canoas y los españoles comenzaron a sitiar la ciudad. Los aztecas, en una lucha a muerte, defendieron sus posiciones tenazmente. Todas las noches hacían salidas para destruir los puentes que los españoles habían construído durante el día en los canales. En luchas de esta clase los españoles no podían manipular sus tropas y ninguno de los

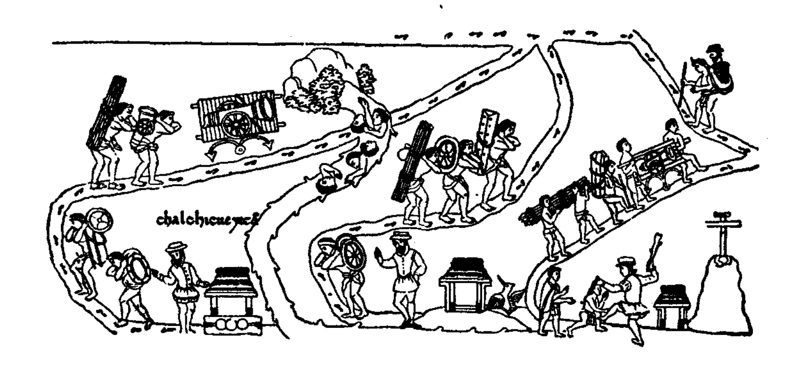


Fig. 68. Gracias a la indecisión de los aztecas, Cortés pudo llegar a Tlaxcala y rehacer su ejército. En el grabado se ve cómo son traídos de la costa pertrechos y refuerzos. En el centro, a la izquierda, se recuerda un desdichado accidente: varios indios amigos cayeron al río y se ahogaron. *(Lienzo de Tlaxcala.)*



Fig. 69. El plan de Cortés para recobrar Tenochtitlán consistía en aislar la ciudad desde tierra firme. En el centro del grabado aparece Tenochtitlán, rodeada por el lago donde se encuentran las canoas de guerra de sus defensores. Las fuerzas españolas se dedicaron a someter las ciudades de tierra firme. *(Lienzo de Tlaxcala.)*

dos lados lograba ventajas decisivas. Los aztecas, sin embargo, persistían aún en hacer prisioneros para sacrificarlos a su Dios de la Guerra, en vez de exterminar a sus enemigos cuando se les ofrecía la oportunidad. Para compensar esta ganancia, los miles de aliados indígenas que se unieron a los españoles para participar en la esperada victoria, se amontonaban en las calzadas y estorbaban a los sitiadores en vez de ayudarlos.

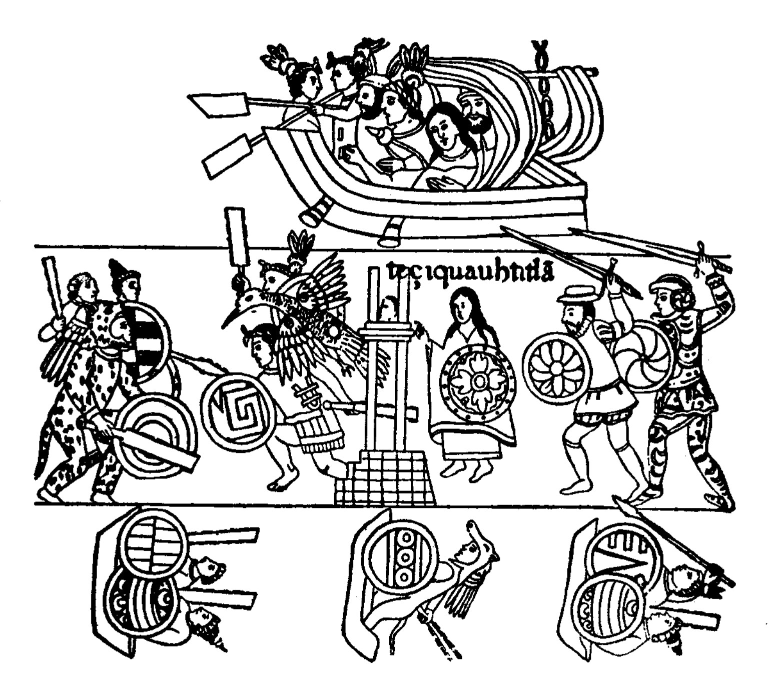
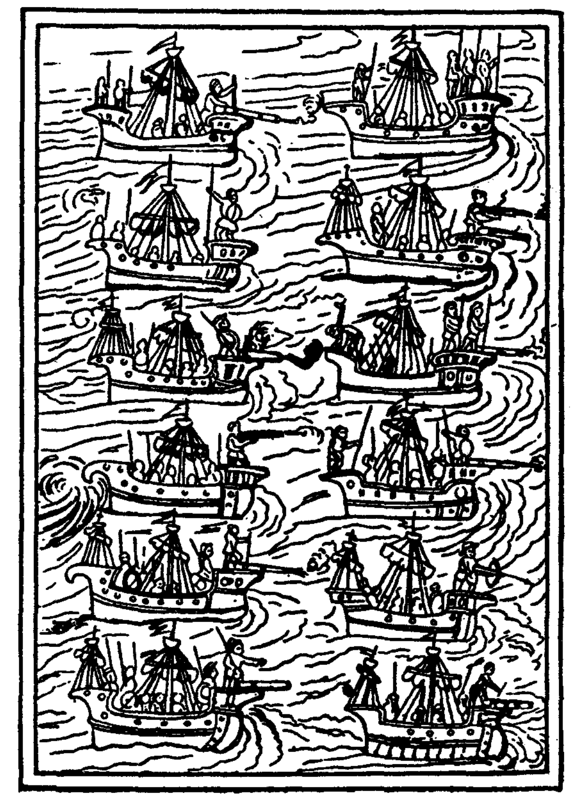


Fig. 70. Cortés construyó bergantines para proteger sus flancos en el curso de su avance por las calzadas hacia Tenochtitlán. En este grabado un bergantín llega en ayuda de Cortés y sus aliados, que se encuentran sitiados entre las fuerzas aztecas de a pie por un lado y sus canoas por otro. *(Lienzo de Tlaxcala.)*

Cortés decidió cambiar su táctica de combate y su solución, que a nosotros nos parece razonable, debe haber parecido poco menos que milagrosa a los tribeños. Mandó que sus aliados indígenas avanzaran para derribar todas las casas que pudieran encontrar y llenar las canales con sus escombros. Cuando fueron contraatacados se retiraron dejando lugar para que los españoles, a caballo y a pie, acabaran con los aztecas. Cada día las fuerzas hispanas ganaban más espacio

Fig. 71. La flotilla española en acción. Estas galeras, equipadas con remos y una vela y armadas en la proa con un cañón, podían luchar ventajosamente contra las canoas de guerra aztecas. *(Códice Florentino.)*



para maniobrar y así podían contar con recobrar más terreno al día siguiente. Los aztecas, animados por una extraña unidad, lucharon desesperadamente pero sin resultados.

Hacia el término del sitio acurrió un suceso que ponía de manifiesto la angustiosa esperanza que tenían en aquel momento los desesperados aztecas de que surgiera en cualquier momento una liberación por un levantamiento general en contra de los invasores. El pueblo de las islas del sur del lago, los xochimilcas y sus tribus vecinas, se infiltraron durante la noche por entre las galeras españolas para decir a los aztecas que, como vecinos, harían causa común en contra de los blancos. Regocijados, Cuauhtémoc y sus capitanes los cargaron de presentes, telas finas y granos de cacao, preciosos porque con ellos se hacía la bebida favorita de los aztecas, el chocolate. Cuando llegó la noche de nuevo sobre la ciudad sitiada, los aztecas fueron sacudidos por una gran conmoción. Los nuevos aliados trataban de llevarse como esclavos a las mujeres y a los niños aztecas. Es grato decir que

esta bribonada recibió su justa recompensa y todos los xochimilcas fueron muertos o sacrificados.[7]

Solamente cuando sus miembros estaban demasiado débiles para resistir y no podían ya asestar golpes mortales, se rindió la guarnición. Cuauhtémoc, con su familia, como muchos otros, partió por el lago en canoa. Una de las galeras españolas lo aprehendió y lo llevó a Cortés, en donde su dignidad y su porte real recibieron la respetuosa atención del estado mayor español. La petición del tesoro obtuvo la respuesta de que no había ninguno: yacía en el fondo del lago con los españoles que fueron muertos el invierno anterior en su desastrosa huída de la ciudad. Cuauhtémoc sufrió prisión y tortura, y fue asesinado pocos años después en la expedición que Cortés

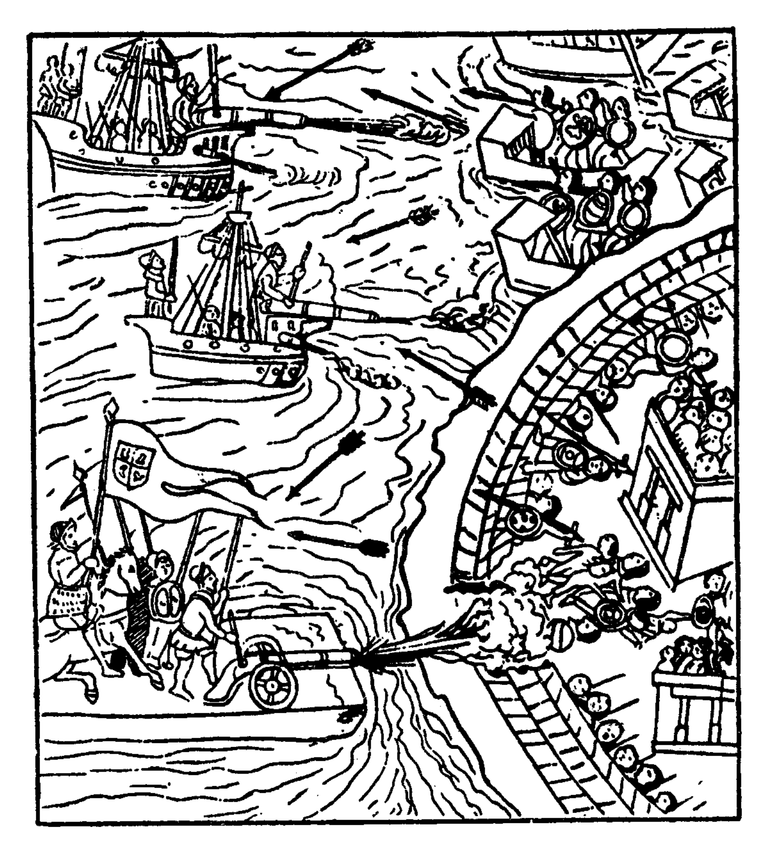


Fig. 72. Una y otra vez, los bergantines salvaron situaciones como ésta, en que los indios armados atacan desde sus canoas la retaguardia de las fuerzas españolas. *(Códice Florentino.)*



Fig. 73. El problema militar de los españoles consistía en destruir suficientemente la ciudad para poder usar la caballería. A la derecha se ven embarcaciones armadas participando en un ataque con el aludido fin. *(Códice Florentino.)*

realizó a Honduras. Actualmente se le honra en México como a un héroe nacional.

La caída de los aztecas no puede ser interpretada como los acontecimientos de la historia europea, pues las explicaciones de costumbre dan una pintura falsa de la realidad. Moctezuma, caracterizado por los autores europeos como un monarca débil y vacilante, era un jefe de tribu desprovisto de los derechos constitucionales de un soberano europeo. Su imperio es también una fantasía europea, puesto que en realidad se componía de comunidades suficientemente intimidadas para pagar tributo, pero en manera alguna ligadas a las normas gubernamentales aztecas. Guerreros sí fueron los aztecas; pero no soldados en el sentido europeo de la palabra. Dada, como hemos dicho, la necesaria dirección y organización, cualquier fuerza expedicionaria europea podía haberse posesionado de México. La trágica y valiente resistencia de Tenochtitlán no fue tanto una defensa militar como una heroica acción de grupo llevada a cabo por individuos que luchaban por sus vidas.

El hambre y la sed, las plagas y las heridas, habían debilitado tanto a los aztecas, que no pudieron sostenerse. Los horrores de la



Fig. 74. La historia de la conquista de México en caracteres nativos. En la parte superior el símbolo de 1 Caña, designación nativa del año 1519. Bajo el símbolo aparece un español a caballo, a cuyas plantas se encuentran el escudo, la maza y las flechas que simbolizan la guerra. A la derecha, el barbado Cortés, sentado en el templo de Tenochtitlán, que se representa por el cacto. Un indio con el glifo de Moctezuma ofrece un tributo de cuentas de oro. *(Códice Vaticano A.)*

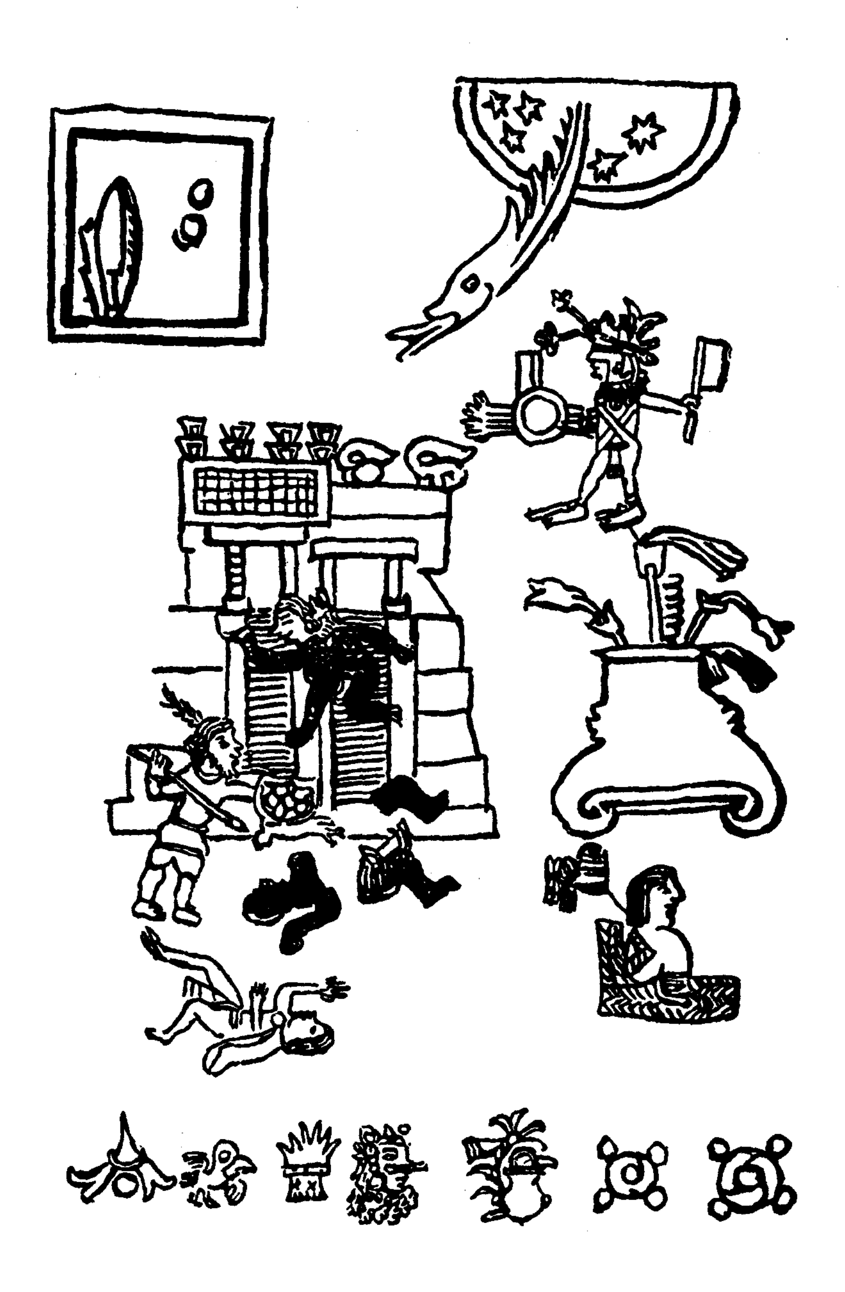


Fig. 75. Arriba, el signo del año 2 Cuchillo (1520). Debajo de él aparece Alvarado haciendo una matanza de indios en el gran templo, y en el extremo superior derecho un cometa. (*Códice Vaticano A.*)

última resistencia hecha por este pueblo desesperado son demasiado terribles para ser descritos. Mucho tiempo después de ella, el recuerdo de la tragedia vagaba por el lugar como una especie de exhalación de impureza espiritual, semejante a la de una casa encantada o como la del teatro de un crimen. A través de toda la época colonial y aun hasta nuestros días, la sección norte de México no ha sido preferida ni como sección residencial ni como centro de negocios. En la actualidad, en el lugar en que agonizó la civilización azteca, hay patios de ferrocarril y barrios bajos. Los espectros de sus heroicos defensores aún lo rondan.



Fig. 76. Cuauhtémoc, que dirigió la defensa de Tenochtitlán, es recibido con todos los honores de guerra por Cortés y su consorte, Marina. En la parte superior derecha puede verse a Cortés saludando a la esposa de Cuauhtémoc y a su familia. La leyenda dice: "Y con esto, se acabaron los mexicanos." *(Lienzo de Tlaxcala.)*

XV
Los aztecas después de la conquista

Historia de los aztecas después de la conquista, con sugerencias para una excursión por sus dominios.

La civilización azteca murió, pero los aztecas viven aún. Quítese a los indios de pura sangre de México y se perderán dos quintas partes de la población; retírese a los que tengan sangre indígena en sus venas y quedará escasamente una vigésima parte de la población. México tiene un rostro indio. Sin embargo, viájese por México y léase su historia y se verán, como en estratos, las huellas de la época colonial, de la república, del imperio de Maximiliano, de la dictadura de Díaz y del pensamiento social moderno de la revolución. La civilización indígena no se ve, como no sea por sus descendientes, que están en todas partes, que son el pueblo mexicano. Aunque su aspecto exterior y su cultura material y social son europeos, el carácter azteca está en sus espíritus, de la misma manera que las piedras de los templos aztecas derribados forman parte de los muros de sus iglesias.[1]

Los propósitos originales de la corona y de la iglesia eran convertir a la población india en ciudadanos españoles que gozaran de todos los derechos civiles. Por espacio de dos generaciones las autoridades casi lograron su intento; pero finalmente el individualismo, tan dominante en la cultura europea, se abrió paso a través de su sistema legislativo y los conquistadores blancos redujeron a esclavitud a los indígenas. En la actualidad, después de cuatrocientos años, parece que el gobierno republicano presente podrá lograr, por medio de su programa educativo de los indios, el humanitario propósito formulado durante la colonia.

Después de 1520, cuando terminó la conquista, los españoles iniciaron el proceso de convertir una cultura indígena madura en europea. A los conquistadores se les dieron tierras y en compensación quedaron obligados a explotar los nuevos territorios para el provecho

económico de España. La iglesia tenía bajo su cuidado la educación de los indios y su bienestar espiritual y físico. Varias órdenes monásticas emprendieron el gobierno de los indios en zonas determinadas. Sus primeros pasos se encaminaron a desterrar la idolatría local y aprender el lenguaje y las costumbres de sus nuevos cargos para llevar a cabo mejor la conversión.[2]

Los frailes, especialmente escogidos para esta tarea, dieron muestras de una gran comprensión; inmediatamente reemplazaron una estructura teológica por otra. Los indígenas derribaron sus templos para elevar iglesias y monasterios en su lugar. El empleo de las estatuas y de las pinturas del rito católico respondió tan bien a las necesidades del culto azteca, que los frailes tuvieron grandes dificultades para evitar la idolatría de las imágenes mismas. (Véase Lám. 26, centro.)

Los estudios que los frailes hicieron de las costumbres indígenas son admirables; en ellos mostraron habilidad excepcional los franciscanos y los dominicos.[3] Los hijos de los jefes de las tribus indígenas fueron educados en escuelas para la propagación del evangelio. Bajo la dominación española no se reconoció la antigua propiedad comunal de la tierra, de modo que los aztecas quedaron adscritos a las tierras que ocupaban con la aprobación de la tribu. Los cabecillas que habían disfrutado del uso de las tierras tribales, se convirtieron en dueños de extensas propiedades de las cuales podían disfrutar sus descendientes. Los españoles se unieron en matrimonio con las familias principales, cuya nobleza creyeron hereditaria, de acuerdo con las normas de su propia cultura. En algunos casos los jefes, como los del Tlaxcala, recibieron escudos y armas y títulos de nobleza del rey por sus servicios a la causa española. De ciento noventa escudos de armas otorgados por servicios prestados durante la conquista de América media y del sur, cuando menos veinte fueron dados a indígenas. Como consecuencia de esto tuvo lugar un modesto renacimiento de la cultura indígena. Los autores aborígenes, como Ixtlilxóchitl y Chimalpahin, escribieron los anales de sus antepasados en español o en náhuatl, como una prueba de su descendencia de los grandes nobles indios y también de su derecho a los honores hispanos.[4] (Véase Lám. 36.)

La antigua cultura murió lentamente. En las ciudades indígenas se conservaron las crónicas, tanto en español como en el antiguo sistema pictográfico azteca, para evitar disputas. El vestido conservó

su antigua forma, sólo que los frailes insistieron en encalzonar a los indígenas. La abundante agricultura fue una gran bendición para los conquistadores, quienes la modificaron poco, como no sea por el agregado de árboles frutales y de trigo. Los utensilios domésticos, como los de loza, mostraron una encantadora fusión de ideas indígenas y españolas; el vidriado encantó a los indios, quienes aplicaron el fundente a formas aborígenes puras. Algunas deliciosas esculturitas en barro muestran a los antiguos dioses y diosas disfrazados como santos, pero es fácil desenmascararlos.

Los indios estaban acostumbrados a construir templos y les pareció muy apropiado tener que trabajar muchas horas y en gran número para elevar estructuras en que venerar a los nuevos dioses. La conversión fue tan popular que las iglesias resultaron pequeñas para contener a los creyentes y varios templos conventuales, como los de Acolman, Actopan y Tlalmanalco, tenían capillas abiertas frente a un gran atrio, para dar cabida a conversos que se reunían literalmente por decenas de miles. Los artesanos indígenas encontraron en los instrumentos de acero una mejora estupenda a sus martillos de piedra y sus cinceles. Después de que la arquitectura plateresca original se convirtió en barroca, revelaron su talento al convertir los bloques de piedra en elementos ornamentales, pues les resultaba tan fácil como cortar queso, en comparación con el trabajo de sus épocas anteriores.[5]

Este período de fusión duró casi un siglo. Mientras tanto los primeros conquistadores y sus descendientes, junto con los inmigrantes posteriores de la nueva colonia, habían abusado cada vez más de los nativos. El desarrollo de la industria minera absorbió a miles de indígenas, atraídos a trabajar por su pitanza en condiciones insalubres que les trajeron enfermedades y a veces la muerte. El ejercicio de la encomienda, arreglo en virtud del cual un hombre tenía derecho al trabajo de un nativo a cambio de cuidar de él y de velar por su instrucción religiosa, condujo al abuso de ese privilegio y los infortunados indígenas quedaron sometidos a servidumbre. Las enfermedades europeas como la viruela, el sarampión y la tuberculosis, acabaron con grandes sectores de la población, que no tenían resistencia hereditaria para tales males. La corona y la iglesia, a través del Consejo de Indias, mandaron cuestionarios e impusieron legislaciones para su mejoramiento a base de la información recibida, pero dichas leyes fueron más célebres por sus infracciones que por su observancia. Mu-

chos de los españoles que iban a la Nueva España deseaban enriquecerse y disfrutar de una vejez tranquila en la madre patria. Otros de los que se habían establecido en el país gozaban de una existencia casi feudal y no querían dar parte de sus ganancias o de su bienestar, ya fuera para el mejoramiento de los indígenas o para el enriquecimiento de la corona. Cuando los ingleses destruyeron la Armada invencible en 1588 y debilitaron el poder marítimo de España, las comunicaciones entre la madre patria y las colonias fueron cada vez más difíciles. Se relajó el dominio sobre ellas y quedaron ignoradas las leyes que beneficiaban a los nativos, quienes se convirtieron realmente en una mayoría inferior, cuyos miembros trabajaban como peones, sin esperanza de justicia legal o social.[6]

La mayor parte de los indígenas perdió sus tierras y trabajó en las haciendas o en las minas. Algunas comunidades, como Tlaxcala, que habían prestado notables servicios a la corona durante la Conquista, conservaron sus tierras, aunque habían perdido su *status* social. Otros grupos, como los pueblos lacustres de Xochimilco y de Chalco, ocuparon territorios que los españoles consideraron inapropiados para sus fines. Un cuarto grupo vivía relativamente libre de molestias, en pequeñas aldeas primitivas arropadas en las montañas. Estos refugiados se habían trasladado a las colinas, no solamente huyendo de los conquistadores blancos, sino también para escapar al creciente poder de los estados indígenas en los siglos anteriores a la Conquista. Las muchas lenguas y dialectos que se hablaban en México se conservan en estas diminutas aldeas, en las que los habitantes sólo tienen una débil capa de cristianismo.

Lo que queda de la cultura indígena actualmente es en su mayor parte la mezcla de las prácticas indígenas precortesianas con las enseñanzas de los frailes del siglo XVI. Con todo, el tipo físico y las lenguas han resistido la absorción durante cuatro siglos. En México quizás no haya un solo grupo que se conserve tan completamente indígena como algunas de las tribus norteamericanas; aunque éstos, después de todo, han sido sojuzgados y puestos en "reservaciones" solamente en las últimas tres generaciones. Los grupos que tuvieron los primeros contactos con los blancos fueron exterminados hace muchos años.[7]

Los indígenas mexicanos han sobrellevado y ejecutado todo el trabajo de México durante cuatro siglos. Han visto las luchas de los blancos por el derecho a consumir los frutos de su trabajo. Probable-

mente no se dan cuenta de que el grupo no mezclado de las clases gobernantes es menor cada generación, habiendo bajado en el último siglo del trece al siete por ciento de la población. Personalidades como Juárez el libertador y Díaz el más grande de los dictadores mexicanos, se abrieron paso de la masa anónima indígena para gobernar al país y modernizar su cultura. Los hombres de la revolución tenían sangre indígena en sus venas, y uno de ellos, el ex presidente Lázaro Cárdenas, hizo esfuerzos sobrehumanos para arrancar a los nativos de la esclavitud y hacerlos participar en la vida activa y política del país.

La artesanía de México es producto de las manos indígenas. Humildes artesanos se han trasmitido, de generación en generación, el amor al pasado y sus tradiciones. Este fondo, como el de la estructura social del pueblo, quedó ilustrado en el Renacimiento Mexicano, cuando, durante la revolución, pintores mexicanos como Orozco, Rivera y Goitia, y extranjeros como Charlot, se dieron cuenta del trasfondo nativo americano de México. Nada tiene que ver que el arte mexicano sea técnicamente una derivación del europeo. Social y emocionalmente hablando, es el único arte nacional verdadero que existe en el mundo en la actualidad.[8]

El visitante de México queda fuertemente impresionado por el indígena. A veces se asombra de la apatía de un pueblo que ha sido oprimido durante tantos años, cuyas nacionalidades y templos han sido arrasados para formar los cimientos de una sociedad nueva. Sin embargo, en la actualidad, cuando nuestro mundo americano tiene una significación mayor para nosotros, podemos pensar más profundamente en aquellos primeros colonizadores que venían de otro continente y que, como los norteamericanos, construyeron un mundo nuevo.

México, la más americana de las naciones americanas, abre una emocionante perspectiva en el decurso del tiempo. Se puede leer mucho y, sin embargo, perder completamente el sentido de un pasado que aún vive y que conmueve al visitante de este país extraordinario. Tomar un coche y dar un paseo por entre los ricos valles rodeados por los baluartes de las montañas, es impregnarse de todo el sabor de nuestro pasado indígena. Dos semanas empleadas así permitirán al visitante examinar una gran parte del dominio azteca.[9]

El primer día se debe visitar el Museo sólo para apreciar, en volumen y cantidad, la parte infinitesimal de la manufactura indígena

que allí se guarda. A una cuadra de distancia, cerca de la Catedral, se abre una excavación que deja ver una esquina de la escalinata del templo mayor. De la calle trasera de la Catedral, que corre de oriente a poniente, se recogieron millares de objetos del culto, arrojados del templo por los violentos conquistadores. El Zócalo, la gran Plaza de la Constitución, abarca la plaza principal de Tenochtitlán. Sus veinte pies de basamento están hechos de templos derribados para la mayor gloria de Dios y quién sabe qué incomparables obras maestras de arte azteca están sepultadas allí. Hacia el oriente, el Palacio Nacional descansa sobre los antiguos salones de Moctezuma. Pocas cuadras al norte los frescos de la Secretaría de Educación Pública exhiben la tragedia de los indígenas y su liberación, pintados en el momento culminante del genio de Rivera.[10] (Véase Lám. 43, abajo.)

Después de almorzar en algún lugar cercano, el visitante puede dirigirse hacia el oeste, pasar por el Palacio de las Bellas Artes, construído un poco más allá de la antigua orilla de Tenochtitlán, en el primitivo fondo del lago. La colina y el parque de Chapultepec merecen una visita, pues los cipreses, encanecidos por el heno, datan de la época de Moctezuma. Aquí hicieron su primera colonización los tenochcas, Moctezuma el viejo construyó el acueducto de su ciudad y el joven tenía un relieve esculpido en su honor. Coronando la colina está el palacio de Maximiliano de Austria, emperador de los mexicanos durante nuestra guerra civil, y en este lugar, pocos años antes, un puñado de cadetes del Colegio Militar mexicano hizo frente a una brigada del ejército regular de los Estados Unidos, en el lamentable conflicto de Estados Unidos con los vecinos meridionales.

Dando la vuelta hacia el sur se puede visitar el pequeño palacio del cacique de Mixcoac y pasar por Villa Obregón (San Ángel), para contemplar las ruinas de los pueblos de la Cultura Media Inferior sepultados bajo la lava de Copilco. Volteando después hacia el occidente y al sur, se puede ir por Tizapán, donde los tenochcas pasaron los desafortunados años de su cautiverio, y después por el pedregal para llegar a Cuicuilco. En este lugar el templo redondo de los pueblos de la Cultura Media Superior surge de los residuos de lava que lo rodean, fondo lúgubre y misterioso apropiado a éste, el más antiguo monumento de la religión mexicana. Después, el visitante puede regresar a México por Tlalpan y Coyoacán, por un camino construído sobre la misma calzada que Cortés siguió hasta Tenochtitlán. (Véase Lám. 18, arriba.)

El segundo día, el visitante puede, provisto de un refrigerio ligero o resuelto a no tomar nada, dirigirse por la calle de Tacuba, que sigue la antigua calzada occidental a la vieja Tlacopan. Por ella hizo Cortés su triste retirada; dos calles llevan el nombre de Alvarado, por su famoso salto. El ciprés bajo el cual lloró Cortés merece visitarse y la iglesia de la plaza principal de Azcapotzalco, capital de los caciques toltecas y tepanecas, descansa pesadamente sobre los restos de la antes elevada plataforma. El templo votivo de los Remedios, situado en las colinas traseras, fue construído en el lugar en que Cortés rehizo a su derrotado ejército y tiene una imagen milagrosa de la Virgen, patrona de los conquistadores.

Bajando la colina, el visitante puede pasar por Tlalnepantla, en donde la iglesia está construída con los restos de los templos, y seguir hasta Tenayuca. Aquí los arqueólogos mexicanos han hecho la disección, como con el bisturí de un cirujano, de los seis templos que sintetizan la historia de esa ciudad, desde su fundación chichimeca hasta su conquista, en 1520. En las colinas del oriente, por cuya falda corre un acueducto español, se suceden las sedes de la Cultura Media, El Arbolillo, Ticomán y Zacatenco.

Es digna de visitarse, al regreso, la Villa de Guadalupe, construída en honor de la aparición de la Virgen a Juan Diego. Su retrato, milagrosamente pintado, se conserva en la iglesia, y en diciembre acuden indígenas de varias millas a la redonda a venerar a su patrona, de la misma manera como antes de la conquista hacían peregrinaciones a este mismo lugar para venerar a Tonantzin, la diosa azteca de la maternidad. Regresando por la antigua calzada norte, el visitante debe dar la vuelta a la derecha en Peralvillo, pasar por los enyerbados patios de ferrocarril y los barrios bajos que cubren Tlaltelolco y su famoso mercado y el lugar de la última resistencia del azteca Cuauhtémoc a los españoles.

El tercer día el turista debe visitar Teotihuacán, volviendo a pasar por la calzada norte y por Guadalupe. El camino rodea el lago salado de Texcoco y cruza, por una calzada construída por los españoles, el estrecho que se forma entre este lago y el ahora desecado de Xaltocan. El sitio estratégico de Chiconauhtla, en su extremo norte, no tiene gran interés; pero un poco más lejos es conveniente dar la vuelta a la derecha y visitar la gran escuela indígena de Acolman, o "convento", como los españoles llamaban a cualquier establecimiento donde los frailes educaban a los indígenas. A lo lejos aparecen las

pirámides de Teotihuacán y a los pocos minutos de pasar por aldeas nativas llega el visitante a este sitio, el más imponente de México. Las ruinas son un tributo al interés cultural del gobierno, que ha gastado mucho tiempo y dinero en interpretar y descubrir las ruinas. Allí hay un buen museo en donde se puede admirar el arte de los constructores de esta magnífica ciudad sagrada, que conserva aún mucha de la grandeza de su pasado. (Véanse Láms. 21-24.)

En Teotihuacán hay un buen restaurante, y después de almorzar el visitante debe regresar hasta Tepexpan y seguir el camino a Texcoco. De paso se deben visitar las ruinas del Palacio de Netzahualcóyotl, en el que unos cipreses magníficos limitan un jardín y bajo su sombra se pueden evocar recuerdos de la vida del rey poeta. Algunas escabrosas millas más adelante está Texcoco, que no refleja nada de su antigua grandeza. Es una vieja y triste ciudad, lúgubre y arruinada. Algunos montículos situados a la entrada oriental son pobres testimonios de su antiguo esplendor. De regreso a México por el camino principal se pasa por Huexotla y su gran muro, y muy cerca, en la Escuela de Agricultura de la hacienda de Chapingo, están algunos de los mejores frescos de Rivera, que simbolizan la vegetación y la fertilidad de la tierra mexicana y traducen las ideas aztecas en pintura moderna.

Otro itinerario consistiría en dedicar un cuarto día a la región de Texcoco. Saliendo de México por el camino oriental se pasa por los desolados pantanos salados del lago de Texcoco y se gira hacia el oriente, en Los Reyes, por el camino principal a Texcoco. En Coatlinchán una gratificación proporcionará los servicios de un indígena para conducir al visitante hasta el monumento tolteca a la Diosa de las Aguas, enorme mole que yace sin haber sido acabada en una barranca, a una media hora larga a pie de la población. De vuelta al coche, váyase a Chapingo y a Huexotla, y en Texcoco desvíese para visitar los baños de Netzahualcóyotl cavados en la roca, labrados en la colina que está atrás de Texcotzingo. El paisaje está sembrado de pequeñas aldeas; las épocas indígena y colonial están a flor de tierra.

El cuarto día (o quinto si se consagra un día a Teotihuacán y otro a Texcoco), podría ser el comienzo de un fructuoso paseo de dos días a Cuernavaca. El visitante tendrá una experiencia inolvidable si toma el camino trasero de Xochimilco, Tulyehualco y Chalco, en donde los descendientes directos de las antiguas tribus ocupan las

viejas tierras del lago y las cultivan como sus antepasados. Hablando aún náhuatl, se deslizan en canoas por la red de canales que rodean sus *chinampas* o jardincitos. Dejando los lagos, se asciende hasta lo alto de las montañas aproximándose a los grandes volcanes, el Popocatépetl (La Montaña que Humea) y el Iztaccíhuatl (La Mujer Blanca), por el camino más inmediato. La primera parada es Tlalmanalco, y en este lugar una magnífica capilla abierta combina elementos puros de escultura indígena y europea, en una iglesia construída con las piedras de un templo derribado. El camino asciende pasando por el santuario de Amecameca, por Ozumba, para caer en un mundo nuevo, el caliente valle de Morelos, tierra de los tlahuicas. El visitante pasa por haciendas azucareras quemadas durante la revolución, por Yolotepec, asiento de una tribu tlahuica, tierra del jefe revolucionario Zapata, y asciende de nuevo para llegar a Cuernavaca para almorzar.

Aquí la conquista está totalmente representada por la enorme iglesia fortificada y por el palacio de Cortés, actualmente asiento del Gobierno del Estado, en donde Rivera ha pintado un impresionante fresco de la conquista y dominación de los antes poderosos tlahuicas. En la estación del ferrocarril hay un grupo de templos, uno de los cuales está extraordinariamente bien conservado, y es un ejemplo de los valores emocionales de la arquitectura azteca. Después, se puede ir en media hora a Tepoztlán, aldea donde se habla el náhuatl y cuyos habitantes mezclan las culturas material y espiritual del México indígena, la de la colonia española y la de la moderna república. El gran convento descuella sobre las esculturas destrozadas de los antiguos templos; pero en lo alto de las montañas y fácilmente accesible para los que tengan buenos pulmones y piernas, se levanta el templo del Tepozteco, estropeado pero indómito. Regresando a Cuernavaca, algunos montículos situados a la derecha del camino a Tlaltenango son monumentos furtivos al pueblo de la Cultura Media Superior, cuyas reliquias encontradas en Gualupita fueron estudiadas en una ladrillera cercana al Hotel de la Selva. (Véase Lám. 28, abajo.)

Después de pasar la noche en cualquiera de los muchos buenos hoteles de esta encantadora ciudad de Cuernavaca, se puede tomar el camino de Taxco y dar la vuelta en Alpuyeca, para visitar Xochicalco. El templo mayor tiene una magnífica fachada labrada que haría pensar en un origen maya, si no fuera por las serpientes de

fuego, las fechas y los símbolos rituales de la Cultura Mixteca-Puebla. Quizá proveniente del siglo XI, éste puede haber sido una avanzada de aquellos pueblos cuya cultura dio origen a la civilización azteca. El lugar está casi intocado y los montículos y las terrazas no explorados en su totalidad indudablemente contienen esculturas y cerámicas que arrojarán más luz en muchos puntos oscuros de la historia mexicana. Taxco puede resultar conveniente para almorzar y puede llegarse a la ciudad de México al caer la tarde, por un magnífico camino que atraviesa las montañas. El viajero puede darse cuenta de cómo la cadena de montañas separaba a un grupo de pueblos de otro, de tal manera que el lenguaje, el arte y la cultura, podían desarrollarse siguiendo tendencias propias, sin influencias extrañas. Al bajar de las montañas, el panorama de la parte sur del Valle aparece a nuestros pies: los lagos, el valle y sobresaliendo en el centro el cerro de la Estrella, en donde cada cincuenta y dos años los aztecas recibían la promesa de la continuidad de la vida.

El sexto día, el inquieto viajero que quiere seguir este itinerario, puede hacer un emocionante viaje de dos días a Puebla. Siguiendo la ribera sur de Texcoco, "en donde el lago marchita los juncos y no cantan los pájaros", cruza la cadena de montañas hacia el sudeste, precisamente abajo de los hombros cubiertos de nieve de los grandes volcanes. Al surgir de los bosques de pinos del lado opuesto, se abre ante él el rico valle de Puebla. En San Cristóbal, hacia la izquierda, un montículo que corona una gran colina era el ofertorio principal de un grupo de montículos de la Cultura Media, que están en su base; pero no vale la pena malgastar el tiempo de que se dispone, así es que el viajero sigue para Texmelucan, donde da vuelta hacia la izquierda por el camino de Tlaxcala. En este lugar, la población indígena es próspera porque los españoles, agradecidos por los servicios de sus aliados más eficaces, no dejaron que fueran víctimas de despojos. La ciudad misma es vieja y encantadora, poco modificada por cambios desde el siglo XVIII. La iglesia más antigua de México, donde se celebró el primer bautizo indígena, está en una eminencia cercana al centro de la población. Al otro lado del río, en Tizatlán, está un pequeño templo cuyos pintados altares, que aún conservan su color, representan al gran dios Tezcatlipoca y algunos de los símbolos de la antigua religión. En las cercanías, una capilla de una deliciosa ingenuidad, que antes era abierta, queda oculta por una horrible iglesia del siglo XIX. También existen las ruinas dudosas de una casa de co-

mienzos del siglo XVI, que se dice fue la residencia de Xicoténcatl, quien mandó los ejércitos de Tlaxcala, después de la conquista. Cerca puede observarse el sitio en donde Cortés construyó sus bergantines para ser transportados en partes a los lagos del Valle.

Regresando a Texmelucan para almorzar se vuelve a tomar el camino de Puebla y hay que detenerse en la antes importante ciudad-estado de Huejotzingo. La más antigua civilización queda borrada por un maravilloso y viejo convento franciscano, en el que una construcción sencilla y honesta, refleja las virtudes de estos santos varones que llevaron a cabo la conversión de los indígenas. La medida del resultado que alcanzaron se puede apreciar por el inmenso patio o atrio, en donde se congregaban los indígenas por millares para oír misa.

De vuelta al camino, en menos de una hora, aparece Cholula en el horizonte. Cientos de iglesitas cuyos azulejos de colores brillan al sol, son testimonio de una densa población que antiguamente tenía un templo en cada lugar en donde ahora hay una iglesia. Se puede uno dar cuenta de por qué la gente de esta región se abrió paso al Valle en busca de espacio vital. Aún en la actualidad está cultivado todo el campo. El pueblo es genuinamente indígena y con frecuencia los extraños sonidos del náhuatl se intercalan entre las sonoras y tersas palabras del español. El gran templo de Cholula es inverosímil; da la impresión de la contrapartida de Babel, a la que lo compararon los frailes. La iglesia descansa orgullosamente en la parte alta, y abajo, en una terraza, hay ruinas de cuartos y de un altar con restos humanos, todo excavado cuidadosamente por arqueólogos del gobierno. En el interior de la gran pirámide hay cerca de dos kilómetros de túneles que los arqueólogos horadaron en el adobe, para seguir los muros y las escalinatas de la plazoleta ritual de los toltecas de las primeras épocas. Muy al interior hay representaciones al fresco de la Diosa Mariposa, que a la luz mortecina de las linternas infunde pavor. (Véase Lám. 26, centro.)

Llegando a Puebla, nos encontramos con una gran ciudad provinciana, cuya oscura respetabilidad está aligerada por la inventiva creadora que se refleja en la ornamentada arquitectura religiosa. El recorrido de Puebla y de su museo puede hacerse en la mañana del siguiente día. Después se puede regresar a la ciudad de México descansadamente.

Puede hacerse otra variante pasando de Puebla hasta Tepeaca, la

Segura de la Frontera de la Conquista, y después a Tehuacán, a través de una planicie desolada. De aquí se puede subir a las colinas que van hacia Orizaba y bajar a la región húmeda y tropical de Córdoba, a través de populosos territorios indígenas. O se puede dejar el automóvil y tomar el tren para Oaxaca, si el camino no se ha terminado aún.

Oaxaca es una encantadora capital provinciana imperturbable desde los días de la colonia. La alta colina que domina la ciudad está completamente transformada por las terrazas, templos y tumbas que forman el gran centro zapoteca de Monte Albán. Otro valle, otra cultura y otra lengua convierten a esta región en otro mundo indígena. Las ruinas de Mitla son de espléndidos edificios y los intrincados labrados de los muros atestiguan la destreza de los arquitectos mixtecas. El museo regional de Oaxaca guarda, además de la colección de objetos sacados de Mitla y de otros lugares del Estado, la magnífica colección de joyas encontradas en la tumba número siete de Monte Albán. La vida indígena está a flor de tierra en Oaxaca y en el mercado se puede oír no solamente el zapoteca y el mixteco de los grupos rivales que se disputaron la hegemonía del valle, sino también el lenguaje de otros traficantes de las montañas que traen su propia oscura lengua a esta moderna babel. (Véanse Láms. 8, 9 y 11.)

En un viaje fácil y cómodo se puede ir de la ciudad de México, por entre montañas, a la de Toluca, la capital del Estado de México, en donde un culto gobernante construyó un museo del Estado donde se exhiben las manufacturas de los matlatzincas, el grupo indígena que dominó este valle. Más allá de Toluca, las ruinas de Calixtlahuaca se ufanan de un templo circular al Viento, entre otras estructuras levantadas en honor de sus dioses. El visitante debe continuar a Tenancingo, pasando por Metepec, y de allí ir en automóvil, a caballo o a pie, a Malinalco. Estos templos cortados en la roca son realmente impresionantes, tanto a causa de sus magníficos labrados como por la extraña impresión de lejanía que producen en el visitante. En este nicho de la montaña se puede contemplar el valle, a lo lejos, y volver la vista a los templos que, horadados en la roca, eran semejantes a sus dioses, considerados desde la múltiple variedad de la naturaleza.

Si el visitante no está aún abrumado por estos esqueletos de civilizaciones desaparecidas, puede volar a Yucatán. Chichén Itzá, Uxmal

y Labnah, son grandes centros religiosos que se desprenden de la manigua que los envuelve. Medio oculto en aldeas de casas con techos de paja, cultivando su maíz en pequeños claros del monte, el maya moderno lleva su antigua vida, pero su religión ha perdido mucho y un catolicismo sencillo con sus tintes de magia lo provee de un débil lazo con lo sobrenatural. Una visita a Yucatán acrecentará el concepto de variedad del mundo mexicano en el que antiguamente forjaron sus destinos hombres de muchas lenguas y de muchas tribus. (Véanse Láms. 6, 7 y 12.)

La civilización de los indígenas puede no darnos una inspiración directa a nosotros, individualistas modernos; sin embargo, nos hemos aprovechado de su trabajo para acrecentar el acervo de nuestras plantas alimenticias y de la riqueza producida en las demás repúblicas americanas. En este mundo desgarrado por el odio y la guerra, al garete, sin ancla o brújula con que orientar nuestro camino, podemos meditar detenidamente en el ejemplo que nos dieron. Los indígenas trabajaban juntos por su bien común, ningún sacrificio era demasiado grande para el bienestar de la comunidad. El poder del hombre se basaba en el bienestar físico y espiritual de la tribu y al individuo se le otorgaban honores solamente en la medida en que contribuía al bien de todos. La civilización indígena puede haber sido impotente para resistir la cultura del mundo occidental, pero no se consumió, como la nuestra, en la manifestación del poderío militar.

Los países americanos de la actualidad comparten el ideal democrático y el de la libertad personal. También compartimos una tradición más antigua que nos legaron nuestros antepasados indígenas, la del servicio mutuo para beneficio del hombre. Con nuestro continente ante nosotros, tenemos un sinnúmero de oportunidades para crear sobre la tierra una vida más amplia para todos, una civilización americana en la que pueden fundirse y amalgamarse las aportaciones antiguas y nuevas, para el bienestar humano, en beneficio de todos.

NOTAS

CAPÍTULO I

Las fechas recientes de los autores citados muestran con qué rapidez cambian las ideas acerca de la génesis de la cultura indígena. Todos los años aparecen nuevos hallazgos, nuevas conclusiones, nuevos cómputos. El resumen del capítulo I es francamente interpretativo y nadie mejor dispuesto que el autor a cambiar sus opiniones cuando aparezcan nuevas pruebas. Las cuatro obras siguientes: *Swanton Essays; Maya and Their Neighbors;* Wissler, *American Indian,* y Means, *Ancient Empires,* dan una amplia visión de la arqueología del Nuevo Mundo. Sus referencias detalladas aparecen con el número correspondiente de las notas bibliográficas. Los títulos completos de las cuatro obras de fondo, son:

Essays in Historical Anthropology of North America, publicado en honor de John R. Swanton (Smithsonian Miscellaneous Collections, vol. 100, Washington, 1940).

The Maya and Their Neighbors, Nueva York, 1940.

Means, Philip, *Ancient Empires of the Andes,* Nueva York, 1931.

Wissler, Clark, *The American Indian,* Nueva York, 3ª ed., 1938.

1 Howells, *Origins,* 1940. Nelson, *Antiquity of Man,* 1933. Mac-Curdy, ed., *Early Man,* 1937. Howard, *Evidence of Early Man,* 1935.

2 Wissler, *American Indian,* 1938.

3 Howells, *Origins,* 1940. Hooton, *Racial Types,* 1933. Dixon, *Racial History of Man,* 1923, Hrdlicka, *Origin and Antiquity of the American Indian,* 1923.

4 Nelson, *Antiquity of Man,* 1933. Roberts, *Pre-Pottery Horizon,* 1940. Howard, *Evidence of Early Man,* 1935. Bird, *Antiquity and Migrations,* 1938.

5 Wissler, *American Indian,* 1938. *Swanton Essays,* 1940. Kroeber, *Cultural and Natural Areas,* 1939.

6 Gladwin, *Snaketown,* II, 1937. Sayles, *Survey of Texas,* 1935.

7 Kroeber, *Cultural and Natural Areas,* 1939.

8 Sauer, *American Agricultural Origins,* 1936. Yanovski, *Food Plants,* 1936. Mangelsdorf y Reeves, *Origins of Maize,* 1938.

9 Wissler, *American Indian,* 1938.

10 Linton, *Crops, Soils and Culture,* 1940.

11 Roberts, *Survey of Southwestern Archaeology,* 1935. Kidder, *Introduction to Southwestern Archaeology,* 1924. Gladwin y otros, *Snaketown,* I y II, 1937.

12 Spinden, *Ancient Civilizations,* 1928. Means, *Ancient Civilizations,* 1931. Vaillant, *Early Cultures,* 1935.

13 Means, *Ancient Civilizations,* 1931.

14 Spinden, *Ancient Civilizations,* 1928. Spinden, *Maya Art,* 1913.

15 Linton, *Crops, Soils and Culture,* 1940. Vaillant, *Patterns in Culture,* 1940.

16 Spinden, *Ancient Civilizations,* 1928. Vaillant, *Early Cultures,* 1935.

17 Vaillant, *Patterns in Culture,* 1940.

18 Spinden, *Ancient Civilizations,* 1928.

19 Gann y Thompson, *History of the Maya,* 1931. *The Maya and Their Neighbors,* 1940. Thompson, *Civilization of the Mayas,* 1932.

20 Morley, *Introduction to Maya Hieroglyphs,* 1915. Spinden, *Reduction of Mayan Dates,* 1924. Teeple, *Maya Astronomy,* 1931. Thompson, *Maya Chronology,* 1935. Andrews, *Chronology and Astronomy,* 1940.

[21] Donnelly, *Atlantis*, 1882. Le Plongeon, *Queen Moo*, 1896. Churchward, *Lost Continent of Mu*, 1926.

[22] Vaillant, *Chronology and Stratigraphy*, 1935. Gann, *Mounds in Northern Honduras*, 1900. Tozzer, *Maya and Toltec Figures*, 1930. Bancroft, *Native Races*, 1883. Butler, *Alta Vera Paz*, 1940.

[23] Stirling, *Great Stone Faces*, 1940; *Initial Series from Vera Cruz*, 1940; *Oldest Dated Work*, 1939. Weiant, *Manuscript*, 1939. Vaillant, *Bearded Mystery*, 1931; *Pre-Columbian Jade*, 1932. Ricketson y Ricketson, *Uaxactun*, 1937. Caso, *Exploraciones*, 1931-32, 1934-35, 1936-37. Holmes, *Nephrite Statue*, 1907.

[24] Batres, *Exploraciones en Monte Albán*, 1902. Caso, *Exploraciones*, 1934-35, 1936-37. Dauterman, *Pottery Yard Stick*, 1938.

[25] Vaillant, *Correlation*, 1938.

CAPÍTULO II

No hay relatos verdaderamente populares de las Culturas Medias. La excelente obra del Dr. Spinden, *Ancient Civilizations of Mexico and Central America*, contiene un amplio bosquejo; la obra *Early Cultures*, del autor de este libro, sintetiza los resultados de las excavaciones más recientes. Los estudios técnicos acerca de las Culturas Medias representan un gran adelanto; pero esta materia de estudio no ha pasado a manos de los sociólogos e historiadores para que se haga una valorización intelectual, dejando a un lado los aspectos técnicos.

[1] Obras Populares: Vaillant, *Threshold of Civilization*, 1929; *Beginnings of a History*, 1930. Beyer, *Antigüedades del Pedregal*, 1917.

Obras Técnicas: Cummings, *Ruins of Cuicuilco*, 1923; *Cuicuilco*, 1923; *Cuicuilco*, 1926; *Cuicuilco*, 1933. Gamio, *Excavaciones del Pedregal*, 1920. Kroeber, *Archaic Culture Horizons*, 1925. Vaillant, *Zacatenco*, 1930; *Ticomán*, 1931; *El Arbolillo*, 1935; *Early Cultures*, 1935. Vaillant y Vaillant, *Gualupita*, 1934.

[2] Vaillant, *Early Cultures*, 1935.

[3] Vaillant, *Early Cultures*, 1935.

[4] Vaillant, *Prehistoric Cotton*, 1939.

[5] Vaillant, *El Arbolillo*, 1935.

[6] Vaillant, *El Arbolillo*, 1935.

[7] Cummings, *Cuicuilco*, 1933. Noguera, *Teotihuacán*, 1935. Vaillant, *Ticomán*, 1931. Vaillant y Vaillant, *Gualupita*, 1934.

[8] Linné, *Teotihuacan*, 1934, pp. 162-167.

[9] Vaillant y Vaillant, *Gualupita*, 1934.

[10] Vaillant y Vaillant, *Gualupita*, 1934. Stirling, *Stone Faces*, 1940.

[11] Cummings, *Cuicuilco*, 1923*a*, 1923*b*, 1926, 1933.

[12] Cummings, *Cuicuilco*, 1933. Mena y Hyde, *Antigüedad del Hombre*, 1922. Nuttall, *Aztecs and Their Predecessors*, 1926.

[13] Kidder, *Introduction*, 1924, pp. 16-35; *Pottery*, I, 1931. Vaillant, *El Arbolillo*, 1935, pp. 160-167.

[14] Vaillant, *Early Cultures*, 1935.

CAPÍTULO III

El llamado problema tolteca ha sido tratado ampliamente en una literatura de tipo especulativo. Es muy reducido el número de informes sobre excavaciones estrictamente científicas. La extensa obra del arqueólogo sueco Linné sólo se conoce en parte y mucho de la obra mexicana moderna y los resultados de las excavaciones del autor aún no han llegado a imprimirse. La interpretación que aquí se da explica muchas características; pero la obra futura corregirá y ampliará estas opiniones.

[1] Brinton, *Essays*, 1890, pp. 83-100.

[2] Ixtlilxóchitl, *Relaciones*, 1891; este escritor del siglo XVI ha sido subestimado. Fue descendiente de la antigua dinastía texcocana y tuvo acceso a muchos de los antiguos documentos.

[3] *Los Anales de Cuauhtitlán*, 1885; *La Historia Tolteca Chichimeca*, 1937, y Muñoz Camargo, 1892, se refieren a estas dinastías. Bernardino de Sahagún, el gran escritor de costumbres y de religión, confundió su doble utilidad. La historia fue un tópico difícil para él, en cambio la etnología no le guardaba ningún secreto.

[4] Ixtlilxóchitl, *Relaciones*, 1891; *Historia Chichimeca*, 1892. Bancroft, *Native Races*, 1883, vol. 5. Este historiador es una verdadera mina de información, pero se sirvió de relatos escritos, cuya confrontación arqueológica es ahora accesible a los investigadores modernos. Krickeberg, *Alten Kulturen Mittel-Amerikas*, 1937, es un resumen excelente de interpretaciones, actuales y anteriores, de la historia. Beyer, en Gamio, *Teotihuacán*, 1922. Vaillant, *Correlation*, 1938, en un intento de ligar las interpretaciones históricas y arqueológicas del Valle de México.

[5] Caso, *Conocimiento del Tonalpohualli*, 1937.

[6] Sahagún, *Historia General*, 1938, vol. 1, libro 1, p. 8; vol. 2, libro 8, cap. 5; vol. 3, libro 10, cap. 29, párrafo I, 12. *Los Anales de Cuauhtitlán*, 1885. Ixtlilxóchitl, *Relaciones*, 1891.

[7] Ixtlilxóchitl, *Relaciones*, 1891. *Los Anales de Cuauhtitlán*, 1885. Bancroft, *Natives Races*, vol. 5, 1883.

[8] Linné, *Teotihuacan*, 1934, la mejor obra inglesa sobre Teotihuacán. Gamio, ed., *Teotihuacán*, 1922, estudio mexicano en tres volúmenes de la arqueología, la historia y la sociología del Teotihuacán moderno y antiguo. Charnay, *Ancient Cities*, 1888, viejo informe de las ruinas y algunas excavaciones. Seler, *Teotihuacan-Kultur*, 1915, la obra erudita modelo acerca de esta cultura, ahora superada por Gamio y Linné.

[9] Noguera, *Antecedentes de la Cultura Teotihuacana*, 1935, la única obra completa referente a esa época.

[10] Linné, *Teotihuacan*, 1934.

[11] Linné, *Teotihuacan*, 1934.

[12] Chavero, *Monolito de Coatlinchan*, 1903.

[13] Linné, *Teotihuacan*, 1934; *Expedition to Mexico*, 1936.

[14] Las excavaciones en Cholula no se han agotado; en consecuencia, no existen informes acerca de este trabajo.

[15] Morris, Charlot y Morris, *Temple of the Warriors*, 1928.

[16] Nuttall, *Teotihuacan*, inédita; cf. Noguera, *Conclusiones*, 1937.

[17] Seler, *Teotihuacan-Kultur*, 1915. Tozzer, *Santiago Ahuitzotla*, 1921, estudio completo de un edificio. Vaillant, *Correlation*, 1938.

CAPÍTULO IV

Esta época está saliendo de la oscuridad y la confusión. Las definiciones recientes de la Cultura mazapan refuerzan la obra del Dr. Tozzer en Coyotlatelco, proporcionando datos arqueológicos confrontables con los anales.

La identificación sugerida por el autor acerca de basureros rituales, ayuda a esclarecer la confusión de los anales. El autor cree que los nuevos hallazgos corroboran la correlación de Orozco y Berra acerca de los jefes de las tribus; pero la amplia investigación del finado Dr. Lehmann, no está de acuerdo en esto. La nueva información que resulte de los documentos recientemente descubiertos por Wigberto Jiménez Moreno, aclarará el panorama cuando sea publicada en su totalidad.

[1] Joyce, *Mexican Archaeology*, 1914, da una sincera interpretación. *Anales de Cuauhtitlán*, 1885. *La Relación de Genealogía y Origen de los Mexicanos*, es un resumen de los Anales de Cuauhtitlán. Lehmann, *Geschichte von Colhuacan und Mexiko*, 1930, es una traducción cuidadosa y analítica de los Anales de Cuauhtitlán.

Orozco y Berra, *Ojeada de Cronología*, 1878, es una crítica muy útil. Kirchhoff, *Pueblos*, 1940, es importante para la interpretación de los anales. Vaillant, *Correlation*, 1938, da un extracto de las bases de este capítulo.

[2] Ixtlilxóchitl, *Historia Chichimeca*, 1892. *Mapa Quinatzin*, *Mapa Tloltzin*, *Códice Xólotl*, importantes manuscritos pictóricos de este período.

[3] *Códice Ramírez*, *Historia de los Mexicanos*, en Radin, *Sources*, 1920. *Códice Boturini*, *Códice de 1576;* manuscritos pictóricos.

[4] Bancroft, *Native Races*, vol. 5, 1883, los capítulos V-VII citan autoridades antiguas. Orozco y Berra, *Historia Antigua*, 1880, cita fuentes antiguas y escritos pictóricos. Radin, *Sources*, 1920, es una inestimable serie de traducciones de relatos mexicanos antiguos.

[5] Vaillant, *Correlation*, 1938. Linné, *Teotihuacan*, 1934; *Mazapan Grave*, 1938.

[6] Vaillant, *Chronology and Stratigraphy*, 1935, Butler, *Alta Vera Paz*, 1940.

[7] Tozzer, *Santiago Ahuitzotla*, 1921. Boas, *Album*, 1911-12. Noguera, en *Tenayuca*, 1935.

[8] Boas, *Álbum*, 1911-12, láms. 1-10. Gamio, *Texto*, 1921. Brenner, *Influence of Technique in Culhuacan*, 1931.

[9] Vaillant, *Correlation*, 1938; *History and Stratigraphy*, 1937.

[10] Marquina, Reygadas Vértiz y Noguera, en *Tenayuca*, 1935.

[11] Noguera, *Altar de los Cráneos*, 1937; *Conclusiones*, 1937.

[12] Preuss y Mengin, *Historia Tolteca-Chichimeca*, 1937. Lehmann, *Geschichte von Colhuacan und Mexiko*, 1937. Muñoz Camargo, *Historia*, 1892. Sahagún, *Historia General*, 1938, vol. 3, libro 10, cap. XXIX. Bancroft, *Native Races*, vol. 5, caps. XI-XIII.

CAPÍTULO V

El cuadro es mucho más claro para la época azteca; la arqueología se conoce mejor y las fuentes históricas son más acordes. Las construcciones y destrucciones cíclicas de los aztecas son particularmente útiles. La fecha de la fundación de Teotihuacán es un punto confuso, acerca del cual el autor formula una teoría.

[1] Relatos completos de la historia azteca: Bancroft, *Native Races*, 1883, vol. 5. Orozco y Berra, *Historia Antigua*, 1880.

Manuales populares en inglés: Thompson, *Mexico before Cortes*, 1933; Joyce, *Mexican Archaeology*, 1914; Radin, *Sources*, 1922, proporcionan traducciones y reproducciones importantes de fuentes aborígenes, así como un magnífico análisis crítico.

Otras fuentes: Torquemada, *Monarquía*, 1723. Clavijero, *Historia de México*, 1824.

Escrituras pictóricas: los códices de *1560*, *1590*, *Boturini*, *Mendoza*, *Sigüenza*, *Telleriano-Remensis*, *Vaticano A*, *Tepechpan.*

Resumen de escrituras pictóricas en español y en náhuatl: *Anales de Cuauhtitlán*, 1885; Chimalpahin, *Anales*, 1889; *Códice Ramírez*, 1878; *Crónica de Tezozomoc*, 1878; *Histoire Mexicaine*, 1891; *Historia de los Mexicanos*, 1886; Ixtlilxóchitl, *Historia Chichimeca*, 1892; Durán, *Historia de las Indias*, 1867, 1880.

Tenayuca, 1935, es una de las obras importantes del Departamento de Monumentos de la Secretaría de Educación Pública de México, que combina la arqueología y la historia en una exposición excelente del pasado azteca.

[2] *Códice Boturini.*

[3] *Historia de los Mexicanos.*

[4] *Anales de Cuauhtitlán*, 1885, p. 49, año 8 Conejo. Palacios, *Fundación de México*, 1925, resumen de las pruebas históricas acerca de la fundación de México. El *Códice de 1590* muestra a Acamapichtli en el momento en que es coronado por el cacique de Tlaltelolco en presencia del consejo del clan tenochca; cf. Vaillant, *Correlation*, 1938, p. 563.

[5] Sahagún, *Historia General*, 1938, vol. 3, libro 10, cap. XXIX, pp. 137-138.

[6] Bancroft, *Native Races*, 1883, vol. 5, cita fuentes antiguas en pp. 414-415.

[7] Bancroft, *Native Races*, 1883, vol. 5, p. 434; Tezozomoc, cap. LIV. Durán, *Historia de las Indias*, I, 1867, cap. XXXII.

[8] Tezozomoc, *Crónica*, 1878, caps. XLI-XLII.

[9] Tezozomoc, *Crónica*, 1872, cap. LI. Durán, *Historia de las Indias*, I, 1867, cap. XXXVI.

[10] Ixtlilxóchitl, *Historia Chichimeca*, 1892.

[11] Bancroft, *Native Races*, 1883, p. 449, cita a Torquemada, a Clavijero y a Ixtlilxóchitl.

[12] Saville, *Tizoc*, 1929.

[13] Bancroft, *Native Races*, 1883, pp. 439-440, cita a Ixtlilxóchitl, Durán, Torquemada y al *Códice Telleriano-Remensis*.

[14] Bancroft, *Native Races*, 1883, p. 471, cita a Tezozomoc, Torquemada y Durán.

[15] Bancroft, *Native Races*, 1883, p. 507, cita a Ixtlilxóchitl.

[16] Díaz del Castillo, *Verdadera Historia*. Cortés, *Cartas*.

CAPÍTULO VI

Las costumbres de los aztecas despertaron el interés de los conquistadores y sus acompañantes, los frailes apaciguadores. El sistema de dominar a los vencidos dependía del conocimiento de las normas locales de vida. Consecuentemente hay una abundante literatura basada en informes contemporáneos enviados a España por los administradores civiles y eclesiásticos de la nueva colonia.

[1] Excelentes relatos populares: Thompson, *Mexico before Cortes*, 1933. Biart, *The Aztecs*, 1883. Joyce, *Mexican Archaeology*, 1914. Prescott, *Conquest of Mexico*, 1922.

Estudios ingleses completos: Bandelier, *Social Organization*, 1880. Bancroft, *Native Races*, 1883, vols. 2 y 5.

Estudio mexicano: Orozco y Berra, *Historia Antigua*, 1880.

Los mejores relatos contemporáneos: Sahagún, *Historia General*, 1938. Pomar, *Relación*, 1891. Zurita, *Breve Relación*, 1891. Motolinía, *Historia*, 1914. Torquemada, *Monarquía*, 1723. Clavijero, *Historia Antigua de México*, 1824.

Escrituras pictóricas: *Códice Mendoza*, *Códice Florentino* (ilustraciones para la *Historia General* de Sahagún).

La existencia de miembros individuales y su desaparición después de fundarse el linaje señalan la transición de consejo tribal a cacicazgo. Cf. Vaillant, *Correlation*, 1938, pp. 563-564. Bandelier, *Social Organization*, 1880, pp. 576-588. *Mapa de Sigüenza; Códice de 1590; Histoire Mexicaine;* Códices *Mendoza* y *Telleriano-Remensis*.

[2] *Códice Mendoza*. Sahagún, *Historia General*, 1938, vol. 2, libro 6.

[3] Bandelier, *Social Organization*, 1880, cita fuentes antiguas.

[4] Bandelier, *Social Organization*, 1880. Bancroft, *Native Races*, 1883, vol. 2.

[5] *Códice Mendoza*.

[6] Bandelier, *Social Organization*, 1880. Cf. Waterman, *Bandelier's Contribution*, 1917, para una crítica de Bandelier.

[7] Sahagún, *Historia General*, 1938, vol. 1, libro 3, apéndice; vol. 2, libros 6, 9; vol. 3, libro 10; véanse también Códices *Florentino* y *Mendoza*.

[8] Bancroft, *Native Races*, 1883, vol. 2. Bandelier, *Social Organization*, 1880.

[9] Ceballos Novelo, *Instituciones*, 1935. Kohler, *Derecho de los Aztecas*, 1924. Moreno, *Organización de los Aztecas*, 1931.

CAPÍTULO VII

Este aspecto de la vida está tratado ampliamente en la literatura contemporánea de la conquista.

[1] Autores populares: Thompson, *Mexico before Cortes*, 1931. Joyce, *Mexican Archaeology*, 1914. Biart, *The Aztecs*, 1883.

Estudios ingleses exhaustivos: Bandelier, *Tenure of Lands*, 1878. Bancroft, *Native Races*, 1883.

Estudios mexicanos completos: Orozco y Berra, *Historia Antigua*, 1880.

Relatos contemporáneos: Sahagún, *Historia General*, 1938. Torquemada, *Monarquía*, 1723. Clavijero, *Historia de México*, 1787.

Escritos pictográficos: *Códice Florentino* (ilustraciones de la *Historia General* de Sahagún), *Códice Mendoza, Libro de los Tributos de Moctezuma.*

2 Bandelier, *Tenure of Lands*, 1878.

3 *Mapa Tlotzin.* Cortés, *Cartas*, hablando del Valle de Puebla: "Es tal la multitud de gente que vive en estas partes que no hay un palmo de terreno que no esté cultivado... en muchos lugares se sufre por carencia de pan."

4 Nuttall, *Mexican Gardens*, 1925.

5 Bandelier, *Tenure of Land*, 1878.

6 *Libro de los Tributos de Moctezuma, Códice Mendoza.*

7 Artículos acerca de la concha y el comercio en el manual de Hodge, 1907. Lumholtz, *Unknown Mexico*, 1902, cerámica *plumbate* de Tepic. Lothrop, *Coclé*, 1937, oro en Yucatán.

8 Díaz del Castillo, *Verdadera Historia*, cap. XCII. McBryde, *Sololá*, 1933.

9 Blom, *Commerce of the Maya*, 1932.

10 Nuttall, *Chalchihuitl*, 1901. Díaz del Castillo, *Verdadera Historia*, cap. CXXVIII.

11 Saville, *Goldsmith's Art*, 1920. Sahagún. *Historia General*, 1938, vol. 5, pp. 193-219.

12 Sahagún, *Historia General*, 1938, vol. 3, libro 11. Emmart, *Badianus Manuscript*, 1940. Sauer, *Agricultural Origins*, 1936. Hernández, *Historia Plantarum*, 1790. Spinden, *Ancient Civilizations*, 1928.

13 Alcocer, *Comidas*, 1938.

14 Bancroft, *Native Races*, 1883, vol. 2, pp. 160-174, 553-574; cita fuentes.

15 Vaillant, *Twilight of Aztecs*, 1938.

16 Conquistador Anónimo, 1917, narración.

17 Motolinía, *Historia*, 1914, libro I, cap. XII; traducción de Bandelier en *Arte de la Guerra*, 1877, p. 104.

18 Bernal Díaz, *Verdadera Historia*, cap. XCII.

19 Bancroft, *Native Races*, 1883, vol. 2, pp. 553-574; cita fuentes en arquitectura religiosa. *Tenayuca*, 1935. Marquina, *Estudio arquitectónico*, 1928.

20 *Códice Mendoza, Códice Florentino.* Seler, *Altmexikanischer Schmuck*, 1904. Peñafiel, *Indumentaria Antigua*, 1903.

CAPÍTULO VIII

Hay abundante información acerca de artes y oficios que se puede obtener de fuentes contemporáneas y de las colecciones de los museos. Sin embargo, son particularmente escasos los ejemplos del arte textil, pues pocas telas han sobrevivido a la desintegración y provienen de colecciones hechas por los conquistadores. Las representaciones en los manuscritos dan la impresión, sin embargo, de que este arte estaba a la altura de los demás.

1 Resúmenes populares ingleses: se encuentran en Thompson, *Mexico before Cortes*, 1935; Joyce, *Mexican Archaeology*, 1922; *Maya and Mexican Art*, 1927; Spinden, *Ancient Civilizations*, 1928; Vaillant, *Artists and Craftsmen*, 1935.

Estudios especiales serios: Seville, *Goldsmith's Art*, 1920; *Turquoise Mosaic Art*, 1922; *Woodcarver's Art*, 1925.

2 Saville, *Onyx Jar*, 1900. Holmes, *Handbook*, 1919. Nuttall, *Penitential Rite*, 1904.

3 Holmes, *Masterpieces of Aboriginal Art*, 1914-19.

[4] Mason, *Mirrors*, 1927.

[5] Saville, *Onix Jar*, 1900. Holmes, *Handbook*, 1919.

[6] Sahagún, *Historia General*, 1938. Peñafiel, *Indumentaria Antigua*, 1903. *Códice Mendoza*, *Códice Magliabecchiano*, *Libro de los Tributos de Moctezuma.*

[7] Nuttall, *Feather Work*, 1895; *Standard or Headdress?*, 1888. Seler, *Feather Ornaments*, 1904. Sahagún, *Historia General*, 1938. *Códice Florentino.*

[8] Saville, *Turquoise Mosaic Art*, 1922.

[9] Holmes, *Archaeological Studies*, 1895. Saville, *Cruciform Structures*, 1909.

[10] Saville, *Woodcarver's Art*, 1925.

[11] Saville, *Goldsmith's Art*, 1920. Sahagún, *Historia General*, 1938, vol. 5, orfebrería.

[12] Caso, *Monte Albán*, 1932: *Reading the Riddle*, 1932.

[13] Lothrop, *Coclé*, 1937.

[14] Noguera, *Aspectos decorativos de la cerámica*, 1930; *Características de la Cerámica*, 1930; en *Tenayuca*, 1935. Boas, *Álbum*, 1911-12 Brenner, *Influence of Technique*, 1931. Vaillant, *History and Stratigraphy*, 1937; *Correlation*, 1938, figs. 3 y 4.

[15] Boas, *Álbum*, 1911-12, láms, 1-10.

[16] Boas, *Álbum*, 1911-12, láms. 11-24.

[17] Boas, *Álbum*, 1911-12, láms. 25-31.

[18] Noguera, en *Tenayuca*, 1935, lám. 58; *Cerámica del Templo Mayor*, 1934.

[19] Vaillant, *History and Stratigraphy*, 1937. Noguera, en *Tenayuca*, 1935.

[20] Vaillant, *Correlation*, 1938, figs. 2 y 5-x.

[21] Noguera, *Ladrillo como Material*, 1928; *Tizatlán*, 1927.

CAPÍTULO IX

El estudio del arte de la América Media está en su infancia. Apenas si nos estamos dando cuenta de la valiosa contribución de los indígenas a este y otros sectores americanos. Hay pocas publicaciones dedicadas especialmente a esta materia. En la nota número 1 consigno algunas obras que tratan del tema del arte indio americano.

[1] Norteamérica: Douglas y d'Harnoncourt, *Indian Art*, 1941. Vaillant, *Indian Arts*, 1939.

América Media: Caso, *Trece Obras Maestras*, 1938; *Veinte siglos de Arte Mexicano*, 1940. Cahill, *American Sources*, 1933. Holmes, *Masterpieces*, 1914-19. Marquina, *Estudio Arquitectónico*, 1928. *Escultura Mexicana Antigua*, 1934. Spinden, *Maya Art*, 1913. Totten, *Maya Architecture*, 1926. Vaillant, *Artists and Craftsmen*, 1935.

América del Sur: Lehmann y Doering, *Kunstgeschichte des Peru*, 1924. Nordenskiöld, *Archéologie de L Amazon*, 1930.

[2] Marquina, *Estudio Arquitectónico*, 1928. *Tenayuca*, 1935. Holmes, *Archaeological Studies*, 1895-97. Vaillant, *Artists and Craftsmen*, 1935.

[3] Cummings, *Cuicuilco*, 1933.

[4] Gamio, *Teotihuacán*, 1922.

[5] Noguera, *Altar de los Cráneos*, 1937.

[6] *Tenayuca*, 1935. Saville, *Tepoztlán*, 1896. Seler, *Tepoztlán*, 1904. Larsen, *Malinalco*, 1938. Marquina, *Estudio Arquitectónico*, 1928. Pollock, *Round Temples*, 1936.

[7] Pollock, *Round Temples*, 1936.

[8] Gallop, *Ancient Monuments*, 1938. Larsen, *Malinalco*, 1938.

[9] Vaillant, *Artists and Craftsmen*, 1935.

[10] Vaillant, *Artists and Craftsmen*, 1935

[11] Spinden, *Ancient Civilizations*, 1928.

[12] Caso, *El Teocalli*, 1927.

[13] Saville, *Tizoc*, 1929.

[14] Caso, *Reading the Riddle*, 1932. Compárense los Códices mixtecos *Cospi*, *Vaticano B*, *Borgia*, con los aztecas *Telleriano-Remensis* y *Borbónico*.

[15] *Goldsmith's Art*, 1920; *Turquoise Mosaic Art*, 1922; *Woodcarver's Art*, 1925.

[16] Caso, *Tizatlán*, 1927. Vaillant, *Artists and Craftsmen*, 1935.

[17] Manuscritos precortesianos: *Códice Borbónico*, *Códice Boturini*, *Tonalámatl Aubin*.

Manuscritos posteriores a la conquista: *Códice Telleriano-Remensis*, *Códice Vaticano A*, *Códice de 1576*, *Códice de 1590*, *Manuscrito Mexicano*.

Dibujos posteriores a la conquista mandados hacer por los españoles: *Códice Mendoza*, *Códice Florentino*, *Lienzo de Tlaxcala*.

[18] Castañeda, *Pequeños Percutores*, 1933.

[19] *Códice Borbónico*.

[20] Orozco y Berra, *Historia Antigua*, 1880. Spinden, *Ancient Civilizations*, 1928. Para oratoria, Sahagún, *Historia General*, 1938, vol. II, libro 6. Brinton, *Ancient Nahuatl Poetry*, 1887.

CAPÍTULO X

La religión azteca es un tema fascinador y confuso. El ritualismo era desbordante y los antiguos cronistas españoles, educados con todo el rigor de la teología cristiana, lo encontraron de gran interés, aunque desconcertante. Sahagún es, por todos conceptos, la mejor fuente contemporánea. Confirmó sus informes en tres localidades diferentes y empleó varios años en este trabajo. El finado Eduardo Seler es la más destacada autoridad moderna y da un fondo filosófico que ayuda a su interés meticuloso en el ritualismo. Spence, la mejor autoridad inglesa, fue su discípulo, así como el sabio erudito Hermann Beyer. Alfonso Caso, el distinguido erudito mexicano, ha combinado brillantemente la meticulosidad de la escuela alemana con la tradición mexicana seguida por tanto tiempo, continuada por muchos espíritus interesados y documentados. Entre los estudiantes modernos americanos sobresale J. Eric Thompson.

[1] Relatos populares ingleses: Thompson, *Mexico before Cortes*, 1933. Spinden, *Ancient Civilizations*, 1928. Caso, *La Religión de los Aztecas*, 1936.

Estudios más minuciosos: Bancroft, *Native Races*, 1883, vol. 3. Spence, *Gods of Mexico*, 1923, texto clásico. Sahagún, *Historia General*, 1938, libros 1-4.

Lenguas extranjeras: Beuchat, *Manuel d'Archéologie Américaine*, 1912. Caso, *El Teocalli*, 1927. Paso y Troncoso, *Descripción del Códice Pictórico*, 1898. Seler, *Gesammelte Abhandlungen*, 1902-23; *Commentaries* (Códices *Borgia*, 1904-09; *Fejervary-Mayer*, 1901-02; *Vaticano B*, 1902 y *Tonalámatl Aubin*, 1900-01).

[2] Caso, *El Teocalli*, 1927. Spence, *Gods of Mexico*, 1923. Versión oficial de la Piedra del Calendario.

[3] En Teotihuacán, Azcapotzalco, Culhuacán.

[4] Spence, *Gods of Mexico*, 1923.

[5] Spence, *Gods of Mexico*, 1923.

[6] Spence, *Gods of Mexico*, 1923.

[7] Para la definición de los dioses: Caso, *La Religión de los Aztecas*, 1936; Spence, *Gods of Mexico*, 1923; Seler, *Commentaries*.

[8] Bandelier, *Archaeological Tour*, 1884.

[9] Para más definiciones: Caso, *La Religión de los Aztecas*, 1936; *El Teocalli*, 1928. Spence, *Gods of Mexico*, 1923. Seler, *Commentaries*.

CAPÍTULO XI

La organización religiosa de los aztecas es relativamente clara. El ritual y la identificación de las deidades es mucho más desconcertante porque requiere cierto

grado de interpretación. El estudio del calendario ha confundido a muchos distinguidos eruditos, aunque son conocidos sus principios básicos. Un sistema ritual tan complicado ha conducido a gran número de variantes locales, así es que el estudiante no debe desesperarse demasiado por el desacuerdo existente entre las diversas fuentes. Los métodos de escritura pictográfica son bien conocidos.

[1] Relatos populares: Thompson, *Mexico before Cortes*, 1933; Joyce, *Mexican Archaeology*, 1922; Spinden, *Ancient Civilizations*, 1928.

Estudios más detallados: *para el sacerdocio:* Bandelier, *Social Organization*, 1880; *para el ritualismo:* Spence, *Gods of Mexico*, 1923; Seler, *Commentaries*, 1900-09; Bancroft, *Native Races*, 1883, vols. 1, 3; Del Paso y Troncoso, *Códice Pictórico*, 1898; Beuchat, *Manuel*, 1911; Robelo, *Diccionario de Mitología*, 1905; *para el calendario:* Caso, *Correlación*, 1939; De Jonghe, *Le Calendrier Mexicain*, 1906; Orozco y Berra, *Historia Antigua*, 1880; Palacios, *Fundación de México-Tenochtitlán*, 1925; Seler, en *Bulletin 28*, 1904; *Gesammelte Abhandlungen*, 1902-23; Spence, *Gods of Mexico*, 1923; Spinden, *Indian Manuscripts*, 1933; *Diffusion of Maya Astronomy*, 1940; *para la escritura:* Aubin, *Mémoires sur la Peinture*, 1885; Orozco y Berra, *Historia Antigua*, 1880; Peñafiel, *Nombres Geográficos*, 1885; *Nomenclatura Geográfica*, 1895.

Contemporáneos: Sahagún, *Historia General*, 1938; *Códice Florentino;* Torquemada, *Monarquía*, 1923.

[2] Bandelier, *Social Organization*, 1880; cita fuentes antiguas.

[3] Thompson, *Mexico before Cortes*, 1933; Beuchat, *Manuel*, 1911; De Jonghe, *Calendrier Mexicain*, 1906; Spence, *Gods of Mexico*, 1923; Spinden, *Indian Manuscripts*, 1933; *Diffusion of Maya Astronomy*, 1940; Caso, *Correlación*, 1940; Morley, *Introduction to Maya Hieroglyphs*, 1915; Orozco y Berra, *Historia Antigua*, 1880; Seler, en *Bulletin 28*, 1904; *Commentaries* (Códices *Vaticano B*, *Fejervary-Mayer*, *Borgia*, y el *Tonalámatl Aubin*, 1900-09).

[4] Seler, *Commentaries* (*Tonalámatl Aubin*, *Códice Fejervary-Mayer*, *Códice Vaticano B*); Paso y Troncoso, *Códice Pictórico (Borbónico)*.

[5] Relatos aztecas: *Tonalámatl Aubin*, *Códice borbónico*, *Códice Florentino*, *Códice Telleriano-Remensis*, *Vaticano A*.

Relatos Mixteca-Puebla: *Vaticano B*, *Borgia*, *Bolonia (Cospi)*.

[6] Caso, *Correlación*, 1940; Durán, *Historia de las Indias*, II, 1880; Sahagún, *Historia General*, 1938; *Códice Borbónico;* Beuchat, *Manuel*, 1911.

[7] De Jonghe, *Calendrier Mexicain*, 1906. *Códice Mariano Jiménez*. Sahagún, *Historia General*, 1938. Fewkes, *Central American Ceremony*, p. 285, 1893.

[8] Seler, *Venus Period*, 1904.

[9] Bancroft, *Native Races*, 1883, vol. 3, pp. 393-396; cita autoridades.

[10] Durán, *Historia*, II, 1880, pp. 155-160.

[11] Linton, *Pawnee Sacrifice*, 1926. Wissler y Spinden, *Pawnee Sacrifice*, 1916.

[12] Bancroft, *Native Races*, 1883, vol. 3, pp. 387-388.

[13] Sahagún, *Historia General*, 1938; *Códice Florentino*.

[14] Bancroft, *Native Races*, 1883, vol. 3, pp. 422-425. Blom, *Maya Ball Game*, 1932. Durán, *Historia de las Indias*, II, 1880, vol. 2, cap. CI. Oviedo, *Historia General*, 1851, vol. 1, p. 165.

[15] Caso, *Patolli*, 1927.

[16] Clavijero, *Historia Antigua*, 1824, libro 7, sección 46. Larsen, *Volador*, 1937.

[17] Bancroft, *Native Races*, 1883, vols. 2 y 3. Nuttall, *Penitential Rite*, 1904.

[18] *Códice Borbónico*, para las ceremonias mensuales.

El Códice *Telleriano-Remensis* y la copia del *Vaticano A* registran este sacrificio en el año 8 Caña (1487).

Bancroft, *Native Races*, 1883, vol. 2, pp. 585-586; cita fuentes.

[19] Orozco y Berra, *Historia Antigua*, 1880; Spinden, *Ancient Civilizations*, 1928; Peñafiel, *Nomenclatura*, 1897; *Nombres Geográficos*, 1885; *Códice Mendoza; Libro de los Tributos de Moctezuma*.

[20] *Memorial de Tepetlaostoc*.

[21] Chimalpahin, *Anales*, 1889, introducción, pp. vii-viii.

[22] Estilo texcocano: *Mapa Tlotzin, Mapa Quinatzin, Códice Xólotl, Mapa de Sigüenza.*

Estilo tenochca: Códices *Boturini, 1576, 1590, Telleriano-Remensis, Vaticano A; Histoire Mexicaine; Mapa de Tepechpan.*

[23] Sahagún, *Historia General*, 1938, vol. 3, libro 10, cap. XXIX, pp. 137-138, párrafo 12.

[24] *Códice Mendoza, Libro de los Tributos de Moctezuma.*

[25] *Lienzo Chalchihuitzin Vázquez*, en Vaillant, *Aztec Twilight*, 1939. Boban, *Documents*, 1891. *Manuscrito de Tlaquiltenango*, en el Museo Americano de Historia Natural.

[26] Tozzer, *Value of Manuscripts*, 1912. Boban, *Documents*, 1891.

CAPÍTULO XII

Los historiadores aborígenes posteriores a la conquista estudiaron la historia azteca desde el punto de vista analítico, en el que sólo ocasionalmente se tomaron en cuenta ideas económicas y políticas. En los resúmenes de la historia antigua de Bancroft y de Orozco y Berra se proporcionan abundantes materiales para escudriñar minuciosamente los asuntos extranjeros y la guerra de los aztecas. El estudio técnico de sus métodos de guerra escrito por Bandelier, es el mejor resumen de los procedimientos aztecas empleados en esta actividad.

[1] Bancroft, *Native Races*, 1883. Orozco y Berra, *Historia de la Conquista*, 1880. Bandelier, *Art of War*, 1877.

Autoridades antiguas: Durán, *Historia*, 1867, 1880; Ixtlilxóchitl, *Relaciones*, 1891, *Historia*, 1892; Tezozomoc, *Crónica*, 1878; Torquemada, *Monarquía*, 1723; Clavijero, *Historia Antigua de México*, 1824.

[2] *Mapa Tlotzin.*

[3] Ixtlilxóchitl, *Historia Chichimeca*, 1892.

[4] Comentario de Hamy en el *Códice Telleriano-Remensis*. Aragón, *Expansión del Imperio Mexicano*, 1931.

[5] Bancroft, *Native Races*, vol. 5; cita versiones de varias autoridades.

[6] Bandelier, *Art of War*, 1877.

[7] Díaz del Castillo, *Verdadera Historia*, caps. IX, XX y XXIII.

[8] *Códice Mendoza.*

[9] Bandelier, *Art of War*, 1877.

[10] Bandelier, *Art of War*, 1877.

[11] Vaillant, *Correlation*, 1938, nota núm. 81. *Códice Mendoza.*

[12] Bancroft, *Native Races*, 1883, vol. 2, pp. 603-623.

CAPÍTULO XIII

Este capítulo fue adaptado del vol. 33, Nº 1, pp. 17-30 de la revista *Natural History*, Enero-Febrero de 1933. Está basado en relatos contemporáneos de Tenochtitlán y en varios estudios arqueológicos posteriores de la topografía de Tenochtitlán, la antigua Ciudad de México.

[1] Relatos contemporáneos: Cortés, *Cartas*, 1908; Díaz del Castillo, *Verdadera Historia*; El Conquistador Anónimo, 1917; Mendieta, *Historia Eclesiástica*, 1870; Motolinía, *Historia de las Indias*, 1914; Sahagún, *Historia General*, 1938, vol. 4, libro 12; *Códice Florentino.*

Estudios posteriores: Prescott, *Conquest of Mexico*, 1922; Maudslay, *Great Temple Enclosures*, 1912; Peñafiel, *Destrucción del Templo Mayor*, 1910; Alcocer, *México-Tenochtitlán*, 1935; Mapas reproducidos en la edición Maudslay de Bernal Díaz del

Castillo, *Verdadera Historia*, 1908-16, vol. 3: Plano en papel maguey. Mapa de 1524, mapa de Alonso de Santa Cruz, 1560.

[2] Díaz del Castillo, *Verdadera Historia*, cap. LXXXVIII.

[3] Díaz del Castillo, *Verdadera Historia*, cap. XCII.

CAPÍTULO XIV

Prescott ha relatado de manera inolvidable la historia de la conquista de México. En este capítulo se da énfasis al aspecto indígena de la conquista, tal como la relatan Sahagún, Durán y otros autores y se ilustra en el *Códice Florentino* y el *Lienzo de Tlaxcala*. Este último fue preparado como un documento para poner de manifiesto los servicios prestados a la causa de España por los guerreros tlaxcaltecas. Este capítulo está adaptado de la revista *Natural History*, vol. 39, Nº 3, pp. 185-195, de Marzo de 1937.

[1] Prescott, *Conquest of Mexico*, 1922. Orozco y Berra, *Historia Antigua*, 1880. Cortés, *Cartas*, 1908. Díaz del Castillo, *Verdadera Historia*, 1908-16. El Conquistador Anónimo, 1917. Durán, *Historia*, 1867, 1880. Ixtlilxóchitl, *Horribles Crueldades*, 1829. Sahagún, *Historia General*, 1938, vol. 4, libro 12; *Códice Florentino; Lienzo de Tlaxcala.*

[2] Sahagún, *Historia General*, 1938, vol. 4, libro 12, cap. I; *Códice Florentino.*

[3] Sahagún, *Historia General*, 1938, vol. 4, libro 12, cap. VIII.

[4] *Lienzo de Tlaxcala*, lám. 17.

[5] Sahagún, *Historia General*, 1938, vol. 4, libro 12, cap. XXIII. Durán, *Historia*, II, 1880, cap. LXXVI, p. 50.

[6] Díaz del Castillo, *Verdadera Historia*, cap. CXXVIII, dice *¡no!* Bancroft, *Conquest*, vol. 1, p. 480, dice *¡sí!* basándose en las fuentes.

[7] Sahagún, *Historia General*, 1938, vol. 4, libro 12, cap. XXXIII.

CAPÍTULO XV

Este capítulo es un simple resumen de lo que el visitante puede ver en México del pasado indígena. Sin temor a equivocaciones, se pueden insertar aquí, como nota número uno, los doce libros acerca de México que, en opinión del autor, son los más apropiados para preparar al visitante de habla inglesa.

[1] Henry Bamford Parkes, *History of Mexico*, Houghton Miffin Co., Boston, 1938. Historia dedicada especialmente al México colonial y republicano.

Herbert Joseph Spinden, *Ancient Civilizations of Mexico and Middle America*, Manuales del American Museum of Natural History, Nº 3, Nueva York, 1928. Una obra maestra de exposición corta y sencilla increíblemente llena de sabiduría, *sine qua non* para la comprensión de la civilización indígena.

Charles Flandrau, *Viva Mexico*, D. Appleton and Company, Nueva York, 1908. Una encantadora serie de impresiones del México de Díaz.

Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España*, Ed. Pedro Robredo, 1939. Este viejo guerrero, soldado a las órdenes de Cortés, hace el relato más personal de la Conquista.

William Hickling Prescott, *The Conquest of Mexico*, Henry Holt and Co., Nueva York, 1922. Esta obra no es solamente un brillante relato de la Conquista vista a través de ojos españoles, sino también una de las obras maestras de la literatura americana.

J. Eric Thompson, *Mexico before Cortes*, Scribners, Nueva York, 1933. Una descripción intensamente vívida de la civilización azteca.

George C. Vaillant, *Artists and Craftsmen in Ancient Central America*, American Museum of Natural History Guide Leaflet Series 88 y 103, 1935. Un examen del arte medio americano con abundantes ilustraciones y de precio muy reducido.

Anita Brenner, *Idols behind Altars*, Payson and Clarke, Ltd., Nueva York, 1929. Un cuadro magnífico del renacimiento artístico mexicano de 1918 y de la continuidad esencial de la vida indígena.

Ernest Gruening, *Mexico and Its Heritage*, the Century Co., Nueva York, 1928. Estudio cuidadosamente documentado de los conflictos inherentes a la vida económica y social del México moderno.

C. S. Branden, *Religious Aspects of the Conquest of Mexico*, Duke University Press, Durham, N. C., 1930. La teoría de la evangelización de los indios mexicanos que exhibe las ideas humanitarias que existían en el fondo de la consolidación de la conquista española.

Madame Calderón de la Barca, *La Vida en México*, trad. esp. de E. M. Martínez Sobral, 2 vols., México, 1920. De origen escocés, esposa del embajador español en México en 1828, escribio el relato más entretenido de los hábitos y costumbres contemporáneos. Una obra clásica.

Stuart Chase, *México, A Study of Two Americas*, Macmillan Co., Nueva York, 1931. Relato sucinto un tanto *ingenuo* del México contemporáneo en el que se realzan las virtudes de la vida no mecanizada.

[2] Branden, *Religious Aspects*, 1930; Ricard, *Conquête Spirituelle*, 1933.

[3] La abundancia de relatos de las diferentes órdenes monásticas, es interesante como una consecuencia del interés directo en los asuntos indígenas: Franciscanos, 68; Jesuítas, 19; Dominicos, 18; Agustinos, 3; curas de parroquia, 18; civiles, 6; cf. Clavijero, *Historia*, 1824 y Ricard, *Conquête Spirituelle:* Frailes españoles, 61; Indios y Mestizos, 61; seglares españoles, 6; frailes extranjeros, 7.

[4] Autores indígenas y fechas aproximadas de sus obras: Tezozomoc, antes de 1561; *Anales de Cuauhtitlán*, 1570; Durán, 1581; Ixtlilxóchitl, 1600; Chimalpahin, 1613.

Escrituras pictóricas posteriores a la conquista y fechas: *Códice Telleriano-Remensis* y *Vaticano A*, 1563; *Códice de 1576*, 1607; *Códice de 1590*, 1590; *Histoire Mexicaine*, 1521.

[5] ——, *Tres siglos de Arquitectura Colonial*, 1933, p. 27. García Granados y McGregor, *Huexotzingo*, 1934.

[6] Nuttall, *Official Reports*, 1926. Del Paso y Troncoso, *Papeles de Nueva España*, 1905-06.

[7] Redfield, *Tepoztlan*, 1930. Parsons, *Mitla*, 1936.

[8] Brenner, *Idols behind Altars*, 1929. Chase, *Mexico*, 1931.

[9] La guía perfecta de México está aún por escribirse. *Terry's Guide*, 1927, la más completa, parecida al Baedeker. Brenner, *Your Mexican Holiday*, 1932, buena para el viajero. Marett, *Archaelogical Tours*, 1934, buena para las personas interesadas en arqueología, pues muchas ruinas no están en lugares conocidos. *Tres Siglos de Arquitectura Colonial*, 1933, breve guía ilustrada; *Monumentos Prehispánicos*, 1933, breve guía ilustrada.

[10] El índice proporcionará referencias relativas a las descripciones de los lugares citados en el texto.

Bibliografía

ALCOCER, I.

1935 *Apuntes sobre la antigua México-Tenochtitlán* (Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Tacubaya).

1938 "Las comidas de los antiguos mexicanos", y "Consideraciones sobre la medicina azteca", en Sahagún, *Historia General,* vol. 3, pp. 365-374, ed. Pedro Robredo.

ALVA IXTLILXÓCHITL, F.

Véase Ixtlilxóchitl, F. de Alva.

Anales de Cuauhtitlán (Códice Chimalpopoca)

1885 *Anales del Museo Nacional de México,* tomo 3, apéndice, México. Véase también Lehmann: *Die Geschichte von Colhuacan und Mexico,* 1938.

Anales de Chimalpahin

Véase Chimalpahin.

ANDREWS, E. WYLLYS

1940 "Chronology and Astronomy in the Maya Area" (en *The Maya and Their Neighbors,* pp. 150-161, Nueva York).

ANÓNIMO, CONQUISTADOR

Véase Conquistador anónimo.

Antigüedades Mexicanas

1892 *Antigüedades mexicanas,* publicadas por la Junta Colombina de México en el cuarto centenario del Descubrimiento de América. México.

ARAGÓN, JAVIER O.

1931 "Expansión territorial del imperio mexicano" *(Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía,* 4ª época, tomo 7, pp. 5-64, México).

AUBIN, J. M. A.

1885 "Mémoires sur la peinture didactique" (Mission scientifique au Mexique et dans l'Amérique Centrale: *Recherches historiques et archéologiques.* Première partie: Histoire. París).

1893 *Histoire de la nation mexicaine* (Reproducción del Códice de 1576, París). Véase también *Códice de 1576.*

BANCROFT, HUBERT HOWE

1883a *The Conquest of Mexico* (3 vols., Nueva York).

1883b *The Native Races* (5 vols., San Francisco).

BANDELIER, ADOLPHE F.

1877 "On the Art of War and Mode of Warfare of the Ancient Mexicans" *(10th Annual Report* del Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, vol. 2, pp. 95-161, Cambridge).

1878 "On the Distribution and Tenure of Lands, and the Customs with respect to Inheritance, among the Ancient Mexicans" *(11th Annual Report* del Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, vol. 2, pp. 385-448, Cambridge).

1880 "On the Social Organization and Mode of Government of the Ancient Mexicans" *(12th Annual Report* del Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, vol. 2, pp. 557-699, Cambridge).

1884 "Report of an Archaeological Tour in Mexico in 1881" *(Papers,* Archaeological Institute of America, American Series, vol. 2, Boston).

BATRES, LEOPOLDO

1902a *Exploraciones arqueológicas en la Calle de las Escalerillas,* México.

1902b *Exploraciones de Monte Albán,* México.

1904 *Exploraciones en Huexotla, Texcoco, y El Gavilán, México,* México.

BEALS, RALPH L.

1932 *The Comparative Ethnology of Northern Mexico before 1750* (Ibero-Americana: 2, University of California, Berkeley).

BENNETT, WENDELL C., y ZINGG, R. M.

1935 *The Tarahumara,* Chicago.

BEUCHAT, HENRI

1912 *Manuel d'Archéologie Américaine,* París.

BEYER, HERMANN

1921 "Sobre Antigüedades del Pedregal de San Ángel" *(Memorias de la Sociedad Científica "Antonio Alzate",* tomo 37, pp. 1-16, México).

BIART, LUCIEN

1913 *The Aztecs,* trad. ingl. de J. L. Garner, Chicago.

Biblioteca Mexicana

1878 Crónica Mexicana escrita por D. Hernando Alvarado Tezozomoc... anotada por el Sr. Lic. D. Manuel Orozco y Berra, y precedida del Códice Ramírez, Manuscrito del Siglo XVI intitulado: Relación del Origen de los Indios que habitan esta Nueva España según sus historias, y de un examen de ambas obras al cual va anexo un estudio de Cronología Mexicana, por el mismo Sr. Orozco y Berra, Biblioteca Mexicana, José M. Vigil, ed., México.

BIRD, JUNIUS

1938 "Antiquity and Migrations of the Early Inhabitants of Patagonia" *(Geographical Review,* vol. 28, pp. 250-275, Nueva York).

BLOM, FRANS

1932a "Commerce, Trade and Monetary Units of the Maya" *(Middle American Research Series,* pub. Nº 4, pp. 531-556, Tulane University of Louisiana, Nueva Orleans).

1932b "The Maya Ball-Game *Pok-ta-pok* (called *tlachtli* by the Aztecs)". (Tulane University, *Middle American Research Series,* pub. Nº 4, pp. 485-530, Nueva Orleans).

BOAS, FRANZ

1911-12 *Álbum de Colecciones Arqueológicas* (Publicaciones de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, México). Véase Gamio, *Texto,* 1921.

BOBAN, EUGENE

1891 *Documents pour servir à l'Histoire du Mexique. Catalogue Raisonné de la Collection de M. E. Eugène Goupil* (2 vols. y atlas, París).

BRADEN, C. S.

1930 *Religious Aspects of the Conquest of Mexico* (Duke University Press, Durham).

BRAND, DONALD
1932 Véase Sauer y Brand.

BRENNER, ANITA
1929 *Idols behind Altars*, Nueva York.
1931 *The Influence of Technique on the Decorative Style in the Domestic Pottery of Culhuacan* (Columbia University Contributions to Anthropology, vol. 13, Nueva York).
1932 *Your Mexican Holiday*, Nueva York y Londres.

BRINTON, DANIEL G.
1887 *Ancient Nahuatl Poetry*, Filadelfia.
1890a *Rig Veda Americanus*, Filadelfia.
1890b *Essays of an Americanist*, Filadelfia.

BUTLER, MARY
1940 "A Pottery Sequence from the Alta Verapaz, Guatemala" (en *The Maya and Their Neighbors*, pp. 250-267, Nueva York).

CAHILL, HOLGER
1933 *American Sources of Modern Art* (The Museum of Modern Art, Nueva York).

CALDERÓN DE LA BARCA, Marquesa de
1920 *La Vida en México* (obra escrita en inglés en 1839-1842). Trad. de E. M. Martínez Sobral. 2 vols. México.

CASO, ALFONSO
1924-27 "Un Antiguo Juego Mexicano: El Patolli" *(El México Antiguo*, vol. 2, pp. 203-211, México).
1927a "Las Ruinas de Tizatlán, Tlaxcala" *(Revista Mexicana de Estudios Históricos*, vol. 1, pp. 139-172, México).
1927b *El Teocalli de la Guerra Sagrada*, México.
1928 *Las Estelas Zapotecas*, México.
1932a "Monte Albán, Richest Archaeological Find in America" *(The National Geographic Magazine*, vol. 62, pp. 487-512, Washington).
1932b "Reading the Riddle of Ancient Jewels" *(Natural History*, vol. 32, pp. 464-480, Nueva York).
1932c *Las Exploraciones en Monte Albán, Temporada 1931-32* (Instituto Panamericano de Geografía e Historia, pub. Nº 7. México).
1935 *Las Exploraciones en Monte Albán, Temporada 1934-35* (Instituto Panamericano de Geografía e Historia, pub. Nº 19, México).
1936 *La religión de los aztecas*, México.
1937 "¿Tenían los Teotihuacanos Conocimiento del Tonalpohualli?" *(El México Antiguo*, vol. 4, Nos. 3-4, pp. 131-143, México).
1938a *Exploraciones en Oaxaca. Quinta y Sexta Temporadas 1936-37* (Instituto Panamericano de Geografía e Historia, pub. Nº 34, Tacubaya).
1938b *Thirteen Masterpieces of Mexican Archaeology*, México.
1939 "La Correlación de los Años Azteca y Cristiano" *(Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. 3, Nº 1, pp. 11-45, México).

CASO, ALFONSO y RUBÍN DE LA BORBOLLA, D. F.
1936 *Exploraciones en Mitla, Temporada 1934-35* (Instituto Panamericano de Geografía e Historia, pub. Nº 21, México).

CASO, ALFONSO y otros
1940 *Veinte siglos de arte mexicano*, México.

CASTAÑEDA, B. y MENDOZA, V. T.
1933 "Los Pequeños Percutores de las Civilizaciones Precortesianas" (*Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, 4ª época, tomo 8, pp. 449-576, México).

CATHERWOOD, FREDERICK
1844 *Views of Ancient Monuments in Central America, Chiapas and Yucatan*, Londres.

CEBALLOS NOVELO, R. J.
1935 *Las Instituciones Aztecas*, México.

CLAVIJERO, FRANCISCO JAVIER
1824 *Historia Antigua de México*. Escrita originalmente en italiano y publicada en 1780-81, y traducida luego al español por D. José Joaquín de Mora.

Códices
Véase también Libro, Lienzo, *Libro de los Tributos de Moctezuma*, Mapa y *Tonalámatl*.

Códice de 1576
Códice poscolombino, en la Colección Goupil, Biblioteca Nacional, París. Véase Aubin, *Histoire*, 1893.

Códice Mexicano de 1590
Véase Boban, *Documents*, 1891, láms. 23-24.

Códice Bolonia
Véase Códice Cospi.

Códice Borbónico
1899 Códice precolombino que se encuentra en la Biblioteca de la Cámara de Diputados de París.
Véase Paso y Troncoso, *Códice Pictórico*, 1898 y Vaillant, ed., *Sacred Almanac*, 1940.

Códice Borgia
1898 Códice precolombino en el Museo Etnográfico del Vaticano, Roma, publicado por el Duque de Loubat, Roma.
Véase también Kingsborough, *Antiquities of Mexico*, 1830, vol. 3, Pte. I, pp. 1-76; y Seler, *Commentary*, 1904-1908.

Códice Boturini (Tira del Museo)
Véase García Cubas, *Atlas*, 1858; Radin, *Sources*, 1920, pp. 11-12, 33-35, láms. 1 y 2; Orozco y Berra, *Historia Antigua*, 1880, vol. 3, cap. IV; Kingsborough, *Antiquities of Mexico*, 1830, vol. 1, Pte. 3, pp. 1-23.

Códice Chalchihuitzin Vázquez
Véase Vaillant, *Twilight*, 1939.

Códice Chimalpopoca
Véase *Anales de Cuauhtitlán*.

Códice Cospi (Bolonia)
1898 Códice precolombino de la Biblioteca de la Universidad de Bolonia. Publicado por el Duque de Loubat, Roma. Kingsborough, *Antiquities of Mexico*, 1830, vol. 2, Pte. 3, pp. 1-24.

Códice Fejervary-Mayer
1901 Manuscrito pictográfico de los antiguos mexicanos, en el Free Public Museum de Liverpool. Publicado por el Duque de Loubat, París.
Véase Seler, *Commentary*, 1902.

Códice Florentino
1905 Ilustraciones para la *Historia de las Cosas de Nueva España* de Sahagún, publicada por Francisco del Paso y Troncoso, vol. 5, Madrid.

Códice Kingsborough
1912 Véase *Memorial de los Indios de Tepetlaostoc.*

Códice Magliabecchiano, XIII-3
1904 *Manuscrit méxicain post-colombien de la Bibliothèque Nationale de Florence. Reproduit au frais du Duc de Loubat,* Roma.
Véase Nuttall, *The Book of Life,* 1903.

Códice Mariano Jiménez
s.f. *Códice Mariano Jiménez,* editado por Nicolás León, México.

Códice Mendoza (Mendocino)
1938 *Códice Mendoza,* editado por James Cooper Clark (3 vols., Londres).
Véase también edición facsimilar publicada por F. del Paso y Troncoso, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnográfía, México, 1925; Kingsborough, *Antiquities of Mexico,* 1830, vol. 1, Londres.

Códice Nuttall (Códice Zouche)
1902 Antiguo Códice Mexicano perteneciente a Lord Zouche de Haryworth. Introducción por Zelia Nuttall (Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Cambridge).

Códice Ramírez
Véase *Historia de los Mexicanos por sus Pinturas.*

Códice Telleriano-Remensis
1899 Códice poscolombino publicado por el Duque de Loubat, París, Comentario por E. T. Hamy.

Códice Vaticano 3738 (Vaticano A) (Ríos) (Copia del Códice Telleriano-Remensis)
1900 Códice poscolombino en la Biblioteca del Vaticano, Roma. Publicado por el Duque de Loubat, Roma.
Véase Kingsborough, *Antiquities of Mexico,* 1830, vol. 2, Pte. 1, pp. 1-49.

Códice Vaticano 3773 (Vaticano B)
1896 Códice precolombino en la Biblioteca del Vaticano. Publicado por el Duque de Loubat, Roma.
Véase también Kingsborough, *Antiquities of Mexico,* 1830, vol. 3, Pte. 4, pp. 1-96, Seler, *Commentary,* 1903.

Codex Vindobonensis (Viena)
1929 Codex Vindobonensis Mexic. I. Facsímile. Texto por Walter Lehman y Ottokar Smital, Viena.
Véase Kingsborough, *Antiquities of Mexico,* 1830, vol. 2, Pte. 4, pp. 1-66.

Códice Xólotl
Véase Boban, *Documents,* 1891, láms. 1-10; Radin, *Sources,* 1920, pp. 17-18, 41-45.

Códice Zouche
Véase Códice Nuttall.

CONQUISTADOR ANÓNIMO
1858 "Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Temestitán", en J. García Icazbalceta, *Colección de Documentos para la Historia de México,* tomo I, México.

CORTÉS, HERNÁN
1866 *Cartas y relaciones de Hernán Cortés al Emperador Carlos V*, ed. por Pascual de Gayangos, París.

Crónica Mexicana
Véase *Biblioteca Mexicana*, Tezozomoc.

CUMMINGS, BYRON C.
1923a "Ruins of Cuicuilco May Revolutionize Our History of Ancient America" (*The National Geographic Magazine*, vol. 44, pp. 203-220, Washington).
1923b "Cuicuilco, The Oldest Temple Discovered in North America" (*Art and Archaeology*, vol. 16, Nos. 1-2, pp. 51-58, Washington).
1926 "Cuicuilco and the Archaic Culture of Mexico" (*The Scientific Monthly*, vol. 34, N° 8, pp. 289-304, Lancaster).
1933 "Cuicuilco and the Archaic Culture of Mexico" (*University of Arizona Bulletin*, vol. 4, N° 8, *Social Science Bulletin*, N° 4, pp. 1-56, Tucson).

CHARLOT, JEAN
1931 Véase Morris, Charlot y Morris.

CHARNAY, DESIRÉ y VIOLLET-LE-DUC, E. E.
1863 *Cités et Ruines Américaines* (texto y láminas, París).

CHASE, STUART
1931 *Mexico, A Study of two Americas*, Nueva York.

CHAVERO, A.
1887 *Historia Antigua y de la Conquista* (vol. 1 de *México a través de los siglos*, de V. Riva Palacio, México y Barcelona).
1904 "Monolito de Coatlinchán" (*Anales del Museo Nacional de Arqueología y Etnología*, 2ª época, tomo I, pp. 281-305, México).

CHIMALPAHIN
1889 *Anales de Chimalpahin Quauhtlehuanitzin*, Sixième et Septième Relations, publiées et traduites par Remi Siméon (Bibliothèque Linguistique Américaine, tomo 12, París).

CHURCHWARD, JAMES
1926 *Lost Continent of Mu*, Londres.

DAUTERMAN, C. C.
1938 "The Pottery Yard Stick at Monte Albán" (*The Scientific Monthly*, vol. 46, pp. 157-165, Lancaster).

DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL
1939 *Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España*, edición de J. Ramírez Cabañas, México.
1943 *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, por Bernal Díaz del Castillo, uno de sus conquistadores. Edición modernizada, prólogo y notas de Ramón Iglesia. 2 vols. México.

DIXON, R. B.
1923 *The Racial History of Man*, Nueva York.

DONNELLY, I.
1882 *Atlantis, the Antedeluvian World*, Nueva York.

DOUGLAS, FREDERIC C. y D'HARNONCOURT, RENÉ
1941 *Indian Art of the United States* (The Museum of Modern Art, Nueva York).

DUPAIX, G.
1834 *Antiquités Méxicaines* (2 vols. y atlas, París).

DURÁN, D.
1867, 1880 *Historia de las Indias de Nueva España* (siglo XVI) (2 vols. y atlas, México).

EKHOLM, GORDON F.
1939 "Results of an Archaeological Survey of Sonora and Northern Sinaloa" (*Revista de Estudios Antropológicos*, vol. 3, Nº 1, pp. 7-10, México).
1940a "The Archaeology of Northern and Western Mexico" (en *The Maya and Their Neighbors*, pp. 320-330, Nueva York).
1940b "Prehistoric 'Lacquer' from Sinaloa" (*Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. 4, Nos. 1-2, pp. 10-15, México).

EMMART, EMILY W.
1940 *The Badianus Manuscript. An Aztec Herbal of 1552*, Baltimore.

1934 *Escultura Mexicana Antigua*, México.

1936 *Essays in Anthropology presented to Alfred Louis Kroeber*. Berkeley. (Véase Lowie.)

1940 *Essays in Historical Anthropology of North America*. Publicados en homenaje a John R. Swanton (Smithsonian Miscellaneous Collections, vol. 100, Washington).

FEWKES, J. WALTER
1893 "A Central American Ceremony which Suggests the Snake Dance of the Tusayan Villagers" (*American Anthropologist*, o. s., vol. 6, pp. 285-306, Washington).

FLANDRAU, C. M.
1908 *Viva México*, Nueva York.

GALLOP, R.
1938 "Ancient Monuments of Mexico" (*The Geographical Magazine*, vol. 7, pp. 321-338, Londres).

GAMIO, MANUEL
1910 "Los Monumentos Arqueológicos de las Inmediaciones de Chalchihuites" (*Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, 3ª época, tomo 2, pp. 469-492, México).
1920 "Las Excavaciones del Pedregal de San Ángel y la Cultura Arcaica del Valle de México" (*American Anthropologist*, n. s., vol. 22, pp. 127-143, Lancaster).
1921 *Álbum de Colecciones Arqueológicas, Texto*. (Publicaciones de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, México.) Véase Boas, 1911-12.
1924 "The Sequence of Cultures in Mexico" (*American Anthropologist*, n. s., vol. 26, pp. 307-322, Menasha).

GAMIO, MANUEL y otros
1922 *La Población del Valle de Teotihuacán* (Secretaría de Agricultura y Fomento, Dirección de Antropología, 3 vols., México).

GANN, THOMAS
1900 "Mounds in Northern Honduras" (*19th Annual Report*, Bureau of American Ethnology, pte. 2, pp. 655-692, Washington).

GANN, THOMAS y THOMPSON, J. ERIC
1931 *The History of the Maya*, Nueva York.

GARCÍA CUBAS, A.
1858 *Atlas Geográfico y Estadístico de los Estados Unidos de México*, México.

GARCÍA GRANADOS, R. y MACGREGOR, L.
1934 *Huejotzingo. La Ciudad y el Convento Franciscano*, México.

GARCÍA ICAZBALCETA, J.
1886-92 *Nueva Colección de Documentos para la Historia de México* (5 vols., México).

GLADWIN, HAROLD S.
1937 "Excavations at Snaketown: Comparisons and Theories" (*Medallion Papers*, Gila Pueblo, Nº 26, Globe).

GLADWIN, HAROLD S., GLADWIN, NORA, HAURY, EMIL, y SAYLES, E. B.
1937 "Excavations at Snaketown: Material Culture" (*Medallion Papers*, Gila Pueblo, Nº 25, Globe).

GORDON, G. D. (editor)
1925 *Examples of Maya Pottery in the Museum and Other Collections* (The University Museum, Universidad de Pennsylvania, Filadelfia). Véase Mason, *Maya Pottery*, 1928.

GRUENING, ERNEST
1928 *Mexico and Its Heritage*, Nueva York.

D'HARNONCOURT, RENÉ
1941 Véase Douglas y D'Harnoncourt.

HAURY, EMIL W.
1937 Véase Gladwin, Gladwin, Haury y Sayles.

HEGER, FRANZ
1908 *Der Altamerikanische Federschmuck in den Sammlungen der Anthropologisch-ethnographischen Abteilung des K. K. Natur-historischen Hofmuseums in Wien* (Trabajo publicado con motivo del XVI Congreso Internacional de Americanistas en Viena, septiembre, 1908, por el Comité Organizador, Viena).

HERNÁNDEZ, F.
1790 *De Historia Novae Hispaniae Plantarum*, Madrid.

Histoire du Mechique
Véase De Jonghe, ed., *Histoire*, 1905.

Histoire Mexicaine
Véase Boban, *Documents*, 1891, láms. 59-64.

Historia de los Mexicanos por sus Pinturas (Códice Ramírez)
1886 *Anales del Museo Nacional*, 1ª época, tomo 2, pp. 83-106, México. Véase también Phillips, *Notes*, 1883; Radin, *Sources*, 1920, pp. 57-66; García Icazbalceta, *Nueva Colección*, 1886-92, vol. 3; *Biblioteca Mexicana*, 1878; *Códice Ramírez*.

Historia Tolteca-Chichimeca
1937-1939 Véase Preus y Mengin.

HODGE, F. W.
1907 *Handbook of the American Indian* (Bureau of American Ethnology, Bullt. 30, 2 vols., Washington).

HOLMES, WILLIAM H.
1895-97 "Archaeological Studies among the Ancient Cities of Mexico *(Field Columbian Museum, Anthropological Series*, vol. 1, Nº 1, Chicago).
1907 "On a Nephrite Statuette from San Andres Tuxtla, Vera Cruz, Mexico" *(American Anthropologist*, n. s., vol. 9, pp. 691-701, Lancaster).
1914-19 "Masterpieces of Aboriginal American Art" *(Art and Archaeology*, vol. 1, pp. 1-12, 91-102, 242-255; vol. 3, pp. 70-85; vol. 4, pp. 267-278; vol. 5, pp. 38-49; vol. 8, pp. 348-360, Washington).
1919 *Handbook of Aboriginal American Antiquities. Pt. I: Introductory. The Lithic Industries* (Bullt. 60, Bureau of American Ethnology, Washington).

HOOTON, ERNEST A.
1933 "Racial Types in America and Their Relations to Old World Types" (en Jenness, ed., *American Aborigines*, pp. 131-163).

HOWARD, EDGAR B.
1935 "Evidence of Early Man in North America" *(Museum Journal*, University Museum, Universidad de Pennsylvania, vol. 24, Nos. 2-3, pp. 61-175, Filadelfia).

HOWELLS, WILLIAM W.
1940 "Origins of American Indian Race Types" (en *The Maya and Their Neighbors*, pp. 3-9, Nueva York).

HRDLICKA, ALES
1903 "The Region of the Ancient 'Chichimecs', with Notes on the Tepecanos and the Ruin of La Quemada, Mexico" *(American Anthropologist*, n. s., vol. 5, pp. 385-440, Lancaster).
1923 "Origin and Antiquity of the American Indian" *(Annual Report of the Smithsonian Institution for 1923*, pp. 481-494, Washington).

HUMBOLDT, A.
1810 *Vues des Cordillères et Monuments des Peuples Indigènes de L'Amérique*, París.

HYDE, G.
1922 Véase Mena y Hyde.

IXTLILXÓCHITL, FERNANDO DE ALVA
1829 *Horribles crueldades de los conquistadores de México*, México.
1891-92 *Obras Históricas* (siglo XVI); vol. 1, *Relaciones;* vol. 2, *Historia Chichimeca*, México.

JENNESS, D. (editor)
1933 *The American Aborigines. Their Origin and Antiquity*, Toronto.

JOHNSON, FREDERICK
1940 Véase Mason y Johnson.

JONGHE, E. DE
1906 "Le Calendrier Méxicain" *(Journal de la Société des Américanistes de Paris*, vol. 3, pp. 197-227, París).

JONGHE, E. DE (editor)
1905 *Histoire du Méchique,* manuscrito francés inédito del siglo XVI (en el *Journal de la Société des Américanistes de Paris,* n. s., tomo 2, pp. 1-41, París).

JOYCE, THOMAS A.
1914, 1920 *Mexican Archaeology,* Londres.
1916 *Central American and West Indian Archaeology,* Londres.
1927 *Maya and Mexican Art,* Londres.

KIDDER, A. V.
1924 *An Introduction to the Study of Southwestern Archaeology with a Preliminary Account of the Excavations at Pecos* (Papers of the Phillips Academy, Andover, Southwestern Expedition, Nº 1, New Haven).
1931 *The Pottery of Pecos,* vol. 1, *The Dull-Paint Wares* (Papers of the Phillips Academy, Andover, Southwestern Expedition, Nº 5, New Haven).

KINGSBOROUGH, EDWARD KING, LORD
1830-48 *Antiquities of Mexico* (9 vols., Londres).

KIRCHHOFF, PAUL
1940 "Los pueblos de la historia tolteca-chichimeca: sus migraciones y parentesco" *(Revista Mexicana de Estudios Antropológicos,* vol. 4, Nos. 1-2, pp. 77-104, México).

KOHLER, J.
1924 *El derecho de los aztecas* (trad. esp., ed. de la Revista Jurídica de la Escuela Libre de Derecho, México).

KRICKEBERG, W.
1918-22, 1925 "Los totonacas" *(Baessler Archiv,* vol. 7, pp. 1-55; vol. 9, pp. 1-75, Berlín. Trad. esp. México, 1933).
1937 "Berichte über Neue Forschungen zur Geschichte der Alten Kulturen Mittel-Amerikas" *(Die Welt als Geschichte,* año 3, pp. 194-230, Stuttgart).

KROEBER, ALFRED L.
1925 "Archaic Culture Horizons in the Valley of Mexico" (Universidad de California: *Publications in American Archaeology and Ethnology,* vol. 17, pp. 373-408, Berkeley).
1939 "Cultural and Natural Areas of Native North America" (Universidad de California: *Publications in American Archaeology and Ethnology,* vol. 38, Berkeley).

LARSEN, H.
1937 "Notas sobre el Volador y sus ceremonias y supersticiones" *(Ethnos,* vol. 2, Nº 4, pp. 179-192, Estocolmo).
1938 "El templo monolítico de Malinalco, México" *(Ethnos,* vol. 3, Nos. 2-3, pp. 59-63, Estocolmo).

LEHMANN, WALTER
1909 "Métodos y resultados en las investigaciones mexicanas" (trad. por Seymour de Ricci del *Archiv für Anthropologie,* vol. 6, pp. 113-168, París).
1920 *Zentral-Amerika* (2 vols., Berlín).
1933 *Aus den Pyramidenstädten in Alt-Mexiko,* Berlín.
1938 *Die Geschichte der Königreiche von Colhuacan und Mexiko* (Quellenwerke zur Alten Geschichte Amerikas, Ibero-Amerikanischen Institut, Berlín.
Véase también *Anales de Cuauhtitlán.*

Lehmann, W. y Doering, H.
1924 *Kunstgeschichte des Alten Peru*, Berlín.

León, Nicolás
1904 "Los Tarascos", Pte. 1, México (tomado del *Boletín del Museo Nacional de México*, 2ª época, Vol. 1, agosto de 1903 a junio de 1904, México).
1903, 1906 "Los Tarascos", Pts. 2 y 3 (*Anales del Museo Nacional de México*, 2ª época, vol. 1, pp. 392-502, 592, y vol. 3, pp. 298-479, México).
Véase también *Códice Mariano Jiménez.*

León y Gama, Antonio
1832 *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que se hallaron en el año 1790 en la Plaza Principal de México*, México.

Le Plongeon, Augustus
1896 *Queen Moo and the Egyptian Sphinx*, Nueva York.

Lienzo de Tlaxcala
1892 Lienzo de Tlaxcala (en *Antigüedades Mexicanas*, Junta Colombina, láms. 66-175, México).

Linné, S.
1924 *Archaeological Researches at Teotihuacan, Mexico* (Museo Etnográfico de Suecia, Nueva serie, pub. 1, Estocolmo).
1937 "The Expedition to Mexico, 1934-35" (*Ethnos*, vol. 1, Nº 2, pp. 39-48, Estocolmo).
1938 "A Mazapan grave at Teotihuacan, Mexico" (*Ethnos*, vol. 3, Nº 6, pp. 167-178, Estocolmo).
1939 *Zapotecan Antiquities and the Paulsen Collection in the Ethnographical Museum of Sweden* (Publicaciones del Museo Etnográfico de Suecia, n. s., vol. 4, Estocolmo).

Linton, Ralph
1924 "The Significance of Certain Traits in North American Maize Culture" (*American Anthropologist*, n. s., vol. 26, pp. 345-349, Menasha).
1926 "The Origin of the Skidi Pawnee Sacrifice to the Morning Star" (*American Anthropologist*, n. s., vol. 28, pp. 457-466, Menasha).
1940 "Crops, Soils and Culture in America" (en *The Maya and Their Neighbors*, pp. 32-40, Nueva York).

Libro de los Tributos de Moctezuma (Véase *Códice Mendoza*)
Códice precolombino que se conserva en el Museo Nacional en México. Véase Peñafiel, *Monumentos*, 1890, vol. 2, láms. 228-259.

Lothrop, Samuel K.
1924 *Tulum* (Carnegie Institution of Washington, pub. Nº 335, Washington).
1927 "Pottery Types and Their Sequence in El Salvador" (*Indian Notes and Monographs*, Museum of the American Indian. Heye Foundation, vol. 1, Nº 4, pp. 165-220, Nueva York).
1933 *Atitlan. An Archaeological Study of Ancient Remains on the Borders of Lake Atitlan, Guatemala* (Carnegie Institution of Washington, pub. Nº 444, Washington).
1936 *Zacualpa. A Study of Ancient Quiché Artifacts* (Carnegie Institution of Washington, pub. Nº 472, Washington).
1937 *Coclé. An Archaeological Study of Central Panama* (Pt. 1, *Memoirs*, Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Universidad de Harvard, vol. 7, Cambridge).

LOWIE, ROBERT L. (editor)
1936 *Essays in Anthropology presented to Alfred Louis Kroeber*, Berkeley.

LUMHOLTZ, C.
1902 *Unknown Mexico* (2 vols., Nueva York).

MACCURDY, G. G. (editor)
1937 *Early Man* (Filadelfia y Nueva York).

MANGELSDORF, P. C. y REEVES, R. G.
1938 "The Origin of Maize" (*Proceedings* de la Academia Nacional de Ciencias, vol. 24, pp. 303-312, Lancaster).
1939 *Origin of Indian Corn and Its Relation* (Texas Agricultural Experiment Station, Bullt. 574, College Station, Texas).

Mapa Quinatzin
1885 Véase Aubin, *Mémoires*.

Mapa de Sigüenza
Véase Radin, *Sources*, 1920, pp. 12-13; Kingsborough, *Antiquities of Mexico*, 1830, vol. 4; Orozco y Berra, *Historia Antigua*, 1880, vol. 3, pp. 131-153; García Cubas, *Atlas*, 1858.

Mapa de Tepechpan
1887 Véase *Anales del Museo Nacional* (tomo 3, 1ª época, entrega 2, p. 368, México).

Mapa Tlotzin
1885 Véase Aubin, *Mémoires*.

MARETT, R. H. K.
1934 *Archaeological Tours from Mexico City*, Londres y México.

MARQUINA, IGNACIO
1928 *Estudio Arquitectónico Comparativo de los Monumentos Arqueológicos de México* (Secretaría de Educación Pública, México).

MASON, J. ALDEN
1927 "Mirrors of Ancient America" (*The Museum Journal*, Museo de la Universidad de Pennsylvania, vol. 18, Nº 2, pp. 201-209, Filadelfia).
1935 "The Place of Texas in Pre-Columbian Relationships between the United States and Mexico" (*Bulletin of the Texas Archaeological and Palaeontological Society*, vol. 7, pp. 29-46, Abilene).
1937a "Further Remarks on the Pre-Columbian Relationships between the United States and Mexico" (*Bulletin of the Texas Archaeological and Palaeontological Society*, vol. 9, pp. 120-129, Abilene).
1937b "Late Archaeological Sites in Durango, Mexico, from Chalchihuites to Zape" (*Twenty-fifth Anniversary Studies*, Sociedad Antropológica de Filadelfia, vol. 1, pp. 127-146, Filadelfia).

MASON, J. ALDEN (editor)
1928 *Examples of Maya Pottery in the Museum and Other Collections* (The University Museum, Universidad de Pennsylvania, Filadelfia).

MASON, J. A. y JOHNSON, F.
1940 "The Native Languages of Middle America and the Linguistic Map of Central America" (en *The Maya and Their Neighbors*, pp. 52-114, Nueva York).

MAUDSLAY, A. P.
1889-1902 "Archaeology" (*Biologia Centrali Americana*, 4 vols. láms., 1 vol. texto, Londres).
1912 *A Note on the Position and Extent of the Great Temple Enclosure of Tenochtitlan*, Londres.

The Maya and Their Neighbors.
1940 Dedicado a Alfred M. Tozzer, Nueva York.

MCBRIDE, G. McC.
1923 *The Land Systems of Mexico* (Research Series, American Geographical Society, Nº 12, Nueva York).

MCBRYDE, WEBSTER
1933 *Sololá, a Guatemalan Town and Cakchiquel Market Center. A Preliminary Report* (Middle American Research Series, pub. Nº 5, pp. 43-152, Universidad de Tulane, Nueva Orleans).

MEANS, PHILIP AINSWORTH
1931 *Ancient Civilizations of the Andes*, Nueva York y Londres.

Memorial de los Indios de Tepetlaostoc
1912 (Códice Kingsborough) (Ed. F. Paso y Troncoso, Madrid).

MENA, R. y HYDE, G.
1922 *Antigüedad del Hombre en el Valle de México. Nueva Orientación Arqueológica e Histórica* (Conferencias dadas en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, la noche del 27 de diciembre de 1921, México).

MENDIETA, FRAY GERÓNIMO DE
1870 *Historia Eclesiástica Indiana* (siglo XVI), México.

MENDOZA, V. T.
1933 Véase Castañeda y Mendoza.

MENGIN, E.
1937-1938 Véase Preuss y Mengin.
1939 "Unos Anales Históricos de la Nación Mexicana", Pte. 1 (*Baessler Archiv*, vol. 22, Berlín).

MERWIN, R. E. y VAILLANT, G. C.
1932 "The Ruins of Holmul, Guatemala" (*Memoirs*, Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Universidad de Harvard, vol. 3, Nº 2, Cambridge).

Monumentos Arqueológicos de México
1933 Departamento de Monumentos, Secretaría de Educación Pública, México.

MORENO, M.
1931 *La Organización Política y Social de los Aztecas*, Universidad Autónoma de México, Sección Editorial, México.

MORLEY, SYLVANUS G.
1915 *An Introduction to the Study of Maya Hieroglyphs* (Bureau of American Ethnology, Bullt. 57, Washington).
1920 *The Inscriptions at Copan* (Carnegie Institution of Washington, pub. Nº 219, Washington).

MORRIS, ANN A.
1931 Véase Morris, Charlot y Morris.

MORRIS, EARL H., CHARLOT, JEAN, y MORRIS, ANN A.
1931 *The Temple of the Warriors at Chichen Itza, Yucatan* (Carnegie Institution of Washington, pub. Nº 406, Washington).

MOTOLINÍA (FRAY TORIBIO DE BENAVENTE)
1914 *Historia de los Indios de la Nueva España* (siglo XVI), Barcelona.

MUÑOZ CAMARGO, D.
1892 *Historia de Tlaxcala* (siglo XVI), México.

MURDOCK, G. P.
1934 *Our Primitive Contemporaries*, Nueva York.

NELSON, N. C.
1933 "The Antiquity of Man in America in the Light of Archaeology" (en Jenness, ed., *The American Aborigines*, pp. 87-130).

NOGUERA, EDUARDO
1927 *Ruinas de Tizatlán, Tlaxcala* (Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, México).
1928 "El Ladrillo como Material de Construcción entre los Pueblos Nahuas" (*Revista Mexicana de Estudios Históricos*, tomo 2, pp. 64-68, México).
1930a "Decorative Aspects of Certain Types of Mexican Pottery" (*Proceedings*, XXIII Congreso Internacional de Americanistas, Nueva York, 1928, pp. 85-92, Nueva York).
1930b "Algunas Características de la Cerámica de México (*Journal de la Societé des Américanistes de Paris*, n. s., vol. 22, pp. 249-310, París).
1934 "Estudio de la Cerámica encontrada donde estaba el Templo Mayor de México" (*Anales del Museo Nacional de México*, 5ª época, tomo 1, pp. 267-281, México).
1935 "Antecedentes y Relaciones de la Cultura Teotihuacana" (*El México Antiguo*, vol. 3, Nos. 5-8, pp. 1-81, México).
1937a *El Altar de los Cráneos Esculpidos de Cholula*, México.
1937b *Conclusiones Principales Obtenidas por el Estudio de la Cerámica Arqueológica en Cholula* (Mimeógrafo, México).

NORDENSKIÖLD, ERLAND
1930 "L'Archéologie du Bassin de l'Amazone' (*Ars Americana*, I, París).

NUTTALL, ZELIA
1888 "Standard or Head-Dress?" (*Papers*, Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Universidad de Harvard, vol. 1, Nº 1, Cambridge).
1901 "Chalchihuitl in Ancient Mexico" (*American Anthropologist*, n. s., vol. 3, Nueva York).
1903 *The Book of Life of the Ancient Mexicans*, Pte. 1, Introducción y Facsímil, Berkeley.
1904 "A Penitential Rite of the Ancient Mexicans" (*Papers*, Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Universidad de Harvard, vol. 1, Nº 7, Cambridge).
1910 "The Island of Sacrificios" (*American Anthropologist*, n. s., vol. 12, pp. 257-295, Lancaster).
1925 "Gardens of Ancient Mexico" (The Smithsonian Institution, *Annual Report*, 1923, pp. 453-464, Washington).
1926 "Official Reports (on Mexican towns) sent by Castañeda to Philip II in 1580", trad. y ed. en ingl. (*Papers*, Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Universidad de Harvard, vol. II, Nº 2, Cambridge).

1926 "The Aztecs and Their Predecessors in the Valley of Mexico" (*Proceedings*, American Philosophical Society, vol. 65, pp. 242-255, Filadelfia).

Origen de los Mexicanos
1886-92 Véase García Icazbalceta, *Nueva Colección*, vol. 3, pp. 281-308.

OROZCO Y BERRA, MANUEL
1864 *Geografía de las Lenguas y Carta Etnográfica de México*, México.
1878 "Ojeada de Cronología Mexicana", en *Biblioteca Mexicana*, pp. 151-222.
1880 *Historia Antigua y de la Conquista de México* (4 vols. y atlas, México).
1887 "El Tonalámatl" (*Anales del Museo Nacional*, 1ª época, vol. 4, pp. 30-44, México).

PALACIOS, ENRIQUE JUAN
1925 "La Fundación de México-Tenochtitlán" (*Anales del Museo Nacional*, 5ª época, tomo 1, Nº 3, pp. 230-254, México).

PARKES, HENRY B.
1938 *A History of Mexico*, Boston.

PARSONS, ELSIE C.
1936 *Mitla, Town of Souls*, Chicago.

PASO Y TRONCOSO, FRANCISCO DEL
1898 *Descripción, Historia y Exposición del Códice Pictórico de los Antiguos Nahuas que se conserva en la Biblioteca de la Cámara de Diputados de París* (Códice Borbónico), Florencia.

PASO Y TRONCOSO, FRANCISCO DEL (editor)
1905 Véase *Códice Florentino*.
1912 Véase *Memorial de los Indios de Tepetlaostoc*.

PAYÓN, J. GARCÍA
1936 *Zona Arqueológica de Tecaxic-Calixtlahuaca*, Pte. I (Departamento de Monumentos, México).

PEÑAFIEL, ANTONIO
1885 *Nombres Geográficos de México* (Secretaría de Fomento, México).
1890 *Monumentos del Arte Mexicano Antiguo* (1 vol. texto; 2 vols. láms., Berlín).
1897 *Nomenclatura Geográfica de México* (1 vol. y atlas, México).
1903 *Indumentaria Antigua* (Secretaría de Fomento, México).
1910 *Destrucción del Templo Mayor de México Antiguo*, México.

PHILLIPS, H.
1883 "Notes upon the Codex Ramirez, with a translation of the same" (*Proceedings*, American Philosophical Society, vol. 21, pp. 616-651, Filadelfia).

POLLOCK, H. E. D.
1936 *Round Structures of Aboriginal Middle America* (Carnegie Institution of Washington, pub. Nº 471, Washington).

POMAR, JUAN BAUTISTA
1891 *Relación de Texcoco* (García Icazbalceta, *Nueva Colección de Documentos para la Historia de México*, vol. 3, pp. 1-69, México).

PRESCOTT, WILLIAM H.
1843 *The Conquest of Mexico* (3 vols., Nueva York).

1922 *The Conquest of Mexico* (ed. por T. A. Joyce e ilust. por Keith Henderson, 2 vols., Nueva York).

PREUSS, K. T. y MENGIN, E.
1937 *Die Mexikanische Bilderhandschrift Historia Tolteca-Chichimeca*, Pte. 1 (*Baessler Archiv*, Supl. 9, Berlín).
1938 *Die Mexikanische Bilderhandschrift Historia Tolteca-Chichimeca*, Pte. 2 (*Baessler Archiv*, vol. 21, Berlín).

RADIN, PAUL
1920 *The Sources and Authenticity of the History of the Ancient Mexicans* (Universidad de California, *Publications in American Archaeology and Ethnology*, vol. 17, Nº 1, Berkeley).

REDFIELD, ROBERT
1930 *Tepoztlan*, Chicago.

Relación de Genealogía y Linage de los Señores que han Señoreado esta Tierra de la Nueva España
Véase García Icazbalceta, *Nueva Colección*, 1886-92, vol. 3, pp. 263-281.

RICARD, R.
1933 *La Conquête Spirituelle du Mexique* (Universidad de París, Travaux et Mémoires de L'Institut d'Ethnologie, vol. 20, París).

RIVA PALACIO, VICENTE (editor)
1887-89 *México a Través de los Siglos* (5 vols., México y Barcelona).

ROBELO, CECILIO A.
1905 *Diccionario de la Mitología Nahoa*, México.

ROBERTS, FRANK H. H., JR.
1935 "A Survey of Southwestern Archaeology" (*American Anthropologist*, n.s., vol. 37, pp. 1-35, Menasha).
1940 "Developments in the Problem of the North American Paleo-Indian" (en *Essays in Historical Anthropology in North America*, pp. 51-116, Washington).

RUBÍN DE LA BORBOLLA, D.
1936 Véase Caso y Rubín de la Borbolla.

SAHAGÚN, FRAY BERNARDINO DE
1829 *Historia General de las Cosas de Nueva España* (3 vols., México).
1905 *Códice Florentino:* Ilustraciones para la *Historia General de las Cosas de Nueva España* de Sahagún, ed. por Francisco del Paso y Troncoso, vol. 5, Madrid.
1938 *Historia General de las Cosas de Nueva España* (5 vols., México).

SAUER, CARL ORTWIN
1932 *The Road to Cibola* (Ibero-Americana: 3, Berkeley).
1936 "American Agricultural Origins: A Consideration of Nature and Culture" (*Essays in Anthropology in Honor of Alfred Louis Kroeber*, pp. 279-297, Berkeley).

SAUER, CARL y BRAND, DONALD
1932 *Aztatlan, Prehistoric Mexican Frontier on the Pacific Coast* (Ibero-Americana: 1, Berkeley).

SAVILLE, MARSHALL H.
1896 "The Temple of Tepoztlan, Mexico" *(Bulletin, American Museum of Natural History*, vol. 8, pp. 221-226, Nueva York).
1899 "Exploration of Zapotecan Tombs in Southern Mexico" *(American Anthropologist*, n. s., vol. 1, pp. 350-362, Nueva York).
1900a "A Shell Gorget from the Huasteca, Mexico" *(Bulletin, American Museum of Natural History*, vol. 13, pp. 99-103, Nueva York).
1900b "An Onyx Jar from Mexico in Process of Manufacture" *(Bulletin, American Museum of Natural History*, vol. 13, art. 11, pp. 105-107, Nueva York).
1901 "Mexican Codices, a List of Recent Reproductions" *(American Anthropologist*, n. s., vol. 3, pp. 532-541, Nueva York).
1909 "The Cruciform Structures of Mitla and Vicinity" *(Putnam Anniversary Volume*, pp. 151-190, Nueva York).
1916 "Monolitic Axes and Their Distribution in Ancient America" *(Contributions, Museum of the American Indian*, Heye Foundation, vol. 2, Nº 5, Nueva York).
1917 Véase Conquistador Anónimo.
1920 "The Goldsmith's Art in Ancient Mexico" *(Indian Notes and Monographs*, Museum of the American Indian, Heye Foundation, Nueva York).
1922 "Turquois Mosaic Art in Ancient Mexico" *(Contributions, Museum of the American Indian*, Heye Foundation, vol. 6, Nueva York).
1925 "The Wood-Carver's Art in Ancient Mexico" *(Contributions, Museum of the American Indian*, Heye Foundation, vol. 9, Nueva York).
1928 "Ceremonial Axes from Western Mexico" *(Indian Notes, Museum of the American Indian*, Heye Foundation, vol. 5, pp. 280-293, Nueva York).
1929a "Votive Axes from Ancient Mexico" *(Indian Notes, Museum of the American Indian*, Heye Foundation, vol. 6, pp. 266-99, 335-342, Nueva York).
1929b "Tizoc, Great Lord of the Aztecs, 1481-86" *(Contributions, Museum of the American Indian*, Heye Foundation, vol. 7, Nº 4, Nueva York).

SAYLES, E. B.
1935 *An Archaeological Survey of Texas* (Medallion Papers, Gila Pueblo, Nº 17, Globe).
1936 *An Archaeological Survey of Chihuahua, Mexico* (Medallion Papers, Gila Pueblo, Nº 22, Globe).
1937 Véase Gladwin, Gladwin, Haury y Sayles.

SELER, CAECILIE
1900 *Auf Alten Wegen in Mexiko und Guatemala*, Berlín.
1922 "Alterthümer des Kanton Tuxtla im Staate Veracruz" *(Festschrift Eduard Seler*, pp. 543-556, Stuttgart).

SELER, EDUARD
1901 *The Tonalamatl of the Aubin Collection. Commentary*, trad. al ingl. por A. H. Keane, Londres.
1902 *Codex Fejervary-Mayer. Commentary*, trad. al ingl. por A. H. Keane, Londres.
1902-23 *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach-und Alterthumskunde* (vols. 1-5, Berlín).
1903 *Codex Vaticanus 3773. Commentary*, trad. al ingl. por A. H. Keane, Londres.
1904a "Ancient Mexican Feather Ornaments" *(Bureau of American Ethnology, Bulletin 28*, pp. 57-74, Washington).
1904b "The Temple Pyramid of Tepoztlan" *(Bureau of American Ethnology, Bulletin 28*, pp. 339-352, Washington).

1904c "The Venus Period in the Borgian Codex Group" *(Bureau of American Ethnology, Bulletin 28*, pp. 353-392, Washington).
1904d "Altmexikanischer Schmuck und Soziale und Militärische Rangabzeichen" *(Gesammelte Abhandlungen*, vol. 2, pp. 509-619, Berlín).
1904-09 *Codex Borgia. Eine Altmexikanische Bilderschrift der Bibliothek der Congregatio de Propaganda Fide*, 3 vols., Berlín.
1915 "Die Teotihuacan-Kultur des Hochlands von Mexico" *(Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach- und Alterthumskunde*, vol. 5, pp. 405-585, Berlín).

SELER y otros
1904 *Mexican and Central American Antiquities, Calendar Systems and History (Bureau of American Ethnology*, Bullt. 28, Washington).

SOUSTELLE, JACQUES
1937 *La Famille Otomi-Pame du Mexique Central* (Institut d'Ethnologie, Nº 26, París).

SPENCE, LEWIS
1923 *The Gods of Mexico*, Londres.

SPINDEN, E. S.
1933 "The Place of Tajin in Totonac Archaeology" *(American Anthropologist*, n.s., vol. 35, pp. 271-287, Menasha).

SPINDEN, HERBERT J.
1913 *A Study of Maya Art (Memoirs*, Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Universidad de Harvard, vol. 6, Cambridge).
1916 Véase Wissler y Spinden.
1924 "The Reduction of Mayan Dates" *(Papers*, Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Universidad de Harvard, vol. 6, Nº 4, Cambridge).
1928 *Ancient Civilizations of Mexico and Central America* (Handbook Series, American Museum of Natural History, Nº 3, 3ª ed., Nueva York).
1933 "Indian Manuscripts of Southern Mexico" *(Annual Report of the Smithsonian Institution for 1933*, pp. 429-451, Washington).
1940 "Difussion of Maya Astronomy" (en *The Maya and Their Neighbors*, pp. 162-178, Nueva York).

STARR, F.
1908 *In Indian Mexico*, Chicago.

STAUB, WALTER
1933 "Zur Uebereinanderschichtung der Völker und Kulturen an der Ostküste von Mexiko" *(Mitteilungen der Geographische Ethnographischen Gesellschaft in Zürich*, vol. 33, pp. 3-26, Zurich).

STIRLING, M. W.
1939 "Discovering the New World's Oldest Dated Work of Man" *(The National Geographic Magazine*, vol. 76, Nº 2, Washington).
1940a "Great Stone Faces of the Mexican Jungle" *(The National Geographic Magazine*, vol. 78, Nº 3, pp. 309-334, Washington).
1940b *An Initial Series from Tres Zapotes, Vera Cruz, Mexico* (National Geographic Society, Contributed Technical Papers, Mexican Archaeology Series, vol. 1, Nº 1, Washington).

STREBEL, H.
1885-89 *Alt Mexiko* (2 vols., Hamburgo y Leipzig).

STRONG, WILLIAM DUNCAN
1935 *An Introduction to Nebraska Archaeology* (Smithsonian Miscellaneous Collections, vol. 93, Nº 10, Washington).

STUDLEY, CORNELIA
1887 "Notes upon Human Remains from Caves in Coahuila" (*Reports*, Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, vol. 3, 1880-86, pp. 233-259; véase también pp. 10, 21, 32, Cambridge).

SWANTON, JOHN R.
1911a *Indian Tribes of the Lower Mississippi and Adjacent Coasts of the Gulf of Mexico* (Bureau of American Ethnology, Bulletin 43, Washington).
1911b Véase Thomas, Cyrus, y Swanton, John R.

Swanton Essays
1940 Véase *Essays in Historical Anthropology of North America.*

TEEPLE, JOHN E.
1931 "Maya Astronomy" (Carnegie Institution of Washington, pub. Nº 403, *Contributions to American Archaeology*, vol. 1, Nº 2, pp. 29-115, Washington).

Tenayuca
1935 Departamento de Monumentos, México.

TEZOZOMOC, H.
1878 *Crónica Mexicana* (siglo XVI) (en *Biblioteca Mexicana*, México).

THOMAS, CYRUS y SWANTON, JOHN R.
1911 *Indian Languages of Mexico and Central America and Their Geographical Distribution* (Bureau of American Ethnology, Bulletin 44, Washington).

THOMPSON, J. ERIC
1927 *A Correlation of the Mayan and European Calendars* (Field Museum of Natural History, Anthropological Series, vol. 17, Nº 1, Chicago).
1932 *Civilization of the Mayas* (Anthropology Leaflet 25, 2ª ed., Field Museum of Natural History, Chicago).
1933 *Mexico before Cortes*, Nueva York.
1934 *Sky Bearers, Colors and Directions in Maya and Mexican Religion* (Carnegie Institution of Washington, pub. Nº 436, pp. 209-242, Washington).
1935a *Maya Chronology: the Correlation Question* (Carnegie Institution of Washington, pub. Nº 456, Contribution Nº 14, Washington).
1935b Véase Gann, Thomas, y Thompson, J. Eric.
1939 *Excavations at San José, British Honduras* (Carnegie Institution of Washington, pub. Nº 506, Washington).

Tonalámatl Aubin
1900 Códice precolombino en la Biblioteca Nacional de París. Publicado por el Duque de Loubat, París.
Véase Orozco y Berra, "El Tonalámatl" (*Anales del Museo Nacional*, 1ª época, vol. 4, pp. 30-44 y al final del volumen, México).

TORQUEMADA, JUAN DE
1723 *Los Veinte i un Libros Rituales i Monarchia Indiana* (3 vols., Madrid).

TOTTEN, GEORGE OAKLEY
1926 *Maya Architecture*, Washington.

Tozzer, Alfred M.
1912 "The Value of Ancient Mexican Manuscripts in the Study of the General Development of Writing" *(The Smithsonian Institution, Annual Report for 1911*, pp. 493-506, Washington).
1918 "The Domain of the Aztecs and their Relation to the Prehistoric Cultures of Mexico" *(Holmes Anniversary Volume*, pp. 464-468, Lancaster).
1921 *Excavation of a Site at Santiago Ahuitzotla, D. F., Mexico* (Bureau of American Ethnology, Bulletin 74, Washington).
1927 "Time and American Archaeology" *(Natural History*, vol. 27, pp. 210-221, Nueva York).
1930 "Maya and Toltec Figures at Chichen Itza" *(Proceedings*, XXIII Congreso Internacional de Americanistas, Nueva York, 1928, pp. 155-164, Nueva York).
1937 "Prehistory in Middle America" *(The Hispanic American Historical Review*, vol. 17, pp. 151-159, Durham).

Tres Siglos de Arquitectura Colonial
1933 Departamento de Monumentos, Secretaría de Educación Pública, México.

Vaillant, George C.
1920 "On the Threshold of Native American Civilization" *(Natural History*, vol. 29, pp. 530-542, Nueva York).
1930a "Excavations at Zacatenco" *(Anthropological Papers*, American Museum of Natural History, vol. 32, Pte. 1, Nueva York).
1930b "Reconstructing the Beginning of a History" *(Natural History*, vol. 30, pp. 606-616, Nueva York).
1931a "A Bearded Mystery" *(Natural History*, vol. 31, pp. 243-252, Nueva York).
1931b "Excavations at Ticoman" *(Anthropological Papers*, American Museum of Natural History, vol. 32, Pte. 2, Nueva York).
1932a "A Pre-Columbian Jade" *(Natural History*, vol. 32, pp. 512-520, 557-558, Nueva York).
1932b Véase Merwin y Vaillant.
1934 Véase Vaillant y Vaillant.
1935a "Excavations at El Arbolillo *(Anthropological Papers*, American Museum of Natural History, vol. 35, Pte. 2, Nueva York).
1935b "Early Cultures of the Valley of Mexico: Results of the Stratigraphical Project of the American Museum of Natural History in the Valley of Mexico, 1928-33" *(Anthropological Papers*, American Museum of Natural History, vol. 35, Pte. 3, Nueva York).
1935c "Chronology and Stratigraphy in the Maya Area" *(Maya Research*, vol. 2, pp. 119-143, Nueva York).
1935d *Artists and Craftsmen in Ancient Central America* (American Museum of Natural History, Guía Nº 88, Nueva York. Suplemento: *Chart in Vaillant*, 1936, Guía Nº 103).
1936 "The History of the Valley of Mexico" *(Natural History*, vol. 38, pp. 324-340, Nueva York. Con el cuadro reimpreso como Guía Nº 103, del American Museum of Natural History).
1937a "History and Stratigraphy in the Valley of Mexico" *(The Scientific Monthly*, vol. 44, pp. 307-324, Nueva York).
1937b "The Death Throes of the Aztecs Nation" *(Natural History*, vol. 39, pp. 185-195, Nueva York).
1938 "A Correlation of Archaeological and Historical Sequences in the Valley of Mexico" *(American Anthropologist*, n. s., vol. 40, pp. 535-573, Menasha).

1939a "The Twilight of Aztec Civilization" *(Natural History*, vol. 43, pp. 38-46, Nueva York).
1939b *Indian Arts in North America*, Nueva York.
1939c "An Early Occurrence of Cotton in Mexico" *(American Anthropologist*, n. s., vol. 41, p. 170, Menasha).
1940 "Patterns in Middle American Archaeology" (en *The Maya and Their Neighbors*, pp. 295-305, Nueva York).

VAILLANT, GEORGE C. (editor)
1940 *A Sacred Almanac of the Aztecs (Tonalamatl of the Codex Borbonicus)* American Museum of Natural History, edición limitada, Nueva York.

VAILLANT, S. B. y VAILLANT, G. C.
1934 "Excavations at Gualupita" *(Anthropological Papers*, American Museum of Natural History, vol. 35, Nº 1, Nueva York).

VEYTIA, MARIANO
1836 *Historia Antigua de México* (3 vols., México).

VIOLLET-LE-DUC, E. E.
1863 Véase Charnay y Viollet-le-Duc.

WATERMAN, T. T.
1917 "Bandelier's Contribution to the Study of Ancient Mexican Social Organization" *(University of California Publications in American Archaeology and Ethnology*, vol. 12, Nº 7, pp. 249-282, Berkeley).
1924 "On Certain Antiquities in Western Guatemala" *(Bulletin of the Pan-American Union*, abril, 1924, pp. 1-21, Washington).

WEIANT, C. W.
s. f. *Manuscript on Ceramics of Tres Zapotes.*

WEYERSTALL, A.
1932 "Some Observations on Indian Mounds, Idols and Pottery in the Lower Papaloapan Basin, State of Vera Cruz, Mexico" *(Middle American Research Series*, pub. Nº 4, pp. 23-69, Universidad de Tulane, Nueva Orleans).

WISSLER, CLARK
1938 *The American Indian* (3ª ed., Nueva York).

WISSLER, CLARK y SPINDEN, HERBERT J.
1916 "The Pawnee Human Sacrifice to the Morning Star" *(American Museum Journal*, vol. 16, Nº 1, pp. 49-55, Nueva York).

YANOVSKI, E.
1936 *Food Plants of the North American Indians* (U. S. Department of Agriculture, Miscellaneous Publications, Nº 237. Washington).

ZINGG, R. M.
1935 Véase Bennett y Zingg.

ZURITA, A.
1891 *Breve y Sumaria Relación de los Señores de la Nueva España*, (García Icazbalceta, *Nueva Colección de Documentos para la Historia de México*, vol. 3, pp. 71-227, México).

Índice analítico

Índice de láminas

El Fondo de Cultura Económica desea expresar su agradecimiento al American Museum of Natural History, de Nueva York, por haberle proporcionado las fotografías que sirvieron para ilustrar la edición en inglés. Nuestra edición se ha completado además con material proporcionado por el Museo Nacional de Antropología, la Carnegie Institution, de Washington, D. C., los Sres. Román Piña Chan y Luis Limón Aragón y la Cía. Mexicana de Aerofoto, S. A.

Pp. 72-73.

25. Cuadro del material arqueológico de la cultura chichimeca.
(Ilustración tomada del *Scientific Monthly*)

26. Cerámica y arquitectura del período chichimeca.
(Arriba y abajo, dibujo y fotografía proporcionados por el American Museum of Natural History; centro, fotografía de la Cía. Mexicana de Aerofoto)

27. Cerámica del período chichimeca.
(Fotografías proporcionadas por el American Museum of Natural History)

28. Cerámica y arquitectura del período chichimeca.
(Arriba izq., foto Limón; arriba der., fotografía proporcionada por el American Museum of Natural History; abajo, fotografía de la Cía. Mexicana de Aerofoto)

Pp. 104-105.

29. Cuadro que muestra la naturaleza del material arqueológico de la cultura azteca.
(Ilustración tomada del *Scientific Monthly*)

30. Cerámica de intercambio, período azteca.
(Fotografías proporcionadas por el American Museum of Natural History)

31. Vaso ceremonial.
(Fotografía proporcionada por el American Museum of Natural History)

32. Cerámica azteca.
(Arriba, fotografía proporcionada por el American Museum of Natural History; centro y abajo, fotografías proporcionadas por el Museo Nacional de Antropología)

Pp. 136-137.

33. El México de los aztecas.
(Arriba, reconstrucción de Ignacio Marquina, tomada de su libro, *Arquitectura Prehispánica*, 1951; abajo, fotografía de la Cía. Mexicana de Aerofoto)

34. Cabeza de Caballero Águila.
(Fotografía proporcionada por el Museo Nacional de Antropología)

35. Arquitectura azteca.
(Copia de una ilustración del *Scientific Monthly*, hecha por Abel Mendoza)

36. Arquitectura azteca.
(Fotografía proporcionada por el American Museum of Natural History)

Pp. 152-153.

37. Arte plumario azteca.
(Arriba, fotografía proporcionada por el American Museum of Natural History; abajo, fotografía tomada del libro de Toscano, *Arte precolombino de México y de la América Central,* 1952)

38. Objetos aztecas de oro.
(Arriba, fotografías proporcionadas por el Museo Nacional de Antropología; abajo, foto Limón)

39. Orfebrería azteca.
(Foto Limón)

40. El arte azteca del mosaico.
(Fotografía proporcionada por el Museo Nacional de Antropología)

Pp. 160-161.

41. Arte azteca.
(Fotografía proporcionada por el American Museum of Natural History)

42. Arquitectura azteca.
(Arriba, fotografía proporcionada por el American Museum of Natural History; abajo, foto Limón)

43. Arte azteca.
(Arriba, copia de un grabado de Dupaix, 1834, hecha por Abel Mendoza; abajo, fotografía de la Cía. Mexicana de Aerofoto)

44. Arte azteca.
(Fotografías proporcionadas por el Museo Nacional de Antropología)

45. Arte azteca.
(Fotos Limón)

46. Arte azteca.
(Fotografía proporcionada por el Museo Nacional de Antropología)

47. Arte azteca.
(Arriba, foto Limón; centro, fotografía proporcionada por el American Museum of Natural History; abajo, fotografía proporcionada por el Museo Nacional de Antropología)

48. Arte azteca.
(Fotografía proporcionada por el American Museum of Natural History)

Índice de figuras

(Copias de Abel Mendoza)

NÚM. PÁG.

Indice de los cuadros sinópticos

Índice general

Este libro se terminó de imprimir
el día 30 de junio de 1965
en los talleres de
Litoarte, S. de R. L.,
Ferrocarril de Cuernavaca, 683
México 17, D. F.

Se tiraron 5 000 ejemplares

FONDO DE CULTURA
ECONÓMICA



J. Collier

LOS INDIOS DE LAS AMÉRICAS

J. Corona Núñez

MITOLOGÍA TARASCA

O. Gonçalves de Lima

EL MAGUEY Y EL PULQUE EN
LOS CÓDICES MEXICANOS

W. Krickeberg

VIEJAS CULTURAS DE MÉXICO

M. León-Portilla

LOS ANTIGUOS MEXICANOS A TRAVÉS
DE SUS CRÓNICAS Y CANTARES

Román Piña Chan

LAS CULTURAS PRECLÁSICAS DE LA
CUENCA DE MÉXICO

E. S. Thompson

GRANDEZA Y DECADENCIA DE LOS
MAYAS

Paul Westheim

IDEAS FUNDAMENTALES DEL
ARTE PREHISPÁNICO EN MÉXICO



La civilización azteca

